

RUIZ DE LEÓN, FRANCISCO (S. 18º)

*HERNANDIA*

*(Triunfos de la fe, y gloria de las armas españolas)*

ROMANCE HEROICO

en elogio de Don Francisco Ruiz de León, natural de la Nueva España, Autor de la Hernandia, Poema Heroico, sobre la Conquista de México: Lo escribía el P. Juan de Buedo Girón, de la Compañía de Jesús

OCTAVAS JOCOSERIAS

al mismo asunto, y del mismo Autor

EPÍLOGO

CANTO I

CANTO II

CANTO III

CANTO IV

CANTO V

CANTO VI

CANTO VII

CANTO VIII

CANTO IX

CANTO X

CANTO XI

CANTO XII

ROMANCE HEROICO en elogio de Don Francisco Ruiz de León, natural de la Nueva España, Autor de la Hernandia, Poema Heroico, sobre la Conquista de México: Lo escribía el P. Juan de Buedo Girón, de la Compañía de Jesús.

ROMANCE

De el Nuevo Mundo peregrina fama,  
Que a Hernán Cortés llenó de inmortal gloria,  
Con el Clarín de Mexicana plata,  
Se hace escuchar admiración de Europa.

Del Pindo Indiano Americana Musa,  
Porque a la España se creyó deudora,  
Sólo en Solís de una memoria eterna  
Le paga en Verso, lo que le dio en Prosa.

Apolo extraña el temple de la Lira,  
Y entre curioso, y admirado entona  
Doradas cuerdas de su Lira sacra,  
Como quien quiere acompañar la otra,

No suena acorde, la levanta un punto,  
Pero aún la Indiana suena más sonora:  
De acompañar desiste, y de envidioso  
No sabe Apolo ya lo que se toca.

Oye impaciente; pero a poco tiempo,  
Todo embebido en la canción gustosa,  
Que de la Lira al son hace escucharse,  
Aún Apolo parece que se arroba.

Allí ve un nuevo Pindo Mexicano,  
Oye Décima Musa más heroica,  
Y casi, casi llega a tener celos,  
Si habrá allí Apolo de mayor estofa.

El metro grave, el número cadente,  
Puro el estilo, la expresión rumbosa,  
Hacen que el Padre de la luz gradúe  
Por hija de su luz tan grande Obra.

Si Príncipe jurado en los Poetas  
El grande Ulises en Homero logra,  
También Cortés, que no cedió en lo grande  
Su Hernandia, con la Ilíada confronta.

Grande fue el hijo de la hermosa Venus,  
Atlante honroso de paternas glorias,  
El que salió de las Troyanas ruinas  
A ser triunfante Fundador de Roma.

Grande fue Eneas, no lo niego, grande  
Por sus hazañas grandes; pero todas  
¿Dónde lograron inmortalizarse?  
¿Quién duda fue del Mantuano en boca?

Pues suponiendo que el valor de Eneas,  
Ni a las empresas, dignas de su Tropa,  
En nada ceden las del grande Hernando,  
Antes exceden, si en rigor se notan:

No será arrojo, que a la Eneida iguale  
La grande Hernandía: Tanto se equivocan  
Los Héroe de las dos en las hazañas,  
Y en los que cantan, lo que los dos obran.

Si el gran Solís a números oyera  
Su culta, sabia, incomparable prosa,  
Tan grandemente reducida al metro,  
Se envaneciera, y no con vanagloria.

Tal vez del Cielo de la Luna al Bosque  
Bajó Nemeo de un León furiosa  
La rugiente braveza a ser ruina  
De cuanto avista, y en el Bosque topa.

Siendo al pavor de su feroz rugido  
Piedras inmóviles de él las fieras todas,  
Y a ser, pasando de su voz al eco,  
Vivientes sólo en el temblar de las rocas.

Bien al contrario en nuestra Nueva España  
De Cielo superior, parece ahora,  
Baja un León, que trae acá la Lira,  
Que hace aún las piedras fábricas sonoras.

Viva Cortés, pues en su Hernandía eterno  
Nombre consigue: eclíptica gloriosa,  
Donde si es Cortés Sol, que a ella la ilustra,  
El Signo de León a él le corona.

Háganse allá de los Poetas grandes,  
En el Parnaso, las Estatuas todas;  
O estréchense, si no, que el nuevo Mundo  
A Ruiz León entre ellas pone otra.

Y si bien en el Pindo Americano  
Ocupa vivo el Trono que le toca,  
Como su Héroe Cortés hinchó dos Mundos,  
En los dos Pindos de Indias, y de Europa.

La Nueva España ya puede gloriarse,

Restituyó a su antiguo honor, y pompa,  
Sólo en la Hernandia, que León compuso,  
La siempre augusta Poesía heroica.

Verán las dos Españas (¡Oh! y que tarden  
En verlo mucho) lo que en Sacra Historia  
Mira Sansón; y es, que un León, aún muerto,  
Sabe dejar de sí dulces memorias.

#### OCTAVAS JOCOSERIAS

Al mismo asunto, y del mismo Autor

Mundo, Remundo, siempre Mundo nuevo,  
Aunque tan viejo como nuestro Mundo;  
¿Qué, ahora, me envías, por lo que te llevo,  
Que por poco de asombro no me hundo?  
Mucho antes me debías, ya te debo,  
Te dí a Cortés, un Héroe sin segundo,  
Y en la Hernandia le vuelves de tal modo,  
Que con exceso me lo pagas todo.

España nueva, que en el ser de barro  
Eres tan vieja, como nuestra España,  
Más antigua que el año del catarro,  
Si la Historia de Garibay no engaña:  
México, que al Cristal hiciste carro,  
En que en lo antiguo fuiste sin patraña  
Paseada, o mecida en tu Laguna,  
A Venus emulándole la cuna.

Pindo, y Repindo, por Americano,  
Pindo, a pesar del nuestro hecho, y derecho,  
Donde de regadío, y de secano  
Una Heliconia hay de trecho en trecho:  
Hay un Pegaso grande, y otro enano,  
Y hay unas Ninfas de color de afrecho,  
De quien nació un Poeta ahora, ahora,  
Que canta Hernandias de color de aurora.

México, Mundo, España, nuevo Pindo,  
No me diréis, para excusar debate,  
Si para ver tan nuevo pie de guindo,  
¿Dio Heliconia por riego chocolate?  
Desde luego mi pobre juicio rindo,

Y a no rendirlo hiciera un disparate:  
Hernandia tal, tan nueva, y peregrina,  
Cosa de Indias es, pero divina.

Ya no he de hacerme Cruces, ni Calvarios,  
Aunque escuche de Indias cosas tales,  
Que para que entren sean necesarios  
Tragaderos de bocas de costales:  
¿Qué noticiones más extraordinarios  
Pudieran traer de allá los Naturales,  
Que decirnos, que el Pindo allá en sus Vetas  
Del Siglo de Oro daba ahora Poetas?

Pues si los doctos, y la gente lega  
Toman a Ruiz León en una mano,  
En otra a Garcilaso, y Lope de Vega,  
Y en otra al Solís, nuestro Mantuano:  
Y en fin, si a tomar tantos Poetas llega,  
Que se haga cada pobre centimano,  
¿No dirá, sin que a nadie haga desdoro,  
Que su Hernandia es también del Siglo de Oro?

¡Oh gran Ruiz de León, que haces felices  
Con tu Hernandia los hechos inmortales  
De Cortés, cuya fama echó raíces  
En la vaga región de los Corales!  
¿Cuándo a la Nueva España en las narices  
Volverá a dar de Poesías tales  
El suave olor, que cuando así le eleva,  
Tras si Musas, y Sátiros se lleva?

¿Y qué esperanza quedará en las vetas  
De Nuestra España, aún cuando lleven netos  
Como granos de Oro los Poetas,  
Si a ti te echasen por los vericuetos?  
Si las Hernandias, siendo tan perfectas,  
Y trayendo de Indianas los respetos,  
No alcanzan premio, honor, séquito, estima,  
¿A qué Poeta no causará grima?

¡Oh España! ¡España! Al fin es dura cosa,  
Que hayas venido a ser la Monarquía,  
Que tiene sólo entendimiento en prosa,  
Sin querer entender en Poesía:  
¿Son los Poetas gente contagiosa?  
¿Pues por qué les tenéis antipatía?

Pero no lo digáis ya, lo barrunto,  
De México, aún allí, les falta el unto.

De esto a la Hernandia, no se le dé nada,  
Que venir de Indias, sin traer dinero,  
Clara es señal de ser predestinada;  
Llevárase la gloria por entero:  
Si tu moneda ver bien empleada  
Quieres, Lector de asiento, o pasajero,  
Compra la Hernandia, emplea tus pesetas,  
Que es de honrados dar honra a los Poetas.

## HERNANDIA

### *Epílogo*

Después de los descubrimientos del Adelantado Cristóbal Colón, y del Capitán Francisco Fernández de Córdoba: pacificadas las Islas del Mar Atlántico, convoca Diego Velázquez en la de Cuba los principales de ella para el propio fin, y con los Vasos, que tenía prevenidos, sale Juan de Grijalba a la empresa. Habiendo descubierto varias Costas, llega al Río de Banderas, donde estuvo a pique de perderse uno de sus Capitanes en batalla: después de otros accidentes, por reclamo de su Gente, vuelve a Cuba, y halla desabrido a Velázquez, porque no hizo la Población. Con mejor disposición envía éste a Hernán Cortés por Cabo de ella: dase noticia de quien era, su calidad, valor, y el estado en que se hallaba. Sale de Cuba, engruesa su Ejército en las Villas de la Trinidad, y de la Habana, y padece persecución de sus émulos, que consiguen descomponerlo con Velázquez. Sosegadas éstas, hácese a la Vela, padece un fuerte temporal, y arriba a la Isla Cozumel, donde empieza a sembrar la semilla de la Fe, hasta dejar en un Templo colocada una Imagen de María Santísima, nuestra Señora.

## CANTO PRIMERO

### *Argumento*

*Sigue Velázquez el Descubrimiento  
De las Indias: Suceso en que tropieza:  
Da la suerte a Cortés: su nacimiento,  
Su inclinación, sus partes, su nobleza.*

*Sale de Cuba, corre el Mar violento,  
Arriba a Cozumel, en donde empieza,  
Con desprecio de Lete, a quien da espanto,  
A introducir el Evangelio Santo.*

No canto Endechas, que en la Arcadia umbrosa,  
Al vasto son de la Zampona ruda,  
Lamenta a la Zagala desdeñosa  
Tierno Pastor, para que a verle acuda:  
Delirios vanos de pasión odiosa,  
Que a la Alma ciega, y a la lengua muda  
Dejan, cuando explicados, o sentidos,  
Roban el corazón por los oídos.

No los ocios de rústica Montaña,  
Donde de Albogues al compás grosero  
Guarda su sencillez, y su Cabaña  
De asechanzas, y lobos el Cabrero:  
No de la Vid, o Mies, Pámpano, y Caña:  
No de la Abeja, laborioso esmero,  
Dan aliento a mi voz, pues hoy con arte,  
Estragos canto del sangriento Marte.

Las Armas canto, y el Varón glorioso,  
Que labrando a sus manos su oportuna  
Suerte, constante, diestro, generoso,  
Sobre los Astros erigió su cuna:  
Héroe Cristiano del valor Coloso,  
Que triunfó del destino, y la Fortuna,  
De sus Proezas blasón, de España gloria,  
Campeón insigne, de inmortal memoria.

Aquel, que al Quinto Carlos, que venera  
El Sol, a costa de un afán profundo,  
Porque en un Mundo solo no viviera,  
Le hizo Monarca de otro Nuevo Mundo:  
Como diciendo en sí: Desaire fuera  
En mi Rey, y en mi aliento sin segundo,  
Si teniendo un Cortés la ardiente Zona,  
No se enlazara en ambos su Corona.

Acción heroica, que en rara empresa,  
A cada paso muestra prodigiosa  
Una Proeza gentil, que más la expresa,  
Y una Facción en cada punto honrosa:  
Todo fue fruto fiel, con que embelesa

La atención, su lealtad pundonorosa,  
Donde obraron, con émulo ardimiento,  
Tanto su Espada, como su talento.

Sangrientas Guerras, canto de terribles  
Generosas Cuchillas Españolas,  
Cuyos cortes veneran invencibles,  
Iguales las Campañas, y las Olas:  
Arduos Encuentros, Cóleras horribles,  
Que competirse pueden ellas solas,  
Cuando la furia desprendió sus manos  
Entre Españoles, y entre Americanos.

Cese ya del Mantuano la Quimera,  
Que en la Épica, con docta fantasía,  
Pintó; pues hoy admira verdadera,  
Serie mayor de intrépida osadía,  
Cuyos ecos la Fama vocinglera  
Dio a sus Clarines, porque su armonía,  
Difundida al ambiente en nueva Pompa,  
Fuese animado aliento de su Trompa.

Borren desde hoy los Julios, y Escipiones,  
Alejandros, Pompeyos, y Aníbalés  
De Roma, y de Numancia los Blasones,  
De Cartago, y Farsalia los Anales:  
Que más heroicos célebres Campeones  
Obscurecen sus Timbres inmortales,  
Cuanto va de vencer lo que es factible,  
A reducir al Acto lo imposible.

Calle también la envidia, cuya saña  
Perder intenta las plausibles glorias  
De la siempre feliz triunfante España,  
Por usurparle al tiempo sus memorias:  
Y su orgullo voraz por justa hazaña,  
Transformando en Padrón de estas Victorias,  
Contra sí vuelva, y en venganza grave,  
Nuevo Perilo con su industria acabe.

No eran, como los finge, desvalidos  
Miserables los Indios, y desnudos,  
Pues la malicia los halló advertidos,  
Si acaso fueron al cultivos rudos:  
Ni hizo falta otro estudio, que entendidos,  
Sin él salieron para el Mundo agudos,

Que siempre al mal, que al hombre se adelanta,  
Sobra Doctrina: ¡Así no hubiera tanta!

Ardides raros, choques rigurosos,  
En Militares fieras invasiones  
Pensaron sabios, dieron animosos,  
Dejando envidia, y Fama a sus acciones:  
Y excediéndose en artes belicosos  
Unas a otras, astutas sus Naciones,  
No echó menos en ellos la Milicia,  
Ni la ferocidad, ni la pericia.

A tanto Asunto, Numen más canoro,  
Inflamado en los raptos de la mente,  
Era debido, que con cuerdas de oro  
Cantase asombros de su continente:  
De la docta Hypocrene al sacro Coro  
Precisaba su número cadente,  
Y aún fuera corta Lira en esta parte  
El mismo Apolo, para el propio Marte.

Empeño grave, mas honroso empeño,  
Que aunque Gigante oprima débil hombro,  
No ha de privarle su robusto ceño  
De la Oliva, que emprende justo asombro:  
Negar podrá su Lauro al desempeño,  
Mas el mérito no, y así le nombro,  
Porque no siempre se halla al alcanzarlo,  
Alguna vez se logra al intentarlo.

Sólo impedir pudiera la osadía,  
El admirarlo escrito con esmero,  
De pluma, que venera la Fe pía  
De culto Patrio, y émulo Extranjero:  
Lo que descubrirá en su simetría,  
Con torpe pulso su buril sincero,  
Será en un rasgo su mayor grandeza,  
Pues lo estará tratado aún con bajeza.

No de vil interés ciega codicia  
Mueve en la mano fatigado vuelo;  
La razón, la verdad, y la justicia,  
Le dan impulsos a escalar el Cielo:  
A las Orlas, que sigue la pericia,  
Aspira humilde, cuando más su anhelo,  
Quedando bien premiada su fatiga,

Si grata cumple, lo que amor obliga.

¡Oh! En honor ceda del Autor Divino,  
Y de la Fe su triunfo, en alabanza  
Del Católico Atlante peregrino,  
Blasón, que él sólo merecer alcanza:  
Y en loor de la Nación, cuyo destino  
En ser Escudo de su Ley se afianza,  
Venciendo con arrojo, y bizarría  
La cautela, la envidia, la herejía.

Tu Piéride sagrada, heroica Clío,  
Cuya voz es Imán dulce del viento,  
Con tu furor inflama el labio mío,  
Haciendo menos bronco su conuento:  
Y pues me ofreces para el Canto brío,  
A mi tibieza vístele ardimiento,  
Esté al influjo, con que tu Aura inspira,  
Para Héroe tanto, más capaz la Lira.

Vos, Católico, Excelso, Sacro, Recto,  
Sexto Fernando, de la Fe robusto  
Gran Defensor (que en Gótico Dialecto  
A esto equivale vuestro nombre Augusto)  
Mostrad serena frente al noble afecto,  
Que en metro rinde reverente susto:  
Atended en el plectro repetido,  
Lo que mejor en Bronce está esculpido.

Entre amor, y respeto la fatiga,  
Ni omitir, ni olvidar puede el indicio,  
Que la aparta una vez, muchas le obliga  
Al estudio, que ofrece en Sacrificio:  
¿Qué en esta Historia nuevo habrá que diga,  
Si de aquella no logra el desperdicio?  
Más Víctima pequeña, si se alienta,  
Con repetir el voto se contenta.

Escuchad, pues, benigno, si al cuidado,  
De cuya alta atención dos Orbes penden,  
No impiden leves plumas, que al sagrado  
Afán, hasta escalar el Sol ascienden:  
Por Vos, Señor, emprenden vuelo osado,  
Ansias, que por serviros no se entienden;  
Y pues ellas animan las memorias,  
Oíd de los vuestros inmortales glorias.

En aquella feliz Era dichosa,  
En que el Cielo apagó las turbaciones;  
Que en Europa, imprudente sed celosa  
Forjó en cizañas, y limó a traiciones:  
Cuando la paz con inquietud gozosa,  
Rebosando festiva a las facciones,  
Hizo, a pesar de hidrónicos respetos,  
En los rostros visibles los afectos.

Cuando el Pimpollo de Austria, el Poderoso,  
El Quinto Carlos, triplicó adorado,  
Mural, Cívica Grama, al generoso  
Regio Laurel, de España proclamado:  
Contando Delio al giro presuroso,  
Que el primer Moble en curso ha devanado,  
Del Sol, que en Virgo disfrazar promete  
Años mil y quinientos diez y siete.

Cuba, Isla fértil, que Pensil hibleo  
El Atlántico Mar con Perlas ata,  
Y al apacible arrullo del mareo  
Mece entre cunas de coral, y plata:  
Sujeta al yugo, que Español emplea  
Impuso a su cerviz con mano grata,  
Adoró nuevo Sol en su recinto,  
Con el aspecto del Planeta quinto.

Diego Velázquez (luego adelantado)  
Con blanda Paz la Fuerza gobernaba,  
Que ató Colón, Caudillo celebrado,  
A quien la Fama con razón alaba:  
Aplauso justo, por haber hallado  
Un Mundo Nuevo, donde el otro acaba,  
De cuyo rumbo le dejó las huellas  
Impresas a Cortés en las Estrellas.

En ésta, más que entre las tres restantes  
Islas, que entonces eran conquistadas,  
Santo Domingo, Portorrico, y antes  
La de Jamaica, todas ya repobladas:  
Se difundió el rumor de las distantes  
Tierras, primero creídas, que miradas,  
Pues no es nuevo en los hombres el arrojo  
De creer, no a la verdad, sino al antojo.

En tal sazón Velázquez, asentado  
El crédito común, en Pensamientos  
De mayor Jerarquía va esforzado,  
Al asunto, que elevan sus intentos:  
Ya en sus progresos se haya embarazado  
De tener Superior; que los aumentos,  
Una vez que empezaron la grandeza,  
Fuerza es que sigan su naturaleza.

Para este fin, los Deudos, los Amigos,  
Los Cabos principales solicita,  
Deseando hacerlos cómplices, testigos  
En la empresa, que activo facilita:  
De la felicidad son enemigos  
Los ocios, (dice) y tanto se limita,  
Que cuanto a los sudores acercando,  
Se va de la Pereza retirando.

Nada de valde ha dado, aunque absoluta  
De pródiga la acusan vanos celos,  
Que sus bienes avara los permuta  
A precio de fatigas, y Desvelos:  
Más tal cual vez se hechiza sin disputa,  
Enamorada de atrevidos vuelos,  
Dejándose robar; que, aún con los Reyes;  
La Fortuna también tiene sus Leyes.

¿Qué ha hecho famosos tantos Capitanes?  
¿Qué Héros el Mundo mira Soberanos  
Sino haberla comprado con afanes,  
O haberla arrebatado por sus manos?  
De los Marciales rojos Tafetanes  
La memoria, que buscan los humanos,  
Es la más singular, porque atrevida,  
Se compra a desperdicios de la vida.

¿Cuántos se han entregado a Golfo incierto,  
Por descubrir la altura a su destino?  
El náutico Gabeoto rompió experto  
Al Sur ignoto, Rostro cristalino:  
Emerico Vespuchi encontró el Puerto,  
Que Véneto a su Quilla le previno;  
El Genovés Colón entró triunfante,  
Con el Argos mejor, más adelante.

Pues ¿qué esperamos, cuando el Cielo ofrece

Campo más dilatado a nuestra Espada?  
El alto fin es siempre, el que ennoblece  
La acción, que por sí sola es atentada:  
Notorio es el rumor, con que encarece  
Esa nueva Región tan decantada;  
A conquistarla, cuando allí asegura  
Vida mejor, labrada a la Ventura.

Para esto, pues, dispuestas prevenciones  
Tengo, de Bergantines, y Bajeles,  
Con Pertrechos, Sustentos, Municiones;  
Sólo pretendo Confidentes fieles:  
Con vuestro acero ganaré Pendones,  
Que orden de nuestro César los Laureles;  
Ni en la respuesta puedo poner duda;  
Cada uno es fuerza, que a quien es, acuda.

Encendidos los ánimos aquietan,  
E impacientes las órdenes aguardan,  
A Grijalba por Cabo se sujetan,  
Y sin más detenerse, creen que tardan:  
Montejos, y Molinas, Vasos fletan,  
Los Alvarados menos se acobardan,  
Que como es a medrar, en tal estrecho  
Suple las fuerzas de la mano, el pecho.

Júntase un Escuadrón proporcionado,  
Si fuera para el País, en que se intenta,  
Pues del diestro Piloto, hasta el Soldado,  
A trescientos no llega, si se cuenta:  
Corto parece, más multiplicado,  
Otro guarismo su extensión aumenta;  
Pues cuando España su furor reparte,  
Cada Español Ejército es a parte.

Así a la Empresa corre la fatiga,  
Hasta dejarla con cabal apresto;  
No hay cosa que Velázquez no consiga,  
Cuando hecha Leal con su caudal el resto:  
Y aunque no falta voz falaz, que diga  
Que no fue suyo todo lo dispuesto,  
No le debe borrar la Gloria en suma,  
Informe fácil, u odio de la Pluma.

Al fin, por el aliento, que convoca  
A la esperanza, con mayor fortuna;

Unos a otros se impelen, pues provoca,  
A pocos la Ansia, y a los más la Cuna:  
Ya el Ferro leván de la dura Roca,  
Y a la Espuma entregándose importuna,  
Vuelven la Popa, que a la Mar anhela,  
Y pierden la Isla, con el Remo, y Vela.

Por seguir de Fernández la Jornada,  
Desde Cotoch, a Cozumel descubren,  
Cobran el Rumbo para la deseada  
Costa de Yucatán, que luego cubren:  
Aquí la propia Sangre derramada  
Vierten, con la venganza, que la encubren;  
Que Llaga, que al enojo se convida,  
Siempre está fresca por su misma herida.

Llegan, vueltos al Mar, al caudaloso  
Río de Tabasco, que por dos Gargantas  
Vomita al Golfo, su ímpetu espumoso,  
Ya que hollarle no puede con sus Plantas:  
En él sus Buques cortan el undoso  
Margen, y en sus Riberas, Villas tantas  
La vista finge, que su Fe importuna,  
Más de sí aguarda, que de la Fortuna.

No tan alegres, que no encuentren luego  
En los dos Elementos diferentes  
Prevenidas Cuadrillas, que el sosiego  
Bebiendo están a entrambos Continentes:  
Y con tal aparato en su despego,  
Que en las manos las Armas impacientes,  
Antes que lleguen al horrible estrago,  
Ya están chorreando sangre en el amago.

Mas el Caudillo, consiguiendo aquella  
Admiración, que juzga cobardía,  
La Playa doma, tanto con la huella,  
Como con respetable Artillería:  
Ordena cauto, que no se use de ella,  
Hasta ver de los otros la osadía,  
Cuya acción recatada al ir llegando,  
Viene el mismo silencio publicando.

Por un Bárbaro, diestro en el lenguaje,  
Saber les hace lo que allí pretende  
Mas como es sujeción, y vasallaje,

Aunque bien se percibe, no se entiende:  
La Paz quieren al fin, y no el ultraje;  
Porque ¿a quién pueden (si en razón se atiende)  
Por más que la cultura le despoje,  
Darle a escoger, que lo mejor no escoge?

A la siguiente Aurora, con festivo  
Rumor, la solemnizan, y aclamando  
Al Rey Don Carlos, sólo su expresivo  
Eco, se escucha de uno, y otro Bando:  
Despídese Grijalba; y a su arribo  
Otra costas el gusto va mirando,  
En que el engaño dulces finge Escenas,  
Y los Peñascos pasan por Almenas.

Prosiguen su derrota, satisfechos  
De que al recurso dejan sus Aliados;  
Mayores Islas ven, y en los Repechos,  
Por Capiteles corren los Nublados:  
Así los sueños al amor derechos  
Dejan a los sentidos engañados;  
Y así el afán, en cuanto ansioso busca,  
Con voluntaria ceguedad se ofusca.

De las Banderas en el Río (apellido,  
Que tomó de las muchas, que tenía)  
Más que a las Armas, deben al pulido  
Esmero de extranjera Bujería:  
De los Indios el Oro desprendido,  
Pasa después a Cárcel más impía,  
En que equivoca el culto adoraciones,  
Y Víctima, y Deidad une en prisiones.

Otras Isletas luego, en los indicios  
De poco nombre, tales se divisan,  
Y a la inmediata de los Sacrificios  
Saltan apenas, cuando penas pisan:  
Muestra el horror sangriento desperdicios  
De humanos Holocaustos, que precisan  
A la Parca severa esquivos plazos,  
Y están más vivos, cuando en más pedazos.

No así veloz la Planta se retira  
Del precipicio, que la Cima ofrece,  
Cuando por el Relámpago, que admira,  
La misma luz le asombra, y desvanece:

Como la Escuadra de la infame Pira  
Se aparta del pavor, que la enmudece,  
Que el de la muerte pavoroso filo,  
Es otro idioma, que habla en otro estilo.

Del terreno se mudan detestable,  
No entiendo si se hacen a la Vela,  
Aquel acento, que por formidable,  
Al más dormido siempre más desvela:  
Un Islote descubren, que expectable  
Se hizo después a la Marina Escuela,  
Por seguro, y no grande, que a un empeño,  
Suele ser memorable lo pequeño.

Breve espacio su Cala (retirada  
De aquella Tierra firme) Surgidero  
Capaz enseña, próspera Ensenada,  
Al tardo Buque, y al Timón velero:  
A aqueste, por la voz mal pronunciada  
De un Isleño, en la Costa, que primero,  
En frase de quien reta, habló Culúa,  
La llamaron después San Juan de Ulúa.

Aquí tienen los Nuestros lisonjera  
Noticia, que equivoca lo dudoso,  
Al escuchar, que su Región impera  
Un Supremo Monarca Poderoso:  
Señor de todo el Orbe le venera  
Su Occidental Imperio numeroso,  
Y entre Oro, y Ámbar, con que se perfuma,  
Es Deidad en sus Dioses Moctezuma.

Bien a poblar quisiera detenerse  
El Español; mas viendo limitada  
La Orden, por ella llega a suspenderse,  
Cuando pudiera hacerlo con la Espada:  
Vuelve Alvarado a Cuba, por rehacerse  
Para la Población ya destinada;  
Y él dando al Golfo sus ligeras Proas,  
Surge veloz al Río de Canoas.

Este nombre le dio la valerosa  
Resolución de aquellos Naturales,  
Descargando en los nuestros numerosa  
Lluvia de Plumas, y de Pedernales:  
Con tal intrepidez, que su fogosa

Ira ya los juzgó Triunfos fatales;  
Pues a un Vaso pudieron (fuertes garras)  
Anudar Cables, destrozando Amarras.

Hazaña prodigiosa, si Fortuna  
Les hubiera ayudado; pero luego  
Los Españoles vuelven oportuna  
Carga, y los ciegan con metralla, y fuego:  
Sacuden invasión tan importuna,  
Y siguiendo el alcance con sosiego,  
Tanto ardor ponen, que quedó indeciso,  
Entre fuego, y espumas, tanto viso.

Aún sin ver apagado su coraje,  
Levan las Anclas, toman las derrota,  
Hasta que el paso corta del paraje  
Un Peñol, que es del Mar verde Garzota:  
Promontorio soberbio, que su ultraje  
Venga en el Golfo, cuando más le azota;  
Como que embates fuertes solicita  
Cobrar, lo que usurpado aquel le quita.

Por doblar este Cabo, la paciencia  
Toca el extremo de fatiga impía;  
¡Qué mucho si le hace resistencia  
Escollo rico, que por tal porfía!  
Previendo del peligro la evidencia,  
Que apuró con esfuerzos la osadía,  
Sus protestas renuevan los Pilotos;  
Bien que inducidos con ocultos votos.

Con acuerdo de todos, impaciente  
El General, al disimulo atento,  
Reservando la queja interiormente,  
La vuelta manda publicar violento:  
Discurre desabrida aquella Gente,  
Y en los Buques escaso el alimento,  
Con que por no rogar a presumidos,  
Pone las Quillas en sus propios Nidos.

Pocos días antes Alvarado había  
Soldados, y noticias derramado;  
El despecho Velázquez reprimía,  
Siendo lo mismo, que él había mandado:  
¡Quién en sus obediencias se confía,  
Contra un poder celoso, y obstinado,

A salir bien, si quiere su imprudencia  
¡Calificar delito la obediencia!

Nadie, mirando tales veleidades,  
Podrá acertar, aun cuando más sirviere,  
Pues el mayor en sus felicidades  
Reserva el fin que manda, y que más quiere:  
Sólo conseguirá seguridades  
El que a una de dos cosas se atreviere;  
Que es, esperar gustoso su tormento,  
O adivinar de aquél el pensamiento.

Por no hacerlo le acusa negligente  
Velázquez, en acción tan importante,  
Y mirándolo activo, y obediente,  
En impaciencias tiñe su semblante:  
A su primer designio prontamente  
Mira, enmendando lo que ve constante,  
Porque nadie de su hecho satisfecho  
Está, hasta que a su gusto sale el hecho.

Diez armados Bajelos en el Puerto  
Están para la empresa prevenidos;  
Sólo el temor no encuentra Jefe experto,  
A cuyo cargo vayan conducidos:  
En la nueva elección vacila incierto,  
Temiendo hacer quejosos, o sentidos;  
Mas ¡cómo no ha de estar, si una tardanza,  
Aún al que es más cobarde da esperanza!

¿Qué es lo que pudo hacer? Lo que hizo Duero;  
Ver a Velázquez, hasta que arrestado  
Fíase a Cortés, lo que pensó primero:  
Consigue la estrechez, que declarado  
El Voto, por aquel, le halle el esmero,  
Aún sin juzgarlo; porque así se vea  
Como sube, quien menos lo vocea.

Era Cortés, ¡oh Musa! ¿Qué irritado  
Numen, que opuesto a sí genio Divino  
Tuvo tanto Héroe, para que penado,  
Los rigores probase del destino?  
Esto es delirio, pues si fue envidiado,  
Era fuerza correr este camino;  
Que aunque vence el virtuoso, siempre lidia  
Contra odio, contra engaño, contra envidia.

Sabio el Cielo permite desiguales  
Sucesos, que ejerciten los humanos,  
Porque en la unión de bienes, y de males,  
En nuestro bien se cumplan sus Arcanos:  
Su providencia los dispone tales,  
Que viviendo conformes los Cristianos,  
El dichoso no quede envanecido,  
Ni el infeliz, por serlo, perseguido.

Así Hernando Cortés, en este caso,  
Ambos extremos toca, porque asombre,  
Ver perseguido un hombre al primer paso,  
Que Fortuna le erige alto renombre:  
A la Aura popular sigue el fracaso,  
Con que la envidia le marchita el nombre;  
Pues en lo activo le halla delincuente,  
Y lo ingrato le nota en lo paciente.

Medellín, Villa noble (ya famosa)  
De Extremadura, mereció oportuna,  
Con ilustre ascendencia generosa,  
Prevenirle Blasones a su Cuna:  
Martín Cortés Monroy, casta su esposa  
Catalina Pizarro, a su fortuna  
Principio dieron; fiando a su entereza  
Educación, virtud, celo, y Nobleza.

En la flor de la edad, cuando borrados  
Del Bosquejo los índices pueriles,  
Naturaleza deja retocados,  
Con sazones de Eneros, los Abriles:  
Halló los suyos bien iluminados  
De aquellas buenas Letras, que sutiles,  
Son ingeridas al Entendimiento,  
Vida del Alma, y Alma del talento.

Por fuerza oculta, que en su pecho ardía,  
Y a Marciales estruendos le llamaba  
Un no sé que, que el Alma le decía:  
A la Guerra, a la Guerra se inclinaba:  
¡Oh impulso grande de la simpatía!  
¡Cómo ya el corazón le adivinaba,  
Que en la escuela de Marte había su acero  
De ganar a su Rey un Mundo entero!

Con este fin sus Padres, diligentes,  
A Indias le enviaron, donde gobernando  
La Isla Española, y otras adyacentes,  
Se hallaba un deudo suyo con el mando:  
Sus verdes años fueron tan prudentes,  
Estimaciones, y opinión ganando,  
Que, como Deudo no (¡o fuera el primero!)  
Le atendió Ovando como Caballero.

Pero viendo aquesta Isla sosegada,  
No pudo superior impedimento,  
Ni la Fama a sus manos alcanzada,  
Desvanecerle de su noble intento:  
A proseguir la Guerra comenzada  
Le llevó a Cuba su Marcial aliento;  
Pues pechos como el suyo, no apetecen  
Más honor, sino aquel que ellos merecen.

En breve aquí su Brazo, y su cordura,  
Le acreditaron del mayor en todo,  
Fiando de su conducta la ventura,  
Que su prudencia consiguió con modo:  
En su mano el acierto se asegura,  
Sin que la emulación le encuentre apodo:  
¡Tanto puede Fortuna, cuando intenta  
Ensalzar al Alumno, que alimenta!

Galán, sin los melindres de adornado;  
Valiente, sin alarde presumido;  
Liberal, sin jactancia de envidiado;  
Cortés, con atenciones de entendido:  
Discreto, que habla puro, y no afectado;  
Afable, que no adula por rendido;  
Sobre talle gentil, denuedo airoso;  
Joven edad, y aspecto generoso.

Tanto aplauso ganaron, que ya ufano  
En Nudo Conyugal (no sin empeño,  
Que venció cuerdo) pudo de la mano  
De Catalina Suárez verse Dueño:  
Fue del Gobernador asunto vano;  
Pero cediendo a la razón el ceño,  
Discreto, hasta en amar, dispuso Sabio  
Retornarle en Servicios el agravio.

Noble estrechez, y fiel correspondencia,

Hizo en aquel después, que fervoroso  
Le ofreciese, con grata confianza,  
Entre los Grandes puesto ventajoso:  
Y bien que fuese premio, o conveniencia,  
A que aspira gentil afecto airoso,  
Más que el uno premió con ofrecerle,  
Hizo el otro con sólo merecerle.

Éste era, y así estaba, cuando el Cielo,  
Por sus ocultos juicios, le previno  
Para la acción mayor, que pasmó al Suelo,  
En los arrojos de un feliz destino:  
Y entonces en Velázquez el recelo  
Introduce la Envidia; que es camino  
Trillado el denigrar, cuando se encona,  
Antes la Fama, luego la Persona.

Pluma afirma, que alzado con la Armada,  
Le niega en este Estado la obediencia;  
Júzguelo la razón, cuando enlazada,  
Sin queja en ambos, hay correspondencia:  
No satisfecha, quede despreciada  
Su presunción, pues cuando no hay congruencia,  
Se debe recelar borrón sangriento,  
Si no de la Conquista, del Talento.

Doraba el Sol al Escorpión helado,  
Que si es Casa de Marte belicoso,  
Pudo, quedando de Oro iluminado,  
Lucir benigno influjo más piadoso:  
Con tal aspecto el ánimo alentado  
Del Héroe, en todas partes oficioso,  
Quisiera hallar los brazos de Briareo,  
Y aún fueran pocos para aquel empleo.

Unos aquí de Víveres cargados,  
Otros con Lanzas, otros con Fusiles,  
Llegan a bordo, cuando desalados  
Embarcan los demás sus Escaupiles;  
Allí con Municiones fatigados  
Sudan, aún los alientos juveniles,  
Hierbe el afán, el gusto, hierbe la obra,  
Y si no es el descanso, todo sobra.

Así un Bajel, y otro Bajel se mece,  
Apartada la Quilla de la Arena,

El Cristal se divide, o se estremece,  
Cuando el timón su tez salada enfrena:  
Ya a Cuba de la vista desaparece  
El humo denso, que en el Golfo truena,  
Al pronunciar la Pieza embravecida  
Con retumbante voz la despedida.

Responden los Clarines en la Playa,  
Y de todos la ronca vocería,  
Hasta los Cielos el contento ensaya  
Al buen viaje, que grita su alegría:  
Con Viento en Popa las Espumas raya  
La Armada, cuando el Leste la desvía:  
Ya nada se divisa, y su desvelo  
El Camino del Agua ve en el Cielo.

Corta felice, Capitán glorioso,  
El Mar, que domas hoy Colón segundo,  
Cuando vas a ganarles valeroso  
A Dios un Reino, y a tu Rey un Mundo:  
¡Oh grande España! Mas ¿adónde ansioso  
El Numen se enardece furibundo?  
Arrebató al amor la Fantasía,  
Creyendo que miraba, y no escribía.

Llegan a Trinidad, y en rimbombantes  
Ecos, la Caja da de Marte señas;  
Alístanse, Gonzalos, Escalantes,  
Portocarreros, Dávilas, y Urueñas:  
Los Alvarados cuatro, los Infantes;  
Hernández, Sandoval, Mejías, Peñas;  
Los Velázquez de León, con más concurso,  
Que a dudar más, no deja ya recurso.

Con aquellos esfuerzos, el contento  
A los semblantes brota su confianza,  
Dando la aclamación, y el ardimiento  
Albricias del acaso a la esperanza:  
Cuando fatal un raro movimiento  
De Velázquez revienta la asechanza,  
Pretendiendo en la Habana su porfía,  
Cortar los velos al que ya subía.

Apenas, pues, del Puerto de Santiago  
Huyen las Popas, cuando la cizaña  
Clava sus puntas al primer amago,

Porque siempre al ausente más empaña:  
Ya le llama Traidor, ya juzga estrago,  
El que nació designio para hazaña,  
Y no encontrando la razón indicios,  
Forma el engaño delincuentes juicios.

Violento, porque estaba apasionado,  
Sin buscar la verdad con furia insana,  
Revocó el nombramiento antes firmado,  
Y despachó por él Vela tirana:  
Al fin su intento todo murmurado  
Se vio de los Soldados, y la Habana:  
Que es candidez pensar, que los arrojos  
Puedan cegar la luz de muchos ojos.

¡Qué no sufrió de injustas presunciones!  
¡Qué no sintió de osadías insolencias,  
Poniendo su prudencia en opiniones,  
Dejando su opinión en imprudencias!  
Mas con el pecho igual a las acciones,  
Venciéndose, venció torpes violencias:  
¡Oh grandeza! ¡Oh constancia! Y cuanto encierra  
Aquella, en que os vencéis, honrosa guerra.

¿Cómo tan al principio (generoso  
Caudillo) vuelas con cordura cana,  
Adonde llega apenas perezoso  
Afán, cansado de la edad anciana?  
Mucho es lo que promete el portentoso  
Fondo de una refleja, que temprana,  
Atrás deja más célebres destrezas:  
¡Oh! ¡Cuál acabarás, cuando así empiezas!

Y ¿cómo ha de poder vuelo grosero  
De pluma tan pequeña remontarse  
A Región Superior, donde altanero,  
Del Tonante el Garzón llegó a cegarse?  
Si a tus hechos no alcanza dulce Homero,  
¿Ella qué hará? ¿Dejarlo? No. Alentarse:  
Si aquel no acierta, forma el Silogismo,  
Pues para errar, cualquiera hará lo mismo.

España, tú, mi Rey, hacen factible  
Copia, que fue imposible a mis bosquejos;  
Porque ¿quién retrató lo inaccesible,  
Donde, en vez de colores, ve reflejos?

Mas al Amor, ¿qué cosa fue imposible?  
Al mayor tiene tal, sólo a lo lejos:  
Tengo en sus plumas, si él me da sus alas,  
Lienzo, pincel, matices, luces, galas.

Mano al Retrato, que si suave inspira  
Apolo el Numen, no ha de andar escaso,  
Si al tiento Tabla, si al conuento Lira,  
Pulso, y Voz van por cuenta del Parnaso:  
Que en Proezas de Cortés, que el Mundo admira,  
Aunque pasmado están a cada paso,  
Debe aquel de tributo, dando pruebas,  
Canoro hacerlas en el Metro nuevas.

Desvanecidos los impedimentos,  
Que en cobarde aprehensión el susto abraza,  
Y embarcados copiosos Parlamentos,  
Otras disposiciones cuerdo traza:  
A los nueve Bajelos nombra atentos  
Cabos, la Nobleza no embaraza,  
Porque distingue bien la conveniencia,  
Que a la Sangre le dan ira, y prudencia.

Mientras el plazo llega a la partida,  
Pasan muestra, ocupando sus oficios,  
Con la Espada al manejo les convida,  
Para adiestrarlos en sus Ejercicios:  
Aquí el Mosquete, más allá la Brida,  
A la ofensa, y resguardo dan indicios:  
Quinientos sólo son: ¡valor profundo!  
¿Quinientos hombres a ganar un Mundo?

No cuente Atenas como acción extraña,  
Que venciesen diez mil, con osadía,  
A trescientos mil Persas, que en Campaña,  
En la Batalla Maratonía había:  
Si es uno para treinta, no es hazaña:  
Ésta sí es admirable bizarría,  
Pues a cada uno la India dio valiente,  
A dos millones, y sobró la Gente.

A aquestos, pues, les llega el venturoso  
Día de dar los Vasos a la Vela;  
Del Cielo imploran el favor piadoso,  
Que en causa suya su cuidado cела:  
Alzando Cables, bogan el undoso

Pielago, en donde dura Lona vuela  
Tan veloz, que sus Quillas juzgó graves  
Neptuno, tal vez Nubes, tal vez Aves.

Ufanos doman la robusta espalda  
Del Seno Mexicano, que apacible  
Muestra en los rizos Copos de su falda,  
Que aún el Diamante sabe ser flexible:  
Mas pasando su Armiño a verde Gualda,  
Y entumeciendo poco a poco horrible  
Su faz rugosa, tímido se alienta,  
Adelantando el susto a la tormenta.

Eolo desata de su Gruta opaca  
El voluble Escuadrón, que en silbos ronc  
Rompe los Montes, con que más lo atraca,  
Y Escollos parte, cuando vuela Troncos:  
Retirase el Alción de la resaca,  
Busca el Echeneis los Peñascos broncos,  
Y los mudos Delfines testifican  
El tiempo, que, avisados, pronostican.

Brama helado Aquilón, y con Nublados  
Densos, manchando la Región vacía,  
Deja con negras sombras anegados  
La Tierra, el Mar, el Mundo, el Cielo, el Día:  
Al estruendo vacilan desquiciados  
Ambos Ejes a tanta batería,  
Y en ellos el Celeste Pavimento,  
Ya titubeante, disputó el asiento.

Al Atlántico enviste proceloso  
A trasegar en sus ocultos senos  
De Amphitrite el Palacio Cavernoso,  
Donde Ovas lame, si fulmina truenos:  
Éste, encrespando rizos espumoso,  
Diáfanos Montes mueve de ira llenos,  
Y por tragarle, cuando lo sofoca,  
De Cristal abre la cerúlea boca.

Volcán de Plata, que a la ardiente llama,  
Con que el Bóreas el vientre le alimenta,  
Preñado del ardor en que le inflama,  
Por bocas mil intrépido revienta:  
Cuanta Concha, Coral, Ova, y Escama  
Guardó en sus Lamas, al Impíreo avienta,

Siendo la Nieve, que en sus Ondas riza,  
De espuma cana cándida ceniza.

No sólo ya las gotas, y Corales  
Al Huracán colérico le arroja,  
Al ver que desgajado en sus raudales,  
Su Cerviz trunca, si su Espalda moja:  
Con erizadas Picas de Cristales,  
Las Nubes y los Vientos desaloja,  
Y cuando Aguas con Aguas se conmueven,  
Llueven los Cielos, y los Mares llueven.

El Golfo brama, y entre los Moncayos,  
Que forma hinchada tanta dura Roca,  
Del Aire anega los flamantes rayos,  
Que ráfagas de Luz su ira provoca:  
El reflejo, que bebe en sus desmayos,  
Relámpago brillante le sufoca,  
Y del trueno ominoso el estallido  
Le responde con ecos de bramido.

Así turbado el Seno Mexicano,  
En undoso Sepulcro sumergido,  
Dejar presume del valor Hispano  
El Velamen, dos veces oprimido:  
Ya deshecha la Armada mira en vano  
Cortés, su celo, su fervor perdido,  
Y entre Sirtes, vaivenes, y asechanzas,  
Anegadas en flor sus esperanzas.

Como suele veloz Pirata errante,  
Calzando Velas de ligera Pluma,  
Escarar el Cenit tras la volante  
Garza, y bajarse con violencia suma:  
Tal en las Ondas tanta Naufragante  
Popa, con alas de salobre espuma,  
Mide impelida, sin Timón, ni Entenas,  
Del Cielo Signos, de la Mar Arenas.

De Ordaz la Aguja, con el Mástil roto,  
Del Abismo registra las Centellas,  
Mientras Morla, sin Vela, ni Piloto,  
Con los Escollos parte sus querellas:  
Sube el Buque de Olid el alboroto,  
Hasta herir del Zodiaco las Estrellas,  
Cuando Escalante, sin Bauprés, ni Quilla,

Ruina es del Noto, si de la Agua astilla.

Saucedo allá, con el costado abierto,  
Rendido del Mastelero, está anegado;  
Ginés desarbolado mira cierto,  
Que no hay ramas a asirse el desdichado:  
Buscando aquí por Arrecifes Puerto,  
Se arrojan los de León al Mar a nado,  
Echando al fallo, que el destino fragua,  
Si no el aliento, vida, y pecho al Agua.

Quéjense al desprenderse con crujidos  
Del Vaso fatigado los fragmentos;  
Pero no es mucho, no, que den gemidos,  
Que hay también insensibles sentimientos:  
A las Tablas los Náufragos asidos  
Mezclan sus quejas con Espuma, y Vientos,  
Que mal, o apenas del dolor, se escuchan,  
Y brazo a brazo con la muerte luchan.

Ceden al Temporal, Bajos trasiegan,  
Sin navegarlos, ni esperar bonanza,  
Cuanto proejando al Suerte se despegan  
De tanta Sirte, que irse a pique afianza:  
Viran a un lado, y otro, y no sosiegan  
Las Faenas, engañando la esperanza;  
Y cuando estre las Escilas no se ahogan,  
En Vergas nadan, y en Obenques bogan.

Sólo la Capitana voltejeando,  
Ni a sí se olvida, ni a los otros deja;  
Aquí acude al que mira zozobrando;  
Allí al remolque trae al que se aleja:  
Allá la Entena a los que están nadando  
Arroja, y con el tiempo se aconseja,  
Hasta que ve de todos la alegría  
El Mar sereno, como claro el día.

Cual confusos, pasado el terremoto,  
Que asoló las Almenas, y Colinas,  
Se levantan los Hombres de su roto  
Edificio, que lo es sólo de ruinas:  
Y acudiendo con uno, y otro voto  
A celebrar piedades peregrinas,  
Parabienes se dan, y discursivos  
No se ven muertos, y se dudan vivos.

Alzando así los ojos, y los brazos  
Al Cielo, dan albricias de su suerte:  
Convalece el temor, y en los pedazos  
De rotos Leños, surta está la muerte:  
De Faenas mudan, enmendando a trazos,  
Con que el gusto en trabajo se convierte;  
Mas no es fatiga, no, ni aún repetida,  
La que vale no menos, que la vida.

Aquí suda el afán con el Trinquete;  
Allí en la Bomba la pujanza gime;  
Allá aferran la Gavia, y el Juanete;  
La mayor adelante a otros comprime:  
Acá del Espolón al Gallardete  
Concluyen otros, y lo que redime  
La mano, no es la vida que alimenta,  
Sino el darle que hacer a otra Tormenta.

Decayendo, por fin, algunos grados,  
Con el impulso de la gran corriente,  
En poco tiempo llegan avanzados  
De Cozumel al tosco Continente:  
Nombre, que, entre otros Dioses celebrados,  
Dio a la Comarca Cozumel valiente,  
Cuyas arenas nuestra Armada toca,  
Antes que con la planta, con la boca.

Ya estaba allí Alvarado, que impelido  
Del furioso Brumal llegó primero,  
Y por haber sus senos inquirido,  
En fuga puso todo el País guerrero:  
Acusale Cortés lo inadvertido  
Con un mirar no más, que lo severo  
A aquel, que de sus frases se halla ducho,  
Con la acción más pequeña dice mucho.

Suelta los Prisioneros con el Oro,  
Que trajeron del Templo los Soldados,  
Y con esto les crece más decoro,  
Si hacerlos quiere desinteresados:  
Ellos, viendo el amor, donde el desdoro  
Tan poco antes los tuvo derramados,  
Repiten obsequiosos rendimientos,  
Y a ver los suyos pártense contentos.

En el Pueblo a la Costa más vecino  
Hacen Alojamiento, entretanto  
Que del Naufragio grande, y del camino,  
El ocio disminuye su quebranto:  
Y antes que vuelvan al embreado Pino,  
Discreto entre el desprecio, y el espanto,  
Cuando más la atención su voz espera,  
Los alienta sagaz de esta manera.

Bien, Amigos parciales, Compañeros,  
El Mundo nos notará temerarios,  
Si los empeños, que nos traen guerreros,  
Se gobernasen por sus juicios varios:  
Del Cielo Santo pródigos esmeros  
Nos conducen por rumbos tan contrarios,  
Que vemos en su aliento claramente,  
Toma por instrumento a nuestra gente.

Así lo dicen las persecuciones,  
Que a gotas del sudor quedan vencidas,  
Por más que lisonjeras impresiones  
Quieran honra, y empresa deslucidas:  
Si alto Brazo dirige las acciones,  
En las dificultades ya corridas,  
Creer que disipe las demás debemos,  
Cuando la gloria suya defendemos.

Su Causa, pues, y la del Sol Iberio,  
Nuestro Augusto Monarca, nos alienta  
A tan grande Conquista, que al Imperio  
Romano ha de causar pasmo, o afrenta:  
Llamarla fácil fuera un impropio  
De hazaña tanta, que el arrojo intenta,  
Cuando por mucha, que la juzgue el Sabio,  
Cabrá en la Espada; pero no en el labio.

Combates nos esperan rigurosos,  
Asfaltos, y Batallas desiguales,  
Graves Lides, Ejércitos copiosos,  
Y de sed, y hambre no pequeños males:  
Nosotros a nosotros valerosos  
Nos necesitaremos, como tales,  
Y aún a todo el valor será terrible  
Después, lo que pasado vio posible.

Acostumbrados a vencer valientes

Estáis en esas Islas conquistadas,  
En donde están brillando relucientes  
Las Cuchillas, de Púrpura bañadas:  
Pero hoy es menester armar ardientes,  
Con esfuerzo mayor, nuestras Espadas;  
Que para tanto empeño no es extraño,  
Que esté la prevención a su tamaño.

Pocos somos, mas no hace consecuencia  
El número al valor, cuyos crisoles  
Afinados se ven a otra experiencia,  
Que ya paró del Cielo los Faroles:  
La unión nos multiplica, y la prudencia;  
¿Y qué? ¿No basta seamos Españoles,  
Cuyo acero veneran reverentes  
Del Orbe todo sojuzgadas Gentes?

Uno será el consejo, que eligiere;  
Una la mano, que lo ejecutare;  
Igual la adversidad, que se sufriere;  
Común la aclamación, que se ganare:  
Seguro el todo de uno sólo espere,  
Y cada uno lo más, que otro alcanzare;  
Esté fatal la suerte, u oportuna,  
Una ha de ser en todos la Fortuna.

Vuestro Caudillo soy, mas el primero  
Seré en aventurar noble le vida,  
En la facción, y en el asalto fiero,  
Hasta dejar la gloria conseguida:  
Más que en mis voces, que tengáis, espero  
En mis manos el Orden, que convida;  
Pues si a pensar, y a obrar llegare el plazo,  
Será eco propio de la Frente el Brazo.

No parezca confianza lisonjera,  
Que hace la presunción siempre engañada;  
La certidumbre, que hago verdadera,  
Es tener a mi lado vuestra Espada:  
En ella sólo mi arrogancia espera,  
Para verla del todo asegurada;  
Empeñado contemplo vuestro brío,  
Pues dél aguardo más, que de mi fío.

Aquí llegaba, cuando a breve rato  
Los Isleños, en tropas divididos,

Asegurados del afable trato,  
Hasta el Cuartel se acercan comedidos:  
¿A quién no da valor un rostro grato?  
Estos lo afirman, porque reducidos  
Probaron, que a rendir el Mundo todo,  
No hay modo más seguro, que el buen modo.

Así pasó, pues oficiosamente  
Pareció, con bizarro lucimiento,  
Su Régulo, o Cacique (así su Gente  
Le llama) a celebrar su cumplimiento;  
Común carácter de su Continente,  
Si de Indios es a la verdad violento:  
El Indo en la Oriental da con decoro  
Piedras, y Aromas; éste Plata, y Oro.

Entre el confuso estruendo, y algazara,  
Con que el vulgo sus gustos acaudilla,  
En un Isleño la atención repara  
Idioma extraño, por ser de Castilla:  
Así se supo, con fortuna rara,  
De un Español cautivo, que en la orilla  
Opuesta, en Yucatán, tiraba apenas  
Presa su libertad en sus cadenas.

Con parecer del Régulo discreto  
Apresta a Ordaz, con prevención, y Gente,  
A ver si efecto puede hacer secreto,  
Que mejore el destino en un ausente:  
Sus Vasallos el Príncipe sujeto  
Da, porque lo consigan cautamente,  
Y pretextando va a un Templo vecino,  
Toma lengua, y se avanza en su camino.

En un Cuadro, que a docta Arquitectura  
Labró un Cíncel con tarda simetría,  
En donde lució fiera la hermosura,  
Que en uno, y otro Jaspe parecía:  
Con rostro humano la mortal Figura  
Del fatal Cozumel se descubría,  
Tan feroz, que el más necio, el insensato,  
Sacó el Original por el Retrato.

Con un blando desprecio el Héroe afea  
Ara, Templo, Deidad, y Sacrificio;  
Y aunque aquel su amistad sólo desea,

Teme dar a los suyos tal indicio:  
El Sacerdote entonces, que se emplea  
En su culto, temiendo más perjuicio,  
Al Español intima fin sangriento,  
Si el Simulacro ve su atrevimiento.

Enardecido con cristiano celo,  
Hace seña a los suyos, y a su arrojo,  
El Ídolo en fragmentos por el suelo,  
Fue mayor triunfo, cuando fue despojo:  
Unos a otros se admiran de que el Cielo  
Mudo, no dé señales de su enojo,  
Y viendo lo que tarda, con baldones  
La adoración trasladan a irrisiones.

Soberbio Lucifer, irás bramando,  
Al irse sus Estatuas deshaciendo,  
Se estrelló en el profundo, reventando  
Porque su Majestad iba perdiendo:  
A sus Legiones asombró, anunciando  
El exterminio de su Imperio horrendo,  
Al ver que España, que sus fuerzas doma,  
En causa de la Fe las armas toma.

Esta piadosa acción fue la lumbrera,  
Que en su barbarie desterró su muerte,  
Y ellos mismos de la Ara hasta la hoguera,  
Dieron Deidad, que en humo se convierte:  
Purificado ya, fue la primera  
Casa, que mejoró feliz su suerte,  
Cuando en lugar del Ángel homicida,  
En él triunfó la Madre de la Vida.

Festivos todos, cuando Febo dora  
El matutino albor, que tierno avisa,  
A la del Sol increado pura Aurora,  
Devotos cantan la primera Misa:  
Aquí la Fe su protección implora,  
Pues en benignidades se divisa,  
A oblación, que le da temprano fruto,  
Como Primicia de mayor tributo.

## CANTO II

*Habiendo salido de Cozumel, vuelve a él por un suceso extraño, y recoge a Jerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatán, necesario instrumento a la empresa, por la práctica en los extranjeros idiomas de la América. Hácese al Mar, gana a Tabasco, surge al Puerto de San Juan de Ulúa, y desembarca en la Costa de la Vera-Cruz. El General, y el Gobernador de Moctezuma le visitan, por descubrir el fin de su arribo. Varias conferencias, que tuvieron sobre la Embajada, hasta llegar el Bárbaro a prorrumpir el rompimiento. Desabridos por esto algunos Soldados, claman por Cuba, y con la amistad, que ofrece el Señor de Zempoala, los sosiega. Hácese la Población, y en su yuntamiento, renuncia el Bastón de General, por la flaqueza de jurisdicción, y la Villa le elige por el Rey. Gana la Provincia de Quahuistla, y hace otro Templo en Zempoala. Con castigo de algunos sediciosos, que determinaban huirse en un Navío, resuelve dar al través con la Armada, para cerrar el paso a la fuga, y lo ejecuta con heroica resolución.*

### *Argumento*

*En Cozumel encuentra al Prisionero,  
Principal instrumento a su destino:  
Llega a Tabasco, ríndele a su acero,  
Y surge a Ulúa su nadante Pino:  
El Monarca resístese severo  
A su vista, abre el Cielo otro camino,  
Y estando ya la Población fundada,  
Por morir, o vencer, rompe la Armada.*

La mentida Deidad, que a los humanos  
Embelesados tiene los sentidos,  
Cuyos anuncios dulcemente vanos,  
O mal, o tarde, o nunca son cumplidos:  
La que brindando bienes a dos manos,  
Da al corazón mil sustos repetidos,  
Y al descubrirse muestra su Figura,  
Cerca fealdad, y lejos hermosura.

Aquella sombra, Imán de los empleos,  
Que halaga con lo mismo con que hiere,  
Por quien inquietan tanto los deseos,  
Y ausente vive, si presente muere:  
Nutriz de la pasión, que en devaneos  
Da afanes tristes, si delicia infiere,  
Cebo de las potencias, que enajena,  
Fingida gloria, verdadera pena.

Pintora peregrina, que en bosquejos  
Aumentando su falsa Miniatura,

Pone claros los gustos, que están lejos,  
Y obscurece la cierta desventura:  
Dos veces aparente en sus reflejos,  
Al bien que falta, y al pesar que dura,  
La que todo lo puede, y nada alcanza,  
El engaño más dulce: La Esperanza.

Esta, pues, ilusión, que el Mundo afecta,  
Como inviolable Ley supersticiosa,  
Que siempre en posesión es imperfecta,  
Cuanto esperada nunca defectuosa:  
Emperatriz, que oprime con cruel Secta,  
Del Palacio al Redil, sed ambiciosa,  
Pues todos en el Alma la reciben,  
Y en ella mueren, y por ella viven.

Como prisión del bárbaro apetito,  
Ampliando los dominios al aprecio,  
En el Discreto su poder finito  
Hace muy poco menos, que en el necio:  
Nadie se escapa de su injusto Rito,  
Por más que el Seso vista en su desprecio,  
Si el Prudente, que en ella menos fía,  
Le rinde parte de su fantasía.

De esta suerte del Héroe valeroso,  
Como del pecho de sus Castellanos,  
Aprisionó Potencias al sabroso  
Ápice, que pretenden los humanos:  
Fiados en ella, sin que lo engañoso  
De sus prometimientos fuesen vanos,  
Ideados faustos veían en bosquejos;  
Pero ¿qué habían de ver, si era de lejos?

Con ésta, en fin, de Tetis la Campaña  
Cortaba quieto, si festivo labio,  
De que el primer auspicio de su hazaña,  
De la Fe fuese grato obsequio sabio:  
Y también lastimado por la extraña  
Vuelta de Ordaz, que no vengó el agravio  
Del oprimido, pues caló confuso,  
Sin conseguir lo que alcanzar propuso.

Los Tafetanes, devanando el Viento,  
En sus tintes las Auras inundaban,  
Mientras las Popas en hondable asiento,

Ballenatos de Roble se juzgaban:  
Gallardetes, y Quillas a igual tiento,  
Entre Conchas, Céfiros bogaban,  
Equivocando en ráfagas, y espumas,  
Del Mar Sirenas, y del Aire Plumas.

Así las Gavias en la faz salobre  
Seguían su rumbo, cuando disparando  
Escalante, les hace que recobre  
La altura, que cada una va tomando:  
El bruñido Cañón de embreado cobre,  
Preñado de Agua, y Aguas vomitando,  
Grita en la Bomba, que en el Golfo truena,  
Y a voces de Cristal pide carena.

Izan a Cozumel, y los Isleños  
El Carcax previnieran con el Arco,  
Extrañando la vuelta, si sus dueños  
No sujetasen uno, y otro Barco:  
Mas sabida la causa, otros empeños  
Toman para ayudar al desembarco,  
Y en ellos firman con su diligencia,  
Lo varia que es la humana permanencia.

Llegan los otros Buques, cuya Gente,  
O ya el Bajel, o ya a la Playa salta,  
Para hacer la maniobra diligente,  
Que en los resquicios por las Cintas falta:  
Al punto en Botadores prontamente  
Le acuestan, y a la orilla la Borda alta  
Descubren, para ver que se sujete  
Todo un Mar, que bosteza el Guimbalete.

Aquí la estopa, con ardiente Tea,  
Tenaz entre taladros se apresura,  
Hasta que el Alquitrán, que ardiendo humea,  
Ciega, y atraca Bromas, y Juntura:  
Incorporada con la tosca Brea,  
La Carena le emploma, y asegura  
Con más ajustes, porque la examina  
Agua fuerte, por mucha, y por vecina.

Mientras así el trabajo está empeñado,  
Cortés cortés al Régulo visita,  
Y al disimulo (que es mayor cuidado)  
Da la atención al Templo que la excita:

Llegan juntos, y al verlo aderezado,  
Justos recelos la prudencia quita;  
Que aunque laudable fue lo prevenido,  
Es mejor la advertencia en el descuido.

Al Cuarto Sol, hallándose dispuesto  
Todo para el abordó, les avisa  
Un Centinela, que en el Golfo opuesto  
Armada de Piraguas se divisa:  
Así llaman al Vaso, que compuesto  
El costillar sin Vela, o Cortapisa,  
Por ambos lados tiene Popa, o Proa;  
Unos Lancha, o Falúa, otros Canoa.

Ordena a Tapia, que emboscado espere  
Con pocos de los suyos, pues en tierra,  
La prevención de flechas les infiere  
A Cozumel socorro, y a ellos guerra:  
Embístenles los nuestros, cuando quiere  
Huir la Patrulla, que la Playa cierra;  
Mas un Bárbaro de ellos no se espanta,  
Y con valor a todos se adelanta.

Con los brazos abiertos, sin embozo,  
Y con mal pronunciado Castellano,  
Dando indicios alegres de su gozo,  
Se jacta de Español, y de Cristiano:  
En todos se renueva el alborozo;  
Más que las voces, habla allí la mano,  
Satisfechos de que es el Prisionero,  
Por quien fue a Yucatán Ordaz Velero.

El adorno galante del Plumaje  
Más airoso le pule lo desnudo,  
Cuanto el bárbaro estilo de su traje  
Le deja en sí, y en el Idioma rudo:  
Tan bozal en el uso, que el lenguaje  
Le acierta a pausas, o le corta mudo,  
Cual suele tierno infante balbuciente  
Decir en medias voces lo que siente.

Jerónimo Aguilar era su nombre,  
Y el Sacro Diaconato le subía  
Al supremo carácter, que hace al hombre  
Mayor, que el Serafín en Jerarquía:  
Ocho infelices años el renombre

De esclavo tuvo, con fortuna impía,  
Cuando por el Darién, que al Golfo inquieta,  
Le marcó en Alacranes la Goleta.

Éste, con otros veinte Compañeros,  
Dieron en Yucatán entre los lazos  
De Indios, que hicieron lágrimas más fieros,  
Que Montaraces, fértiles Ribazos:  
Procurando escapar golpes severos,  
Con su industria Aguilar hizo pedazos  
Una Jaula, en que preso padecía,  
Hasta llegar su más temido día.

Prófugo, desarmado, peregrino,  
Buscaba los Desiertos retirado,  
Y halló sin elección aquel camino,  
Que sigue huyendo, quien resiste a Hado:  
Entre nuevos Caribes el destino  
Le presentó, no en esto desdichado,  
Pues por ser de los otros enemigos,  
Fueron con él benignos, si no amigos,

Sirvió a su injusto Dueño, padeciendo  
Diferentes fortunas su constancia;  
Mucho al principio fue el sudor creciendo,  
Mas siempre le excedió la tolerancia:  
Pagado de sus partes, fue cediendo  
El rigor, y él ganando vigilancia;  
Ocupole mejor reconocido,  
Y desde Esclavo, le subió a Valido.

Muerto el Régulo, a su Hijo lo encomienda;  
Y éste al precepto paternal atento,  
Con más amor le trata, pues la rienda  
Del gobierno le dio su valimiento:  
En este punto le llegó la ofrenda,  
Que de su libertad fue el instrumento;  
Consiguiola feliz, y en tiempo breve  
Halla a Cortés, a quien la vida debe.

Así encamina Sacra Providencia  
Grandes disposiciones, que casuales  
Parecen a la humana diligencia,  
Siendo de su poder empeños tales:  
Mas de sus labios fines la congruencia  
Correr los deja, como naturales,

Al modo que el Pintor, entre bosquejos,  
Con sembrar manchas, va puliendo lejos.

Mirando al Adalid, mas no conoce  
Lo que el Cielo su causa favorece;  
La piedad hace al gusto, que reboce  
Al bien, que entre celajes se aparece:  
Publica la Jornada, y reconoce  
En Yucatán el Cabo, que se ofrece  
Del Cotoch, y proejando a la derecha,  
A Champotón toda la Armada flecha.

Aquí arribara su gentil arrojo,  
Por dar satisfacción a su venganza,  
Si contra su violencia tanto enojo  
No impidiera del viento la mudanza:  
Hasta el Río Grijalba, Lino rojo  
Adula al Aire, porque va en bonanza;  
Y para que ésta corra sin tormento,  
Sola una cosa pide, que es buen viento.

Aferrados los Buques de más porte,  
En los Esquifes para el Río capaces,  
Manda pasar la Gente, en cuyo importe  
Libra de su valor pasos audaces:  
Y unada Escuadra rompe undoso corte  
De tal garganta, cuando los falaces  
Indios, contra la Paz capitulada,  
A aquel bosquejo dieron pincelada.

Poco a poco se vienen acercando,  
Los unos con pericia prevenidos,  
Y con rumor los otros, que atronando  
Anegan el ambiente en alaridos:  
Mas ningunos embisten, que acechando,  
Se quieren mejorar en sus partidos,  
Cual diestro Atleta, que en el Circo experto,  
Cuanto se tarda, golpe da más cierto.

Interpreta Aguilar tanta amenaza,  
Y el Caudillo el aviso con viveza,  
De la Piedad del Cielo, cuya traza  
Favorable, a mirar confiado empieza:  
Obra la prevención, con que rechaza  
Voces, que se perciben con braveza;  
Porque para construir necios arrojos;

Sobra cualquier lección, bastan los ojos.

Claro están, que quisiera providente  
No empezar en Tabasco su Conquista;  
Pero el empeño manda fuertemente,  
Que la insolencia al Bárbaro resista:  
Y porque ya en la tumba de Occidente  
Rayos, y sombras ciegan a la vista,  
Quiere, antes que el furor se desabroche,  
Consultarlo al acuerdo, y a la noche.

En ella pasan luego los Soldados,  
Culebrinas, Terciados, y Fusiles,  
Con los flexibles Petos apuntados,  
Que en Arnesees quedaron en Escaupiles:  
Noble defensa, que dejó borrados  
Del Pyracmón Cíclope los buriles,  
Con que grabó en el Etna gentil Arte  
Acicaladas Armas para Marte.

En el principio (dice) belicosos  
Adalides, está el ardor que os llama;  
Aquí reputación de valerosos  
Se ha de ganar, que es la primera Fama:  
Vuestra misma Nobleza haga, que briosos  
La sangre que en Tabasco se derrama,  
Difunda nuevas a los escondidos  
Países, en que al temor estén vencidos.

No presumáis, que aquí ha de sepultarse  
Lo que el valor hiciere, porque tiene  
(A más de que en el Orbe ha de aclamarse)  
Segundo influjo, que a su ser conviene:  
Siempre el que vence llega a colocarse  
En el grado mayor, que otro previene,  
De tal manera, que le ve primero  
Vencedor en su fama, que en su acero.

¿Ni qué puede impedir, si aspecto muda  
De la vaina en las manos la Cuchilla?  
A vencer vamos, cuando el Cielo ayuda,  
Y el Austriaco sus Tropas acaudilla:  
En poder de Españoles ya desnuda,  
El Mundo es poco, si su ceño humilla;  
A ganar en las Proezas, y en las Almas,  
Al Rey Coronas, y a la Iglesia Palmas.

Así infundía el Extremeño Alcides  
En los suyos sus ímpetus marciales,  
Porque mejor que en Menfis sus Bellides,  
En América fuesen más letales:  
Prudente en el ingreso de sus Lides,  
Por lo que vale puso esfuerzos tales,  
Conociendo que el crédito ganado  
Tiene, para vencer, lo más andado.

Ya en Transportines de Alabastro, y Grana,  
La Esposa de Titón, en el Oriente  
Se asomaba parlera, al Lecho ufana,  
Corriendo su Cortina reluciente:  
En el Balcón dorado, a la mañana,  
Con bostezos de Aljófár transparente,  
En labios, y ojos, barajada prisa,  
Equivocaba lágrimas, y risa.

Del flamígero Carro el blanco Etonte  
Uncido a la Coyunda reverbera,  
La línea hollando, que midió Faetonte,  
Cuando atrevido requirió la Esfera:  
Con rubias hebras de uno, y otro Monte,  
La verde greña borda, de manera,  
Que cuanto al Mundo dora en breves giros,  
Va trillando en la Zona de Céfiros.

Entonces, pues, rompiendo van el Agua,  
Y a entrar comienzan, cuando a poco rato,  
Ocultando las Ondas, se desagua  
En los armados Indios el rebato:  
La inundación de tanta infiel Piragua  
Se sorbe al Río, cuyo curso grato,  
Gime oprimido de una en otra Roca,  
Porque otro Mar de Leños lo sufoca.

A la razón rendido, u obligado,  
O para más tenerla de su parte,  
Manda a Aguilar que vuelva, quien negado  
Halló su acento, por el vivo Marte:  
Seña hacen de vestir, y atropellado  
Punto, y furor, tan presto se comparte,  
Que disparadas al Cordón derechas,  
Nuestros Vasos zozobran en sus Flechas.

Apresúrase breve la defensa  
Al descuido, que causa su confianza,  
Y librando en las Armas nueva ofensa,  
Hacen del mismo golpe su venganza:  
Entre el Fuego, y el Agua no dispensa  
Medio la Parca, que a su cruel Balanza,  
Al que el incendio sube sin herida,  
El Cristal contrapesa de corrida,

En la invasión descubre un cañonazo  
Vado, para salir a la Ribera;  
Saltan a la tierra, donde el embarazo  
Mayor en los Pantanos persevera:  
Aquí los Tabasqueses, que al esguazo  
Libres se acercan, con unión guerrera,  
De las Tropas segundas en que asisten,  
Con sólo detenerlos, los resisten.

Mas vencida la Playa cenagosa,  
Fórmanse en Escuadrón nuestros Infantes,  
Contra la inmensa fuerza numerosa,  
Que en la Campaña crece por instantes:  
A la Villa destina populosa  
A Dávila, con cien de sus Volantes,  
En tanto que a los otros lo sangriento  
Por los ojos les mete el vencimiento.

Perdida la ventaja del Terreno,  
En que con pertinaz furia confían,  
Retirándose van, mirando ajeno  
El Sitio, que por ella mantenían:  
Dávila penetrando el verde Seno,  
Se ve atajado de los que salían  
Por las espesas ramas, que trasiega,  
Y a ella, poco después que el Jefe, llega.

Mural Cadena de robustos Troncos,  
Con engace tenaz fortificada,  
La deja en tal postura, que en los broncos  
Robles hace Troneras, y Estacada:  
En los Baluartes de madera, roncós  
Ecos da la Bocina acelerada  
Del Centinela, y en la angosta brecha,  
Sin que lleguen, el paso les estrecha.

Al mirarla el Caudillo, hizo la Antara

(Militar Caracol) sonora seña,  
Y entre Macanas Flechas, y algazara,  
Para la resistencia más empeña:  
Afrontándose a todos con avara  
Sed de sangre enemiga, que desdeña,  
Destroza sus plumados Escuadrones,  
Por tremolar en ella sus Pendones.

En aquel Pueblo, dijo, y con la Espada,  
Como en acción de rebanar el Viento,  
El rostro, y brazo vuelve a la asignada  
Parte, y prosigue su razonamiento:  
En aquel Pueblo, que es su retirada,  
Será esta noche nuestro Alojamiento:  
En él se esconden los que fugitivos,  
De tantos muertos escaparon vivos.

Esa frágil Muralla, que a su miedo  
Engaña más, que sirve a su defensa,  
Sea (destrozado su frondoso ruedo)  
Antes que nuestro Brazo, propia ofensa:  
A seguir la Victoria, y el denuedo  
Prosiguió lo demás, a cuya intensa  
Fuerza, llevando el ejemplar delante,  
Con la mano les dijo lo bastante.

Cual al Redil incauto desalados,  
Afilando el Marfil de sus colmillos,  
En las sombras devoran apiñados  
Hambrientos Lobos, tiernos Corderillos:  
O cual Tigre, que encuentra destrozados  
Los miembros del Cachorro en los Tomillos,  
Acomete sangrienta a los ventores  
Canes, y aún a los mismos Cazadores.

Tal con Espada en mano les envisten,  
Inflamando el valor, y en las Rodelas  
Queiebran los Dardos, con que les resisten  
El tránsito, celosas Centinelas:  
Para el resguardo, y el asalto asisten,  
Y rompiendo al Abeto verdes telas,  
Ingieren el Pendón, que enarbolado,  
Brotó Laureles, aún recién plantado,

A la Plaza interior la retirada  
Última buscan los Paisanos luego,

Y a este destino forman Estacada,  
Que a otra Fuerza menor diera sosiego;  
Pone en tierra el Cañón su aparatada  
Máquina, dando nutrimento al Fuego,  
Y postrados Baluartes, y Peñoles,  
Queda Tabasco por los Españoles.

Sin embargo, cuarenta mil plumadas  
Frentes, al día siguiente erguido ostenta,  
Tremolando en Penachos, y Celadas,  
Cuantas sirvieron al Pavón de afrenta;  
Al avistarse, con desentonadas  
Voces, más que los oídos, amedrenta  
La tolerancia, cuando repetidas,  
Con ser bien dadas, son mal recibidas.

El fuego, el humo, el polvo, la algazara,  
La Alma, la vista, el viento, la paciencia,  
Rompen, talan, anegan a la rara  
Furia de tanta Militar demencia:  
Diestro Portocarrero, no repara  
En tanta multitud, pues su violencia  
Estrenó en Maila, (de ellos tan temido)  
Y en dos mitades lo dejó partido.

A Tetonón intrépido Carrasco,  
Haciendo vanidad de sus excesos,  
Tan recio lo estrelló contra un Peñasco,  
Que en él la Frente le estampó, y los Sesos:  
Y como los Mostachos con el Casco  
Allí quedaron, sin chorrear, impresos,  
Lo sacó tan al vivo, que su Cara,  
Con un pincel mejor no la pintara.

A lo más apretado del Combate,  
La Espada llega, que Mavorte envidia,  
Y en el puño de Hernando se rebate  
A las Escuadras, con que diestro lidia:  
Del furor, que en su pecho oculto late,  
Testigo hace del Indio la perfidia,  
Tan ágil al herir, que cercenando  
Solamente Cabezas va segando.

¡Cuántos Cuerpos sin ellas vacilantes,  
Entre caer, y no caerse titubean,  
Pues calientes, y acaso palpitantes,

Aún vitales Espíritus humean!  
¡Cuántos imaginándose como antes,  
Juegan los Chuzos hasta que flaquean,  
Y ningunos con más segura suerte,  
Pues ya no tienen que temer la muerte!

Al destrozo sangriento, que con lagos  
La Grama anega, corren fugitivos  
Hasta los Bosques, admirando estragos  
Los pocos de ellos, que se cuentan vivos:  
Síguense de Belona los amagos  
Por la Victoria, fueros siempre esquivos,  
Pues a la terquedad, que el bien no alcanza,  
Le ha de entrar con acero la enseñanza.

Por ésta los Patricios sosegados,  
Hallando vida, donde muerte aguardan,  
La Paz aclaman, con interesados  
Pasos, que en los rendidos nunca tardan:  
Concédela benigno, y admirados,  
Mirándole sereno, se acobardan;  
Tal miedo tienen por su resistencia,  
Y tal es del valor la Preeminencia.

El Príncipe vencido le tributa,  
Entre Plumas, y Ropas, Oro, y Plata,  
Que como su quietud compra, reputa  
Por poco, cuanto le es aquella grata:  
Entre veinte Doncellas le di astuta  
Intérprete a Marina, quien desata  
De dos Idiomas, que por suerte aprende,  
Lo que Aguilar en el Tabasco entiende.

Cuatro veces Flegón el Carro ardiente  
Había pasado al Golfo de Eritrea,  
Desde la Cuna, donde transparente  
Duerme entre granas la Deidad Febea:  
Y otras tantas había su continente  
De las Popas la Náutica tarea,  
Feliz medido, con magnete Púa,  
Hasta la Costa de San Juan de Ulúa.

Dos Lanchotes al sulco de la Armada  
Averiguan con pausas el efecto;  
Y si a la admiración dejan entrada,  
Es por no distinguirla del respecto:

El Capitán recibe la Embajada  
De los Enviados, que brindando afecto,  
Sin extrañarles lo que allí se advierte,  
Despejados comienzan de ésta fuerte.

Theuhtile General, a cuya fama  
Temido se conserva Moctezuma,  
Y Pilpatoc famoso, que derrama  
En estos Puertos del valor la suma:  
Salud te mandan, y que si en la Lama  
Salobre, que tu Quilla vuelve Espuma,  
Quieres socorro, te vendrá al instante,  
Sin surgir, de las Costas adelante.

Satisfechos los deja el aparato,  
Y asegurados, que de Paz pretende  
A su Príncipe hablar, en breve rato  
Surtas las Velas, a la Playa asciende:  
Cauto temor ayuda con recato  
Al desembarco, que avisado entiende,  
Y en todos la extrañeza disfrazada,  
Dijo tener, hasta en lo Grande, entrada.

Ambos Ministros luego, acompañados  
Del séquito de Amigos, y Parientes,  
Visítanle después, y más forzados  
De preceptos, que cumplen obedientes:  
Pero en el interior desazonados,  
Quedan a sus protestas competentes,  
Así por lo que en éstas más insiste,  
Como porque al respeto les resiste.

Mudan ceño en cortejo, y cauto dice  
Theuhtile, al nuevo Don, que sacrifica:  
Recibid esta ofrenda, que felice  
Está por vuestra, más que por lo rica:  
Y otra mayor, que la Alma solemnice,  
Más importante, cuanto muda explica,  
Os he de dar, pues no es regalo extraño,  
Sabiendo lo que vale un desengaño.

No presumáis encarecer factible  
Merecer oídos de mi Soberano,  
Pues más trasciende que lo inaccesible,  
Tamaña audacia del Poder humano:  
Nunca en el Mundo se creyó imposible,

(Replica el Adalid) ni empeño vano,  
Según el Orbe recibidas Leyes,  
Negar oídos los Reyes a otros Reyes.

Del Grande Carlos de Austria, a quien España  
De Laureles corona Sacra Frente,  
Cuyo dominio (que cansado baña  
Febo) te adora nuevo Sol de Oriente:  
El celo de la Fe, (ya en él no hazaña)  
A vuestro Rey le induce suficiente,  
Y estar no puede sin verdad frustrada  
Empresa, que es del Cielo venerada.

Así capaz el General discreto,  
A México consulta lo preciso,  
Mientras mira el Idioma, que secreto  
Habla el Pincel con elocuente aviso:  
Grande Artificio, con que tu Alfabeto,  
En carácter de Pluma más conciso,  
Explica la Alma, que en su Miniatura  
Pudo inventar sin puntos la Pintura.

No emprimados alisan los Bosquejos,  
Que la Brocha después llena a colores,  
De Pluma, con los claros, y los lejos,  
Finge el Arte matices, y primores:  
De unas, y otras, sin tinte, y con reflejos,  
Aventajan a Apeles sus Pintores;  
Pues cuanto aquel consigue con destreza,  
Es en estos mayor Naturaleza.

Ni del Persa numéricos Tellices,  
Que hacen a puntos en tirante tramo,  
Con la Cárcola Pauta en los matices,  
Pintando Muro, Fiera, Pez, o Rama:  
Remedan tan al vivo en sus Tapices  
Nueva naturaleza, cual derrama  
Prolijidad al Mapa, en cuya copia  
No se traslada, si se pasa propia.

Porque mejor expliquen sus arrojios,  
Obséquianle con Salva simulados;  
Que fue lo mismo que robar los ojos,  
Para hacerles más ruido en los cuidados:  
La Tropa floreando vierte enojos,  
Crúzanse los Bridones enlazados,

Truenan las Piezas, el estruendo sube,  
Y de humo, y fuego forman al Sol Nube.

Cual inocente femenil Caterva,  
Que en el Prado, pueril afán divierte,  
Azorada se rinde entre la Yerba,  
Viendo aún fingida sombra de la Muerte:  
Y cuando el susto nada allí reserva,  
En asombro el donaire se convierte:  
A la garganta pone el pasmo raya,  
Y una cae, otra corre, otra desmaya.

Despavoridos del horror presente,  
Hace en los Indios el pavor alarde:  
En nadie hay excepción, el más valiente  
Se iguala en el temor con el cobarde:  
Sólo Theuhtile pudo diestramente  
Hacer, que el disimulo le resguarde;  
Que a excusas del aliento, y la entereza,  
Tiene también su esfuerzo la flaqueza.

A la voz del asombro, que estremece,  
Responde el eco de pintada Plana,  
Y enmendando Ademanes, aparece  
Con bríos mayores la Nobleza Hispana:  
Cuanto refleja juzgan que merece  
En la suma Prudencia Soberana,  
Muestran al natural, y con la ofrenda  
Va de Cortés, para que más se entienda.

Estudiándole la Alma a su Diseño,  
Moctezuma responde nada escaso,  
Porque suaviza con franqueza el ceño,  
Cuando le hace imposible nuevo paso:  
Político temor su desempeño  
Dora con las riquezas como acaso,  
Pues ya se sabe lo que siempre pudo,  
Más que Labio elocuente, Metal mudo.

Este tributo, por lo que sublima  
Mi Rey la alianza del Señor de Oriente,  
Y porque en ambos Cetros más se imprima,  
Recibid como obsequio de Occidente:  
Y ya que el Hado la repulsa anima,  
Pues no es pasar a verle conveniente,  
Célebre el pecho viva con decoro

Cautiva la amistad con lazos de Oro.

Así el Bárbaro habló, y halla constante  
En el Héroe el dictamen más entero:  
Astuto disimula, que arrogante  
De a Leyes de Oro, Corazón de Acero:  
Cela sus movimientos vigilante,  
Por esto sólo, porque no hay agüero  
Peor, que al Curioso más enfervorice,  
Que oponérsele a todo cuanto dice.

Entretanto, cumplidos pocos días,  
Llega Montejo con noticia clara  
Del Seno de Quahuistlán, que a porfías  
Del Mar, al Buque, Cala le prepara:  
Y el General, con más hipocresías,  
Otra vez, o le intima, o le declara,  
Con nuevo culto de cuidado vano,  
La renuencia que ve en su Soberano.

Replica el Adalid, y el impaciente,  
Entre sospechas, y furor inquieto,  
Apartando el asiento briosamente,  
Por las acciones derramó el secreto:  
El Grande Moctezuma, hasta hoy prudente,  
Si se contuvo en sí (dice) sujeto,  
Al ver que abusa de su Fe el arrojado,  
De la clemencia pasará al enojo.

¡Qué cierto es, que el Poder, y Valimiento  
Crían con sus humos tales facultades,  
Que pasando la raya al engreimiento,  
Las que eran Oblaciones, son Deidades!  
¡Cuántas veces se ve en lo desatento  
La verdad clara de estas necedades!  
¡Y cuántas veces la razón repara  
Ser más noble la Víctima, que la Ara!

Aquí el Hecho lo afianza, pues mirando  
Mayor respeto, pudo presumido  
Ponderar tanto su desdoro, dando  
Otros colores a lo mal sentido:  
Nadie presuma que se exime, cuando  
Lidia con otro del Poder engreído,  
Pues lo que alguna vez por celo empieza,  
Se hace después en sí Naturaleza.

Fuese, y con él el Sol, y en las opacas  
Nocturnas sombras arrancó su Gente,  
La movable Ciudad de las Barracas,  
Dejando eriazos todo el Continente:  
Vuelve la Luz a ver de las Albahacas  
El verdor, y alumbrando al insipiente,  
Se atreve a interpretarle presumido,  
Según de su pasión está vestido.

Así no falta quien rompiendo el Fuero  
Inviolable a su Sangre esclarecida,  
Y ciego al lustre, que debió a su Acero,  
Clame a Cuba la vuelta pretendida:  
Éste fue el crisol duro, que severo  
Sacó de la cordura más subida,  
En los fondos de tanto sentimiento,  
El quilate mayor del sufrimiento.

Óyelos tan sereno, cual pudiera  
Gigante Cedro despreciar la saña  
Del Euro, que en batirle más se esmera,  
Y cantado le cede la Campaña:  
El estilo, la frase, y lengua altera,  
Y vana necesidad, que a sí se engaña,  
Afectando sofisma a la insolencia,  
Quiere sondar el Vado a la prudencia.

Esta (Áulicos) moral Filosofía  
Estudiad, por curar vuestra arrogancia,  
Aprendiendo la gran Sabiduría,  
Con que debe sufrirse la ignorancia:  
Mucho lastima, sí, loca osadía,  
Advertida prudente tolerancia;  
Mas se puede llevar el impropio,  
Si cobra la razón su noble imperio.

Diestro así lo practica, pues teniendo  
De su parte el mejor, y mayor Bando,  
Sagaz adquiere, cuando va cediendo,  
Lo mismo que consigue dominando:  
Publicase la vuelta, cuyo estruendo,  
A instancias de los suyos, va templando,  
Y el vulgo de los necios persuadido,  
Con lo que el propio quiere, hace partido.

A esta sazón, por sus Embajadores,  
El Señor de Zempoala le presenta  
Su amistad, pretendiendo los honores,  
Que con la unión del Español se cuenta:  
Retardó su atención, por los rigores  
Del Mexicano, que su Fe atormenta,  
Cuya disculpa la razón persuade,  
Y del Rey quita, cuanto cruel añade.

El discurso respira, y se resuelve  
La Población, que el gusto pronostica,  
Y la que en Vera-Cruz después se vuelve,  
Queda antes señalada Villarica:  
El servicio de Dios, y el Rey, que envuelve  
Su Noble Ayuntamiento, califica  
De amor aciertos, con que el Mexicano  
Primer Tributo rinde al Sol Hispano.

Aquí, pues, (¡qué avisado!) el Héroe llega,  
Y renuncia el Bastón, porque le falta  
Derecho justo, que la envidia niega  
Al que por propio mérito se exalta:  
Con rendimientos al Concejo entrega  
La mejor Joya, que la Sangre esmalta;  
Airoso queda, cuanto el Momo mudo,  
Mirando, que cederla él sólo pudo.

Y no es (prosigue) porque el terso espejo  
Del Honor tema aliento, que le empañe;  
Que vapor no ha de haber, que a su reflejo,  
Aunque resista, no se desengañe:  
En vuestras manos el acierto dejo  
De su elección, que hará que no se extrañe,  
Cuando tanta Nobleza se interesa,  
Y mejor puede conseguir la empresa.

Que yo, al amante fuego que aprisiona  
Del Católico Marte mi osadía,  
A conquistarle basto a su Corona  
Esta adulta soberbia Monarquía:  
Y si después hallase en otra Zona  
El Orbe Austral, que oculta espuma fría,  
Al impulso, que activo me adelanta,  
Escabel fuera de su Augusta Planta.

Dijo: y con entereza reverente,

Que de sí sólo pudo haber copiado,  
Mostrando superior serena frente,  
Por la Pica cambió el Bastón dorado:  
Aquí tu voz, tu Plectro aquí cadente,  
Soberana Caliope, que gastado  
Está en heroicidades de la España,  
Elogiar sólo puede tanta hazaña.

Que ánimo generoso sufra sabio,  
Por injusta calumnia avienada,  
Infausto golpe, sin recurso al labio,  
Es acción aún de pocos celebrada:  
Ya el Mundo ha visto fementido agravio  
Sangre inocente perdonar realzada,  
Sin dar en lo que siente, o lo que deja,  
En lengua, y ojos, o ternura, o queja.

Más que a sí propio a despojarse atreva,  
¿Cuándo está la impostura tan distante,  
Dando de su constancia noble prueba,  
Que iguale al corazón con el semblante?  
¡Asombro es grande, que a lo sumo eleva  
Del hombre la virtud, tan adelante,  
Que es el mayor prodigio, es el portento,  
Del Valor, de la Sangre, del Talento!

¿Quién, sino tú, Heroico Hernando, pudo  
Emprender proeza tal? ¿Conseguir tanto?  
Bien te puedes gloriarse, que diestro, agudo,  
Triunfos lograste del Gentil, espanto:  
Tu perspicacia fue el prudente Escudo,  
Donde Minerva descifró su encanto:  
Vive inmortal, como precioso ejemplo,  
En las virtudes, que de ti hacen Templo.

Así la Villa por su Fe se esmera,  
Pues a una voz le aclaman por acepto;  
Y siendo tantos, es la vez primera,  
Que un común exprimió grave concepto:  
A tal cual Noble, que la paz altera,  
Pone en prisiones, para que el inepto  
La inobediencia gaste: y su cordura  
Hizo lealtad la que nació locura.

Nuevos designios el desvelo traza:  
Por Mar, y Tierra cortan Grama, y Sales,

Y al centro de Quahuistlán, fuerte Plaza,  
Por varios puntos, líneas van iguales:  
El Régulo Zempoala rendido abraza  
Lo que inclinan los Hados Celestiales;  
Sacude el yugo, que pesado llora,  
Y con España su Cerviz mejora.

El mismo a nuestra marcha se hace Norte  
Del nuevo País, que está con Arma en mano,  
Influyendo al vecino grato porte,  
Con que sujeto, quede más ufano:  
Ambos a dos refieren de la Corte  
Violentas opresiones del Tirano;  
Y tal vez el dolor mal satisfecho  
Pasa a los ojos, lo que sobra al pecho.

Mira aquellos (le dicen) que consigo  
Tanto séquito traen, como impiedades,  
Pues vienen por Apoyo, por Testigo,  
De nuestra sujeción, y sus crueldades:  
Del Rey Ministros, en el País ya amigo,  
Aún quieren añadir atrocidades;  
Que el malo con poder no se contenta,  
Si a la parte no va mejor en cuenta.

Informado que son del Mexicano,  
Que le sigue las huellas, y que pide  
Indulto nuevo de holocausto humano,  
Por haber hospedado a quien despide,  
Prenderlos manda, que ejecuta vano  
El Cempoala, que de España alientos mide;  
Y vario en las Cabezas el Concejo,  
Uno ve la Cadena, otro el Cortejo.

A la Corte los vuelve, prevenido  
De lo que hacer con unos, y otros piensa,  
Pues sin perder de vista al afligido,  
Prefiere al Real decoro recompensa:  
A la galante acción agradecido  
El Soberano, perdonó su ofensa,  
Y el punto de su queja desaparece  
El Marcial eco, que en la Corte crece.

A beneficios rinde la Comarca  
De Zimpantzinco, donde vive osado  
Tonaque feroz, que es de la Parca

Fiero Verdugo, de Carcax alado:  
De todos oblación hace al Monarca,  
Porque de sus rebeldes sea adorado,  
Y conozca en lo mismo que violenta,  
Lo que hacer puede, quien su Cetro aumenta.

Sazonando el calor las prevenciones,  
A quienes la esperanza más entiende,  
En aquellas dulcísimas ficciones,  
Que el mismo que las goza, nunca entiende,  
Con el Cordel regula dimensiones,  
Cuando la Villa fabricar pretende;  
Porque en el raro Mapa que montea,  
Hace también papel aquesta idea.

Templo erige en Cempoala, y no le espanta,  
Que por Luzbel fuese Ara delincuente,  
A que huelle otra vez virgínea Planta,  
Cerviz erguida de infernal Serpiente:  
Con tal amparo timbres adelanta  
Por los incendios de un amor ardiente,  
Poniendo en las empresas que confía,  
Él el acero, su poder María.

Al infortunio su valor no cede,  
Bien que de nuevo pique la locura,  
Ver quiere el margen, hasta donde puede  
Tirar la facultad de la cordura:  
Rabioso Cisma, que al Abismo excede,  
Y en los violentos es de peor figura,  
Busca en la fuga, que medroso piensa  
Sacar aplauso, y vida de la ofensa.

De la Marina vulgo descontento,  
Vasos previene, con que inquietos llama;  
La noche espera, para dar al Viento  
La Vela, a Cuba el Rumbo, a sí la Fama;  
Mas uno arrepentido del intento,  
Con el aviso la presteza inflama,  
Y tan a tiempo acude, que la Leva,  
Si más se tarda, da del hecho prueba.

A la justicia diestra tolerancia  
Da lugar, a pesar de la Clemencia,  
Que alguna vez se irrita la constancia,  
Cansada ya de parecer paciencia:

De la Entena colgados, su arrogancia  
Pagan algunos, por la reincidencia;  
Y por echar a la esperanza nudo,  
Llegó hasta donde sólo hacerlo él pudo.

Los graves Buques, en que se condujo,  
Intenta destrozár (¡valor terrible!)  
Y su conducta, con prudente influjo,  
Necesario hace lo que fue imposible:  
Empeño tal a operación redujo,  
Llegando hasta aquel punto imperceptible,  
En que lo heroico parte su grandeza,  
Entre temeridad, y fortaleza.

Diga alguno (¿qué importa que lo diga?)  
Que fue barbaridad tanta advertencia,  
Si bien mirado lo que al Fuerte obliga,  
El límite trasciende a la paciencia:  
La Fortaleza no es tan enemiga  
De los extremos, como la prudencia;  
Y en casos que están fuera del estilo,  
Salir de lo común es el asilo.

Resolución tan alta es la que exprime  
Lo sumo de un valor pundonoroso,  
Y ésta sólo la alcanza, quien sublime  
Lo magnánimo junta, y generoso:  
Llegar no más adonde no comprime  
El Estrecho, no es Campo peligroso;  
Hallar en la otra banda sin preclaro,  
Es de muy pocos, y aun en éstos raro.

No de Etolia, y Sicilia pretendidos  
Lauros, gasten buriles, y pinceles,  
Celebrando Caudillos atrevidos,  
Que por vencer quemaron sus Bajeles:  
Hechos para primeros, aplaudidos,  
Mas sin duda a éste rendirán laureles;  
Que en el cotejo de una, y otra proeza,  
Fue aquella hazaña, y ésta fue grandeza.

Examínense entrambos Continentes,  
Midiendo la distancia, y suficiencia,  
La fiereza inaudita de sus Gentes,  
De sus Emperadores la potencia:  
Muestre el Seso los grados excelentes

De una, y otra arrogancia, y decadencia;  
Y aún la envidia dará cuando la infama,  
Orla allí de Oro, Cerco aquí de Grama.

Ni por segunda pierde el lustre claro;  
Que proezas que de sí son ejemplares,  
Se deben mensurar por aquel raro  
Tamaño, que las hace singulares:  
¡Oh! Honor de España, goza ya preclaro  
A tus grandes Blasones Militares  
El elevado Altar, donde te aclama,  
Por Heroico, por Único, la Fama.

### CANTO III

*Marcha a Zocotlán, y por dirección de los Cempoales, determina ir a Tlaxcalán: toman éstos a su cuenta el negocio, ofreciéndose a conseguirlo: varias reyeckas en el Senado sobre el punto, hasta que resuelven el rompimiento: quedan vencidos en diversas ocasiones: asaltan de noche al Cuartel, por consejo de sus Adivinos, y pierden totalmente las esperanzas. Con estas noticias pide la República la Paz, que después de algunas experiencias se le concede. Entran los nuestros en su Jurisdicción, y pasan a Cholula, donde se descubre, y castiga la Conjuración, que estaba dispuesta por orden de Moctezuma, para acabar con ellos. Hace que las dos Naciones opuestas queden unidas, para dejar paso seguro a las Tropas de Tlaxcala, y a su Gente, en caso de necesitarlo, si no correspondiese el suceso a sus designios.*

#### *Argumento*

*De Tlaxcala el Senado a su embajada  
Arma sus Huestes, que en Campaña ufano  
Destroza el Adalid, y celebrada  
La Paz, aclama Dueño al Sol Hispano:  
Llega a Chololan, que de engaño armada,  
Emprende la facción del Mexicano;  
Venga el valor sus mudas prevenciones,  
Y quedan en Alianza ambas Naciones.*

Entre los falsos Dioses, donde agrega  
Supersticiosa infiel Mitología,  
Yerros a yerros, fabricando a ciega  
Deidades de su propia fantasía:

Une la disonancia, que no niega  
Obstinada rebelde hipocresía,  
De que puedan tener en tanto abismo,  
Divinidad, y Ser a un tiempo mismo.

Pues apenas la culpa, o la dolencia  
Adivinaba anuncios de su daño,  
Cuando al instante prodiga demencia,  
Le daba Tutelar a su tamaño:  
Así de unos en otros la imprudencia  
Pasó, creciendo a irremediable engaño,  
Hasta poner en Aras eminentes  
Abominables Monstruos delincuentes.

Uno fue de éstos la Deidad mudable  
De la ciega Fortuna, en cuya insana  
Elección, respetaban inviolable  
Fatal Decreto de la suerte humana:  
El largo mal, la dicha deleznable,  
Veía en su mano la esperanza vana,  
Y Jano de lo próspero, y adverso,  
El arbitrio mayor del Universo.

En pie sobre una Esfera la pintaban,  
En la diestra una fértil Cornucopia,  
Adelfas la siniestra acibaraban;  
¡Rara contradicción, no en ella impropia!  
Felicidad las Rosas denotaban:  
La escasez triste en el Ajenjo apropia,  
Y el Globo en leve punto vacilante,  
De su inconstancia siempre lo constante.

No hubo Nación, que no le tributase  
Víctimas, Sacrificios, Cultos, Dones,  
Y con torpe locura no labrase  
Altars de sus mismos corazones:  
Del Trace al Griego la diversa clase;  
Y lo que es más, los altos Artesones  
Doblaron la rodilla a su importuna  
Ara, por ver en ella su fortuna.

Mas después que rayó luz peregrina  
A la razón, que en sombras naufragaba,  
Y corrió a las ficciones la cortina,  
A que viese con Fe lo que ignoraba:  
Detestando el error, que la alucina,

Suma disposición por ella alaba;  
Cuya sacra equidad justa prefiere  
A quien elige, cómo, y cuando quiere.

Así confiesa celo reverente,  
Aquel gracioso Don, de inescrutable  
Divina Providencia, que fielmente  
Le hace feliz, o deja miserable:  
No mira otro destino, que la Mente  
Alta, de la primer Causa inmutable;  
Y de importuno ruego a beneficio,  
Siempre lo ve la posesión propicio.

Éste, pues, es el Eje, éste es el punto,  
Que observa fiel católico respeto,  
Por el que espera de un prudente asunto,  
Con equilibrio igual, próspero efecto:  
Puede sentir amargo su trasunto,  
Mas no será con queja del afecto,  
Que las Deidades siempre a los que ruegan  
Felicidades dan, aun cuando niegan.

En éstas vinculando su ardimiento,  
Como que causa suya amparar debe,  
Con la seguridad, que al movimiento  
Lo grave baja, por subir lo leve,  
Se arroja con extraño atrevimiento  
A ver el centro, que le impulso mueve;  
Porque parece que hasta el bien se obliga  
De enjugar el sudor a la fatiga.

A Zocotlán los pasos acelera,  
A tiempo que asombrada la Montaña  
Su verde greña riza de manera,  
Que Esmeraldas, y Perlas enmaraña:  
No por sus rigideces se exaspera;  
Que aunque a la marcha con Cristales baña,  
Están de más rigores del Agosto,  
Si hacerles quiere la paciencia el costo.

Aún más de los esfuerzos necesita  
En el poblado de sus quiebras rudas,  
Cuando el Cacique la atención limita,  
Y a las sospechas acrecienta dudas:  
El agrado violento le acredita  
Parcial de su Monarca en frases mudas,

Que el espíritu tiene sus facciones,  
Que dicen lo anterior por las acciones.

Ni solamente su arrogancia sella  
A la lástima el paso, que descubre,  
Que en glorias de su Dueño enlaza aquella  
Grandeza, y más a sus crueldades cubre:  
Pero al estudio con que el Huésped huella  
Tanto orgullo, su vanidad encubre,  
Y con mejor concepto hace rendido  
Ya vigilancia, lo que fue descuido.

Leal a su Rey el tránsito señala,  
Por donde puede, con crecidas Levas,  
Disponer a su salvo, cuanto iguala  
Acecho, que hace del arrojo pruebas:  
Y sagaz con los nuestros acaudala  
Lo que basta a dorar traiciones nuevas,  
En el País enemigo de quien fía;  
Tal de Chololan es la alevosía.

Pero siendo a otro viso conveniente  
Nueva derrota de seguro Norte,  
Por Tlaxcala resuelve providente  
Encaminarla, por seguir la Corte:  
Al par, que valeroso hace prudente,  
Que la embajada, que es tanto importe,  
A cargo esté del Totonaque Aliado,  
En consejo, y unión interesado.

Así van los Cempoales, que advertidos,  
A pocos Soles sus Murallas besan,  
Y en el derecho de parciales oídos,  
Más que la Alianza, conveniencia expresan:  
Cuanto puede la industria en sus partidos,  
Por los nuestros activos se interesan,  
Haciendo alarde, que por ellos se haga,  
Punto en que a Moctezuma den su paga.

Ni para dar mejores expresiones  
Se pudieron hallar más eficaces,  
Porque en la sencillez de las razones,  
Sólo elocuentes son las más veraces:  
Con éstas, ajustando sus acciones,  
La unión persuaden; pero tan sagaces,  
Que aquí se vio patente, como al juicio

Más mueve la verdad, que el artificio.

Ésta, pues, Tlaxcaltecas valerosos,  
(Su propuesta concluyen) es la suma  
De este Tratado, para que gloriosos  
El orgullo doméis de Moctezuma:  
Altéranse, y después a los celosos  
Ecos de Magiscatrín, grave Numa,  
Breve sosiegan, que a su acuerdo sabio  
Nació el silencio, y expiró en su labio.

Senado Ilustre, (dice) Magistrados  
Invencibles, Guerreros Tlaxcaltecas,  
Cuyo brazo, y conducta ve domados,  
Mexicas, Otomíes, Chinantecas:  
Deudos, y Amigos, de quienes fiados  
Xacatrincas están, y Chichimecas,  
Atended en mi voz los desengaños,  
Que docto el tiempo reservó a sus años.

Bien sabéis, sí, (¡con qué verdad lo digo!)  
Que fue a nuestros mayores revelado,  
Cuando al Hado tuvieron por amigo,  
El vaticinio ya verificado:  
Que desde Oriente el Sol traería consigo  
Extrañas gentes por el Mar Salado,  
Y en su cimiento labrarían inquieto  
Ciudades vagas de Betún, y Abeto.

Que domarían del Viento la inconstancia,  
Que enfrenarían del Fuego la violencia,  
Que rayos vibrarían con arrogancia,  
Sin encontrar osada resistencia:  
Y que dando a las Leyes observancia  
Con piedad, con justicia, con clemencia,  
Serían benignos, sabios, poderosos,  
Al odio crueles, al amor piadosos.

No puedo, no, negar cuanto conforman  
Con esos Extranjeros estas señas:  
En el Golfo nadantes casas forman,  
Desde el Oriente trasegando peñas:  
El Fuego mandan, el Cristal reforman,  
Y rompiendo a la tierra toscas breñas,  
De su valor, de su equidad la Fama,  
Desde Tabasco por los aires llama.

Bien imagino, que este pensamiento  
Apoyarán las canas respetables  
De este serio ajustado Parlamento,  
Por tantas profecías memorables:  
Mas cuando aquí no fuesen del intento,  
De Paz nos buscan, con los venerables  
Fueros a la atención de un Soberano,  
Para pasar a ver al Mexicano.

El tránsito pretenden por la Alianza  
De los Cempoales sus Confederados,  
Que por Parciales nuestros, la confianza  
De inmunidad los halla asegurados:  
¿Qué injurias hoy irritan la venganza?  
¿Qué agravios nos encuentran provocados?  
¿Qué daño, qué rigor, o qué violencia,  
La urbanidad convierte en resistencia?

¿La invencible Tlaxcala, que autoriza  
Su antigua libertad con sus victorias,  
Y en el derecho de su Fe eterniza  
La razón de sus timbres, y sus glorias,  
Hoy moverá una Guerra antojadiza,  
Que obscurezca el Blasón de sus memorias,  
Exponiéndolo a necias opiniones,  
Con qué mancha la saña las facciones?

¿En qué está su delito, si no ofenden?  
¿Qué es la provocación, si no nos llaman?  
¿Dónde la madurez, si no se atienden?  
¿Cuál es el odio, si la Paz aclaman?  
¿Qué dirá el Mundo? ¿Qué los que dependen  
De este Congreso, si hoy así se infaman  
Tan nobles Extranjeros, que procuran  
La buena Ley, y en ella se aseguran?

Por ventura, ¿se ganará en domarlos  
Tanto, como se pierde con temerlos?  
Tlaxcala triunfará; pero es dejarlos.  
Felices con la dicha de vencerlos:  
Mi sentir es, que sólo en obsequiarlos  
Piense gustosa, cuando llegue a verlos;  
Ufana queda, si los halla amigos;  
Y airosa en el desprecio, si enemigos.

Así el Anciano oró, cuyo acertado  
Voto arrastró común consentimiento,  
Porque siempre el dictamen, regulado  
Con la experiencia, consiguió su intento:  
Cuando la venia suplicó al Senado,  
Xicotencatl el Mozo, que el asiento  
Gozaba por su Sangre, y su pericia,  
De General de toda la Milicia.

Joven marcial, que ufano, con tempranas  
Victorias, de ésta veía lauros ciertos,  
Y en el silencio derramando vanas  
Ficciones, lazos de los poco expertos:  
No siempre (dijo) deben a las canas  
Las mayores empresas sus aciertos;  
Que alguna vez vincula la cordura  
En edad verde, precaución madura.

De Magiscatzín el sentir venero,  
Que sagaz manda, lo que ve prudente;  
Pero en puntos de Guerra bien infiero,  
Que más que el cuerdo, los dirá el Valiente:  
¿Quién asegura, que de tanto agüero  
Es la profetizada aquesta Gente?  
¿Por venir de la Aurora sus Fanales,  
Se ha de juzgar que son los Orientales?

Esos raros embreados Paladiones,  
Que asustan nuestras Costas con espanto,  
Serán artificiosas ilusiones,  
Máquinas vagas de aparente encanto:  
Los rayos que fulminan sus Cañones,  
Que a los cobardes horrorizan tanto,  
Mágica Arte será de falaz ira,  
Que más por nueva, que por cierta, admira.

Lo que en Tabasco obró su mano fiera,  
¿Qué fue, más que romper con osadía  
Ejército mayor, y ser pudiera,  
Que el asombro infundiese cobardía?  
Esto en Tlaxcala gloria se pondera,  
¿Cuándo ve repetidas cada día,  
En las Armas que batan sus Campañas,  
Iguales, o mayores las hazañas?

Estos advenedizos Extranjeros

(Si a la verdad no son monstruos Marinos,  
O Centauros de Tetis, que Guerreros  
Nuestros Mares infestan peregrinos)  
En sangre Patria tiñen los Aceros,  
Al robo, y a la muerte abren camino,  
Paliando con equívoco desdoro  
Sed de la vida, con la sed del Oro.

De los Dioses, sacrilegios feroces  
Blasfeman, impidiéndoles sus Cultos,  
Violan los Templos, y tienen por atroces  
Las Víctimas, las Leyes por insultos:  
Nueva Deidad intiman con las voces,  
Los Aliados alteran con tumultos:  
Otros Ritos publica su malicia,  
Honestando el engaño la injusticia.

Y siendo sus astucias, y violencia  
Ruina letal de Religión Sagrada,  
¿Se duda aquí de nuestra resistencia?  
¿Se escucha sin enojo su embajada?  
¿La paz que ofrecen se hace conveniencia?  
¿En sus Muros Tlaxcala les da entrada?  
¿Se tienen por virtudes sus maldades,  
Y se adoran con nombre de Deidades?

¿Quién dijo? ¿Quién? ¿A estos Exploradores,  
Que mendiga sus Fueros el Senado,  
Para que quieran ser Legisladores  
Del Derecho Civil, y del Sagrado?  
Prueben de nuestro Brazo los rigores;  
Yo dejaré su aliento castigado,  
Y vendrán, a pesar del vano fuego,  
Primero a la Cadena, a la Ara luego.

Tlaxcala, que a los Reyes Mexicanos,  
Disputándoles siempre la Potencia,  
Los tiene con las Armas en las manos,  
Exenta la cerviz de su violencia,  
¿Hoy duda sojuzgar unos Tiranos,  
Que la pondrán mañana en obediencia,  
Pasando Aristocracia reverente  
A Cetro injusto, que jamás consiente?

¿Qué, pues, hacemos, Nobles Tlaxcaltecas,  
Que al opósito suyo no salimos?

Nosotros, que domamos los Tultecas,  
Que Huetzotzincas, Otomíes vencimos:  
Nosotros, que a los Chalcas, Cholultecas,  
Y Tecpanecas, siempre resistimos,  
Cano valor en ocio sepultamos,  
¿Cuándo es fuerza vencerlos, si allá vamos?

Conozca el Mundo, vean los Celestiales  
Dioses, a nuestra Fe nunca falibles;  
Que si en Tabasco fueron inmortales,  
No han de ser en Tlaxcalán invencibles:  
Estén sus Armas a su dolo tales,  
Yo con las propias a Mavorte horribles  
Haré; ¿mas que no haré? ¿Si nadie iguala  
Los altos timbres de la Gran Tlaxcala?

Dijo: y los ojos a los circunstantes  
De ambos lados, siguieron las acciones,  
Como que iba leyendo en sus semblantes,  
Tácitas, el cuidado, aprobaciones:  
A exprimirles tiró los votos, antes  
Que declinase el acto en opiniones;  
Y como más conformes a su gusto,  
Vaciló la razón, por no ser susto.

Suspenden la embajada con prudencia,  
Para cualquier fortuna, y la arrogancia  
En el marcial apresto, y diligencia,  
Encomienda el suceso a la jactancia:  
Dudoso el Héroe, infiere en tal renuencia  
El rompimiento, y a su vigilancia  
Debe ocupar el tránsito, que ofusca  
Al enemigo, cuando en él le busca.

Tendiendo su madeja, alta Colina,  
Peinarse deja de Escuadrón dentado,  
Que al compás con que el parche lo examina,  
Más pulido de asiento su trezado:  
Aquí los Batidores la Bocina  
Oyen del Tlaxcalteca, cuyo alado  
Ejército, vistoso y opulento,  
Con plumas rojas enmaraña el Viento.

A uno, y otros afrontados, hace seña  
De pulsante Baqueta, eco sonoro:  
El Español aguarda, aquél se empeña,

Juzgando nuestra flema por desdoro:  
En su valor confiado (aunque desdeña  
Triunfo, que es más desprecio, que decoro)  
Sediento de su Fama va derecho,  
Abriendo Brechas a entregar el Pecho.

A la primera carga rechazado,  
Vacila al trueno, que metralla llueve;  
Aquí cae uno, y otro allí anegado  
Naufraga en sangre, que oprimido bebe:  
Entre Flechas, y Aceros barajado  
El coraje, rigor, y estragos mueve:  
Tal, que sobrando duros golpes vanos,  
Dan a los pies, lo que faltó a las manos.

Cual a violento negro torbellino,  
Que a polvo, y agua la Montaña azota,  
Envistiendo a trincar robusto pino,  
Del Gigante Collado Real Garzota:  
Rareciéndolo obscuro remolino,  
Lo eleva a soplos a Región remota,  
Sin dejar más señal, que en lo sediento,  
Mucho ruido, poca Agua, y todo Viento.

No su fuga a los nuestros satisface  
Para el recelo, que al descanso asoma;  
Con más reclutas en la noche rehace  
Su fuerza, y otra vez las Armas toma:  
En nuevo Mar de plumas el Sol nace,  
Cuarenta mil penachos éste doma,  
En Oro, y Joyas del Peruano afrenta,  
Y con ellos al Campo se presenta.

Despierta a Marte Militar estruendo  
De Timbales; Antaras, y Clarines;  
Ambos campos se avistan, pretendiendo  
Convertir en Claveles los Jazmines:  
En dos alas va el Indio desprendiendo  
Sus Tropas, anegando los Confines,  
Hasta quedar sus desfiladas puntas,  
Al Horizonte contrapuesto, juntas.

Cierra el cuerno derecho Pictle, armado  
De una Concha, a quien precio el oro aumenta;  
Cierra el suyo Capuli, que empuñado  
Un fresno vibra, que a Hércules afrenta:

Consiguen ver al Español cerrado,  
Y tanta es la opresión que se acrecienta,  
Que en unos, y otros pudo ceño insano  
Matar con el aliento, sin la mano.

Los nuestros cuatro Frentes advertidos  
Forman, al flujo de avenidas raras,  
Para ofender, y no ser ofendidos;  
Todo en ellos es brazos, todo caras;  
Dan Espadas, y Lanzas estallidos;  
Gimen Macanas de Coral avaras,  
Y al romperse Cimeras; Paveses,  
Quedan pechos, y cascos por Arneses.

Caen del Bárbaro enteros Escuadrones  
Al vómito del Bronce; más ligeros  
A unirse vuelven otros Batallones,  
Acabando su huella a los primeros:  
Más que aprovechan, dañan los Cañones,  
Pues al retén, de nuevo da Guerreros;  
Que por sólo embestir llegan rabiando,  
Sin ver los muertos, en que van pisando.

Trúncanse las cabezas, y costillas;  
Córtanse piernas, púrpura vertiendo;  
Hiéndense espaldas, pártense en astillas,  
Para matar a precio de ir muriendo:  
Brotan Cráneos, Pulmones, y Ternillas,  
Al martillar de tanto golpe horrendo;  
Más pulsación en hados tan esquivos  
Hallaron entre muertos, que entre vivos.

No así queda destruida sementera,  
En quien descarga pernicioso enjambre  
De Langosta, que fue por si más fiera,  
Que por nuevos estímulos de la hambre:  
Y en un momento se halla de manera,  
Que en la caña, que fue de la hoz estambre,  
Ve el Gañán, lamentando sus fatigas,  
Varas, las que macolla eran de espigas.

Rebatiendo, asolando la Campaña,  
Arrasa España cuanto ciega, y mide,  
Tal, que al torrente de su dura saña,  
Marte la verde Grama le decide:  
Ni el Bárbaro, sino huir de su guadaña

Puede, pues mira cuando lo despide,  
Perdido de los suyos, bien que en vano,  
Lo más florido, lo mejor, el grano.

Respira con su fuga la fatiga,  
Mientras consulta aquel, supersticioso  
Agorero, que siempre a ser se obliga,  
Por infiel Profesión, más engañoso:  
La causa (pues es fuerza que la diga,  
Responde el Adivino) es el fogoso  
Influjo, que en ocultas cualidades  
Los coloca en Esfera de Deidades.

Hijos de Apolo son, no os horrorice:  
Él los hace inmortales cuando nace,  
Si queréis vuestro nombre hacer felice,  
Embestidos cuando él dormido yace:  
Pues si invencibles son (¡y qué bien dice  
Xicotencatl!) agora (¡y qué mal hace!)  
Que están, difunto el Sol, agonizando;  
Y diciendo, y haciendo, va marchando.

Con tal sosiego miden la codicia,  
Que no viola el rumor del pie lo quedo,  
Y burlando a los oídos la noticia,  
Hace el valor cuanto pudiera el miedo:  
De nuestros Batidores la pericia  
Avisa con el paso a su remedo;  
Que nadie más despierto se ha sentido,  
Que el que quiere fingir que está dormido.

Da principio al asalto su fiereza,  
Rompen la noche, y el ataque emprenden,  
Batiendo con el Roble, y la destreza  
El Cuartel, por adonde no le encienden:  
Corona el Español la Fortaleza,  
Hiriendo a cuantos arribar pretenden,  
Y como está alfombrado el Firmamento,  
Las veces de los ojos toma el tientto.

El General desmaya al ver el Muro  
Cubierto, y acusando su confianza,  
Hace el último esfuerzo mal seguro,  
Como dando despique a la venganza:  
Acomete resuelto al lienzo obscuro,  
Por adonde le engaña su esperanza,

Hasta que de las Bidas los arrojos  
Le obligaron, para huir, abrir los ojos.

Manda el Senado suspender la Guerra,  
Noticioso del caso, e impaciente,  
Violando el Fuero, que la Patria encierra,  
Él se erige Senado con su Gente:  
Introduce Soldados en la Tierra  
Enemiga, y el Héroe diligente,  
Los vuelve heridos, para que el castigo  
Sea del desprecio, del horror, testigo.

Desalentado mira receloso  
Por descubierto su cuidado vano,  
Cuando sangriento labio lastimoso  
Habla por tanta destrozada mano:  
Contra Canoba pudo valeroso  
Usar del mismo medio Serviliano;  
Y no porque una vez la pena estrague,  
Tal delito ha de estar sin que se pague.

Valor, y honor a un tiempo combatidos  
Ve de Cortés, y de la Patria Amiga;  
Pues si aquel los Soldados vuelve heridos,  
Ésta, con deponerlo, le castiga:  
Por los puntos de Paz, que discurridos  
Ella a ofrecer, a conseguir se obliga,  
Su queja esconde; bien que nunca cupo  
Obedecer, en quien mandar no supo.

Admite por lisonja lo que fuera,  
Sin esta circunstancia, golpe fuerte;  
Que los acasos hacen de manera,  
Que se abrace por vida, hasta una muerte:  
¡Pero qué hay que admirar, cuando se viera  
En los hombres cumplida tanta suerte,  
Si el tiempo que la ofrece, cada instante  
No estuviera mudando de semblante!

Por esto, pues, el Joven, practicando  
Política el suceso, se contiene,  
Y en obediencia su dolor paliando,  
Hace gala del aire, que no tiene:  
Al Senado se rinde, que marchando  
A la siguiente Aurora se previene;  
Pues si pudo al valor precipitarse,

Con la Paz quiere cuerdo mejorarse.

Y con mayor empeño la repite,  
Previnendo, que intenta Moctezuma  
Impedirlo; pues si éste le compite  
Solo, ¿qué no podrán Espada, y Pluma?  
Una, y mil veces, porque al fin se evite  
Del Español, renuencia, muestra en suma  
Obsequios a la Fe, que perficiona,  
Cuando viene a rogar con su Persona.

Numerosa galana Comitiva,  
De plumas blancas adornada toda,  
Conduce los Magnates, que en festiva  
Ostentación, con ella se acomoda:  
Y sin embargo, que prudencia esquivada  
Facilita lo mismo, que incomoda,  
La alcanzan de ella, porque satisfecho,  
Dio testimonio del semblante el pecho.

Oficiosa inquietud de los rendidos,  
Del propio regocijo hace por porfía,  
Para dejar en marcha conducidos  
Bagaje, Gente, Tren, y Artillería:  
Más que aliviados, andan oprimidos  
De sencilla plausible vocería,  
De la que en lo veraz otra no iguala,  
Hasta que a vista llegan a Tlaxcala.

En una falda, que de la Montaña  
No ha perdido su bárbara maleza,  
Cuya frondosidad, cuya maraña,  
De sí misma le labra fortaleza:  
Quebrado sitio la ciudad no extraña,  
Que haciendo vanidad con la aspereza,  
Para más blasonar de su fortuna,  
Lo terrible buscó desde la Cuna.

Lame con lengua de cristal sediento  
Raudo el Sahuatl sus pedernales rudos;  
Sin que el caudal minore lo avariento,  
Con que quiere tragarse a los desnudos:  
Tenaces ellos, al mirarle hambriento,  
Con tantas avenidas, están mudos;  
Que en las escuelas, en que Marte fía,  
Pareciera la queja cobardía.

Cincuenta leguas en circunferencia  
Domina el País, de frutos tan copioso,  
Que al hombre siempre hicieron resistencia  
Las puertas del Granero codicioso:  
Tierra de Pan la llama su opulencia,  
Esto suena su nombre misterioso,  
En Pesca, en Frutas es al gusto grata,  
Y al par que en oro, se desangra en plata.

Del Múrice la concha soberana  
Ya no hace falta, cuando en su retiro,  
Tlaxcala engendra la Coccínea Grana,  
A ser afrenta del Carmín de Tiro:  
Ascuas de oro, Coral de Filigrana,  
Exhalación de sangre, cuyo giro,  
Empapado al vellón, a quien halaga,  
La vista enciende con lo que la apaga.

Su Cumbre enseña, con tostadas ramas,  
Un volcán, cuyo nombre más le vino,  
Que a Eolia, Licia, y Sicilia por las llamas  
Del Lipara, Chimera, y del Pachino:  
Aquí, entre algosas sulfurantes Lamas,  
De Flegetonte descubrió el camino  
El atrevido Ordaz, cuando valiente  
Al Azufre le extrajo a su corriente.

Con fuegos, pues, con fiestas, con festines  
Se miran adorados, y creciendo  
El amor a los últimos Confines,  
Al Monarca Español van aplaudiendo:  
Las Sambucas, Chorhualas, y Naulines,  
Con dulces ecos el ambiente hiriendo,  
Hacen, en armoniosa concordancia,  
A la sinceridad más asonancia.

Consigue el Adalid, que sean testigos  
De su Triunfo los Nobles Mexicanos,  
Que admirados, no aciertan ver amigos  
Los Tlaxcaltecas, y los Castellanos:  
Éstos que ahora miráis como enemigos  
De vuestro Rey (les dice) haré que humanos  
Obedezcan su Ley, que hoy los espanta,  
Cuando mi labio se honre con su planta.

Accidente previene a más distancia;  
Pues sin marchar el Soberano Fuero,  
Atiende a su decoro la importancia:  
En los Parciales pone lo guerrero,  
En la razón política arrogancia;  
¡Grande Artífice, en dar con bizarría  
Disfrazada en obsequios la osadía!

Olvida su Poder el Mexicano,  
Por dejar el Chololan asentada  
Facción oculta, con que de antemano,  
Porque a ella marchen, hace la llamada:  
Teme el cuidado proceder villano,  
Mas ya es fuerza ceder, por la ganada  
Opinión delicada, que importuna,  
A descubrir el velo a la fortuna.

Cuerda Tlaxcala, transitar desvela  
Por ella, pues la juzga cavilosa;  
Mas si prudente la traición recela,  
Resuelta ya, le sigue valerosa:  
Excusarse no puede a la cautela  
Del Monarca, el Caudillo, pues no hay cosa  
Más viva a un Español para llamarle,  
Que querer con peligros aterrarle.

Llega el tiempo, prosiguen su camino,  
Sin advertencia, que al cuidado clame,  
Pues grata aclamación simula fino  
Sentimiento, que oculta pecho infame:  
Con la asistencia, que a la marcha vino  
El Cholulteca, logra se derrame  
Tanta seguridad, que por ocioso,  
Pudo pasar desvelo escrupuloso.

En un llano, que culta Primavera  
Adornó con las Rosas, que corona  
La Cornucopia, que Amaltea venera,  
Excediendo los Cuadros de Pomona,  
La Ciudad de Cholula lisonjera  
Desmiente los bochornos de la Zona;  
Como dando a entender, que a sus verdores  
Debe Abril yemas, debe Mayo Flores.

En éste presuntuosa se levanta,  
Haciendo vanidad de sus Almenas,

Cuyas puntas doradas adelanta  
Tanto, que vistas sólo son apenas:  
Los Templos, y Edificios de su planta,  
Hacen en tanto Teatro varias Escenas;  
A una parte suspenden los vergeles,  
A otra Muros, Cimborios, Capiteles.

Corre Atoyac veloz con pie de plata  
(Indiano Nilo) sus arenas rojas,  
Cobrando en Ametisto, y Escarlata,  
La pensión, que en Cristal beben sus hojas:  
Disuelto en breves hilos desbarata  
Del Labrador avaro las congojas,  
Haciendo, a falta de pluviales Fuentes,  
Substitutas del Cielo sus corrientes.

Si en sus Cultos se jacta religiosa,  
En sus comercios próspera se aumenta;  
Nada falta a su Fe supersticiosa,  
Ni a la riqueza, que la ve opulenta:  
Frontera es del Monarca belicosa,  
En ella deposita la sangrienta  
Recluta de las Huestes más extrañas,  
Para darles socorro a sus Campañas.

A vista suya, vuelve la apacible  
Armonía de torcidos Caracoles,  
Festejando a su usanza la plausible  
Entrada de los fuertes Españoles:  
Los efectos confirman de falible  
La sospecha, que dieron los Huantzoles;  
Adormécense al fin en la bonanza,  
Hasta ver donde llega la confianza.

Bien que los Nobles del recibimiento,  
De Tlaxcala las Tropas admirando,  
Indicios dan el justo sentimiento,  
Que a los semblantes se les va asomando:  
¿Cómo queréis que pueda el sufrimiento,  
(Dicen) cuando la Paz venís buscando,  
Tolerar, que en sus Muros se dé entrada  
A Nación enemiga rebelada?

Media la discreción ambos Partidos,  
Dejándolos a todos satisfechos;  
Entran Patricios, y hacen divididos,

Aquellos, Ranchos a seguros trechos:  
Unos, y otros presumen de temidos,  
Según a su pasión se van derechos:  
¡Tanto el hombre al concepto se sujeta,  
Que lo cree solo, como lo interpreta!

Penetra España sus gigantes Muros,  
Danse al cortejo júbilos, y abrazos,  
Y en seis mañanas, que los ven seguros,  
En lo doble no más no hay embarazos:  
Mas como nunca quedan tan oscuros  
Los rastros del engaño, a pocos plazos  
Fue de sí misma la verdad creciendo,  
Como cuando la luz va amaneciendo.

Una Noble Matrona, apasionada  
De Marina, cortando las razones,  
Por librarle la vida, sufocada  
La deja en nuevo Mar de confusiones:  
A este tiempo, Patrulla disfrazada  
De Tlaxcala, noticia prevenciones,  
Con que sacan la Gente de la tierra,  
Para romper en su sazón la Guerra.

Ambos avisos llaman los cuidados,  
Y sin más detenerse, manda luego  
Sacerdotes llamar, y Magistrados,  
Que son el aire del temido fuego:  
Descúbreles el pecho, y admirados  
De encontrar la traición en su sosiego,  
Confiesan la verdad; pero con culpa  
Mayor, que hace delito la disculpa.

Sujetos al rigor de la cadena  
Quedan, sin que lo adviertan los Paisanos,  
Y otro primor su perspicacia ordena,  
De los que se le vienen a las manos:  
Con exterior quietud sagaz serena  
A los Embajadores Mexicanos,  
Que trae desde Tlaxcala, obliga, y llama  
A vengar de su Príncipe la fama.

Si en vulgar sedición no hay sombra leve,  
(Comienza) sin tener cuerpo gigante,  
Pues el débil impulso que la mueve,  
La hace en las densidades dominante:

¿Cuál será aquella, cuyo punto breve  
Trasciende la maldad tan adelante,  
Que al primero vapor, con que se cuaja,  
Con las satisfacciones más ultraja?

No dudo, no, que a excusas del engaño,  
Con que Cholula borra su Nobleza,  
Aplaudiréis mi celo en el tamaño,  
Que a vuestro Soberano se endereza:  
Notorio es ya el Crimen más extraño,  
Que pudo en sus delirios la torpeza  
Fabricar ignorante, disponiendo  
Lo que está la verdad contradiciendo.

De la conjuración, que a su odio obliga,  
Acusa Autor; (¡qué loco atrevimiento!)  
Acusa Autor (no sé como lo diga,  
Que en el respeto se ahoga el sentimiento)  
A vuestro alto Monarca, (¡qué fatiga!)  
Y pretende con este fingimiento,  
Cuando llora perdida su esperanza,  
Esconder la malicia a la venganza.

Moctezuma, que es Rey tan poderoso,  
Tan atento, tan Grande, tan Valiente,  
Que de Paz nos espera generoso,  
Como Vasallos del Señor de Oriente,  
¿Había que permitir trato engañoso?  
¿Había de obrar tan cautelosamente,  
Cuando afable, y benigno le esperamos?  
Vive. Pero sí vive: al caso vamos.

No sólo, no, a establecidos Fueros  
De Sacros Ritos, faltan inhumanos,  
Que a los Embajadores Extranjeros  
Amparan Privilegios Cortesanos:  
Más sacrílegamente comuneros  
Manchan los resplandores Soberanos  
De vuestro Rey: y él vive, que vengada  
Quedará su Grandeza por mi Espada.

Según los Estatutos reverentes  
De nuestras Leyes, aunque Aquilio falte,  
De Apuleyo los cortes inminentes  
Le han de obsequiar con más precioso esmalte;  
Verá el Mundo, verán los Continentes

Del Septentrión, cómo hago que se exalte  
El decoro de un Rey, cuya Corona,  
Por Suma adora la tostada Zona.

El acabar, y levantarse juntos  
Con arrogancia, tan a un tiempo fueron,  
Que equivocar pudieron ambos puntos,  
De lengua, y manos, cuantos lo atendieron;  
Poco menos los Indios, que difuntos,  
Influjo, y sobresalto reprimieron,  
Procurando seguir con entereza  
El rumbo, en que los puso su destreza.

Publica el viaje para el día siguiente;  
Pide Gente, y Cholula sediciosa,  
Le da industriada tanta, que valiente  
No hará a su tiempo la facción dudosa:  
A los suyos dispone, y a la Gente  
De Tlaxcala, que avance rigurosa  
A la primera seña, atropellando  
Cuanto estorbo al entrar fuere encontrado.

Dispuesto así, con sólo el desagrado  
Reconvino a los Nobles Principales;  
Y esto bastó, pues en su rostro airado  
Leyeron de su yerro las señales:  
Ya descubiertos, buscan el sagrado  
En las armadas Tropas de Parciales,  
Que tratan con infame alevosía,  
Como justa defensa, la osadía.

Sus alaridos dan al rompimiento  
Principio, y las Armas apelando,  
En un instante de clamor el viento,  
Y de puntas la tierra va llenando:  
Desbarata los trozos, que a este intento  
Apartados estaban, y nadando  
En arroyos de sangre, las Cuchillas  
Españolas hallaron por orillas.

Enviste por la frente con el Grueso  
Principal, que le espera en su gran Plaza:  
Enciéndose el combate con exceso;  
Aquí se hiere, allí se despedaza:  
Los Bárbaros difícil el regreso  
Hallan, porque Tlaxcala lo embaraza,

Y ocupan los Torreones, donde fuertes  
Se hacen, si pueden serlo, a tantas muertes.

Al aire de los nervios impelidas  
Silban las Flechas, crujen, desatadas  
De las hondas, las guijas, que partidas,  
Señales, y ecos dan en las celadas:  
Los Montantes, las Astas desprendidas,  
Impiden el manejo a las espadas;  
Bárbaro hubo, que al irla disparando,  
Para más acertar, bajó rodando.

Prenden fuego los nuestros, y creciendo  
El estrago, que está llamas bramando,  
Con la intención el puesto va cediendo  
De uno, y otro Baluarte ciego Bando:  
El perdón general fue Campo abriendo,  
Y las Tropas deshechas, admirando  
Su piedad, a la Paz se sacrifican,  
Y de escarmientos su quietud fabrican.

Con lo acaecido le hacen satisfecho,  
Y corriendo la voz, a pocas horas,  
Que raya la razón, no se halla pecho  
Donde el gusto no viva con mejoras:  
Reina el amor, olvídense el despecho,  
Puéblase la Ciudad, y a dos Auroras  
Profunda la mayor galantería,  
Con que Tlaxcala nueva gente envía.

Veinte mil escogidos en Campaña  
Le presenta, sabiendo el accidente,  
Y queda previniendo (¡noble hazaña!)  
Otras Reclutas para lo ocurrente:  
Estímale cortejo, que no extraña,  
El Caudillo, y de Paz, con el Presente  
De Cholula, lo vuelve, que engañada  
Ésta, pagó a Tlaxcala la Soldada.

Por la venganza los Embajadores  
Con él se congratulan, y envanecen;  
Que es propio a lisonjeros, y traidores,  
Aplaudir las acciones, que aborrecen  
Creerle engañado, tienen a favores  
De la dicha, y así los apetece,  
Sin reflejar, que aquel con sus alientos,

Leyéndoles está los pensamientos.

¿Quién político más llegó a lo raro  
De tal Arte? ¿Volver al Reo testigo?  
¿Dejarlo interesado en su reparo?  
¿Y hacer que le agradezca su castigo?  
Es lo más alto donde afán preclaro  
Alcanza, y donde sólo está consigo,  
Quien pudo, cual Cortés de estudio lleno,  
Ver a su devoción el pecho ajeno.

Ni con esto sus máximas sosiega,  
Pues conociendo, cuando va pisando,  
Tantos estratagemas, que navega  
Golfo, que está traiciones vomitando:  
Aunque con sonda pródiga trasiega  
Sus Arrecifes, quiere ir demarcando  
En los Bajos, el rumbo más experto,  
Para tener en todo viento Puerto.

El más proporcionado que apetece,  
Es dejar en unión las dos Naciones:  
Sabio las diferencias desvanece,  
Quitando la verdad de oposiciones:  
A Cholula, y Tlaxcala el bien ofrece  
Aumento, y Paz, a cuyas dos razones  
Reconocidas, de su juicio esperan  
El prudente dictamen, que veneran.

Celébrase solemne acto festivo,  
De confederación de ambas Ciudades,  
Según el Fuero, que por más activo,  
Indisoluble quede a las edades:  
Con vítores denotan lo expresivo  
De su afecto las dos Parcialidades,  
Y pues aclaman su prudencia suma,  
Porque se oigan mejor, pausa la pluma.

#### CANTO IV

*Luzbel, irritado con lo acaecido en Cozumel, y con lo demás, que iba notando, convoca a sus Ministros en cierto oculto Conciliábulo, para imposibilitar en la América la introducción del Evangelio; dispone nuevas trazas, que atemorizen a sus moradores,*

*hasta conseguir, que Moctezuma determine acabar con los Españoles, cuando no lo puedan conocer.*

### *Argumento*

*Luzbel, de su exterminio temeroso,  
El Conclave del Báratro concita,  
Y con varios Cometas, pavoroso  
Contra España, los ánimos irrita:  
Obstínase el Monarca al ominoso  
Fin, con que el Cielo su furor limita,  
Y a persuasiones de la negra Escuela,  
Disminuye el Poder con la cautela.*

Aquella Gruta, que adornó Palacio  
El orgullo arrogante de su Dueño,  
Haciéndose temer del vasto espacio,  
Que anular coto le reprime el ceño:  
Tanto, que vivo, sólo pudo el Tracio  
Llegar a profanar, con loco empeño,  
Su tenebroso umbral, pues se defiende,  
Al par que a todos recibir pretende.

Aquel informe Monstruo, cuya boca,  
Cuya respiración, cuya garganta,  
Así como inficiona cuanto toca,  
Tragar anhela lo que más le espanta:  
Dragón eterno de aferrada Roca,  
A quien del tiempo el curso no quebranta,  
Pues siendo él quien le pare de su abismo,  
Quiere (y lo hará) sorberse al tiempo mismo.

Aquel Valle, Región que el Sol no cela,  
Por más que a tornos sus Murallas gira,  
Pues tanto de él le oculta la cautela,  
Que teme ver la Luz, que no le mira:  
Centro de confusión, de llanto Escuela,  
Cárcel, donde se muere, y no se espira,  
Lugar de pena, susto, y mal eterno;  
Nada es más que su nombre: El propio Infierno.

Éste, donde engañada fantasía  
Del Gentil obstinado lisonjero,  
Entre las sombras de su Idolatría  
Halló, por lo falaz, lo verdadero:

En el Dintel de su Caverna umbría,  
Tapiz dispone de infeliz agüero,  
Para hacerse morada inaccesible,  
Si no por poderosa, por terrible.

Yace en esta mansión el altanero  
Crepúsculo tizado, que en su Oriente  
Aspiró al Solio, que adoró primero,  
Oponiendo a su luz altiva frente:  
Y al querer ir a Sol, desde Lucero,  
Quedó borrón del brillo reluciente,  
De cuyo instante, sólo en la memoria,  
Le quedó para infierno tanta gloria.

Pues criado apenas del Embrión eterno,  
A sus Candores se iba a lanzar rayo,  
Cuando al amago del despeño interno,  
Rotuló con cenizas su desmayo:  
Al estallido se erigió al Averno,  
Y en él, haciendo de su envidia ensayo,  
Monarca se juró, con ciego influjo,  
De las Estrellas, que consigo trujo.

Con gemidos letales, que el despecho  
Contra sí forja, cuando a sí se hiere,  
Brama en su ruina no quedar deshecho,  
Y solamente por morir se muere:  
De tanto estrago nunca satisfecho,  
En el Retrato de su Dueño quiere  
A su tema volver, que en su sentido  
Cupo lo malo, no lo arrepentido.

Su astucia consiguió, cuando ofuscado  
Todo el Orbe a su injusta tiranía,  
Tiñó en sangre, y aromas, profanado  
Altar, supersticiosa Idolatría:  
Pero en su decadencia, al dilatado  
Mundo nuevo, sus Cultos extendía,  
Hasta que al Aspa Santa en su Hemisferio,  
La esperanza perdió con el Imperio.

Temeroso el remedio solicita,  
Y domando sin rienda verde escama  
De trisulca Serpiente, el vuelo excita  
En breves giros por la espesa llama:  
La venganza, y el odio que le irrita,

No cabiendo en el pecho, se derrama  
A la voz, y la fuerza que le bruma,  
Brotó a los labios ponzoñosa espuma.

Al arma, Infierno, dijo: y el gemido  
Ahogó el aliento de su negra boca;  
Estremeciose el Orco al estallido,  
Y arrolló al Lete de una en otra Roca:  
El cenagoso flujo dividido,  
Al recio impulso, que en sus ondas choca,  
Entre fieras, que encubre en su profundo,  
Infiernos descubrió nuevos al Mundo.

Soltó Charón la horrisona Bocina,  
Con que a la orilla tristes Almas llama;  
El Barco zozobró, y en la resina  
Algosa sus fragmentos le derrama:  
El Imperio tembló de Proserpina,  
Y de la Estigia la rapante Escama  
De Dragones, que trinchan pobres piezas,  
Por la ondas sacaron las cabezas.

De Minos bambaleó el Palacio fuerte,  
Y temió en Flegetón llegar a hundirse,  
Pues las crujientes puertas de la muerte,  
Las candados quebraron al abrirse:  
Su Tribunal, y su poder se invierte;  
Tesífone largó, por encubrirse,  
El cruel ramal, y en miserables quejas,  
Se tapó con los rizos las orejas.

Encogiose el Cerbero estremecido,  
Cuanto pudo, tirando la cadena,  
Y de las tres gargantas el latido,  
Mudo al pavor, por no menearse, enfrena:  
Hundiose la Quimera en el olvido,  
Y la Sirena, que por Circe pena,  
Enmudeció; las Gorgonas horribles,  
A tanto horror, quedaron insensibles.

Huyeron los Bimembres al amago,  
Para escaparse del rigor horrendo;  
La Hidra escondió sus frentes en el Lago,  
Que estaba en llamas, y en azufre hirviendo:  
Quedó Clotos inmóvil a tal estrago;  
Tántalo estuvo nueva sed bebiendo,

Y al extraño furor amedrentados,  
Con la calma, quedaron más penados.

En pie la novedad puso a Teseo  
Del asiento que ocupa eternamente;  
Suspendiose el castigo en Salmoneo,  
Que en fuego gira su Biyugo ardiente:  
Fedra calló, calló también Ceneo;  
Erífyle pausó llanto vehemente;  
Y del Tartáreo los severos Manes  
Temieron otro asalto en los Titanes.

Volvió Flegias el rostro macilento  
Al trueno, que en los cóncavos se imprime;  
Cesaron las Bellides del tormento,  
Que de Tálamos sangre, y agua exprime:  
El cerdoso Copete, con que al viento  
Infesta en Sierpes, que su Crin esgrime  
Ciega discordia, más atosigado  
Quedó en lúbricos cuellos erizado.

No reservó del Báratro confuso  
El Aullido, Verdugo, Presa, Pena,  
Que a su estruendo, fragor, castigo, y uso,  
No atase del azote, o la cadena:  
A sus lamentos suspensiones puso;  
Y cuando tanta confusión enfrena,  
Reventando el torrente en que la fragua,  
Por labios, y ojos su dolor desagua.

Arrogantes Caudillos infernales,  
Que obstinados (prosigue) habéis seguido  
Mi Bando fieles, mi facción parciales,  
Para hacer este Reino más temido:  
¿Cómo ignorantes no notáis los males,  
Que hoy a México tienen oprimido,  
Cuando osado capricho le redime  
La servidumbre, con que triste gime?

Yo vi (¡oh dolor!) Del fuerte Castellano,  
Armado de su Fe, trozo pequeño,  
Pretendiendo del Cetro Americano  
Hacer a Dios, y a su Monarca Dueño:  
Para mi oprobio, sólo pudo vano  
Echar en Cozumel al fuego el Leño,  
En que sencilla necia Idolatría,

Víctimas tributaba a mi osadía.

A hollar viene soberbio los Altares,  
Que en perfumes, e inciensos nos dan Cultos,  
Sintiendo el golpe los oscuros Lares,  
Del sangriento destrozo de sus Bultos:  
A vista de unos, y otros ejemplares,  
Esta omisión alienta sus insultos,  
Y con el Cedro, que al Cocito sella,  
Nuestra cerviz quebrantará su huella.

Esta España, esta España decantada,  
Siempre en el Orbe mi enemiga ha sido;  
Mas ella me ha quitado con su espada,  
Que importa lo demás, que he conseguido:  
No temo otro contrario, que otro es nada;  
Y a poder ser, ya hubiera aquí venido;  
Y no es temor sobrado a mi memoria,  
Pues con sus Armas conquistó la Gloria.

Que me aterre del Brazo Omnipotente  
La virtud, es blasón de mi denuedo;  
Más que me ultraje Limo delincuente,  
Es arrogancia, que sufrir no puedo:  
¡Oh humanos! ¡Oh! ¡Si vierais claramente  
Cuanto al Infierno le costáis de miedo!  
Mas si esto hacen sin verlo, ¿qué no hicieran,  
Si por su dicha acaso lo supieran?

¿Qué hace, pues, nuestro orgullo, si en su agravio  
Nos vejan inferiores Criaturas?  
Nosotros, que quisimos con el labio  
Agotar del Jordán las aguas puras:  
Nosotros, que al Eterno, al Sumo, al Sabio  
Disputamos la Silla en las Alturas,  
¿Temeremos de Europa corto aliento,  
Pudiendo hacer al Aquilón asiento?

Infelices Espíritus impuros,  
Que rabiosos gemís por los Canceles,  
Que a vuestras altiveces fueron Muros,  
Si a humildades hipócritas Doseles:  
¿Cómo dejáis que puedan ir seguros  
A millares, a cientos, los Infieles,  
Pues siendo del Hesperio feudatarios,  
Los sabrá hacer por Ley nuestros contrarios?

No goce, no, vil polvo organizado  
Del cenagoso barro Damasceno,  
Lo que perdió (¡qué envidia!) tanto alado  
Genio, hoy de penas, si antes de luz lleno:  
Ya que el Criador no, pruebe el dechado  
De nuestra saña audaz cruel veneno;  
Yo solo, que no alcance haré astuto,  
Ni el Verbo su Oblación, ni el Hombre el Fruto.

Bien pudiera dejar, que su Milicia  
Hollase con los Triunfos mi desdoro,  
Cebándolos después en la codicia,  
Para hacerlos Idólatras del Oro:  
Pero no lo consiente mi malicia,  
Temiendo nuevo agravio su decoro;  
Pues ¿qué importa después lograr su intento,  
Si por uno que gana, pierde ciento?

Rompa el Abismo formidable guerra,  
Con los ardides que su mal alcanza,  
Removiendo del Globo de la tierra,  
Cuantos humores pide la venganza:  
Vea el Alemán Hispano lo que encierra  
Contra sus Huestes la Tartárea Alianza,  
Comuneros lamente sus Países,  
Y el ceño pruebe de Francesas Lises.

Ponzoñosa en Europa la Herejía,  
Desde Sajonia cunda cruel veneno,  
De Lutero a la infiel Apostasía,  
Aborto de infeliz Íncubo obsceno:  
En América brote Idolatría  
Nuevos Dogmas, y Errores de su seno;  
Pueda el Sacro Batel de la Fe ciega  
Encallarse, si a zozobrar no llega.

Execrables abusos inhumanos,  
El Mundo en sediciones ciego suma,  
Y más en Occidente, donde insanos,  
Adoraciones dan a Piedra, y Pluma:  
Pues qué esperamos, si sus Vates vanos  
Nos ayudan, y el alto Moctezuma,  
Que contra el hombre, no hay en el Abismo  
Demonio más atroz, que el hombre mismo.

Crezcan en el Monarca los furores,  
Al vestirle Fantasma aparentes,  
Y de su Sacerdote oiga rigores,  
Que entre tinieblas le pondré patentes:  
Y topos a la luz palpando horrores,  
En que por su elección son delincuentes,  
Ellos harán lo que el Averno influya,  
Pues como nuestra, causa ha sido suya.

A imperios del conjuro, con que sella  
Sus portentos, letal Nigromancia,  
No quede Concha, Brasa, Pluma, Huella,  
Que no obedezca con su sombra fría  
Del opaco profundo, a blanca Estrella,  
Hable en asombros la jactancia mía;  
Que si perdí la Gracia a un pensamiento,  
La ciencia me quedó para tormento.

Nada haber puede, que el bochorno enfrene  
De la impaciencia, que en mis ansias arde;  
Quien sin causa de envidia se mantiene,  
¿Cómo el oprobio quedará cobarde?  
A la venganza, que se nos previene,  
El tiempo es corto, para luego es tarde;  
Que a las fatigas de la diligencia,  
No halla el poder humano resistencia.

Así acabó, y el negro torbellino,  
De rápida infernal turba ligera,  
Armado con las artes que previno,  
Los Montes tala, por batir la Esfera:  
Las tres Pestes asolan el camino,  
El Culto falso la verdad altera,  
Y a tanta confusión que corresponde,  
Todo aparece, sólo el bien se esconde.

Hora era ya, que huyendo la alegría  
Al trastornarse de Faetón el Coche,  
Seguían las luces por el rastro el día,  
Que iba pendiente del brillante Broche:  
Y desprendiendo Proserpina fría  
El capuz, con que ateza obscura noche,  
A los del Firmamento ojos errantes,  
Los hizo con el Opio palpitantes.

De la pereza derramó Bebeño,

Y en lobreguez los Orbe vio rendidos;  
Aun de sí la razón no quedó dueño,  
¿Qué hacer pudieron los demás sentidos?  
Con laxitudes agradables sueño  
Dejó afanes, y músculos perdidos:  
¡Admirable Poder, que él sólo sabe,  
A punzantes cuidados, echar llave!

Pagaba así, por señas de lo humano,  
A Morfeo la pensión de su tributo,  
Dispensando desvelos, el Anciano  
Alcoholia, de Tláloc, Papa absoluto:  
Entra mudo Luzbel, y al sueño vano  
Miente ilusiones, que remeda astuto;  
Y en las especies de la estimativa,  
Su apariencia despliega, y perspectiva.

Del fiero Iscatlepuhca, Dios infausto,  
Por cuya mano pasan los azares,  
A quien no hace propicio el Holocausto,  
Que repiten sangrientos sus Altares,  
La forma toma, deponiendo el fausto,  
Con que le honran Fantasmas familiares;  
Porque hasta en las Deidades se vea justo,  
Cuanto priva de adornos un disgusto.

¡Oh tú! (Le dice) que en mullido lecho  
Torpemente la vida malbaratas,  
E inerme al Alma, y al cuidado el pecho,  
Eres con cada aliento quien la matas:  
Sacude ese letargo, y satisfecho,  
Batiendo a la razón las cataratas,  
Verás, para el remedio que precisa,  
Como prepara el Cielo cuando avisa.

Asiéndole del brazo a un Obelisco,  
Que de cambrones su maleza supe,  
(Hoy Camarín Celeste, Sacro Aprisco,  
De la Aurora mejor de Guadalupe)  
Por el aire le lleva, y desde el Risco,  
Entre las voces el veneno escupe:  
A esa Corte infeliz vuelve los ojos,  
Si hay valor para ver tales despojos.

Pasmado Alcoholia del horrible espanto,  
Muerto al sentido, vivo al sentimiento,

En los Enigmas del obscuro encanto  
Va decorando su mayor tormento:  
Con las espesas nieblas crece tanto,  
Que los ojos caminan con el tiento;  
Acierta a errar en lo que a mano toma,  
Y por los oídos toda la alma asoma.

Cual baja por las Sierras despeñado,  
Raudal, que fue de Nubes impelido,  
Y al rápido torrente arrebatado,  
Hasta el Zenit anega entumecido:  
Tal torbellino de ondas encrespado  
En la Laguna sube enfurecido,  
Y al borbollón, que impele su Horizonte,  
Desagua por las venas a Aqueronte.

Ya cubre el Zoclo, donde nunca llega;  
Ya lame el Friso, que sediento amaga;  
Al gigante Edificio ya lo anega;  
Al Capitel más alto ya lo traga:  
Aún el cimiento más tenaz trasiega  
La Negra Esfera, por la espuma vaga,  
Y la que instable le meció en la Cuna,  
Es Mar undoso, si antes fue Laguna.

Zozobró en cristalino monumento  
El Palacio, que Apolo a giros dora,  
El Anfiteatro, de Mavorte asiento,  
El jardín Ciprio, que matiza Flora,  
El Panteón, que Neptuno sube al viento,  
El blando Alcázar, que Anfitrite mora,  
El Imperio de la India inaccesible:  
México naufragó. ¡Dolor terrible!

¡Ay infeliz! (En voces balbucientes  
Dice el Caduco al ver tales despojos)  
¿Por qué quieren los Hados inclementes  
Cómplice hacerme aquí de sus enojos?  
Si es por buscar más rápidas corrientes,  
Aquí están los diluvios de mis ojos;  
Pero aún no bastará lo derramado,  
Si en ellos no naufraga un desdichado.

De achaque adoleciste de dichosa,  
Del Septentrión Emperatriz Indiana,  
Y aún la fortuna pudo estar quejosa,

De que más que ella fueses Soberana:  
Sólo para tu ruina poderosa,  
Creciste a ser del Orbe Estrella vana:  
¿Quién contra ti hubiera tal podido,  
Si tu propio Poder no hubiera sido?

¿Para esto ( a la Deidad) para esto pudo  
Guardar tu ira la vida a mi tormento?  
Acaba ya, y rompe el débil nudo,  
Que mata, al no morir del sentimiento:  
Pero nada podrá tu horror sañudo  
Contra mi pecho, de penar sediento,  
Pues he llegado a aquel extremo a unirme,  
En donde estoy muriendo, sin morirme.

¿Qué aguardas, pues? Y enmudeció al espanto,  
Que vistiendo el ambiente de fulgores,  
Y densos humos, puso al Alma tanto  
Asombro, como puso al Cielo horrores:  
Trifauce, Sierpe, que de Radamanto  
Fue Palafrén, con trémulos vapores,  
Ya exhalación nocturna, fiera, vaga,  
En la sombra que enciende al Sol apaga.

Sobre su dura verdinegra escama,  
Malla de Conchas, y de Aceros mella,  
Que empolló del Cocito espesa llama,  
Para talar el viento con su huella:  
Asiento ofrece, y con su espada infama  
Al mismo peso, que en boreal centella  
Le oprime, a cuya fuerza saña bruta  
Espumas tasca de infernal Cicuta.

La Indiana que la doma, coronada  
Flor de Occidente, rompe con despecho  
El pecho, cuya voz mal anudada,  
A la garganta atada, quiebra el pecho:  
Perla (dice) en Diamantes anegada,  
Llegue a las Aras, que su engaste estrecho,  
Sólo con este toque, ha de quebrarle,  
Si con sangre del Sol puede ablandarle.

Al trueno el Sacerdote deslumbrado  
Da de ojos en el suelo, cuando le huye;  
Y el Autor, satisfecho en lo pintado,  
A su lecho otra vez le restituye:

Mal despierto, dudoso si ha soñado  
Más lo que vio, que lo que ve construye;  
Que el temor de un cuidado siempre intenso,  
Sólo a lo más fatal presta su asenso.

A este tiempo de rústica Alquería,  
Humilde Mayoral, con entereza  
Extraña, ante la Real Soberanía,  
Oración grave, despejado empieza:  
Prodigio será hablar con energía,  
Que nunca razón tiene la pobreza,  
Ni desenfado, bien que tenga mucha,  
Porque hoy al que es, y no la que es, se escucha.

Ayer, (dijo) Señor, cuando el honesto  
Afán de Pobre daba a mi Labranza  
Tributos de un sudor dulce, y molesto,  
Que aún al Arado la amargura alcanza,  
Sañudo Grifo, con arrojo presto,  
A mí su vuelo, y uñas abalanza:  
Huir procuré; mas ¡quién huirá al destino,  
Si es la fuga ponérsele al camino!

Entre sus garras registré violento  
Espacios grandes de Región vacía,  
Con tal presteza, que hasta el propio viento,  
Arrastrado, alcanzarnos no podía:  
A una Gruta, que el verde Pavimento  
Rompió en bostezos Bóveda sombría,  
Me llevó, para ver lo que sentirse  
Pudo, y no pudo sin temor decirse.

En un Catre de Flores recostado  
Un hombre vi; quien duda que dormido,  
Porque en blandas delicias derramado  
¿Quién puede estar, estando en su sentido?  
En él, tu rostro mismo retratado  
Vi, si no estabas en aquel, vestido:  
Quise apartarme; pero me impedía  
Tanta fuerza: ¡qué no hace la porfía!

Con imperiosa voz, que en el ambiente  
Formó genio boreal, el vacilante  
Pie, del Risco tomó lo permanente,  
Como el Risco del pie lo trepidante:  
En todos fue el asombro consecuente;

Pero mayor en mí, pues adelante  
Noté, que cuanto nunca en la potencia  
Del juicio cupo, cupo en mi obediencia.

Al fin, forzado penetré el obscuro  
Albergue, donde estabas descansando,  
Y con el fuego por aquel conjuro,  
Tu cuerpo, y mi paciencia fui caldeando:  
Yo fui, Señor, el agresor impuro;  
Mas quien ignora, si no fue soñando,  
Que pudiera atreverse el delincuente,  
Donde apenas llegó lo reverente.

Más que un tronco quedaste de insensible,  
De llamas insufribles al tormento,  
Que él se rindiera como combustible,  
Pero tú fuiste peña al sentimiento:  
Mirando la Deidad, que al fuego horrible  
No dabas de viviente movimiento,  
Sin recordar el cáustico, que activo,  
Aún en el alma no llegó a lo vivo.

Así tu Rey (me dijo) descuidado  
Duerme al ocio (deleite sin beleño)  
¿Cuándo su Imperio llora amenazado  
Último precipicio a su despeña?  
¿De esta manera yace sepultado  
En los oprobios de un culpable sueño,  
Teniendo contra sí, por sus maldades,  
Irritadas del Cielos las Deidades?

¿Así reposa quieto, cuando en sañas  
Disponiéndose están graves castigos,  
Al talar sus Fronteras, y Campañas,  
Del Oriente Extranjeros Enemigos?  
Sabe, que a obscurecerle las hazañas  
Vienen, que fueron de su honor testigos:  
Llámale a su pesar, si no es que alerta,  
Más aprisa su estrago le dispierta.

Dile que escuche de sus Atambores  
El estruendo marcial herir la oreja,  
Enardeciendo bélicos rumores,  
Que sedienta ambición mal aconseja:  
Que por sí vuelva deshaciendo errores,  
Cuya opresión al Septentrión aqueja,

Si no es que quiere ser de sí homicida,  
Perdiendo Cetro, Fama, Honor, y Vida.

Cesó la voz en el Peñol estrecho,  
Pero allá en lo interior quedó sonando  
De tal fuerte, que acá dentro del pecho,  
Aún hasta ahora parece que está hablando:  
Restituyome la Águila a mi lecho,  
Cuando iba el Sol Antípodas dorando,  
Para que oyeses tu desdicha, y mía,  
A ver si con la luz te amanecía.

Y pues los Cielos esta vez contigo  
En avisos suspenden el amago,  
La ejecución impide del castigo,  
Que sola la omisión hace el estrago:  
Vuelve, recuerda, mira a tu enemigo,  
No desmaye el poder por tierno halago,  
Pues en tus manos tienes oportuna,  
De tus Hados, la suerte, y la fortuna.

Así el villano oró, cuando impaciente,  
Al partirse, el Monarca se levanta  
A refrenar desahogo inobediente,  
Su cuello hollando con dorada planta:  
La llaga entonces del cauterio siente,  
Con que cuerpo, y orgullo le quebranta;  
Y es mayor la que la Alma le lastima,  
Pues más el Solio, que la vida; estima.

Aunque esté contra mí (profiere airado)  
El Poder de los Dioses, no impresiona  
Temor en mi despecho, que irritado  
El Dosel cobre de esta adulta Zona:  
De mis méritos propios exaltado,  
A ellos solos les debo la Corona,  
Y no conseguirá con su Potencia  
Quitármela, si le hago resistencia.

Bien que me hace lisonja, ver que empieza  
A ensalzarme constante, tanto ensayo,  
Pues fuera hacer agravio a mi Grandeza,  
Si en otro, que no yo, cayera el Rayo:  
Pero no es golpe, si la fortaleza  
Por sí misma se exime del desmayo,  
Ni temeré su Vaticinio obscuro,

Como yo de mi brazo esté seguro.

Mudó tono, dejando tanto arrojó  
Como Triunfo al Laurel que le serena,  
Y por descalorarse del enojo,  
A Retrete interior huye su pena:  
Con la aprehensión abstraído es ya despojo  
Del pesar, que también éste enajena:  
Entra Alcohua confuso, y admirado  
Queda de ver sosiego en un cuidado.

No duerma así quien vive al ministerio  
Gravoso (dice) de un afán terrible,  
Que Argos debe velar por el Imperio,  
Todo ojos, todo manos, si es posible:  
La Púrpura no es más que captiverio,  
Que oculta resplandor inextinguible,  
Y en el lecho le vuelve al que aprisiona  
A ceñir por las puntas la Corona.

Quien para tantos nace, nunca es dueño  
De sí, y el ocio siempre le ha servido  
De muerte simulada, cuyo empeño  
Es, no dar a entender que está dormido:  
Jamás ha habido más dañoso sueño,  
Pues le hace irremediable el poco ruido:  
Y fiado el Pueblo de un asilo cierto,  
Lamenta ruinas de gobierno muerto.

Y aún no importa, que a estudios del desvelo  
Gima el sudor dulcísima fatiga,  
Si se pierde lo sumo del anhelo,  
Que es prevenir remedio al mal que obliga:  
El que hoy, Señor, el que hoy predice el Cielo  
Sabrás, si acaso hay voz que tanto diga;  
Ánimo, pues, valor, y fortaleza,  
Que lo más está andado, si se empieza.

Enfurecido al soplo del impuro  
Espíritu, que oculto a ambos asiste,  
Refiere la visión, mas no seguro  
Del interior temor, que le reviste:  
A la amenaza del Celeste Muro,  
Serenos el Rey al susto se resiste;  
Que en la pensión de las comunes Leyes,  
Está el Cielo de parte de los Reyes.

Luzbel airado, que al pavor se excluya,  
Al par se abrasa, que se lisonjea,  
Que como es la Soberbia empresa suya,  
Siente ver, que otro más altivo sea:  
Nuevo Fantasma da su engaño, cuya  
Admiración asombre más la idea,  
Como quien sabe bien lo que comprende  
Aquel Idioma, que la vista entiende.

Galán Pavón, en que Argos convertido  
Vistió sus Plumas de ojos, y colores,  
Ofrece luego, porque de dormido,  
Ni en sombras quiso padecer errores:  
En éste, pues, su dolo desmentido,  
Sabia Dióptrica pule los primores  
Del cristalino Escudo transparente,  
Que brilla la Cimera de su Frente.

Dando aprecio de raro lo monstruoso,  
Del Cazador humilde, al Noble enlaza,  
Hasta que lame friso majestuoso,  
Donde en rayos el Sol al Rey disfraza:  
Hace examen estudio misterioso,  
E igual horror a todos embaraza,  
Porque empieza el silencio, hablando mudo,  
A llamar con las voces del Escudo.

Nunca más que hoy, con fieles graduaciones,  
Alma dando de luz a gratos lejos,  
Supo medir mejores proyecciones  
Perspectiva gentil en sus espejos;  
Pues pasando a los ojos, refracciones,  
Les bebió rayos, que cambió en reflejos,  
Hasta dejar con aparente copia  
Empañada la vida de sí propia.

En su cóncavo Foco diamantino  
Con atención severa el Mexicano,  
Va corriendo los centros, que previno  
Cauto artificio de invisible mano:  
El dilatado fondo peregrino  
Con lobreguez alumbra al tiento vano,  
Y de la noche trémulo sosiego  
Le da otras luces, para ver más ciego.

Mira a Titán dormido en Urna undosa,  
Y que predice Orión tormenta fría,  
Y juzgando que es sombra nebulosa,  
Vuelve la Frente registrando el día:  
Huye al Sol la apariencia cautelosa;  
Pero creyendo más su fantasía,  
Otro mayor prodigio le retrata  
El Lente opaco de su fina plata.

Armadas Huestes de Española Gente,  
Siguiendo grados a la ardiente Zona,  
Ve tan al vivo, que del parche siente  
En el oído, el rumor que se impresiona:  
Haradino en el mismo, vio patente  
El apresto Naval de Barcelona,  
Que en lo que docto pinta, no se engaña,  
Si en estruendos de guerra busca a España.

Llegan Grandes, Privados, Consejeros,  
A los encantos, que el cristal ofrece;  
Alguno hay que conoce los Guerreros  
En las facciones; tanto el miedo crece:  
Exagere fatídicos agüeros  
Cada cual, a conforme le parece,  
Y el dictamen, que exprime su cuidado,  
(¡Oh Amor propio!) le cree más acertado.

Difundido el engaño, la brillante  
Ave, que condensó leve elemento,  
Se exhala en humo, y en veloz instante  
Fue sus despojos heredando el viento:  
Su ausencia hurtó a todo circunstante,  
Con la propia quietud, hasta el aliento:  
Pues robando atenciones al sentido,  
Sólo lo inmóvil les dejó esculpido.

Al ver, el Rey callar sus Cortesanos,  
Reprimiendo el fastidio con que advierte;  
¿Qué suspensión, heroicos Mexicanos,  
Es la que os pone (exclama) de esa suerte?  
¿Tanto pavor unos acasos vanos  
Han de dar, a quien no temió la muerte?  
Pero no digo bien en lo que digo,  
Que eso es quereros comparar conmigo.

Aborte el Mundo monstruos materiales;

Finja vestiglos el profundo Abismo;  
Vomite el Mar Ejércitos Marciales,  
Incontrastable, siempre seré el mismo:  
Ni los del Orco, ni los Celestiales  
Vates, que adora nuestro Gentilismo,  
Podrán cansar recelos en mi arrojó,  
Mientras que yo de mí no me despojo.

¿Por ventura serán esos Soldados,  
Adornados de escama refulgente,  
Más que unos Capitanes esforzados,  
Vasallos del Monarca del Oriente?  
¿No es Blasón que éste, con sus alentados,  
Me mande una Victoria de presente,  
Y por quedar con su poder galantes,  
Los Cesares me busquen más distantes?

Aunque fuesen más que hombres (que no creo)  
Como afirman vulgares necedades,  
Yo también soy más que ellos, pues me veo  
En la Esfera mayor de las Deidades:  
El Mundo todo no es cabal Trofeo,  
Si ha de probar mis Armas, o crueldades;  
Pues ¿para qué forceja, aunque hace mucho,  
A intimidarme, cuando no le escucho?

Calló, y callaron todos, por su erguida  
Condición; más Alchohua le habla atento,  
Que para una altivez tan desmedida,  
Es el Arma mejor el rendimiento:  
El golpe sufre, por lograr la herida,  
Diestro en ir recatando el vencimiento;  
Y cuando ya le tiene en este estado,  
Lo que fue susto, suena desenfado.

Solamente, Señor, un insensible  
Pecho (prosigue) que pulió el Diamante,  
Rebeldías ostentará de invencible,  
Haciendo obstinaciones lo constante:  
¿Pero tú? Yo me engaño. No es posible,  
Que blasones lo cruel, por arrogante;  
O no estás con sentido, o lo más cierto  
Es, sí, que vives, que yo soy el muerto.

Pues Padre, si los tuyos examinas;  
Monarca, si el Dosel Sagrado moras,

Fuerza es que llores de tus hijos ruinas;  
Fuerza es que sientas el Laurel, que doras:  
Por éste, y por aquellos te destinas  
Al grande amor, que en ambos atesoras;  
Nada entre Padre, y Rey hay que más cuadre,  
Que el eco dulce de la voz de Padre.

A esta oración, a excusas del respeto,  
Mal reprimido tierno desperdicio  
Derramó por los ojos el afecto,  
Con que sabe el amor hacer su oficio:  
La lástima a los suyos en efecto  
Fue el generoso, fue el mayor indicio  
De la Real Piedad, que dio vencida,  
El grito por las voces desta herida.

¡Oh Sublime Carácter Soberano,  
Cuánto influye de amor tu brillo ardiente!  
Si esto haces en la frente de un Tirano,  
¿Qué es lo que harás en más heroica frente?  
¡Oh Católico Ibero, oh Sol Hispano,  
Cuál será el vuestro, si el que la Alma siente  
Al ponderarlo, tanto lo concibe,  
Que en fuegos muere, y en temores vive!

Felices sí, dichosos Españoles,  
Que en vuestra Regia protección, su amparo  
Fieles vinculan, siendo vuestros Soles  
De Padre, y Rey el peregrino Faro:  
¡O quién por vos; más sacros arreboles,  
Donde remontan al recato avaro,  
Siendo con reverente atención suma,  
Propios del corazón, no de la Pluma!

Con tanta luz depuesto lo violento,  
Moctezuma halla la irascible quieta;  
¡Qué no conseguirás, entendimiento,  
Si el hombre (que es lo más) se te sujeta!  
Despertó, cual recuerda soñoliento  
Avaro, a quien ladrón mentido inquieta,  
Que refleja al tener presente el oro,  
Porque está el corazón en su tesoro.

Ya que el dolor de discurrir los míos  
En servidumbre de Coyunda ajena,  
Hace (Alcohol) que suaves desvaríos,

Hasta en los Solios introduzcan pena:  
No tienen que acusar celos impíos  
Al olvido, que de ellos me enajena,  
Y del Cetro; pues a los dos atento,  
Remedio aplico para mal violento.

¿No hay contra sus instancias suficiencia  
De Cholula en la empresa? No: (responde  
El Anciano) Fatídica mi ciencia,  
A quien lo más remoto no se esconde,  
Conoce que a suprema Providencia,  
En vano la cautela corresponde;  
Ya sucedió; y djólo de paso,  
Como si hubiera visto todo el caso.

Aquí se ve, que no hay más fácil cosa  
De abatir, que un soberbio, porque siendo  
Espuria del valor su ira fogosa,  
Se va al golpe más tenue deshaciendo:  
Declina a lo cobarde pesarosa,  
Ya lo dice el Monarca, pues oyendo  
Frustrado su designio, al propio instante,  
Lo mortal del dolor vació al semblante.

Mas si como hombre pudo recelarse,  
A la influencia, que el Astro al Cetro endona,  
Su dignidad le acuerda, que ultrajarse  
No debe el esplendor de la Corona:  
Con extraña constancia vuelve a hallarse,  
Para el daño, que el Hado le menciona,  
Y en arbitrios más acres serio piensa  
A la que hace de sí, del Cielo ofensa.

Aún no es tiempo cumplido a la osadía;  
(Replica el Sacerdote) los Aceros  
No han de encontrar la senda, que se fía  
Del consejo no más a los esmeros:  
Su hora le llegará a la bizarría;  
Mas sólo ese volumen de Luceros  
Sabe cuando ha de ser, que reservado  
A sí el secreto guarda del sagrado.

Ni siempre de la fuerza ha de valerse  
El Ingenio, a atajar fuerte Potencia;  
Que contemporizar, y no oponerse,  
A veces suele ser más resistencia:

Nunca la débil Caña llega a verse  
Del Aquilón quebrada con violencia,  
Porque el no resistir su ciega injuria,  
Le hace en lo dócil desarmar la furia.

Quien no va en tales casos a partido  
Con la prudencia, sino en sí confiado,  
Pierde de aprovechar aquel descuido,  
Que en la cólera sorda está librado:  
Valor grande hay también, que no hace ruido,  
Y en sus empresas es más acertado;  
De ocultarse una mina no se afrenta,  
Y desbarata un Monte, si revienta.

Nadie pudo negarle en sus medidas  
A la espera primores de acertada,  
Porque en la realidad, muchas más vidas  
Ha quitado la flema, que la espada:  
Lo preciso es, que operen escondidas,  
Y en esto está su fuerza vinculada:  
El estrépito daña: más importa  
Cuchillo, que se ignora cuando corta.

Deja el Cielo con suave Providencia  
A las Causas segundas sus funciones,  
Para que dependientes de alta influencia,  
Hagan perfectas sus operaciones:  
Por esto los efectos de mi ciencia  
No hallan concurso a sus imprecaciones;  
Y huye, si no me engaño, del conjuro,  
Porque el humano medio es más seguro.

El que apuntó (¡oh memoria!) El ominoso  
Cometa, del Cocito macilento,  
Fue, que manchase Culto religioso  
Las Aras del Español humor sangriento:  
Del Gran Huitzilopochtli poderoso,  
Se ha de teñir el Sacro Pavimento,  
Porque le haga mudar aspecto infausto,  
Víctima, que es más Rito, que Holocausto.

Desenojarse quiere, pues propicio  
Llegó a enseñar desde su Alcázar sumo  
Cierta Sendero, pues del sacrificio,  
Más que la sangre, quita el ceño el humo:  
Felicidad es dar con el indicio

De la clemencia, con que le presumo,  
Pues remitir intenta yerro ciego,  
Quien permite le busquen con el ruego.

Y es gran piedad, que puedan las Estrellas,  
Para aplacarlas, señalarte traza,  
Porque no siempre nos castigan ellas,  
Enviándonos delante su amenaza:  
El reflejo que forman sus centellas,  
Al que se humilla, alumbra, no rechaza;  
Jamás al llanto le han negado ayuda,  
Y el tiro evita, quien con él se escuda.

Política, atención, celo pedía  
Yo, cuando sus anuncios te intimaba;  
Esto es sólo lo que a una Monarquía  
Hace feliz, y sin aquesto acaba:  
Si consigues vencer a sangre fría,  
(Que sí podrás) tu culpa allí se lava,  
Y vivirás mayor para adelante,  
Al Cielo humilde, y al valor triunfante.

Así acabó, y del Concurso grave  
De Ancianos Nobles, pareceres junta  
El Rey, para seguir el que más suave  
En la ocasión presente el juicio apunta:  
Disuelve por fin tanto Conclave,  
En que sólo Luzbel su mal barrunta,  
Y en la cautela todos empeñados,  
Gustosamente quedan engañados.

## CANTO V

*Descríbese la Gran Ciudad de México, su temple, ubicación, y Grandeza; y con la más prudente conjetura (sin embargo de lo discorde, que están todos los Autores en esta materia) se da razón de la más verosímil Genealogía de sus Reyes, desde los primeros Pobladores, hasta el príncipe Moctezuma, en cuyo tiempo entraron los Españoles: Tócanse los Ritos, Costumbres, y Ceremonias de su Gentilidad, y particulares Grandezas de su Monarca, en la amplitud de sus Dominios.*

*Argumento*

*La Situación de México admirable,*

*Su Grandeza, Edificios, el sangriento  
Templo del Dios Guerrero formidable,  
Su antiguo origen, Fundación, y aumento:  
De sus Reyes la serie respetable,  
Hasta el Gran Moctezuma, lo opulento  
Se refiere de aquel vasto Hemisferio,  
Ritos, Costumbres del Indiano Imperio.*

En el Solar del Sol, en cuya altura  
Con cinta de Oro medio Globo enlaza  
Ardiente Equinoccial, que en fiel mensura  
Le parte igual, e igual también le abraza:  
Donde su llama reverbera pura,  
Y a incendios sus fulgores adelgaza,  
Dejando con perfectos paralelos  
Pesados, y medidos a los Cielos.

En donde retrocede el paso grave  
Del término que mide su carrera,  
Al rpto movimiento, cuya clave  
Cierra a sus luces, palpitante hoguera:  
Cuando el Cancro fogoso, estival llave,  
Colocada por Juno en la alta Esfera,  
Le hace volver atrás, y lo violento  
Perficiona su curso, y lucimiento.

En éste, pues, elemental adusto  
Cairal Celeste, que en el térreo Plano  
Tuesta la tez al Bárbaro robusto  
En los Trópicos dos, que curte cano,  
Amenos Valles al pesar injusto,  
Con que los tala su rigor villano,  
Savia produjo la Naturaleza  
Blandos en temple, ricos en belleza.

Callen confusos el Egipcio, y Griego,  
Que creyeron del hombre inhabitable  
La tórrida mansión, que envuelta en fuego,  
Fue a su Geógrafo estudio impenetrable;  
De la Aurora risueña el suave riego,  
Con ambiente sereno, por ella hable,  
Viendo cuanto convence la experiencia,  
Errados juicios de falible ciencia.

Aquí, pues, yace un espacioso Valle  
De nevadas Montañas coronado,

Cuyas Fuentes pretenden inundalle,  
Por subir a sus Cumbres tanto Prado:  
Mar pequeño le forman, que a esguazalle  
La industria sola agota su cuidado,  
Y en medio de él, con especiosa planta,  
La Gran México al Cielo se levanta.

Cual soberbio de peñas majestuoso  
Dominando frondosa greña inculta,  
Encrespa su garganta en Bosque umbroso,  
Obelisco jayán, que al viento abulta:  
O cual Roca descuella en proceloso  
Golfo, y en él su magnitud consulta,  
Imperando entre Cimas, y Corales,  
Gigantes de Acebuches, y Cristales.

Del Ecuador esquivo retirada  
Entre el flamante Can, y Ursa de hielo,  
En diez y nueve grados colocada  
La mira ambiguo, su apacible suelo:  
Suave Fabonio, con marea templada,  
Mitiga los bochornos de su vuelo,  
Tal, que del Clima puede, a beneficios,  
Cambiar en Equinoccio los Solsticios.

Nutriz de Jobe, o fuese transformado  
Por Tifón al Zodiaco luciente,  
Caudato Capricornio, iluminado  
El influjo le deja a lo ascendente:  
El que de Chipre fue Copo nevado,  
La predomina con benigna frente;  
Tauro, y León, en el aspecto iguales,  
En graduación están de Verticales.

A la Tórrida Zona el Mexicano  
Septentrional Imperio, tanto ocupa,  
Con sus dominios, que circunda vano,  
Cuanto el Sol lame, cuanto el Ostro chupa;  
O que de puntos, que numera ufano  
En las líneas, que aquel le desocupa;  
Y equivocó en los dos noble desvelo,  
Busca una tierra, y otro quiere Cielo.

Por Levante al Atlántico se extiende,  
De Annian las ondas a Occidente mira,  
A la Virgínea con el Sur comprehende,

Y a Panuco antes por el Norte gira:  
¡Cuánto de Norumbega el vuelo tiende  
Hasta Groenlandia! ¡Cuánto de éste tira  
Hacia el Ártico ignoto! ¡O que de tierra  
El centro de tres mil leguas encierra!

¡Qué Provincias, qué Reinos, qué Grandeza,  
Producen ricas sus Fecundidades!  
Nada le regateó Naturaleza;  
Blanco la vio de sus prolijidades:  
Higa del Orbe, Erario de riqueza,  
Ciudad sin semejante a otras Ciudades,  
Necesitando para su fortuna  
A México ellas, México a ninguna.

Aquesta ya; más tímida la mano  
Al bosquejarla, con razón desmaya,  
Que es querer encerrar Piélagos cano  
En Hoyo breve de pequeña Playa:  
A aquesta, en fin, undoso cristal vano  
Besa sus muros, sus cimientos raya;  
Y trasuntando el Zenit los celos,  
Colocada la deja entre dos Cielos.

No se jacte Venecia decantada,  
Que a Neptuno su histriada Cuna debe,  
Que México Imperial, más celebrada,  
En mejor Golfo de cristal se mueve:  
Galana en él se mira retratada  
Con el Pórfido, y Jaspe, que le bebe,  
Y por la Óptica, a esmeros del reflejo,  
Vive mayor a vista de su Espejo,

Innumerables Poblaciones bellas  
Bordando la Ribera a su Laguna,  
De su diáfano manto, como Estrellas  
Fijas, predicen su gentil fortuna:  
En los Diques de Mármol, las armellas  
De entrambos Lagos, hacen oportuna  
Unión a ciertos tiempos, cuando el agua,  
Del dulce, en el salobre se desagua.

Aquí la Gula de apetito ingrato  
Brinda delicias de Ovas, y de Lamas,  
En delicada pesca, que hace plato,  
Como tributo fiel de sus escamas:

Y era debido, que asistiese grato  
Tanto obsequio, si en Ráfagas, y Gramas,  
Vientos, y Montes sirven, pues atentos  
A enriquecerla están los Elementos.

El discurso en sus partos peregrino  
Deja espaciosas calles, y en su medio,  
Van las Piraguas por el cristalino  
Corte, rompiendo todo su intermedio:  
Más de quinientas mil de grueso Pino,  
La Ciudad en sí abarca, y en su asedio  
Fue esto lo menos, porque en su Conquista,  
La muchedumbre se perdió de vista.

Desmedidos sus grandes Edificios,  
Con Cornisas, y Estelas emplomados,  
Son Gigantes del aire, en cuyos quicios  
Suben hasta su Esfera coronados:  
Graves columnas son, por los indicios,  
De relieves, tarjones, y cortados,  
Padrones de Alabastro, que autorizan  
Cuánto la fama, y tiempo se eternizan.

En competencias la Artesón reparte  
Cuantas junturas al primor le debe,  
Cuando en cúpulas breves hace el Arte,  
Orlas del Sol, las que su llama bebe:  
Corintia Estofa de una, y otra parte,  
Con Bichas pule su moldura leve;  
Y en Almenas, Medallas, y Perfiles,  
Su heroicidad recuerdan los Buriles.

Con proporción los altos Pavimentos  
Parten las Nubes, y en los rayos rojos  
Mojan doradas puntas, si violentos  
Sus Agujas ensartan por sus ojos:  
A su aliento dan alas los cimientos,  
Que de dura argamasa hacen despojos  
De las aguas la hidrópica porfía,  
Que al robar gastan uno, y otro día.

A varias Plazas da el cordón tirante,  
Capaz ensanche, si su línea quiebra;  
Pero entre todas luce la abundante,  
Que el Mundo en Tlatelolco más celebra:  
Del Mercado mayor jacta arrogante,

No hay Pluma, Molde, Fruta, Pesca, o hebra,  
Que tan perfecto está, cuando se vende,  
Que es el Oro lo menos que se atiende.

Joyas, y Petos de Coral, y Plata;  
Fieras, y Peces de Oro, y Pedrería;  
Telas, y Plumas, donde se retrata  
Naturaleza, cuando se desvía:  
Armas, y Conchas, es en lo que trata  
El poder con el gusto granjería,  
Tan a esmeros del Arte, que la estruja,  
Que a la materia, la obra sobrepuja.

Cuanto en sus senos concibió la idea,  
Visible hace, patente su Mercado,  
Y más pulido, cuanto más emplea  
Los aciertos pacientes del cuidado;  
Extraño Aparador, cuya montea  
Vuelve con opulencia confirmado  
En el modo, y gobierno de su porte,  
La grandeza mayor de tanta Corte.

Entre los Templos, que a dos mil exceden  
Los que encierran sus Muros belicosos,  
Que al Viento, que a las Nubes retroceden,  
O los sufocan dóricos colosos,  
Se levanta el Supremo, a quien le ceden  
Primicias del valor supersticiosos;  
Pues del Dios de la guerra al vano Bulto,  
Equivocan el genio con el culto.

Nembrot de piedra la Ciudad domina  
El Soberbio Panteón, en cuya Valla,  
De sillería labrada, y concha fina  
Tiende a los cuatro Lienzos su Muralla:  
Trilingües Serpes, de cantera mina,  
Encadenadas por el Foro entalla,  
Con Dragones, que abortos de los Riscos,  
Les sobró lo vital a Basiliscos.

De Mármol cuatro Efigies singulares,  
En los Pórticos cuatro, jactanciosas,  
Los gajes tiran como liminares  
Dioses, que fueron Aras mentirosas:  
Por la parte de adentro, familiares  
Quedan las Oficinas Religiosas,

A sagrada morada de los rudos  
Ministros, sólo de piedad desnudos.

Tan capaz en el Circo, que le queda  
Ámbito a su Planicie suficiente,  
Donde número grande adorar pueda  
Inmolación, de voto delincuente:  
Diez mil Danzantes, en confusa rueda,  
Girando están el Foso reverente,  
Cuando el Ídolo torpe de sus vicios,  
En sangre, y humo ve los sacrificios.

En el céntrico punto desta Plaza,  
Sube ocupando claro descubierta  
Machina tan gigante, a quien engaza  
Al pie el Escollo de sus aguas yerto:  
Las dimensiones, que el cimiento traza,  
Pirámide le crecen al acierto,  
A reserva del lado, en que hace entera  
De ciento y veinte gradas su Escalera.

Termina arriba su anchuroso plano  
En un Cuadro perfecto, que en cuarenta  
Pies, hacia cada viento, tiende vano  
El recinto almenado, que sustenta:  
Marfil, Naranja, y Azabache Indiano,  
Dan la materia sobre que se asienta;  
Y en triglifos, metopas, y follaje,  
Lisipo halló de su Sincel ultraje.

Verde Penacho, de bruñida Losa,  
Que a la Esmeralda sus colores quita,  
Minaz ángulo da con pavorosa  
Punta, que al ceño su furor limita:  
En esta afirman la supersticiosa  
Víctima, cuya Púrpura marchita,  
Tiñe su tez, y entre corales pierde  
El claro esmalte de su fondo verde.

Horrible execración, que por trofeo  
Del común Enemigo revoltoso,  
Sus Ritos guardan, como torpe aseo  
De cadáveres secos misterioso:  
Primero a la Ara van, luego al empleo  
De la gula, dos veces asqueroso;  
Y ensayando su suerte por momentos,

En la muerte no aprenden escarmientos.

Huitzilopochtli, que lo mismo suena,  
Que el gran Mavorte, que al Impíreo ampara,  
Es a quien más el culto fiel se ordena,  
Del Bastón, de la Toga, y la Tiara:  
Espíritu marcial, con que encadena  
La Ley su inclinación, y se repara  
En lo que observan Religión tan necia,  
Cuanto las armas la Nación aprecia.

Humano en la figura, mas tan fiero,  
(Retrato al fin del Ángel castigado)  
Que parece que halló modo el esmero  
De exceder la fealdad en el traslado:  
El Plumaje encrespado a lo severo  
Añade gesto, y a lo mal fajado  
Del Rostro, más horror, con negras cintas,  
Que por Frente, y Nariz cruzan distintas.

Azor de Oro bruñido la Cimera,  
Con majestad, con impiedad corona;  
Vibra en la mano Sierpe bandolera,  
Que en otro tiempo persiguió a Latona:  
Cuatro Saetas en la otra reverbera,  
Y en el brillante Escudo forman Zona  
Cándidas Plumas de la Garza adorno,  
Que desde el centro salen al contorno.

Este Vestigio, pues, en lo eminente  
Del Altar le coloca lo avariento,  
Que en Joyas, y Grandeza, no consiente  
Igualdad, ni del alto Pavimento:  
Otro como él, en el Altar patente  
(Tláloc su hermano) tiene grave asiento,  
Y los juzgan en todo tan parciales,  
Que de ambos quieren bienes, temen males.

No hay en el Seno de Naturaleza  
Afán, que propio Tutelar no goce,  
Extendiéndose a tanto su rudeza,  
Que adora la Deidad, que no conoce:  
En miles de Aras su maldad tropieza,  
Sin que en este Penate, aquel se roce,  
Creciendo su ignorancia (al fin con humo  
Doctrinada) a llegar hasta lo sumo.

No en Religión, y Templos su opulencia  
Engrandece, que en Rosas, y Jazmines  
Prenden Vergeles con benigna influencia,  
Alegre Primavera en sus Jardines:  
De Flora, y Amaltea la permanencia,  
Hace que Invierno no hallen sus Confines:  
¡Mas cual había de haber, si sabe el tierno  
Clima dar Primaveras en Invierno!

Marchitos queden cuantos de Pomona,  
Cultivados Pensiles el Pangeo,  
Florido ostenta, cuando los corona  
La Cipria Diosa, del feliz Hibleo:  
Calle el Ámbar fragante, que blasona  
Pancaya, fértil del sudor sabeo,  
Que más que en ellos el primor reparte,  
Naturaleza aquí pule sin arte.

Cual de cristales vago se rodea,  
Y mira el Foso donde se retrata  
Galán Narciso, que en su propia idea,  
Es su misma hermosura quien le mata:  
Cual de verde boscaje taracea  
Copadas Calles de cultura grata;  
Y entre labrada alfombra donde pisa,  
Sin que pie pierda, tierra no divisa.

No hay Rosa, Planta, Flor, Botón, Pimpollo,  
De cuantos en el Orbe se conocen,  
Que rompiendo la Yema en el cogollo,  
Sazón madura con verdor no gocen:  
Sutiles Fibras toman desde el meollo  
Vegetativo, jugo en que rebosen,  
Tan frondosas, que a vista de su Nilo,  
Pueden sus hebras no cortar el hilo.

Porque en la vista sola no se quede  
El deleite, fabrica su Terreno  
Opimas Huertas, donde nadie puede  
A la Gula por sobrio poner freno:  
Aún más que en Flores, pródigo se excede  
Con dulces Frutas, siempre tan ameno,  
Que llenó del antojo la porfía,  
Criando una nueva para cada día.

Espiando el Hortelano la creciente,  
Corta la Púa, si el ingerto traza;  
Escóndela al Solano, y diligente,  
Trepantes, Hoces, Mimbres, Saúco engaza:  
A la fresca incisión la une igualmente,  
Aflojando la Escarpa que la enlaza;  
Junta la Saba, y hace en las cortezas  
Una especie de dos naturalezas.

¡Con qué verdad Cosmógrafo acertado,  
Al Atlántico Mar descubrió cierto  
El hiperbóreo sitio, que templado  
Paraíso fue de Americano Puerto!  
En esta amenidad, en este Prado,  
Mora de las Hespérides el Huerto;  
Creíble es de sus Manzanas el tesoro,  
En tierra, que produce Montes de Oro.

De las Montañas ásperas del Norte,  
Exploradores bárbaros robustos  
Salieron a fundar tan grande Corte,  
Primero humildes, si después injustos:  
Subió a suprema de mediano porte,  
Olvidando principios antes justos;  
Pero ¿qué hay que admirar? ¿Quién con fortuna  
Volvió la cara, para ver su Cuna?

En Chicomoztotl, que a mejor Idioma  
Traducido, equivale a siete Cuevas,  
La Nación Chichimeca, de quien toma  
Su origen, hizo de su brazo pruebas:  
Cinco siglos el Polo Ártico doma,  
Sin que su Fama lleve al Mundo nuevas,  
Y al Grande Xololcohuatl, la Campaña  
Cedió en su Zona, cuanto ardiente baña,

De Istacmiscoatl, Caudillo valeroso,  
Prole fecunda Quauhtomtl, y Umecatl,  
A crecerle llegaron numeroso,  
Con Xicancatl, Thenuch, Xelhua, y Mistecatl:  
De estas Familias fue lo poderoso,  
Que en ramos siete de su Chichimecatl,  
Tal se fertilizó con sus cristales,  
Que átomos la inundaron racionales.

Desde Atztlán (tierra inculta) peregrinos

Por la Reina Ave, que los conducía,  
En quince lustros de ásperos caminos,  
Fue nutriz de su aliento la osadía:  
Hasta que instruidos por los Adivinos,  
En la Laguna que faltó la guía,  
Mansión hicieron, para darle asiento  
De Diamante, al que fue Padrón del Viento.

De Thenuch (el sesudo interpretado)  
Tomó para memoria su renombre,  
Que a la posteridad vuela el cuidado  
A eternizar el nombre por el hombre:  
Thenuchtítlán la antigüedad la ha hallado  
En sus siglos infantes, sin que asombre,  
Que olvide el Apellido que ha tenido,  
Poderoso que calla lo que ha sido.

Tlatecatzín, que suena fuerte Escollo,  
El segundo mandó Choza pajiza;  
Siguióle Thechotlalán, o Cogollo,  
Que en alegres Vergeles se eterniza:  
Más la extendió Ixtlixochitl, el Pimpollo  
De hilos que peña, y en la muerte eriza,  
Que a su interpretación severo el Hado,  
Su Horóscopo confirma desdichado.

Thetzotzomoc, Señor de Atzcapotzalco,  
A cruel acecho le mató dormido,  
Y por opuesto como Malinalco,  
Sacudió el yugo, que temió sentido:  
El estoque, y los labios (al fin Chalco)  
Tiñó en Púrpura Regia del perdido  
Joven, y por dorar lo que abandona,  
Efugió la traición a la Corona.

Maxtla hijo suyo, que es el que se baña,  
Heredó a sus presagios lo ominoso,  
Pues apagó su orgullo a justa saña  
Del hijo de Ixtlixochitl valeroso:  
Ixcohuatl, o Dragón, su aliento empaña  
Al intruso tirano cauteloso,  
Y recobrando Reino, y albedrío,  
Partió con la venganza el Señorío.

Domadas las vecinas invasiones,  
Con las siete cabezas, que poblaron

Tan dilatado Cetro, sus Pendones  
De los Cielos los Polos asustaron:  
Inmoderadas gobernó Legiones,  
Que por Emperador le tributaron  
Adoración, en todo su Hemisferio,  
Encumbrando el Yopali para Imperio.

Acamapich, o Caña, que se oculta,  
Ascendió al Solio más favorecido;  
Pero a la saña, que el Poder insulta,  
Si empezó amado, feneció temido:  
Bien que de la ambición siempre resulta  
Vivo desprecio, que lamenta herido  
El inquieto Dosel, a cuyo embargo,  
En culto dulce bebe susto amargo.

Huitzilihuitl, Jilguero de pintadas  
Plumas, así llamado, porque quiso  
Por divisa poner a sus doradas  
Armas, Escudo de trenzado viso:  
Ocupó el Trono, viendo sojuzgadas  
Las Milicianas Chalcas a su aviso,  
Las Xochimelcas, Culhuas, Tecpanecas,  
Maltlaltzincas, Culhuacas, Chinantecas.

De inmediato Elector después jurado,  
La Diadema ciñó Chimalpopoca,  
El que puso a los Lagos arrestado  
Mordaza, en Diques de robusta Roca:  
Mil Concubinas su desenfrenado  
Deseo, con sus Esposas equivoca,  
Haciendo el apetito, y la locura,  
Tributaria del fuego la hermosura.

Ixcohuatl, el segundo deste nombre,  
Y nono en el Imperio Americano,  
En sus Estatuas puso su renombre  
Por Columnas del Reino Mexicano:  
Suyo fue el desatino, que siendo hombre,  
Se creyese Penate Soberano,  
Por la abundancia con que abastecida  
Su Corte, a hambre le quitó la vida.

Por su muerte tomó el Cetro radiante  
Moctezuma el primero, cuyo empeño  
Fue confirmar su nombre de arrogante,

Pues es lo mismo, que el que ve con ceño:  
Emprendió su Soberbia, del Tonante,  
Como del Mundo coronarse Dueño;  
Pero de la crueldad mano tirana  
Creció con gotas de carmín su grana.

Entró Axayacatl, equivale, o suena  
Al que anda en Aguas, o al que trae cubierto  
El rostro siempre, cuya gloria llena  
En Fábricas crecidas sumo acierto:  
Sucediole Tizoc, el que de pena  
De mirarse vencido, quedó muerto;  
Imitando con esto furibundo  
Al Otomano Solimán segundo.

Ocupó luego Ahuizol la Corona,  
Que es lo mismo decir, que Árbol frondoso,  
O Vaticinio, que infeliz pregona  
De futuros sucesos lo ominoso:  
En su tiempo la suerte se eslabona  
A uno, y otro Cometa pavoroso,  
Casi anunciando como el descendiente  
Sol de Xololt, rayaba en el Oriente.

Con su muerte los Reyes Electores  
Del Imperio, suspensos vacilaron,  
Hasta que dio fortuna a los mayores  
Votos, el complemento que buscaron:  
Del Grande Moctezuma los honores,  
A la elección las dudas apartaron,  
Cuando a más de sus prendas personales,  
Impulsos heredó su sangre Reales.

Fue el catorce Monarca de Occidente,  
Y del nombre en la serie fue el segundo;  
Monstruo soberbio, que juzgó a su frente  
Corto Laurel, el círculo del Mundo:  
Domó de su extendido Continente,  
Cuanto le descubrió Globo rotundo,  
Y consiguió exaltarse Soberano  
En lo sumo del Reino Americano.

Política, que el Arte llama Estado,  
Le influyó con pretexto de decencia,  
Introducir los Nobles, al no usado  
Hasta entonces Tributo de asistencia:

En el retiro vinculó el sagrado,  
Para hacer más preciosa su presencia;  
Crecieron las Gabelas, y el ultraje,  
Y el Septentrión gimió a su vasallaje.

Sujetó las Provincias rebeladas,  
Y de sus Huestes, Militar arrojó,  
Sembró terrores a las dilatadas  
Partes, que sólo despreció su enojo:  
Sólo Tlaxcalán no miró postradas  
Las Orlas senatorias al despojo;  
Pero de sus plumados Escuadrones  
Daba a la Ara, a la Mesa corazones.

Tembló el Orbe; los Ejes vacilaron  
A la amenaza de su cruel Cuchilla;  
Los Países más remotos le doblaron  
Primero la cerviz, que la rodilla:  
En qué sangre los hombres no nadaron,  
A la fiereza con que los humilla;  
Pues no sólo a la frente, aún quiso impío,  
Imponerle coyunda al albedrío.

Este Tirano gobernaba, cuando  
Los Españoles, con destreza suma,  
A la Tumba de Apolo registrando,  
Cortaron del Atlántico le espuma:  
Asombros a la tierra estaba dando  
La opulencia del alto Moctezuma,  
Pues fue lo menos, para su decoro,  
Domar Cerros de Plata, Montes de Oro.

Seis suntuosos Palacios su Grandeza  
Labró en su Corte, como seis Babeles,  
En cuyas dimensiones la destreza  
Proporcionó Buriles, y Sinceles:  
Con Pilastras, y Tarjas, en que empieza  
A registrar la Simetría niveles,  
Adelantó su machina oportuna  
Al cóncavo Palacio de la Luna.

Era el uno tan raro Mausoleo,  
Que el tamaño, y soberbia que lo traza,  
Asombro fuera del galán Teseo,  
Y en él por su hilo no saliera a plaza:  
A ésta, y a esotras Calles del rodeo,

Con las fornidas Puertas embaraza,  
Tan elevadas, sólidas, y bellas,  
Que toda la ambición cupo por ellas.

Ciprés, Nogal, y Cedro, en Pavimentos,  
Arcos, y Claraboyas hermocean,  
Cuando el Ébano, y Boj en ligamentos,  
Lo propio que unen, dividir desean:  
Las Agujas doradas a los vientos,  
Cuantas veces por ellos se voltean,  
Les punzan, si los rayos enmarañan,  
Y ellos su oprobio con el oro engañan.

Borda la vanidad a los Salones  
Peregrinos Doseles, cuya plana  
De Armiño con plumados mascarones  
Emula la destreza a la Persiana:  
Colores vivos chupan los cartones,  
Si del Múrice no, de fina grana,  
Dándoles movimiento su tintura  
Con galante ademán a la figura.

Al Chopo hilado pule con gracejo  
El injerto boreal, que desmenuza  
Diestro el Telar con pelo de Conejo,  
Cuando en su peine por ovillos cruza:  
Raros primores muestran del cadejo  
Algo de tanto, que el ingenio aguza,  
Y todo lo demás libra al cuidado,  
Si éste no quiebra por lo más delgado.

No ya blasone vano en sus tendidos  
El Turca codicioso; no el esmero  
Alabe en sus bordados, y tejidos,  
Para venderlos bien, el Extranjero:  
Vengan ambos a ver en los descuidos,  
Remedos del fingir más verdadero,  
Pues aquí la refleja esperar sabe  
Al Prado risa, movimiento a la Ave.

Por dos veces la Plata ya fundida,  
Como el Oro dos veces derramado,  
En materia, y figura dan crecida  
Señal, que en muchas formas han rodado,  
En sus metales mira rebatida,  
Madre Naturaleza fiel traslado,

Aunque mengua el valor lo numeroso,  
Porque abundante nada fue precioso.

El mismo adorno los restantes miran,  
Bien que con varios fines, su destino;  
Unos para Aves, que los aires giran,  
Viendo desde la Alcándara el camino:  
Otros de fieras, que la Jaula admiran  
Prisión robusta de empalmado pino;  
Otros de Eunucos, Truhanes, y de Enanos,  
Alarde necio de los Soberanos.

Marcial en todo su gentil decoro  
Ostenta, con nativa bizarría,  
Otro Palacio, que el Clarín sonoro  
De la Fama, le llama su Armería:  
Tales piezas se ven de bruñido oro,  
Engastadas con tanta pedrería,  
Que no tuviera, sin brotar asombros,  
La vanidad, para cargarlas, hombros.

Sobre su Escudo, que era un Grifo fuerte,  
Como abrazando Globo azul rotundo,  
Las Armas Reales parecían de suerte,  
Que su valor no tuvo otro segundo:  
Si esta Casa han logrado, bien se advierte  
Cuanta riqueza se ha franqueado al Mundo;  
Más en alhajas la llenó su esmero,  
Que todo lo que vale un Reino entero.

Extraño, formidable, pavoroso,  
El retiro del luto, viste el Muro,  
De obscuras telas, donde lo horroroso  
Del pesar mora sólo en sí seguro:  
Aquí por el suceso lastimoso  
En sombras le visita genio impuro,  
Deteniéndose en ellas, hasta tanto  
Que los Cielos minoran su quebranto.

Fuera de la Ciudad en deliciosas  
Quintas, la gala que al poder inclina,  
Pinta Selvas de Flores olorosas,  
Yerbas notables a la Medicina:  
Adelante en Aljibes con lamosas  
Ovas, ofrece Pesca la Marina,  
Y de Huertas, y Estanques el desvelo

Hace Almocafre, lo que busca Anzuelo.

Con los Sabuesos en la Montería  
Ejercita Batidas, cuando reta  
El mudo Can del Oso la osadía,  
A la primera voz de la Corneta:  
Al más leve rumor la puntería  
De sus diestros Monteros, lo sujeta  
Con voladoras puntas, en que parte  
El acierto, deleites con el Arte.

De la Alcándara toman los Azores,  
A la lucha boreal que lo desvela,  
Los Halconeros, y los Cazadores,  
Para imponerlos a mejor escuela:  
Depuesto el Capirote, sus primores  
Arrebatan, pues ya sin la Pihuela,  
Tras la Presa se parten, cuyo gusto,  
Por temor que no vuelvan, se hace susto.

Sólo en la Casa de las Aves tiene  
Mil hombres ocupados, asistiendo  
Al corte de la pluma, que previene  
Al vestuario, y al gusto, afán horrendo:  
¡Cuánta Gente, de más de ésta, mantiene  
En cuidar de las Fieras! Aún creciendo  
Irá la admiración, que se mantuvo  
Sólo en sí, cuando menos en sí estuvo.

Mil Soldados se mudan cada día  
De guardia en su Palacio, repartidos  
Según la más, o menos jerarquía,  
A que son destinados, o elegidos:  
De otros doscientos Nobles más confía  
En los altos Salones divididos,  
Y a la asistencia Real se alternan vanos,  
Sin omitir el turno, los lejanos.

Cuatro mil, entre Maestros, Oficiales,  
Y Superintendentes, se sustentan  
En fabricar las Armas, donde iguales,  
Porque ellas maten, ellos se revientan:  
Desde aquí van a las Fronteras Reales  
Las muchas Provisiones, que acrecientan;  
Diaría pensión, y a su valor no extraña,  
Pues siempre tiene Ejército en Campaña.

Para tres mil mujeres, de que ansioso,  
Fuera de sus Esposas, se servía,  
¿Qué tesoro bastaba? El más curioso  
Forme la cuenta de lo que sería:  
Si con una no puede el Poderoso,  
Él para tantas ¿qué poder tendría?  
Pues de su vanidad, porque concluya,  
Esto era la menor profusión suya.

Más de ciento y diez mil (y no parezca  
Ponderación, pues tímida la pluma,  
Busca lo menos, porque no padezca  
Tormenta la verdad, con mayor suma)  
Más de ciento y diez mil, sin que se crezca,  
En Soldadesca, en Gentes, Moctezuma  
A su costa mantiene en gasto diario,  
Y queda mucho más para su Erario.

Ni increíbles pueden ser, por singulares,  
Estos excesos, que es tan opulento,  
Que gobierna millares de millares  
De varias Frentes, desde el Real asiento:  
Treinta Reyes Vasallos Auxiliares  
Tiene, y cada uno de estos puede atento,  
Al punto que él lo mande, (¡cosa extraña!)  
Ponerle cien mil hombres en Campaña.

Toda esta desmedida muchedumbre,  
Uno de cada tres paga en tributo,  
Irremediable Ley en la costumbre,  
De Herencia, Pesca, Minas, Granja, y Fruto:  
Hasta el sudor del rostro, servidumbre  
Reconoce a Señor tan absoluto:  
Este monto perpetuo sin engaño,  
¿Qué al mes sería? ¿Cuánto sería al año?

¡Qué Grandeza en sus Casas! ¡Qué opulencia  
En sus mesas! ¡Qué fausto en su persona!  
Siempre llegó a tener en su asistencia  
Para darle la vianda una Corona:  
Jamás hubo en el Mundo otra Potencia  
Más Soberana; de ella tal blasona:  
A la fortuna holló con planta grave:  
Ya no hay más que decir: ¡Es cuánto cabe!

¿Diga el Nación, mirando este diseño  
Cierto, aunque inculto, si eran miserables  
Humildes y desnudos? Desempeño  
Fue el Mexicano de hechos memorables:  
¿Cuál gobierno miró con tanto empeño  
Entre Gentiles, Leyes tan notables,  
Fueros tan justos, tan puntuales penas?  
No hicieron más infantes, Roma, Atenas.

Faltoles luz, más pudo su viveza,  
En lo moral, que a nadie se ha negado,  
Hallar las Leyes, que Naturaleza  
Coligó a las cadenas del cuidado:  
Ésta hicieron guardar con entereza;  
Ni la industria, ni el cohecho halló sagrado,  
Al fiel de Astrea, dieron con pericia,  
Celo, equidad, prudencia, honor, justicia.

¡Cuántas veces el real desvelo sabio,  
(Moctezuma lo hacía) con diligencia  
Indagando la Fe de veraz labio,  
Probaba al Juez del oro a la experiencia!  
El que hacía por soborno algún agravio,  
Con la vida pagaba su insolencia:  
¡Rara entereza! Si hoy resucitara,  
Y hubiera malos Jueces, ¡cual quedara!

No sólo en general, que repartido  
Económico estudio, descendiendo  
A varias clases, alcanzó pulido  
Hasta donde lo fueron extendiendo:  
El Tribunal de Hacienda fue erigido  
Al Patrimonio Real, donde creciendo,  
(Sin embargo de tantas profusiones)  
Los Tributos entraban a millones.

De Jueces inferiores apelando,  
Pasaban otras Causas al Severo  
Tribunal de Justicia, sentenciando  
Sabia Némesis invariable Fuero:  
El Consejo de Guerra tenía el mando  
En dar las providencias al acero,  
Enviar Reclutas, ver las Municiones,  
Prevenir Pasaportes, y Facciones.

Los negocios más graves autoriza

Noble junta de Ancianos Venerables  
Del Consejo de Estado, y solemniza  
La Majestad Decretos respetables:  
Su Real presencia en éstos se entroniza;  
Sus decisiones son inevitables;  
Tanto veneran de esta Sala el cielo,  
Que lo juzgan Oráculo del Cielo.

Subalternos Ministros, con destinos  
Diferentes, gobiernan tantas Gentes;  
Unos rondan Entradas, y Caminos;  
Otros persiguen a los delincuentes;  
Otros cuidan Semillas, Ropas, Vinos;  
Otros Rentas Cobranzas; otros Fuentes:  
Cada uno en su incumbencia, en su ejercicio,  
Tiene en Veedores quien corrija el vicio.

Hay Garitas, Aduanas, Almacenes,  
Paseo común, Estancos, Astilleros,  
Alhóndiga, Almonedas para bienes,  
Vínculos, y Cruzados Caballeros:  
Títulos grandes de Señores, quienes  
Gozan en sus Estados altos fueros;  
Embajadores, cuyas preeminencias  
Indelebles observan sus Potencias.

En algunas costumbres semejaban  
A otros Antiguos; pues sus matrimonios  
Eran como los Ritos, que guardaban  
Los Atenenses, y los Macedonios:  
El Fuego, el Velo con que allá invocaban  
La Paz del Amaranto, testimonios  
Claros son, que conformes al deseo,  
Era en todos igual suave Himeneo.

Para la educación, a que endereza  
La juventud su logro, en fines varios,  
El Real Erario puso a la Nobleza,  
Academias, Colegios, Seminarios:  
En unos de las Armas la destreza;  
En otros los de genio a ello contrarios:  
Cada cual, por el rumbo que le llama,  
Sigue su inclinación, labra su fama

Adiéstranse en la lucha, y la carrera;  
Prueban Arcos, Espadas, y Montante;

La Historia aprenden, porque verdadera  
Da Elogios a Nación tan dominante:  
En finas Pielas, o Membrana entera  
De Magueyes, dibujan lo constante  
De los sucesos, con el expresivo  
Carácter, que de Fe guarda el Archivo.

En sus Mitotes (danzas apacibles)  
Al compás de la Flautas, sus canciones  
Entonan, de hechos al valor terribles,  
Para resucitar tantos blasones:  
Las Conquistas, que fueron aseguibles  
Por sus mayores, son en sus funciones  
Las que dan pasto al gusto, y la memoria,  
A pechos, que hacen dominar su gloria.

A las Doncellas nobles, mientras llega  
Para su estado tiempo competente,  
En reclusión paterno amor entrega,  
Llevando del estilo la corriente:  
Con la Rueda, y el Uso no sosiega,  
Aunque sea su caudal sobresaliente:  
Gran Dote tienen, si aún la poco hermosa,  
Sabe encerrada estar, y nunca ociosa.

A natural Cronografía ajustando  
Del Sol los movimientos, y midiendo  
Declinación, y altura, concordando  
Al tiempo, fueron su Estación ciñendo:  
Perfecto quedó el año, regulando  
Su curso como labios, conociendo  
Para volver sus pasos regulares,  
Como al Bisexto, sus intercalares.

A cada año le dan diez y ocho Lunas;  
A cada Luna, solas veinte Auroras;  
A la semana trece días, y a algunas  
Más, si los Fatuos acrecientan horas:  
En éstas del Zenit siempre oportunas  
Creces, preparan al sudor mejoras;  
Y el descanso que en ellos les obliga,  
Infunde alientos a mayor fatiga.

1

Cuatro semanas de años dan cabales  
Al siglo, cuyo Mapa artificioso  
Es ajustada norma a sus Anales,

Cuanto es aquel por estos misterioso:  
Cuatro fajas a un Sol parten iguales,  
Del círculo hasta el centro luminoso;  
Y a cada parte dando trece grados,  
Dejan Signos aspectos regulados.

Por su gran superficie, con extrañas  
Figuras, a ellos claras, y con mudos  
Caracteres, escriben las hazañas,  
Que dignas son de Laminas, y Escudos;  
En éste de sus Reyes, y Campanas  
Se hacen capaces aún los niños rudos;  
Tal viveza es la suya, con que diestros  
Para los otros son, después Maestros.

Siempre el Emperador que se elegía,  
Era el más valeroso, el más Guerrero;  
Aunque en proezas iguales, prefería  
Sangre elevada por antiguo Fuero:  
Obligada de hallaba su Hidalguía  
Para ascender al Trono, a dar primero  
A la Patria, y al Cielo una Victoria,  
Como en albricias de tan alta gloria.

Cuatro Reyes gozaban de Electores  
El privilegio: bien que el Tezcuano,  
Por excepción, orlaba otros honores,  
Poniendo la Diadema al Mexicano:  
Juraba mantener de sus mayores  
La Religión, que el Cielo Soberano  
Continuaría sus lluvias, y no habría  
Entre uno, y otro nueva antipatía.

Creían la alma inmortal, y que pasaba  
De ésta, a vida más larga, a cuyo asunto  
Criados, Joyas, Amigos preparaba  
La amistad al Sepulcro del difunto:  
La mujer propia siempre se enterraba  
Con el Esposo yerto: el Padre junto  
Con el marchito Joven: el Monarca  
Con mil Privados, que seguían la Parca.

Chapoltepec, Montaña deliciosa,  
Elevaba el Panteón, que la ceniza  
De sus Coronas guarda majestuosa,  
En Vasos de oro, donde se eterniza:

Troya discreta, Roma Religiosa  
Lo mismo hicieron; con que no horroriza,  
Que en aquesto soberbios se despeñen,  
Si tienen tales sabios, que lo enseñen.

En sus Cultos Luzbel no escarmentado  
Llegó a tanto, que quiso con desvelo  
Remedar aquel Rito antes Sagrado,  
Que al Israelita le previno el Cielo:  
En la Circuncisión se vio probado,  
Y aun aquí no paró su osado vuelo,  
La confesión impuso, y blanca pasta,  
Al mayor, al más alto. Pero basta.

¿En Política tanta (¡qué Portento!)  
Ley tan inmunda? ¿Ritos tan atroces?  
Quédese en el silencio lo sangriento,  
Con que intenta teñir hasta las voces:  
A formarlas no acierta el desaliento,  
Que las más tardas huyen más veloces,  
Y como agravio al terso papel cano,  
Por no mancharlo, se encogió la mano.

## CANTO VI

*Dispone Moctezuma otra celada, para romper al Español sobre seguro, pues ya caminaba con su salvo conducto a la Corte: Armase ésta en la Montaña de Chalco; y habiéndola descubierto el Héroe, la desvanece con aire, y felicidad: Salen sus Nigrománticos al camino, donde queriendo usar de sus Conjuros, los horroriza el Demonio con nuevas aparentes fantasías. Sabido por el Rey, manda al Señor de Tezcucó, su sobrino, le visite, como lo ejecuta, hospedándole en su Reino, y Capital, cuya descripción se hace, como de la de Ixtacpalapan, a donde pasa, y hace alto para esperar el recibimiento. Grandeza con que se dispuso esta función, dignándose el Emperador de salir a recibirlo largo trecho de la Ciudad: visítale después, y da el Caudillo su embajada. Dase noticia de lo que pasó en estas Concurrencias, y en otras siguientes, sobre puntos de Estado, y Religión.*

### *Argumento*

*La lisonja otros medios aconseja,  
Y de la marcha sus temores tapa,  
El Caudillo, en el modo que los deja,*

*No sólo de ellos, del Infierno escapa:  
El Señor de Tezcucó le corteja,  
Entra en sus Muros, pasa a Ixtacpalapa;  
Recíbelo el Monarca con gran porte,  
Hasta alojarlo dentro de su Corte.*

En los hombres de espíritu elevado,  
Que a pasos tardos da naturaleza,  
Como parto precioso, que ha costado  
Con el valor su pródiga pereza:  
Nacen conformes en tal igual grado,  
De la heroica virtud, la fortaleza,  
Y el amor a la fama, que parecen  
Que unidos viven, y que juntos crecen.

Mellizos son del corazón gigante,  
Estos nobles afectos generosos:  
En él agitan siempre la incesante  
Hoguera, de sus ímpetus fogosos:  
Un punto no sosiegan, un instante,  
En tanto movimiento, hasta que ansiosos  
Descansan en el centro que los llama,  
A uno la heroicidad, a otro la Fama.

Aquel puro embeleso, con que alienta  
El deseo de la gloria; aquella suave  
Dulcísima inquietud, con que atormenta  
A coronar el fin, la empresa grave:  
Fomentan interior lucha violenta,  
Que sólo en su extensión oculta cabe;  
Y en mutua oposición desconocida,  
Lo mismo que le mata, le da vida.

Noble ambición, la que gentil atiende  
Sólo a adquirir de la virtud la gloria,  
Abandonando, cuando la pretende,  
Preciosa vida, por mejor memoria:  
Dentro de la razón no más se extiende  
A hacer el cambio de la transitoria,  
Y sin temeridades profetiza  
El Laurel, con que el tiempo le eterniza.

Anfibios raros, Monstruos peregrinos  
De alta naturaleza, que ya bogan  
De adversidades Piélagos Marinos,  
Cuando en tormentas de peligros se ahogan:

Ya pisan Montes de elevados Pinos,  
En cuyas Cumbres su valor prorrogan,  
Consiguiendo en disímiles eventos  
Dominio en sí, y en todos Elementos.

No por otra razón siempre Blasones  
Roma ganó, sino porque advertida,  
Conoció en los humanos corazones  
Esta oculta Política escondida:  
En Medallas, y Estatuas sus Campeones,  
Aún en vida gozaban mayor vida,  
Y alternaban recíprocas las glorias,  
Ella los Lauros, ellos las Victorias.

Fácil moneda al Cetro, y admirable  
A su aumento; por ella el Varón fuerte  
Deja vana amenaza formidable,  
Y en las Campañas labra propia suerte:  
Al sumo Ápice, honesto Venerable,  
Por su Rey, por su Ley, la sangre vierte,  
Conociendo que es nada lo vivido  
Del que al Cielo, y al suelo no ha servido.

Este altísimo objeto, de quien mana  
Felice nombre siempre permanente,  
Era el Norte, era el Blanco, que con cana  
Madurez, veía el Adalid prudente:  
Sus fuerzas mide con la altura vana  
Del asunto al que van hombros, y frente,  
Y menor la halla, porque sin engaño  
Tiene en su corazón otro tamaño.

Y era justo que así lo ejecutara,  
Que ánimos de tan alta jerarquía,  
Regulan sus empresas, con la Vara  
Que eleva a la virtud su simetría:  
La Cabeza de Fidias, no fue rara  
En sí, y en el Coloso parecía  
Excelente, porque era su escultura  
Para la elevación sólo hermosura.

Así de ambos destellos impelido,  
Vuelve a lo que antes uno, y otro mira,  
Pues en el Cholulteca reducido,  
La obediencia del odio le retira:  
Esto es vencer, esto es formar partido,

Convertir la falacia que conspira,  
Dejar interesado al caviloso,  
Y hacerse con sus Armas poderoso.

El rumor de la marcha a los Soldados  
Convoca tanto, cuanto va creciendo  
El plazo a comenzarla, y alentados  
El golpe esperan a irse componiendo:  
Llegase al fin, y brevemente armados,  
Equivoca entre el orden, y el estruendo,  
Su obediencia enseñó, que a la armonía,  
Muestra pasa también la lozanía.

Huetzotzinco es el punto de empleo,  
Y su Régulo grato se dispone  
A recibirlos, porque su deseo  
Es, que en él sólo la verdad blasone:  
Cuando en ella la Gente hace careo,  
Éste consigue, por lo que supone,  
Que el obsequio que ofrece sea preciso  
Mayor regalo, cuanto es más aviso.

Yace a breve distancia Indiano Atlante,  
Cuya bárbara Cima, cuya Cumbre,  
A abollar llegan la Artesón radiante,  
Codiciosas, o amantes de su lumbre:  
Y engreído aquel por verse tan Gigante,  
Oprime con bastarda pesadumbre,  
En cuantos Prados ha pintado Flora,  
Todo el Imperio donde Ceres mora.

Robustísimo Muelle, que engarzado  
De tenaces Peñoles, y Obeliscos,  
El copete sacude levantado,  
Ondeando por garzotas los Lentiscos:  
De alas, y garras con temor hollado  
El aliento enmaraña entre sus Riscos,  
Y nunca ver permite al que se pierde  
El Seno vasto de su Nido verde.

No de Sicilia tosco Lilibeo;  
No de la Macedonia Olimpo grave;  
No de la Tracia célebre Pangeo;  
No de Fenicia el Líbano se alabe,  
Que más que estos, que el Arcado Liceo,  
Que el Rifeo Escita, sólo en éste cabe,

Fuego, Verdor, Maleza, Horror, Frescura,  
Porque hasta su Fiereza es Hermosura.

Águila Real, que en una, y otra Roca  
Al Cielo encumbra bi-partida frente,  
En dos altos Collados, que hacen boca,  
A Nieva la una, la otra a llama ardiente:  
Septentrional Parnaso, donde toca  
Músico Apolo, Cítara cadente,  
Y hasta el renombre le hizo conocido  
En su Idioma, de Monte bipartido.

En este centro del Diciembre cano,  
Erizada mansión de blanca nieve,  
Donde agitado Cierzo peina vano  
La riza greña, que en los Robles llueve,  
Cuya madeja lo hace más anciano,  
Pues con la escarcha, que en las ramas mueve,  
A los hombres predica desengaños,  
Aprendidos en la Aula de los años.

Segundo ardid el Mexicano ostenta  
En la frondosidad de su maraña,  
Donde Armiños a Armiños acrecienta  
En blandos copos, con que al Pirois baña:  
Cubierto el paso, sobre broza asienta  
Poroso Césped, con que en la Montaña  
Parece que se ataja, y el indicio  
Para lo llano lleva el precipicio.

A poco espacio mal tajada Loma,  
Hace en canal torcido como estrecho  
Profunda senda, que si el pie la doma,  
Es mirando al de atrás en alto techo:  
Escogida emboscada puestos toma  
Con treinta mil Flecheros, que en acecho,  
Embista, cuando en ella el más valiente,  
Con no matarse, muera solamente.

Mansamente indignado se reprime,  
Aunque ya hace inspección de la cautela,  
Pues no le deja duda lo que exprime  
La experiencia, que en ella se desvela:  
Con su nueva embajada el Rey no exime  
Indignidad, que imputa quien lo cela,  
Por más que ponga con favor doblado,

Yerro, que fue de Majestad dorado.

Gracias le da, pues por su mano pudo  
Castigar culpa, que a la envidia espanta,  
Y el Cholulteca se contiene mudo,  
Porque así la Corona lo adelanta:  
Disimula el Caudillo más agudo  
Proceder falso con prudencia tanta,  
Que a los mismos que escucha, dificulta  
Con el semblante, lo que el pecho oculta.

Comiéndase la marcha, previniendo  
Disposiciones, que al cuidado invocan,  
Y al estrecho se acercan, descubriendo  
Los ojos el engaño, que ya tocan:  
Oficiosos los Nobles escondiendo  
La intención, a que pasen los provocan;  
Como si fuera dable trato vano,  
A quien lleva las luces en la mano.

Bien se ve que hasta aquí no habéis sabido  
Quienes son mis Parciales animosos,  
(Cortés les dice) su Señuelo ha sido  
Lo más arduo en los casos horrorosos:  
Éste se ha de seguir, porque ha tenido  
Más que el otro los pasos peligrosos;  
Que en punto de elección, siempre cogemos  
El más difícil de los dos extremos.

Manda apartar los Trozos, y endereza  
La Vanguardia por él, de que admirados,  
Sin penetrar airosa sutileza,  
Quedan corridos, cuando más parados:  
Frustrase a Moctezuma su destreza,  
De que avisos le llegan duplicados;  
Sesenta millas de distancia había,  
Y en poco más de una hora lo sabía.

Con el primer calor de su Coraje,  
Iba a dar a las Armas nuevo adorno,  
Juzgando que es de su poder ultraje,  
El desprecio que encuentra por retorno:  
De sus Sabios la Junta hace que baje  
Los puntos del enojo su bochorno,  
Mientras que se cotejan a un careo  
Las fuerzas de la mano, y del deseo.

En ningún caso, más que en el presente,  
Ha de quedar (dice Teonalco) ciega  
La cólera, pues debe cautamente  
Ver los Escollos sobre que navega:  
Que acometa el valiente al que es valiente,  
Vaya; más al que es más, si a sí no agrega  
Lo que al otro le sobra, está constante,  
Que será siempre aquel el dominante.

No presumas que aquesos Castellanos  
A la espada se atienen, que imposible  
Era haber escapado de tus manos,  
En la emboscada que se halló posible:  
Sus Adivinos son los que hacen llanos  
Tantos impedimentos; infalible  
Es esto para mí, pues que se iguale  
Con el conjuro, lo que el Arte vale.

Agrada el parecer, y en su presencia,  
Los Tlahuipochis (Magos, y Agoreros)  
Aseguran efecto, y obediencia,  
De círculos, y Pactos embusteros:  
Parten a Chalco, donde negra ciencia,  
Cuando del Español vea los aceros,  
Puede operar no más; quizá constante  
Corre en su Magia lo que en el Diamante.

A pocas horas su eminencia pisan,  
Creyendo que ha de ser sepulcro verde  
De los nuestros, a quienes no divisan,  
Y ya el estudio cree que tiempo pierde:  
Súbitamente con la muerte frisan,  
Al terremoto que hace que recuerde,  
Con el susto que mira indefectible,  
Que es capaz de congoja lo insensible.

Con movimiento los peñascos broncos,  
Olvidando la sólida firmeza,  
Con que en ellos ató raíces, y troncos,  
Como a más no poder naturaleza,  
Van desprendiendo con gemidos roncros  
Antigua unión de cantos, y corteza;  
Y entumecidos muestran que hay oculta  
Fuerza interior, que el centro les abulta.

Rompiéronse, y allí se fue elevando,  
Como ensanchando la Caverna helada,  
El Mundo todo, la Región llenando,  
Montaña racional organizada:  
La tierra con sus pies se fue ocupando,  
La Luna entre se Crin quedó eclipsada,  
Y sin más que extender los brazos solos,  
A un mismo tiempo abraza entrambos Polos.

Ni de Tinacria, Promontorio altivo,  
Ni de Quito, Peruano Mongivelo,  
Gargantas por adonde Lete esquivo,  
Con avenidas de humo empañá al Cielo,  
Compiten al membrudo Jayán vivo,  
Monte animado, pues de Cielo, y suelo,  
No sólo iguales las distancias toca,  
Todo lo ahúma el aliento de su boca.

Por ojos dos volcanes encendidos;  
Por nariz un Peñón, que azufre exhala;  
Una Sima por boca, en que buidos  
Dientes asila, con que al Orbe tala:  
Barba cana, cabellos retorcidos  
Tiene, y de Sierpes un collar por gala;  
Cada cerda de la áspera melena,  
La más delgada, puede ser Entena.

Para hablarles, a sí llamó el aliento,  
Y de un sorbo agotó todo el ambiente:  
En nueva Esfera vago corrió el viento  
De espalda, y pecho vasto Continente:  
Y no fue mucho, pues al dejamiento  
Congojoso, que oculto la alma siente,  
Antes de hacerlo, de íntimo retiro  
El Aquilón lanzó para un suspiro.

¡Ay de mí! Dijo; y cual al estallido  
Del rayo, un Monte queda retumbando,  
Tal al eco primero fue el bramido  
De estruendos roncós el Zenit llenando;  
Fallecieran al golpe del zumbido,  
Si fuera realidad; pero dejando  
Lo que basta al engaño, interiormente  
Se percibe su acento, y aún se siente.

Ya no es tiempo, infelices Mexicanos,

De estas imprecaciones, y conjuros;  
Mudos están los Vates Soberanos,  
Y disueltos los Pactos más seguros:  
Ya se acabó (prosigue) poder vanos  
Con círculos violar Tartáreos Muros;  
Un Leño (¡qué crueldad!) en esta Zona,  
Los esfuerzos, las manos aprisiona.

Nada difícil a mi brazo fuera,  
Si excusarle pudiera tal quebranto;  
¿Qué hiciera yo?: mal digo: ¿qué no hiciera,  
Si tuviera remedio vuestro llanto?  
El inviolable curso de la Esfera  
Así lo determina, y hasta tanto  
Que otra cosa disponga, es imposible,  
Porque es en sus Decretos infalible.

A vuestro Rey (si lo es el desposeído)  
Decidle si; más no le digáis nada:  
A México mirad, donde encendido  
El Fuego, cunde su Laguna helada:  
Volvieron las cabezas al traquido,  
Y la Ciudad deploran abrasada,  
En cuyo breve imperceptible espacio,  
Cuando en sí vuelven, se hallan en Palacio.

Cual la vista se engaña al aparente  
Suave Pensil, que dibujó Medoro,  
En agradable Escena, diestramente  
De Español Teatro con profano Foro:  
Y se admira, si encuentra de repente  
De la náutica faena al ronco coro,  
Naval Armada, que a estudioso esmero,  
Cómico Ariosto navegó primero.

Queda más asombrada que dudosa,  
De que en los cortos Signos de un instante,  
Corra con mutaciones deliciosa  
La perspectiva, Golfos de Diamante:  
Tal de los Adivinos Fe medrosa,  
Del portento que veía vacilante,  
No perdiendo la duda, se retira,  
Y ni cree lo que vio, ni lo que mira.

Pasma el caso al Monarca, y temeroso  
Haciendo voluntad lo que es destino,

A Cacumatzín manda, que obsequioso  
Corteje al Español en el camino:  
Por primer Elector, Rey Poderoso  
De Tezcucu, por Yerno, por Sobrino,  
Debe ser preferido, y porque vea  
El Adalid que grato lo desea.

En tanto allá la marcha en la espesura,  
Vencida la eminencia que le resta,  
De Nepantla a la falda se apresura,  
En donde Amecameca se recuesta:  
Ciudad, si no feliz por su hermosura,  
Arabia es ya de la feliz opuesta,  
Gozando lo que más la ha ennoblecido,  
Que es ser del Fénix oloroso nido.

Concha de Telesilla Americana,  
De Nicóstrata Cuna peregrina,  
Seno de Clío Métrica Cristiana,  
Catre de noble sabia Cleobulina:  
Liceo justo de la Safo Indiana,  
Teatro de Areta, Trono de Corina,  
Aula de Aspacia, centro a Eustoquio casta,  
Patria de Juana Inés: esto le basta.

Agora sí, que puede con certeza  
Gloriarse del Parnaso, si en su Coro  
Trina con asonancia, y agudeza  
Desta décima Musa el Plectro de Oro:  
¡Cómo hizo tan de atrás naturaleza,  
Que nada le faltase a su decoro,  
Pues entre sus vertientes le destina  
La Yolcaaltzintle, Fuente cabalina!

Nepantla (esto es entre los dos Collados  
De Fuego, y Nieve) noble Cuna le hace,  
Porque tenga en Padrones elevados  
Espíritus, y dulzura que la engace:  
Fénix con Cinamomos abrasados  
En la Cima del uno muere, y nace,  
Por vivir en las llamas de su lumbre;  
Mas ¡cuándo habrá otro para la otra Cumbre!

Como si fuera aquí de mi argumento,  
La pluma en sus encomios remontara  
Vuelo mayor; mas ¿qué podría al intento

Decir, que más bien dicho no encontrara?  
Dulces Liras (¡qué suaves!) el conuento  
Sonoro aplauden desta Heroína rara,  
Sonando sin temer propios engaños,  
Porque alaban más justos los extraños.

Gózate, pues, América dichosa,  
De haber sido Joyel de este Diamante,  
Pues más que tus tesoros poderosa,  
Esta venas te dejan más brillante:  
¡Oh amor! ¡Oh Patria! ¡Cómo bulliciosa  
La sangre con afecto dominante,  
Para cumplir con ambos, sin sosiego  
Da calor a la voz, al pulso fuego!

Y si hiciera, si ya no lo impidiera  
El estruendo marcial, pues atronando  
De Baquetas el ruido, con espera  
Va a Amecameca el Español pisando:  
Aquí veloz la fama vocinglera,  
Lugares, y atenciones ocupando,  
Hace que en sombras de mayor tributo,  
De lo que ella ha sembrado, coja el fruto.

Los Pueblos comarcanos obsequiosos  
Visítanle después, y lastimados  
Si esconden su pasión como quejosos,  
Exprimen su dolor como agraviados:  
A la opresión del Rey piden celosos  
Respiración, quedándose arrestados  
A que corra a su cuenta en tanta saña,  
Lo que es, perdido afrenta, si no, hazaña.

No le pesa al Caudillo, que tan cerca  
La destemplanza del humor pecante  
Se halle del corazón, que la haga terca  
A ceder de la cura a lo purgante:  
Tanto Síntoma indica, que se acerca  
A ser letal la repleción pujante;  
Pues cuando sobre sí saca la cara,  
O mal, o tarde, o nunca, se repara.

En estas concurrencias acalora  
El Tescucano, noble Parentela,  
A ver al Adalid, en que atesora  
Propia jactancia de marcial Escuela:

Llega a sus plantas, y aunque se ignora  
De la Sesión que aplaza la cautela,  
Se disimula; porque el cuerdo modo  
Es, no hablar mucho, y entenderlo todo.

Aprestase después con bizarría  
Gallardo Cacumatzín, e impaciente  
Va al Cuartel tan puntual, que a la porfía,  
Él, y la luz le besan igualmente:  
Eco fue del amor la cortesía;  
Entre sus brazos prende suavemente  
Al Capitán, quien en la acción apura,  
O gran sagacidad, o gran ventura.

En dar la bienvenida, y ofrecerle  
Por sí, y por el Monarca, cuanto sea  
Conducente a la dicha de ponerle  
Donde tan presto sus favores vea:  
Gasta mucho, y lo más en merecerle  
Huésped, quien tanto su amistad desea:  
Insta, y estima, viéndolo aceptado,  
El precio grande, que costó un cuidado.

Salen de Amecameca, y los amigos  
Caciques van su lado autorizando;  
Estos, y aquellos son nuevos testigos  
De irse con su Partido mejorando:  
Parciales quiere hallar los Enemigos,  
Y los hará, si en ello está cavando;  
Pues a unos asegura su confianza,  
Y a otros les deja en rehenes la esperanza.

Mudose el Valle en Torres, y Vergeles,  
Y ofrecieron pintados Bastidores,  
Un Pénsil de dorados Capiteles,  
Una Ciudad de matizadas flores:  
Dudan vista, y olfato, siempre fieles  
De Tezcuco a los Jaspes, y primores,  
Si las piedras de Rosas dan indicios,  
O si de Flores son los Edificios.

Froncosa la Ribera, da su Planta  
Entre el Lago, y el Monte, a la Floresta,  
Donde al Cielo en Agujas se levanta,  
Donde al Suelo en Jardines se recuesta:  
Populosa Ciudad, que se adelanta

A las demás, y a México le apuesta,  
Sin embargo de verse tan lozana,  
En el origen, Cuna más anciana.

El hacerse feliz con lo que goza,  
Aparata con suave melodía,  
Que para la cautela que reboza,  
Sólo endulzarla más así podía:  
A su regalo cómodo alborozar  
Cacumatzín su doble fantasía,  
Y la excede gentil, porque en su porte,  
Son las modales las que allí hacen Corte.

¿Qué no hace ya por desmentir sospechas  
Estadista sutil al Castellano?  
¿Qué razones, qué puntas tan derechas,  
Dice, y rebate, por su soberano?  
Las más ligeras quejas satisfechas  
Deja con elocuencia, bien que en vano;  
Pues para el oído que le escucha, sobra  
Lo más del artificio de tal obra.

Bien, como sabia Abeja argumentosa,  
Que al Amaranto liba delicada,  
Sacando de él aquella Sal preciosa,  
Sin tocar en la Fibra avenenada:  
Su perspicacia en éstas laboriosa,  
¿Qué puede hacer? Lo mismo; porque nada  
Se ve más fácil en el pecho ajeno,  
Que es donde el dulce está, donde el veneno.

Déjase, pues, prender del lucimiento  
Exterior, engañando al aparato,  
Y en esto sobresale su talento,  
Pues viste de descuidos al conato:  
Nadie, sino él, chupó a la Flor sediento  
Lo que hubo menester, para hacer grato  
El Panal, que labró su fortaleza,  
En tan indócil, en tan cruel corteza.

Tiene la heroicidad cierta medida,  
Que no penetra humana diligencia,  
Ni en su docta política escondida  
Se encuentra vado, ni se ve congruencia:  
Sólo al feliz, que fue ella concedida,  
Se le demuestra su uso, y excelencia;

Y como reservada se suspende  
Su práctica, no más al que la entiende.

Como estudioso en ella, manejando  
Los sucesos, que el tiempo va ofreciendo,  
Se porta con el Rey, quien vacilando  
Está, y le están el interior leyendo:  
Con los suyos alegre disipando  
Cuanto la admiración creció corriendo:  
Porque no queden con la Paz ociosos,  
Ni estén de su fortuna recelosos.

Así les llega la hora señalada,  
Y los Tamenes (Indios, que bagaje  
Llevan al hombro) con acelerada  
Inquietud se preparan al carruaje:  
Entrase desde luego en la Calzada,  
Cuya anchura capaz para el pasaje,  
Doma la espalda de la gran Laguna,  
Del Sol espejo, marco de la Luna.

Hacen alto en la Villa populosa  
De Ixtlahuacán, que al plano fortalece,  
Como Baluarte, que hizo poderosa  
Mano de Chichimecatl, quien la acrece:  
No políticos tanto a la obsequiosa  
Atención del Señor, que tal ofrece,  
Cuanto por ver dificultad, que terca,  
Más imposible pareció de cerca.

Dura aquí al disimulo lo quejoso,  
Que con recato asoma a labio anciano:  
A los suyos alienta cuidadoso  
Contra el poder, que admiran soberano:  
No puede ser (exclama) Poderoso  
Quien tiene tantas señas de Tirano;  
Que a un Monarca le aumentan los Pendones;  
No las Espadas, sí los corazones.

A los Reyes de España entre las gentes,  
Los suyos han subido dominantes,  
No sólo porque son los más valientes,  
Sino porque a su Rey son más amantes:  
El amor hace cosas excelentes,  
Con él son, y serán, siempre triunfantes;  
Que para ser del Orbe venerados,

Tienen lo más amar, y ser amados.

Y pues esto le falta al Mexicano,  
¿Qué hay que dudar? Nada es su Señorío,  
Si se mensura sólo por lo vano,  
Y presidir no puede al albedrío:  
El amor, y el acero en pecho, y mano  
Aquí han de hacer; mas viendo vuestro brío,  
¿Qué tendré agora que deciros? Nada,  
Si ya dije Español, Amor, y Espada.

Así el Cid Extremeño, enardecido  
Con el Vesubio de su ardiente pecho,  
En afluencias difunde lo entendido,  
Quedando el valor más satisfecho:  
Prosíguese el camino interrumpido,  
Y como en sombras vese a largo trecho  
En mitad del cristal, erguida Loma,  
Que al Cielo sube, que a las Aguas doma.

Obeliscos de Jaspes, y Edificios  
En el diáfano Lago toma asiento,  
Con aprehensiones confundiendo juicios,  
Al copiar otro bajo del cimiento:  
El discurso se ofusca a sus indicios,  
Y como en ambos mira movimiento,  
A discernir no acierta si es en suma  
Golfo de Mármol, o Babel de espuma.

No de otra suerte transparente Foso,  
Que Mural Cerco engasta en Plata fina,  
Calmando siempre con sosiego undoso,  
Retrata el propio lienzo, que trasmina:  
Así; pero es lo mismo, pues vidrioso  
Copia este Golfo, el Templo que examina:  
De esta similitud él es el Mapa:  
¿Muro en cristal? Eso es Ixtacpalapa.

Su Príncipe, y los dos acompañados,  
Tocal de Cuyoacán, y Tzincuanata,  
Rey de Mexicaltzinco, que adornados  
Relucen Plumas, entre Concha, y Plata:  
A recibirle salen industriados;  
Del Rey aquí con más amor se trata;  
Milagro es de un Tirano Fama pía;  
Pero esto puede, y más la cercanía.

Circunspección prudente bien sosiega  
Admiraciones, que importunas brota,  
En Países, donde pródiga despliega  
Pasmos, naturaleza manirrota:  
Aquí de Flores un Jardín navega;  
Allí una Población al viento azota;  
Nada allá una Ciudad, y a poco espacio,  
Entre Nieve, y Coral, nace un Palacio.

Todo es menos, al ver la majestuosa  
Soberbia Corte, que es del Mundo marca,  
Y hasta en sus Piedras quiso presuntuosa  
Jurarse Emperatriz, verse Monarca:  
Maravillas ostenta deliciosa,  
Cuales serán, si siendo lo que abarca  
El pensamiento tanto, fue su aumento,  
A los ojos mayor, que al pensamiento.

Tal, que si hubiese sido la osadía  
Otra, que no del Español, volviera  
Atrás, y reducida a cobardía,  
Ni pudiera pasar, ni aún lo emprendiera:  
Anfiteatro tan grande no podía  
Causar menos espanto en quien lo viera;  
Más su desgracia, no: su dicha quiso,  
Que la graduase aquel con otro viso.

Como prenda posible para España,  
Mira la Joya, que Faetonte dora;  
Su corazón lo dice, y no le engaña,  
Aunque oye el eco, y el comento ignora:  
Tiempo vendrá, que de tu brazo, hazaña  
Será (o Alcides) lo que se enamora,  
Y otro imposible te será sucinto,  
Dar otro Mundo a Atlante, a Carlos Quinto.

Tal vaticina Judiciario el pecho;  
Más lo que pasma, no es que lo enunciado,  
Siendo timbre glorioso, llegue al hecho,  
Sí, que Astrólogo siendo, sea acertado:  
Sus doradas Almenas satisfecho  
Registra, y sufre lo que retardado  
El plazo, las tardanzas asegura,  
Siendo el tiempo quien todo lo apresura.

La amante de Memnón arrebuja  
Con Púrpuras, y Armiños, melindrosa  
En el Plaustro de Nácar recostada,  
Corona ya sus blancas Pías de rosa:  
Soñolienta bosteza derramada  
De Margaritas copia tan preciosa,  
Que dando al Prado tanto con verterlas,  
Sólo al Ostro, y Botón les fue de Perlas.

Con su menudo Aljófár transparente  
Matizados Pensiles de Escarlata,  
También adorna México luciente,  
A la Función, que prevenido trata:  
Salta el Pastor de Admeto, y en la Gente,  
Éste dando Oro, como aquella Plata,  
Y colores la Luz, en breves horas  
Amanecer se vio con dos Auroras.

Arden festivas otras prevenciones  
Para la entrada de los Extranjeros;  
Y apartando vulgares Batallones,  
Hace elección de solos Caballeros:  
En mil Filas de a cuatro, los Airones  
Numeran de Penachos, y Plumeros;  
Y estos nuevos Cambiantes tremolando,  
Con otros Soles van el Plan formando.

Las Flautas, y Bocinas en cuarenta  
Tercios de a cien Soldados repartidas,  
Forman otra asonancia, que se aumenta  
Del bajo Teponaztle a las heridas:  
Corren dos millas, hasta donde asienta  
El Arte dos Torreones, y tañidas  
Por el respeto, que templarlas sabe,  
En lo sumiso resonó lo grave.

Ábrense en dos Hileras, porque pueda  
Pasar la Marcha, que su Puente toca,  
Cuyo adorno Marcial no hay quien exceda,  
Si ella gallarda a sí no se provoca:  
La Armella levadiza sufre queda  
Extraña planta, que selló su boca;  
Y el Foso dijo de su plata fría,  
Ya esta boca desde hoy no será mía.

Va con la pausa, que anda el que se mueve

En un Teatro, Galán; y era forzoso  
Que fuese así, pues un descuido leve  
Quita de un lucimiento lo precioso:  
A lo lejos la vista rayos bebe  
De otro Escuadrón, si menos numeroso,  
Más alto que el primero, y su ardimiento  
En lo sumo probó que cabe aumento.

Doscientos Grandes de la Comitiva  
Del Rey, vestidos con igual Librea,  
Son los que le acompañan la festiva  
Demostración, que en el Caudillo emplea:  
Sobre unas Andas, donde claro aviva  
El Tíbar brillos de la luz Febea,  
Iluminados de Coral, y Pluma,  
El Sol venía sentado. Moctezuma.

Como Titán reluce, colocado  
En su Trono, menguando refulgente  
Ajeno resplandor, que sufocado  
En abismo de luz, sombras desmiente:  
La Diadema, la Manta, y el Calzado  
Fuegos despiden de color luciente,  
Prestándole con finos Carmesíes  
Plumas el Fénix, y Ceilán Rubíes.

Palio donde el Pavón dejó sus ojos,  
El Cisne su candor, el Sol sus rayos,  
Reverbera gentil destellos rojos,  
Que al Olímpico Dios dieran desmayos:  
De su grandeza pródigos arrojados  
Hizo al Campeón, quien pudo sin ensayos  
Cortés gozarlos, cuando se le humilla  
Quien jamás señas dio de su rodilla.

De un Bruto, que en el Betis cristalino  
Debió al Fabonio ser, y lozanía,  
Salta airoso, saliéndole al camino,  
Por quedar superior en cortesía:  
Brindando la ocasión, un collar fino  
Al cuello le echa, cuya bizarría  
Persuadió con la acción a los humanos,  
Que hasta el Cielo tocar pueden sus manos.

Tanta benignidad México extraña  
En su Rey, que del hecho se complace,

Crece la admiración por tal hazaña,  
Pues es más que sus Dioses quien tal hace:  
Theotl llama al Español, y aunque se engaña,  
Si es respecto a los suyos, satisface:  
Nadie sino él llegó a tocar osado  
Lo que aún a sus Deidades fue sagrado.

A más sube el aplauso: al abrazarle,  
El mismo con la más preciosa Joya  
Del Indiano Toisón, llega a adornarle,  
Que sólo el que es Monarca en sí la apoya;  
Toma las Andas, porque restaurarle  
Pueda la Pompa, que gentil convoya  
A su Palacio, bien que atento queda  
El Príncipe Elector, que guiarle pueda.

¡Qué estruendo, qué concurso, el dilatado  
Espacio, que hay hasta el Alojamiento,  
No ocupa novelero, y admirado,  
A gente de otro talle, y lucimiento!  
Al Alcázar se acerca destinado,  
Edificio soberbio, que en el viento  
Hace a las Nubes que le asustan, guerra,  
Cansado ya de domellar la tierra.

Cuartel se ve de Ejército pequeño  
En el bulto, y cuantioso en la substancia,  
Y a Campaña pudiera ser diseño,  
Según le hizo opulento la jactancia:  
Al Español asiste como a dueño,  
Al Tlaxcalteca con exorbitancia;  
¿Qué tan grande querrá que aquí lo alaben,  
Pues seis mil de éstos, y los nuestros caben?

Militar lo especula su cuidado  
En precauciones siempre circunspecto;  
¿Cómo no había de ser desconfiado,  
Habiéndolo hecho el Cielo tan perfecto?  
Vese el Panteón mejor asegurado  
Con nueva disciplina, y el efecto  
Verificó después, cuanto asegura  
A un mal de ser mortal, temprana cura.

El Monarca (¡qué asombro!) a verle vuelve,  
Antes que hacerlo pueda el Castellano,  
Y su gran dignación es la que absuelve

Atención, que aunque presta, fuera en vano:  
Máxima oculta, que advertida envuelve  
Otros designios, con que de ante mano  
Calmar presume con benevolencia,  
Las tormentas precisas de la ausencia.

Si alguna vez (empieza) fue debido,  
Ilustre Capitán, al Varón sabio,  
Formar juicio distinto al que ha podido  
Idear, a quejas de atrevido labio,  
Hoy solamente la ocasión ha sido;  
Que sin hacer a la cordura agravio,  
Puede con luz mayor cauta advertencia  
Mejorarlo al crisol de la experiencia.

Ambos debemos dar agradecidos,  
Del desengaño, gracias a los ojos;  
Pues siempre los informes de los oídos  
Se visten del capricho a los antojos:  
Jamás pudieron dar sus coloridos  
Otro tinte, pues hacen sus arrojados,  
No que cual es la cosa así se vea,  
Sino como ellos quieren que tal sea.

Yo estimo complacer a mi deseo,  
De que como él pintó, me hayáis salido,  
Pues claramente ya en vosotros veo,  
El que sois, como quise, hubierais sido:  
Que así en vuestro concepto pase, creo,  
Que si por más que hubieseis presumido,  
Más hallaréis, será en aquel tamaño  
Hecho de la verdad, no del engaño.

Grande soy, no lo niego; pero suelen  
Odio, y amor, el justo, el verdadero  
Límite trascender, porque desvelen,  
O disminuyan lo que fue primero:  
Cuando unos mi poder, mi Cetro celen,  
Otros habrá, que a excusas del sincero  
Sentir, ponderen como suerte impía,  
Lo que piedad es, más que tiranía.

Pero como hijos son de sus pasiones,  
Llegan a arrebatarse con violencia  
Hacia la parte, que en sus corazones  
Hace más peso, o menos resistencia:

Exageran, o acortan las acciones,  
Según les predomina la dolencia;  
Pensión inexcusable a una Corona,  
¡Pues siempre el malo con el bien se encona!

Discreto sois, juzgolo así, pues fuera  
Agraviaros el Cielo, si os negara  
Prenda tan alta, cuando en vos se esmera,  
Haciendo alarde de la que es más rara:  
De nuestra observación, ¿qué no dijera?  
Pero leí la verdad en vuestra cara;  
Que los Reyes tenemos por comento  
Al semblante del leve pensamiento.

Con que los dos desde hoy a otros reflejos  
Hemos de examinarnos; y asentado  
Esto, que fue limpiar de los Espejos  
Vapor, que pudo haberlos empañado,  
Quiero que conozcáis, que de muy lejos,  
Antes que aquí hubieseis arribado,  
Os tuvo el Vaticinio, que lo afianza  
En Posesión, después que en Esperanza.

Xololcohuatl, Monarca Soberano  
De aquellas siete bélicas Naciones,  
Que a fundar el Imperio Mexicano,  
Del Norte abandonaron las Regiones,  
Cuando partió para el Oriente vano,  
A tremolar sus ínclitos Pendones,  
Les prometió, que desde allá enviaría  
Sucesor a su vasta Monarquía.

Predicción, si a la Fe nunca dudosa,  
Al Amor impaciente siempre tarda,  
Que la inquietud regula congojosa  
Siglos las horas en que al bien aguarda;  
La suerte sólo para mi dichosa  
Abrió al arcano, que en los años guarda,  
Pues en mi tiempo nace del Oriente  
Su legítimo heroico descendiente.

Que aqueste es vuestro Rey, está constante,  
Pues también el destino me agraviara,  
Si siendo yo quien mira más triunfante,  
Éste realce a mis sienes usurpara:  
Tanta advertencia es fuerza que adelante,

Porque a ella atribuyáis la causa clara  
De mi benignidad, cuando hago justo  
La memoria cortejo, Ley el gusto.

Acabó previniendo rostro atento  
A la respuesta, que al instante empieza;  
Sin olvidar el principal intento,  
Siguiendo el Artificio con viveza:  
Ya (gran Señor) que debe mi ardimiento  
La dignación a vuestra Real Grandeza,  
Tan de Rey, como lo es, en que piadoso  
Creáis, más que lo vil, lo generoso.

Por ella os vive el pecho agradecido,  
Bien que al esmero con que quiso hallaros  
Era así consecuente, y que lucido  
Estuviese antes, el que había de hablaros:  
Nada de Vos el alma ha percibido,  
Que ajeno esté de vuestros timbres raros,  
Pues siempre está en el que el mal pregona  
Del Rey, el daño en él, no en la Corona.

Por grande, por felice, por glorioso,  
Llega a vos rendimiento Castellano,  
Y haciendooos esta salva (o venturoso  
Monarca Sumo del Imperio Indiano)  
Saber os hago, como el Poderoso  
César Augusto, que en el Orbe Hispano  
Goza el Cetro mayor, que lo es en suma,  
Si al Zafir corta, y al Nadir espuma.

Su gran Poder los términos abarca,  
Desde donde el Piloto del Oriente  
Leva las Anclas, hasta que su Barca  
Toma en Ocaso Puerto transparente:  
Sus Dominios extraños sabio marca,  
Ya vea la Altura, ya halle el Continente,  
Y siempre hinchada su radiante Lona,  
Midiendo Golfos va de su Corona.

Éste, pues, cuya gloria apenas cabe  
En el Clarín sonoro de la Fama,  
Ser vuestro amigo quiere, porque sabe,  
Que hay en vos precisión, que a tanto llama:  
Prescindiendo ahora del derecho grave,  
Con que este Reino, cual decís le aclama,

Sin otro fin para su amor extraño,  
Que veros libre del mayor engaño.

Para que vos, (o Rey esclarecido)  
Y vosotros (o nobles Mexicanos)  
Salgáis del torpe yerro fementido,  
Que en vuestra Religión padecéis vanos:  
¿Qué Deidad puede hallarse en el fingido  
Bulto, que tuvo ser en vuestras manos?  
El Demonio es a quien adoráis ciegos,  
Y el que odio había de ser, volvéis en ruegos.

Suyas son las impuras ilusiones  
Con que os viste tal vez la fantasía;  
Suya es la voz, que en vuestros corazones  
Persuade culto ser la tiranía;  
Suya es la sombra, suyas las ficciones,  
Que vuelven la ignorancia rebeldía,  
Por conservar gobierno, donde alcanza  
Primero adoración, luego venganza.

Sólo hay un Dios Supremo, Omnipotente,  
Sin principio, ni fin, en cuyo abismo  
Inmensa perfección está igualmente,  
Y todo pende de él, y él de sí mismo.  
Él fue quien creó el Globo reluciente;  
Él es a quien en vuestro Gentilismo  
Con la luz que tenéis, como inmutable,  
Le dais el Atributo de inefable.

Bien conozco que punto tan sagrado  
Pide más tiempo, pero no es ocioso,  
Que como principal quede asentado,  
Porque pierda de extraño lo ruidoso:  
Esto es a lo que aspira interesado  
Hoy el Rey mi Señor, como forzoso  
Vínculo, a establecer con más firmeza,  
Paz, Religión, Comercio, Fe, Grandeza.

Esto os hace patente su desvelo  
Por mi embajada, pretendiendo amante,  
Que vuestra Majestad oiga mi celo  
Con juicio sano, y atención constante:  
Así, Señor, conseguirá mi anhelo  
A vos rendido, si, de vos triunfante,  
En el efecto que asegura ansioso,

Siendo tan grande, haceros más glorioso.

Grave si serio, Sabio si conciso,  
Cierra el labio a política advertencia,  
Que sin faltar del Arte a lo preciso,  
Se sirvió del delirio por congruencia.  
Indiferente el Rey a tanto aviso,  
Siente la luz, y niega la evidencia;  
Que hay mal que irremediable queda al tedio,  
Por sí, no por la falta de remedio.

De vuestro Rey con gratitud recibo  
(Dice al partirse) la suprema alianza,  
Sin que en la Religión en que aquí vivo,  
Introduzca nueva Ara su mudanza:  
Descansad ahora, porque lo expresivo  
De mis afectos, haga cuanto alcanza  
En obsequio de aquel que tanto vuela,  
Que mi Fe busca, mi amistad anhela.

Desde este día en cuantas familiares  
Sesiones, el estudio, o el acaso  
Encontraron, uso de singulares  
Medios, a rebatir punto tan craso,  
Ya cuando recibió particulares  
Honras, o ya de su embajada al paso;  
Pues al siguiente, su benevolencia  
Le mereció, con más estrecha audiencia.

¡Con cuanta suavidad en aquel duro  
Ánimo, va noticias derramando  
Más eficaces, cuanto lo es el Muro  
Tenaz, con que conoce estar lidiando!  
Píntale el bien, creyendo que seguro  
Puede tanta altivez ir preocupando,  
Y le encarece de la Fe el empleo,  
Por ver si se hace la atención deseo,

Calla a veces discreto, si ferviente  
El Padre Olmedo, grave, y religioso,  
En materias tan altas elocuente,  
Lo docto enseña, cumple lo celoso:  
Aún al más nimio celo providente  
No le quedó camino de quejoso,  
Porque pesó en el fiel de la Prudencia,  
Menos que la piedad, la conveniencia.

Qué importa ya que emulación villana,  
Huyendo el resplandor, que está a la vista,  
Quiera con sombras ofuscarlo vana,  
Por deslucir en todo la Conquista:  
Ponderando que en ella la tirana  
Codicia, y ambición junta se alista,  
Si el mismo brillo, que su mancha aumenta,  
Luce, cual Sol, pasada la tormenta.

Jamás podrá borrar la heroica Fama  
De tan grande Varón, cuyo ardimiento  
Vive inmortal a la felice llama,  
Con que hizo en las memorias monumento:  
Sólo él se vio en el Mundo (tal se aclama)  
Que hermanando la mano, y el talento,  
Cabal lograrse para ejecutallo,  
Lo que nunca hizo con su Rey, Vasallo.

## CANTO VII

*Hallándose los Españoles en la Corte, previene el Monarca, para obsequiarlos, unas Fiestas, al uso de su Nación: Dispónense unas justas solemnes, en que imitando los antiguos Juegos, Pitios y Nemeos, igualmente ostentan los Mexicanos la grandeza, y el ingenio, así en el vistoso aparato de sus arreos, jeroglíficos, y caracteres amatorios, como la destreza, y osadía, en lidiar las varias fieras, que hicieron grande el espectáculo, y el Circo. Descríbese el Anfiteatro, en que después los Mexicanos Gladiadores, no sin vanidad, oscurecieron los seculares juegos de la antigua Roma. En medio de estos regocijos, el General Qualpopoc con Ejército considerable, avanza a los Pueblos sujetos a Vera-Cruz, por orden de su Rey, para reducirlos a su obediencia: trata de sosegarlo Juan de Escalante, y el Bárbaro le desafía; junta sus Españoles, y Confederados, y presentale Batalla, en que lo destroza; pero a costa de su vida, y de otros Compañeros, que murieron después en Vera-Cruz. Recibe la noticia Hernán Cortés, y con otros indicios, que dicen lo que basta para poner en operación al cuidado, trata de prender a Moctezuma, cuyo inaudito atrevimiento ejecuta con bizarría. Envía el Rey por Qualpopoc, y se lo entrega, para que lo castigue; lo que se ejecuta con pena de muerte, para cuya consecución se le echan al Monarca unos grillos, y acabada aquella, se los quita personalmente, para dar mayor recomendación al desenojo.*

*Argumento*

*Ostenta el Mexicano su grandeza*

*En el Circo, con Juegos y Torneos;  
Donde iguales compiten la agudeza,  
Y aparato de bélicos arreos:  
Guerra hace en Vera-Cruz, cuya braveza  
Venga Cortés, ataja otros empleos,  
Prende al Emperador, y en su Persona;  
Con grillos de oro ciñe la Corona.*

Después que Moctezuma con el trato  
Del Español, perdió su antiguo ceño,  
Que al semblante del nombre hizo retrato,  
Queriendo ser aún de lo esquivo dueño:  
Cuando menos severo, por más grato,  
Derramaba caricias halagüeño,  
Imaginó cobrar en la grandeza  
Cuanto cedió forzada su entereza.

Tiene también hipócritas el vicio,  
Que el centro miran de caducas glorias  
Como los que hacen la virtud oficio,  
Robando el esplendor de sus memorias;  
Unos, y otros pretenden sacrificio  
De humanas alabanzas transitorias,  
Pues la Fama en los bienes, o en los males  
Es la dicha mayor de los mortales.

A ésta aspiraba su genial murmullo,  
Que para ser sobradamente vano,  
Era fuerza ostentar con libre orgullo  
El poder que jactaba Soberano;  
Ya que Marte sosiega al blando arrullo  
De Venus (entre sí discurre ufano)  
No ha de gozar Adonis del reposo,  
Sin ser, si es para mí, más poderoso.

Deja el Real lecho desasosegado,  
Y falta, cual si fuera a grave susto,  
Pues no sólo inquietud causa un cuidado;  
Basta también a desvelar un susto:  
La Nobleza convoca, y al llamado  
Viene afectando su respeto justo,  
Y hasta saber el fin a que la invoca,  
Está, no en sí, pendiente de su boca.

Ninguno debe ser más conocido  
Por sus obras (comienza) que un Monarca;

Pues éstas son el Fuego, que lucido,  
No sólo al Mundo, pero al Cielo abarca:  
Ser grande, el que es tan grande, poco ha sido  
Con ser máximo, sumo, llena marca  
El ámbito, que quiere siempre extraño,  
Porque con él se mide a su tamaño.

Viendo estáis como el regio descendiente  
Del sacro Xolocohuatl, solicita  
Nuestra amistad, con atención prudente;  
Vadeando golfos, cuando amor le excita  
Majestuoso aparato de su gente  
Trae la embajada, que al poder incita;  
Pues para hacer recuerdos de preclaro,  
Aún a vista de solo, se hizo raro.

El que es tanto, al mayor de los mortales  
(Cual soy) corteja: luego ya precisa,  
Que responda el laurel; que en casos tales;  
La celsitud no más quien es avisa:  
Yo he de obrar como yo, para que iguales  
Ambos, el paralelo que nos frisa  
Quedemos hoy; y en una, y otra alteza,  
Si es allá vanidad, sea aquí grandeza.

Valor e ingenio, nobles Mexicanos,  
Tenéis, a más del oro, en abundancia;  
Den fe lealtades, y poder las manos  
En empeños de afecto, y arrogancia:  
Festivos juegos a los Castellanos  
En Palestra apacible consonancia  
Han de hacer a mi gusto: Ya no tengo  
Más que decir, si mi querer prevengo.

Acabó, y aplaudiendo su discurso,  
Desempeñarle ofrecen, derramando  
De la potencia al acto sin recurso,  
Cuanto va dentro la Montea formando;  
Huyendo la tardanza aquel concurso  
Le besa el pie, lisonjas insinuando;  
Y por la prontitud de obedecerle,  
Va a ganar tiempo, para más perderle.

Al modo que en las vísperas nupciales  
Gallardo joven, anhelando al día,  
No dificulta pasos desiguales,

Que son más que razón, galantería:  
Pues juzga que aventura en lances tales  
Con la reputación la bizarría;  
Y queriendo mostrar que no se excede,  
Siempre, no a veces, hace más que puede.

Entre otros Reyes da la suerte a cuatro,  
El favor de servir al desempeño;  
Chiltecpi elige fabricar el Teatro,  
Que ha de ocupar su coronado dueño;  
Quauhtenehua levanta el Anfiteatro,  
Copiando a líneas su mental diseño;  
Tecuarnochitli las fieras solicita,  
Y Acaltetepo el Circo facilita.

Ni las Naumaquias con que Agripa, y Neró;  
Con Góndolas de nácar algún día,  
En el Albula undoso placentero  
Fueron Nereidas de su plata fría:  
Ni los Escénicos Juegos, que primero  
Corrió el Etrusco por Floresta umbría,  
Pudieron por remotos, por extraños,  
Hurtarle al pensamiento sus tamaños.

Lugar da para todo la opulencia,  
Grande Oficina de un voraz deseo,  
A aparecerse muchos en presencia  
Del Castellano, ya Hércules Alceo:  
Cuanto puede arbitrar la diligencia,  
Emprende activa, para que el Torneo;  
Lid venatoria, rigurosa lucha,  
Aún al concepto le parezca mucha.

Púsole el Sol en este medio espacio,  
Y apenas pudo dar al día siguiente,  
Con cifras de carmines, y topacio,  
Noticia al Mundo, que salía al Oriente:  
Cuando fijo en las Puertas del Palacio,  
Un vistoso Cartel, hizo igualmente,  
Con misterioso Emblema, y valentía,  
Visible en el pincel la fantasía.

Cual suele hacer favorecido amante,  
A quien de Anteros une la cadena,  
Excesos que demandan lo galante,  
Que son más siempre, que la Dama ordena:

Tal aquí competencia semejante  
Pasa la raya, fin temer la pena,  
Pues a aquel, y a éstos, una culpa abona,  
Que fácil se comete, y se perdona.

Un Sol entre su Ocaso transparente  
Finge la Tarja, y otro luminoso,  
Que en rosados celajes de su Oriente  
Compite a aquel, con resplandor fogoso:  
Por Zona al Globo abraza una Serpiente,  
Cuyos Polos del lustre más precioso  
Son dos Cetros, en quienes alusiva  
Su Machina celeste fija estriba.

De breves Pegmas el carácter puro,  
Que Ataugia en oro dio Mosaica mano,  
Expresa abajo laberinto obscuro,  
Que no leyera Artífice Toscano:  
Con tales ejes viviré seguro,  
(El Orbe dice) si saluda humano  
Con tan feliz alianza eternamente,  
Al Sol de Ocaso, el nuevo Sol de Oriente.

De Caracoles, Flautas, y Timbales,  
Militar asonancia inunda al viento,  
Y a herir llega los dóricos umbrales,  
Donde la Majestad vive de asiento:  
Abrense al punto los balcones reales,  
Y el Monarca les crece lucimiento,  
Autorizando con los Españoles  
La armonía, con que aplauden tantos Soles.

Cincuenta Caballeros, que al aliño  
De pluma, y bandas para su vestuario,  
Agotaron los copos al armiño,  
Siendo lo más galán lo menos vario:  
Con aire siguen un alado Niño,  
Retrato del que en Chipre fue incendiario,  
El que a vista del Rey hace la salva,  
Adorando tres Soles en el Alba.

Con cortas voces, (porque es estatuto  
Del Lacon aprendido) al Soberano  
Saluda, y da tres veces el tributo  
Natural, en el Pie, Cabeza, y Mano;  
Discretamente solicita astuto

A las Justas le venía cortesano,  
Y obtenida repite reverencias,  
Cambiando los preceptos a obediencias.

Imitando los Pitios seculares,  
Que de Apolo en honor pregón sonoro  
Prevenía al mundo, y puso singulares,  
Filipo, por capricho, o por decoro:  
Al son de las Paranoias liminares  
Llaman a voces las Sambucas de oro,  
La puerta abriendo a Máscaras, y holgura;  
Que es dar salvo conducto a la locura.

De cada Rey electo los Vasallos  
Al instante deseando complacerlo,  
En tal número acuden, que echapellas  
No puede, cuando más quisiera hacerlo:  
Menester fue el amor sosegallos,  
Vulgo, por fin, que nadie con tenerlo  
Configure, cuando a vueltas de obediencia,  
En las Fiestas aspira a más licencia.

Nada en México se oye, que no sea  
Eco festivo del futuro día  
El que es más circunspecto ya desea  
Que llegue la sazón a la alegría:  
El gusto, el regocijo travesea  
La edad pueril, y la propecta fría;  
Todo es disposición con que los llama,  
Deseado un bien, para extender su fama.

Ya en la Plaza mayor los Oficiales,  
De ciento en ciento, van con los cuarterones  
Empalmando las Basas principales,  
Para fijar al Circo los Bastiones:  
En Corredores Lienzos, y Tendales,  
Cruzan los Antepechos, y Tablones  
A la Estacada, la que igual divide  
Los Estadios olímpicos, que mide.

Crece también el exterior recinto  
Con las Tozas de Abeto desbastadas,  
En cuyos tramos forma el laberinto  
Tránsitos, Miradores, y Portadas:  
Empina el plomo el Artesón Corinto  
Las Pilastras, que suben recortadas,

De la Cúpula al Zoclo, los Niveles,  
Donde estriban brillantes Capiteles.

Con maromas los Pinos corpulentos  
Jalan; otros, siguiendo las medidas,  
Con que abriendo el Escoplo ligamentos;  
Las vuelve enteras, cuando más partidas;  
Aquí Entrecalles, más allá Aposentos,  
Las cuatro Frentes quedan reducidas  
A la altura que manda, y que reparte,  
Según su elevación, prolijo el Arte.

Los Cilindros, que el ámbito rodean,  
La Talla pule a Bichas, y Festones,  
Y con cartelas breves taracean  
Las Gurbias, Pedestales, y Cañones;  
Recortados Triglifos hermostean  
Del Estofa grotesco, Mascarones,  
Que a fuer de Frisos, hacen su figura  
En la Ostentosa diestra Arquitectura.

El adorno de Paños, y tendidos  
Entra vistiendo galas, y primores,  
Dando al Césped asientos repartidos,  
A fin que esté desparramando Flores:  
De Murta, y Arrayán penden tejidos,  
A espacios cortos, verdes Cenadores;  
Y la Fábrica mira lisonjera,  
En cuanto es Obelisco, Primavera.

En la mitad el Lienzo Real sostiene  
Erguido Trono para Moctezuma,  
Y en ambos lados amplitud previene  
A extraña Espada, y a patricia Pluma:  
El diestro, a España sola le conviene;  
Bien que excediendo del favor la suma,  
Mandó poner asiento soberano  
Junto a sí, para el Marte Castellano.

Planchas de plata, que a la pez obscura  
Debieron en su embrión rasgo grosero,  
Y al golpe del martillo la Figura,  
Que en Ramos, y Hojas, parto fue de acero:  
Cubren el maderamen la Estructura,  
Y entre pimpollos, que grabó el esmero,  
Lugar preparan a mayor decoro,

Pomas de Tiro, Clavellinas de Oro.

No vio otra vez Tarpeyo en sus verdores,  
No vio otra vez Simoente en sus Riberas,  
Palestra tan soberbia a sus Cursores,  
Circo tan opulento a sus Panteras:  
Para los Mexicanos Gladiadores,  
Donde el Apio, y el Pino dan las Fieras,  
Mostró México al Mundo venerable  
Su poder, aún en Juegos formidable.

Pudo el Gordiano, consiguió el Tarquino,  
Arrebató el nombre de gloriosos,  
Con las machinas grandes, que previno  
Su soberbia, a espectáculos famosos:  
Llegó de Domiciano, el peregrino  
Anfiteatro, a exceder los suntuosos;  
Más ninguno tocar a la grandeza,  
Que en lo sumo que acaban, ella empieza.

Nada falta, sino es el señalado  
Tiempo, que ya la juventud ansiosa  
Espera inquieta; vive sin cuidado;  
No es mucho que no piense en otra cosa:  
Entretiénelo empero alborozado  
De Máscaras con bulla licenciosa,  
Por quien genio político a tal culto,  
Le da a su idea, en los colores bulto.

Sólo en aquella pretendida holgura  
Se descubren del Alma las facciones;  
Pues en el cuerpo deja la locura  
Fielmente impresas sus operaciones:  
Visible le hace el pecho en su figura,  
Como se ve la crianza en las acciones;  
Pues no hay del corazón otro lenguaje,  
Que más publique el juicio, sino el traje.

De menudas Filásticas torcida  
Embreada Mena, la tijera doma,  
En donde aplausos compra con la vida,  
El funámbulo suelto, que a ella asoma:  
Siendo por el va y ven de su partida,  
Piloto, y Buque, Golfo la Maroma,  
El Plomo Lastre, Velas los extremos,  
Quilla las Plantas, y los Brazos Remos.

De Aya gruesa, que en palmos cien se eleva,  
Sobre sesenta grave rueda pende,  
Volátil en su punta, donde prueba  
El Danzarín, que a la Región asciende:  
Los que le cercan van (sin que se mueva  
Aquel, fino es al giro que la tiende)  
Desprendiendo la soga al manso vuelo,  
Con que en círculos miden Tierra, y Cielo.

Igualando el tesón con más presteza  
Joven cuadrilla, por los aires falta,  
Tan ágil, que confuta por pereza  
Aquel vapor, que hasta la nube exalta:  
No de Fileto fue la sutileza  
Mayor, (si al cuanto es creíble tanta falta)  
A quien el Fierro le calzó el asiento,  
Porque lo tenue no volase al viento.

Con mejor orden, y lucido ornato  
Compañía noble crece lucimientos  
Al Compás de las Flautas, cuyo boato  
Alterna el paso con los instrumentos;  
Galana danza, donde aún el recato  
En los lazos no arriesga atrevimientos;  
Tal sus Mitotes son, y es la grandeza,  
Que sólo en ellos entre su Nobleza.

Rompió el nombre sonora Filomena,  
Tocó el arma con luces la mañana,  
Y los rayos la obscura sombra obscena,  
Fueron batiendo con armiño, y grana;  
Salió marchando, de carmines llena,  
Tirando perlas la Alba soberana,  
Y su labio en al noche que agoniza,  
En el primer Abordo hizo la riza.

Celebran la Victoria con Clarines  
De oro las Aves, cuyo dulce coro  
Despierta a las Mosquetas, y jazmines;  
Que en catres duermen de esmeraldas, y oro:  
El Zefiro pulsado a los Violines  
Plumados, se halla Faciltol canoro;  
Vuelve a nacer al Mundo la alegría,  
La Luz, el Cielo, la Hermosura, el Día.

Ve México, brotando regocijos,  
El festivo que espera; van creciendo  
Barajados, contentos, y cojijos,  
Según en la pasión que están latiendo:  
Teme el Padre en el Circo, caros hijos,  
El Atleta con oleo se va ungiendo,  
Adornase el Galán, que amor le llama;  
Qué hará, por fin, siendo mujer, la Dama?

No siempre en Azucenas, en Claveles,  
En Perlas, en Rubíes, Naturaleza  
Ha de mojar prolija sus Pinceles,  
Para sacar en limpio la belleza:  
Hasta hoy fueron del Mundo los Vergeles,  
Preciso material a su destreza,  
Resacando de todo lo precioso  
La mejor quinta esencia, que es lo hermoso.

En Asia dibujó Amazonas vanas,  
En África Sultanas ya divinas,  
En Europa hermosuras cortesanas,  
Y en todo el Orbe caras peregrinas;  
Más cansada de armiños, y de granas,  
De Alabastro, Coral, y Piedras finas,  
En América puso otra tintura,  
Dando en medios colores la hermosura.

Para ser en sus obras prodigiosa,  
Debió tener la calidad de varia;  
Que aunque fuese otro el tinte, para hermosa  
Basta la proporción que no es contraria;  
De Adelfa triste, Murta melindrosa,  
Berillo mustio, Mármol de la Paria,  
Opaco Lirio, Crisopacio puro,  
Sacó un color, como Topacio obscuro.

Cual crepúsculo rompe a noche fría  
La negra tez, con que al Oriente alfombra,  
Que es mucha sombra, para creerlo día,  
Y es mucho Rayo, para creerlo sombra:  
Tal de rojo Rubí, y Andrina umbría,  
Mixto que no deleita, ni que asombra,  
Es muy rosado, para lo atezado,  
Y muy obscuro, para ser rosado.

Con esta extraña, pues, rara pintura,

En tu Zona ostentó cultos primores,  
Casi advirtiéndole cuanto la luz pura  
Del Sol, quemar pudiera sus colores:  
Más guardándole fuero a la hermosura,  
Como sabía, con tantos borradores,  
Corrió otro Mate su Pincel profundo,  
Saliendo nuevo, para nuevo Mundo.

Ni el adorno, que tanto el sexo excita,  
Hubo de mendigar vano follaje,  
Que al esmero galante de exquisita  
Precisaba a otro estilo, extraño traje,  
Con tejidos de pluma facilita  
La grandeza, que es ya del Turco ultraje,  
Pues el precio, sobrándole lo avaro,  
Escogió del valor lo que fue raro.

Así en el blanco Cueitl, airosa mueve  
La bella Niauaxochitl peregrina,  
Envidias tersas en hiberna nieve,  
Pues mejor en sus copos se examina:  
Sobre el verde tabí del Manto, embebe  
Calcedonia, de Sardio, y Cornerina  
Ta copia, que hace, cuando no lo pierde,  
Que ni esperanza quede de lo verde.

En brazos, y garganta el transparente  
Embrión, que el Otro concibió a la Aurora,  
Luce a la oposición más refulgente,  
Que en sus mejillas, cuando el Alba llora:  
Garzota azul tremola la alta frente,  
Donde un Carbunclo su color mejora,  
Engastado en gracioso cairel de oro,  
Que de Corona sirve, y de decoro.

Cubre el cendal del Ampo, melindrosa  
Piltrinahua, de azul turquí, bordado  
De tantas Perlas, que Paulina no osa  
Jactar el suyo, de este mejorado:  
Sardonios, y Topacios la preciosa  
Diadema cercan, cuyo Airón plumado  
Engreído con la luz que reverbera,  
Volante Sol presume de otra Esfera.

Entre ambas Reinas, toma grave asiento  
Moctezuma, infundiendo bizarría,

Y el Armiño que viste, lucimiento  
Le crece en matizada pedrería:  
De la Manta el carmín chupa sediento  
Al diamante los rayos que le envía;  
Del hombro pende hasta borrar las huellas,  
Y en reflejos compite a las Estrellas.

Guarnece al Cacte de oro la Esmeralda,  
Le corona el Acaté, y Zafiro,  
En donde el Ametisto hace guirnalda  
Breve, en obtuso majestuoso giro:  
Del Tlaquen (ropa suya) por la falda  
Ondeja el Jacinto, y el Granate tiro;  
¡Oh, cuanto de valor, y reverencia,  
A la grandeza añade su presencia!

Cortés, y qué gallardo que ha salido  
Sobre ante fino viste acicalado  
Peto de acero, que gentil ha unido  
Aire galán, a traje de Soldado:  
Del Morrión a la Bota, le han pulido  
Marte, y Adonis: el Tahalí bordado  
De puntas de oro, ciñe blanca espada,  
Que en el precio de un Mundo esta valuada.

Así España, y las Indias con grandeza  
Igual, ocupan uno, y otro asiento:  
Siga ese luego las demás Nobleza,  
Con numeroso grave movimiento:  
Brotó México al Circo con presteza  
Tal multitud, que pudo en un momento  
Reventar en sus cauces el ambiente,  
Oprimido al aliento de la gente.

Guardia horrible de Erizos disfrazados,  
La Plaza escombra; cuatro Batallones  
Entran por las esquinas ordenados,  
De águilas, Grullas, Garzas, y Pavones:  
Unos huyen, los otros desalados  
Hacia la presa baten los Cañones;  
Líbranse a otra Emboscada, y al momento;  
Como son Aves, se volvieron viento.

Ocelotl, y Tlalistic, del combate  
Padrinos, a la Valla se presentan,  
Dando al aire, con Plumas, y Granate

Envidia al Iris, cuando en sí la ostentan:  
Uno, y otro penacho al Rey se abate  
Por la aplazada lid que representan,  
A cuya breve seña en armonía  
Bélica, engolfa su sosiego el día.

Entra el primero, lleno de cambiantes,  
Chiltecpí, cuyo juvenil desvelo  
Tendido arrastra al suelo, de Diamantes  
Por Manto azul, Girón turquí del Cielo:  
De un Corazón las Alas palpitantes  
Finge el Escudo, como huyendo al vuelo,  
En cuyos mal limados eslabones  
Parte del Alma queda en las prisiones.

Rodeando llega al sitio que no tarda,  
Frente del Trono Real, y como avisa  
El corazón del susto que le aguarda,  
Cuando menos la vista le divisa,  
Tal al ver a su Dama se acobarda:  
Quedarle quiere y retirarle aprisa;  
Hace al Rey reverencia atropellado,  
Que un cuidado le quita otro cuidado.

No sé (dice) si vivo, pues si fuera  
Vida la mía, la pena la acabara:  
Luego muero; más no, que no sintiera  
Tanta rabia, si muerto me mirara:  
Entre sentir, y no sentir, hubiera,  
Si no soy Yo, ¿quién medio nuevo hallara  
A otra muerte, que lo es no padecella?  
¡O cuánto puede mi feliz Estrella!

Por cuanto (¡qué dolor!) Sitlatl esquiva;  
Estrella para mi la más ingrata,  
A atormentar aquesta muerte viva,  
Tú, y tu Nombre, ¿no fueras quién la mata?  
Pues padezco la saña vengativa,  
Acabe tu rigor, que así me trata;  
Olvídame del todo, que sería  
Menos crueldad para la muerte mía.

¡O nunca yo te hubiera conocido,  
Y perdiera con gusto despreciado;  
Lo que de ti me vi favorecido,  
Por no haber tu mudanza reparado!

A qué extremo llegue, pues no haber sido,  
Tuviera a más fortuna mi cuidado,  
Que ser para no ser, es más desdicha,  
Que nunca haber tenido una triste dicha.

Hubiérate perdido mi fineza,  
De cruel, y no de falsa; tolerara  
El castigo no más de tu belleza,  
Y no la causa, que costó tan cara:  
No esperar, fuera muerte, no vileza;  
Más verte divertida, es furia rara,  
Que es mayor mal, más duro, más penoso,  
Que estar sin esperanza, estar celoso.

Celoso, en fin, ¿qué puede mi locura,  
Cuando el respeto pierde a sus desvelos,  
Decir, o no decir, si la cordura  
Olvidó, al acordarse de sus celos?  
Con seso desmentí mi desventura;  
Mas ya por el furor de mis anhelos  
No he de poder, que esta pasión ingrata,  
El juicio es lo primero que arrebatara.

Mal haya (amén) quien esperó, engañado,  
En la Mujer mudable leal aprecio;  
Si la inconstancia quiso confiado,  
No de infeliz padece, sí de necio:  
Dígalo yo, que gimo desdichado,  
Sin aguardar alivio en mi desprecio;  
Pues siendo a todos cura el desengaño,  
Más que provecho, sirve aquí de daño.

Así callando, sólo se quejaba  
Chiltecpi, puestos los preñados ojos  
En su tirana Sitlatl, quien le daba  
Tanto amor con su vista, como enojos:  
Nuevo tormento nace del que acaba,  
Pues ve en la Plaza con cendales rojos  
A su Competidor, que el paso cierra,  
Y dos veces en ella le hace la guerra.

Thecuamochstli, vestido de encarnado,  
Airoso se presenta, al par que engreído;  
Y no es mucho, si para lo adornado  
Tiene lo más, que es ser favorecido:  
Nunca se vio galán un desdichado,

Ni sin aliños el que está querido;  
Porque a más no poder, hacen que sea,  
De las telas del pecho, la librea.

Almalafa tendida Americana,  
Que los Bellones agotó de Tiro,  
Suelta pende del hombro, dando en grana,  
Campo, al bordado de Rubí, y Zafiro:  
Roja Garzota con el Ciano vana,  
Mece al Penacho con templado giro,  
En cuyo centro trae por más hermosa,  
Guarnecida de Perlas una Rosa.

En la Rodela, sobre Cielo obscuro,  
Por Estrella un Diamante resplandece,  
Y el carácter siguiente expresa puro  
El concepto, que agudo le ennoblece:  
Claro dice de Amor frase seguro,  
Por esta Luz mi vida no anochece:  
Velo su Dama; pero su contento  
Fue, que el Común leyese el pensamiento.

No es feliz cabalmente el que empleo  
Goza más a su gusto en lo amoroso,  
Mientras no satisface su deseo,  
En que otros le celebren lo dichoso:  
Al par que de la envidia el diente feo  
Teme, lo busca, para estar glorioso;  
Pues los Amantes el aprecio han dado,  
Mejor que a lo mejor, a lo arriesgado.

Si cuando se divisa a un Enemigo,  
Todo el hombre se inmuta interiormente;  
¿Cuál quedaría el Contrario, al ser testigo  
De lo que mira ya, y de lo que siente?  
Examine cada uno si consigo  
Ha pasado lo mismo, cuan vehemente  
Sería tanto dolor, cuando a él solloza,  
Lo que en sí pierde, lo que el otro goza.

Brama, y el disimulo que le obliga  
Entre sus penas, es quien más le oprime,  
Pues le fuerza a sufrir sin que lo diga,  
Y ni aún tenga el consuelo de quien gime:  
El castigo que intenta, le mitiga  
Un tanto la ira, no se la redime,

Y se relame solo en la esperanza  
Con que está saboreando su venganza.

Bien quisiera el Estadio, que en Campaña  
Se mudase, y en veras el Torneo,  
Porque no hubiese paso sin hazaña,  
Que sirviese de falla a su deseo:  
Mientras el tiempo llega, a sí se engaña,  
Muriendo lo que tarda su floreo,  
Que es el despique, que medita ansioso,  
El Sainete mayor para un celoso.

Ya asoma en la otra frente, de leonado,  
Acaltetepo, Príncipe infelice;  
No lo dice su Espada, ni su Estado,  
Su escudo sólo, su color lo dice:  
Sobre traje amarillo salpicado,  
Hace que el Azabache solemnice  
Su angustia, dando claro indicio cierto,  
Que despreciado está, que es peor que muerto.

Al dar vuelta demuestra lo violento,  
Con que un triste se mueve a alegre asunto:  
Y con razón, pues nunca está contento,  
Quien tiene dentro el corazón difunto:  
A buscar el Autor de su tormento  
Le arrastra la pasión, le lleva el punto:  
Velo, y no mudo su valor lo deja,  
Pues dice mucho, quien así se queja.

¡Ay adorada Quaubtli, tu belleza,  
(Prosigue) como por mi desvarío,  
Añade a la hermosura fiereza,  
Con que me trata su desdén impío!  
Bástame de tu ceño la extrañeza,  
Vuelve siquiera a ver el dolor mío;  
¿Cómo si de tus ojos los enojos  
Matan, me matas sin volver los ojos?

No fueras tan esquiva como bella,  
Si hubiera sido Yo menos osado,  
Que sobraba el influjo de tu Estrella,  
Siendo para mí mal tan desgraciado:  
¿Pero de qué se queja mi querella?  
Si a morir, del destino iba arrastrado,  
Fue de más el rigor de mi fortuna,

Habiendo eclipses en tu ingrata Luna.

En dos pedazos está dividida  
Pinta la Adarga, que es su cotejo  
Símbolo del desprecio, pues partida  
Jamás, su Luna, se soldó el Espejo:  
La muda voz expresa más su herida,  
Y ni el remedio quiere del consejo,  
Que imposible lo juzga a lo que alcanza:  
El carácter lo dice: Ni esperanza.

De alivio no le sirve en la Estacada,  
Que estar ausente Quaubtenebus, acuerde;  
Por su lugar entró con esmaltada  
Gala del Tíbar, sobre fondo verde:  
En blanco el Mote, poco dice, o nada;  
Mas no, que cuerdo llora lo que pierdes;  
Pues de Amor, que se pone en contingencia,  
Sólo encuentra mudanzas una ausencia.

De los cuatro, galanas las Cuadrillas  
La Escaramuza empiezan; allá parten  
Con las Cañas enteras, y de astillas  
Llenan el viento, cuando las reparten:  
Cruzan aquí lazadas sus manillas,  
Adelante se juntan, y comparten  
Con tal acierto, que se ve que engañan,  
Y en sus vueltas los ojos enmarañan.

A los Aventureros un ligero  
Nebli les sueltan, de quien pende leve  
Argolla de Oro, por donde certero  
Pulso, corriendo rojo Arpón embebe:  
Éste, y aquel aciertan; más primero  
En Thecuamochstli, que la Rosa mueve,  
Mostró de la Fortuna la querella,  
Que nadie apropie lo que sólo es de ella.

Desprendiósele estando descuidado,  
Y alzola Acaltetepo prevenido,  
Paisó la fuerte al que era desdichado,  
Más por cercano, que por elegido:  
Nunca menos espere el que engolfado,  
Desde su altura juzga al abatido;  
Que en amor, y fortuna ( o bien se acuerde)  
Quien tiene que perder, es el que pierde.

Con los suyos cada uno por su frente  
Sale, cuando a la Arena con viveza  
Sueltan un Corzo, que al partir desmiente;  
Como tarda, del viento la presteza:  
De un salto Matinchuan impaciente  
Le aventaja, con tanta ligereza,  
Que hasta el término fue, y volvió la cara  
A aguardar al Venado, que llegara.

A otro Ciervo Chintepetl con fogosa  
Prontitud le dispara; más mirando  
Que a tal celeridad, como aquel osa,  
Se van pulso, y destreza minorando,  
Pensando que es la Flecha perezosa,  
Partió a alcanzarla, y la cogió volando;  
Y sin que ella perdiese el menor giro,  
Entre los dedos la llevó hasta el tiro.

Otros ciento se corren desta fuerte,  
Causando a un tiempo susto, y alegrías  
Pues el que yerra por hallar la muerte,  
Corre para enmendar la puntería:  
Calle ligero Heraldo, si aquí advierte,  
Que el Cursor Mexicano desafía  
En la velocidad, y en la arrogancia,  
A Troya el modo, a Roma la substancia.

No se contenta con lo ejecutado,  
Pues sólo ha sido de destreza oficio;  
Al riesgo se acelera duplicado,  
Que es del valor, y de ella desperdicio:  
Onza rapante, que en la sed ha hallado  
Mayor fiereza, da en el Circo indicio  
De ella, con tal rigor, que sus arrojos  
El concurso se tragan por los ojos.

Airoso Sayolistli frente a frente  
Se le pone, y aquella desalada  
Tan presta parte, que ni el Aire siente  
El camino, por donde va vibrada:  
¿Cómo una bala? Es poco. ¿Cómo ardiente  
Relámpago? No alcanza. ¿Rayo? Es nada:  
pues siendo tanto, de ella queda ajeno,  
Y es más que Plomo, Exhalación, y Trueno.

Al dar el bote, disparó lunada  
Saeta, y la mano le segó derecha;  
Asegundó tan breve, que cortada  
La otra, cayo primero que la Flecha;  
Ciega la Fiera rabia envenenada;  
Y manqueando al contrario tanto estrecha,  
Que se obligó, por verla ya sin brazos,  
A sacarle los dientes a flechazos.

Rindió la vida, cuando ya sañuda  
Hircana Tigre, que al Cachorro clama,  
Entre Oro, y Azabache dice ruda,  
Que es en ella el carbón obscura llama:  
Gritale Tequisquipa, el paso muda,  
Y al dar el brinco, su venganza infama  
Volante Pedernal, que diestramente  
Clavado, fue Garzota de su frente.

Pártesele bramando tan violenta,  
Que apenas consiguió, por prevenido,  
Asirla entre sus brazos, donde intenta  
Que dé en ellos el último gemido:  
Mas como tiene libre la sangrienta  
Boca, le asió de un muslo, y advertido  
Abrirla quiso con furor tan vano,  
Que sacó una quijada en una mano.

Desde la jaula, que caliente deja,  
Con tardos pasos para el señalado  
Sitio, sin la quartana que le aqueja,  
Sale el León de Libia coronado:  
Mira a Tolquiltil, peina la guedeja,  
Y en dientes, y uñas fuertemente armado,  
A un lado, y otro vuelve las pestañas,  
A ver si hay teatro para sus hazañas.

Con la lengua después la Piel dorada  
Pule galante, junta al corro brazo  
Los pies nerviosos, baja la erizada  
Cerviz, y encoge arriba el espinazo:  
Extiéndase en acción descompasada,  
Y hará; como quien dice: Este pedazo,  
Si te vi, escarbaré de tierra dura,  
Para hacerte primero Sepultura.

Midiendo el campo, que gentil trasiega,

Se va para él, que una Macana grave  
Vibra en el puño; míralo, y se ciega  
De ver valor, que aún esperarle sabe:  
El tiro afecta, cuando no se llega;  
Y a la pujanza que en el otro cabe,  
Al investirle, le tiró tal tajo,  
Que lo partió de la cabeza abajo.

¡Cuántas muertes el Brazo no termina  
En Fieras mil, hasta que altivo reta  
Ya en al Palestra, donde se encamina  
Éste al otro sañudo fuerte Atleta!  
Al violento clangor de la Bocina,  
Cada uno a su Contrario tanto aprieta,  
Que el espíritu opreso (¡raro caso!)  
Para salir no halló en el pecho paso.

No de Licaón en bárbaro Liceo,  
Instruídos, más hicieran, cuando rudos  
De aquella escuela que cursó Broteo,  
Salen de aquí sin ella más agudos:  
A Nicedoro exceden, y a Hipeneo,  
De polvo armados, si de Ley desnudos;  
Ganando el Acebuche que enredado,  
Más floreció en sus sienes, que en el Prado.  
95.

Jactar, pues quiso por Lanista fiero  
Vestir el Mirmillonio, que a la mano  
Llegó a embotar ofensas al acero:  
Más Noble Gladiador el Mexicano,  
Saca el pecho desnudo, que guerrero;  
Si lidia él, y lo mira Moctezuma,  
No ha de tener más Peto, que de Pluma.

Qué valor, qué destreza, qué no harían  
Por orlar Apio, que Corebo alaba,  
Los que estaban lidiando, y que sabían  
Que el Retrato de Marte los miraba:  
Si la suerte, notando que lucían,  
No hiciera lo que sabe cuando acaba,  
Que es echar el Azar, pues siempre al gusto  
Sigue el pesar, más que el placer al susto.

Nuncio veloz, enviado de la Costa,  
Ve cauto el español; luego hizo pruebas  
De ser infaustas, porque por la porta,

Qué venir pueden, sino malas nuevas?  
Cartas le da de Pérez, y de Acosta;  
Al Rey otro le avisa de sus Levas,  
A tiempo que Faetón con breve paso,  
El Erídano puso en el Ocaso.

Retírase cada uno con sereno  
Semblante, y corazón alborotado,  
Ocasión, que uno al otro esté encontrado:  
Rompe la Nema; y bebese el veneno,  
Que si huir de ver las penas, se ha juzgado  
Por esfuerzo, no lo es, que el no entenderlas,  
Dice no haber valor para saberlas.

Cae la noche, poniendo a la alegría  
Fin, y en el sueño lánguido descansan,  
Aún los que más deseaban largo el día:  
¡Que harán cuidados, si delicias cansan!  
Espera que hagan en la fantasía  
Bulto las sombras, que su imperio amansan,  
Pues sepultado el Orbe en mortal lucha,  
El silencio se siente, no se escucha.

Entonces, a uno, y otro Confidente,  
De quienes sabio no recata el daño,  
Les significa lo que el pecho siente,  
Para que den remedio a su tamaño:  
Juicio elevado, pues buscar prudente  
Para el acierto parecer extraño,  
Y sujetar el propio entendimiento,  
Es la prueba mayor de un gran talento.

Qualpopoc, General del Mexicano  
(Empieza) castigar las Serranías  
De Vera-Cruz resuelve con la mano,  
Que apadrina del Rey sus osadías:  
Quéjase el Totonaque Cortesano  
A Escalante, quien llega en breves días  
Con sus Enviados a enseñarle medio  
Con que alce a los Aliados el asedio.

Pero no sólo despreció atrevido  
Política atención, sino insolente  
Quiso desbaratar aquel partido,  
Y acabar de una vez con nuestra gente:  
A Campaña le llama; él advertido

Con los Indios Amigos le hace frente,  
Que en su propia defensa interesados,  
Más que inducidos, vienen irritados.

Miden las Armas, puesta la confianza  
El Bárbaro en el grueso que le asiste,  
Mayor que el nuestro, sin saber que afianza  
Glorioso fin, quien de razón se viste:  
El efecto lo dice, pues avanza  
De tal manera, que aunque más resiste  
El Mexicano, llega a tal aprieto,  
Que antes se ve perdido, que sujeto.

Castigo junto, si fortuna avara  
No lo hiciera costoso, pues permite,  
Mudando aspecto su inconstancia rara,  
Que en la Victoria más que dio, nos quite;  
De Escalante la vida la hizo cara  
Después con otros; y porque se evite  
Lo que pueda ocurrir, la diligencia  
Se ha de medir conforme a tal dolencia.

Que lo hace Moctezuma, está constante,  
Por más que lo disuada su viveza,  
Pues con recato al orden semejante  
Le trajeron de Arguello la cabeza:  
Si nuestro disimulo va adelante,  
Crece el mal; a más de que es vileza  
Indigna de Españoles, al cordura,  
Que pone la opinión de peor figura.

Nunca menos lugar la tolerancia  
Tiene, porque hoy usarla no podemos,  
Ni suponer para ellos ignorancia,  
Cuando juzgan que todos lo sabemos:  
Pronto remedio pide esta arrogancia,  
De vosotros lo aguardo, pues nos vemos  
A romper igualmente aventurados,  
O a estar en el peligro desairados.

Varios caminos el discurso ofrece,  
Mas ninguno al empeño satisface;  
El mantenerse es fuerza, y no parece  
Modo que al aire, y al resguardo enlace:  
Crecen las dudas, y el cuidado crece,  
Por hallar uno que a los dos abrace,

Hasta que con destreza acierta franco,  
Tiro difícil, pero da en el blanco.

Prender a Moctezuma (¡qué osadía  
Tan hija de Español!) quiere valiente,  
Por resarcir con ella lo que habría  
Perdido la opinión al accidente:  
Baja tan elevada puntería  
Caudillo heroico; no hagas tal, detente,  
Que en tus manos está lo que es factible,  
No lo que aún ideado es imposible.

Tú dices: ¿esto, que de valeroso,  
Y de prudente gozas hoy la suma?  
¿A un soberbio tan alto? ¿A un Rey tan brioso?  
¿A un Monarca tan grande? ¿A un Moctezuma?  
¿Dónde tu seso está, que siempre airoso  
Se midió, por quedar sobre la espuma?  
¿Dónde? ¡Pero qué digo! ¿En tal estrecho,  
Tú lo pensaste? Pues está bien hecho.

¡Oh, quién feliz del Helicón sagrado  
Mereciese el raudal! Apolo pío,  
Numen, Lira, Furor, porque inflamado  
Puede sonar cadente el labio mío:  
Cantaré con tu ayuda el elevado  
Héroe, pero aún con ella desconfío;  
Que si bien el aliento me concedes,  
Mas cantar a Cortés, tú sólo puedes.

No tanto te pidiera, dulce afluencia,  
(Del oído halago) como la substancia,  
Que aquella es cuerpo sólo de apariencia,  
Y ésta es el alma de la consonancia:  
Tu espíritu, tu armónica cadencia  
Hoy había menester tanta arrogancia,  
Para elevar el plectro más galante;  
Y quien sabe si en mí fuera bastante.

No apunte el Estadista la severa  
Crisi, que en todo, bien, o mal repara,  
Mirando al Adalid: Si esto no hiciera,  
Diga, ¿qué hiciera? ¡Pero cuál quedara!  
Antes de la ocasión que se le espera,  
Todos los lances que hay que andar, prepara;  
Quien siempre en ellos fue tan advertido,

¿Qué tal iría para este prevenido?

Llega, por fin, y partese a Palacio,  
Con los que elige para tanto empeño,  
Donde vive entre Granas, y Topacio,  
Quien es de la India, de la Zona dueño:  
En el común estilo va despacio  
Entrando, hasta que airado brota el ceño;  
Hácele cargo, que la Fe quebranta,  
Si en su obsequio a no creerlo se adelanta.

Y pues por vos debéis a esta querella  
Darle satisfacción (concluye) al Orbe,  
os habéis de servir dorar aquella  
Casa, en que estamos, sin que más le estorbe;  
Así en vuestro decoro no hará mella  
Duda atrevida, que aún al Sol se sorbe,  
Hasta que a todos conste que no sube  
A empañarle, la más obscura nube.

Calló Cortés calló también dudoso  
El grande Moctezuma, en cuya siente,  
Al escuchar denuedo tan furioso,  
La Imperial Orla titubeó impaciente:  
El interior Vesubio congojoso,  
Brotando incendios repentinamente,  
Se asomó por los ojos, cuyos rojos  
Rayos, volvieron llamas a los ojos.

Con la mano en el pecho, al levantarse,  
Vivo yo, dijo, y proseguir no pudo,  
Que a ímpetu ardiente consiguió exhalarse  
La voz, echando la garganta el nudo:  
Con el silencio allí llegó a explicarse  
A un lado, y otro su mirar sañudo,  
Siendo más elocuente en su ardimiento,  
Que la lengua, la voz del movimiento.

¡Cuanto la discreción, valor, y celo,  
Obraron en empeño tan gigante,  
Para asir la ocasión, que en sólo un pelo,  
Pudo dejar un Mundo vacilante!  
Con estudio, con arte, con desvelo,  
Se hizo posible, lo que fue distante;  
Pues por su libertad los caros bienes  
De sus dos hijos, les ofrece en rehenes.

A nada sale el Héroe, ni rendido  
Se da el Rey, aunque mira que irritado  
Firma que en Velázquez, lo descomedido  
Del rostro, cuanto allí queda arriesgado:  
Cerrado, pues, aquel, y éste partido,  
A sí se entrega menos ultrajado;  
Y porque otro, que no él, tenga la gloria;  
El de sí mismo, triunfo es, y victoria.

Vamos (dice) si el Cielo así lo ordena,  
Y yo lo determino: ¡Qué algazara  
En México se escucha! ¡Qué de pena!  
¡Qué distinto de ayer, hoy se repara!  
¡Oh gustos vanos! Con la faz serena,  
Los sosiega el Monarca, y les declara,  
Que por razón de Estado, es conveniente  
Vivir así con la extranjera Gente.

Recíbenle con salva, cual si fuera  
Voluntad el destino, y tan constante  
Queda, (era Rey) que la atención severa  
No encontró novedad en su semblante:  
Antes por disuadir lo que le altera,  
Con dadivas se ostenta más galante,  
Haciendo de ellas, de su ardor despojo,  
Como en albricias de su desenojo.

A pocos días a Qualpopoc preso  
Traen, que al Real Sello dio su resistencia;  
Entrégalo a Cortés, porque su exceso  
Pague: ¿Qué culpa tiene la obediencia?  
A su delito Militar Proceso  
Sigue breve el castigo, sin violencia;  
Que éste, con tal impulso, al Reo se viene,  
Que sólo ley viciada le detiene.

Al Cadahalso le arrastra el rompimiento  
De la Paz, y la muerte, a sangre fría,  
De un Español, que acaso su ardimiento  
Le arrojó, donde el lazo puesto había:  
Más temeroso con el fin sangriento,  
Hace incurso a su Rey, cuya osadía,  
Con la misma disculpa en que tropieza,  
Es lo que más le quita la Cabeza.

De lesa Majestad Crimen infame  
Es quien vibra el Cuchillo, atiza el fuego,  
Para que si uno queme, otro derrame  
Pábulo, y sangre de atentado ciego;  
Aunque dice verdad, no hay quien exclame,  
Que para el aherrojado no habla el ruego;  
Tanta memoria goza el abatido,  
Cuanta merece lo que nunca ha sido.

Antes de ejecutar muerte severa,  
Que ya México espera, y teme mudo,  
Usa de otra arrogancia, que pudiera  
Honrar Cuarteles de Romano Escudo:  
Con instrumento, que la Ley severa  
Discurrió para echar a los pies nudo,  
Se presenta al Monarca Soberano,  
Dándoles más horror, cuando más mano.

Qué importa que, ocultando su desdoro,  
Batiese el Sol la pasta de sus brillos,  
Si para profanar el Real decoro,  
Basta que fuesen, aunque de Oro, Grillos!  
Mal haya, sí, fecundidad del Oro,  
Que ingrata fue a su dueño, si en anillos  
Torpes se enrosca Sierpe cruel traidora,  
Y más le ultraja, cuanto más le dora.

Mientras de aquel se cumple la sentencia,  
(Le dice el Español) tan grave indicio  
Purgue Laurel, que no perdió decencia,  
Porque haga a Ley mayor el Sacrificio:  
Poned, y al punto lo hace la obediencia:  
El ápice (otra vez) cela el resquicio,  
Quien da a los Reyes Púrpura, y Guirnalda:  
Dijo. Acabó, y le volvió la espalda.

No así asombra a Zagal oculto nido,  
Al encontrar el Áspid macilento;  
No así nocturno Rayo al estallido  
Pasma a Pastor, que va en el Monte a tiento:  
Mudo al dolor, sin fuerzas al sentido,  
Torpe a la acción, y la Alma hacía el tormento,  
Yerto, confuso, helado, a sí se ofusca,  
Y a sí no se halla, porque no se busca.

Aquí es, aquí, el despecho, cuando ciego

En sí vuelve; mal digo, pues le atiza,  
Antes de estar en sí, tanto su fuego,  
Que a su aliento, y a sí volvió ceniza:  
De los Criados al llanto, al susto, al ruego,  
A ser templanza la ira se desliza,  
Que sólo pudo ser en sus prisiones  
Alivio, mantener adoraciones.

Concluido el Acto, vuelve cuidadoso  
El Adalid a verle circunspecto,  
Y arrodillado, culto da obsequioso  
Al que antes asombró con el aspecto:  
Con ambas manos quita presuroso  
El Oro, y más le añade de respeto;  
Hoy sí que Soberano se ha exaltado,  
¡Cortés, cortés delante de él hincado!

Pasma la admiración; más que podía  
Discurrir, que imperfecto le saliese,  
¿Quién estudiaba en Arte, que tenía,  
Para cuánto Fortuna le ofreciese?  
Tome otro ya su Lira, que la mía  
Al pulso torpe ronca, es bien que cese;  
Que si acaso templada tuvo alientos,  
Fue para hazañas, no para portentos.

## CANTO VIII

*El Príncipe de Tezcuco, Cacumatzín, mueve una Conjuración, con pretexto de libentar a su Rey, siendo máxima oculta, para estar más inmediato a la Corona: Conoce el Señor de Mexicaltzinco el artificio de la proposición, y tira a desvanecerla, por no ver frustrados los derechos, que también le favorecen para el Solio: revélalo a Moctezuma, quien envía por el motor; y aunque no obedece, cae en el lazo, que estaba prevenido, y por consejo de Cortés, queda desposeído de la investidura de Elector, y adornado con ella su hermano Tlazoltema. Entre estos mal apagados rumores, vuelve el Monarca sobre sí, y determina despachar al Castellano, para cuyo fin convoca los Grandes de su Reino, y en solemne Acto hace reconocimiento al Rey Católico, como a Supremo legítimo Señor del Occidente: Cuantioso tributo, que así él, como los suyos, ofrecieron con generosa liberalidad. Concluida la Junta, trata de que se vuelva luego; y conociendo aquel el antecedente artificio, le satisface con que le obedecería al punto que se fabriquen Bajeles, capaces para el viaje, por haberse perdido los que le condujeron.*

## *Argumento*

*El Tezcuano del Laurel sediento,  
Mueve conspiración, castiga astuto  
Su traición Moctezuma, y el talento  
Español, saca de su daño fruto:  
Hace solemne reconocimiento  
Al César Alemán, cuyo tributo  
Cuantioso, igual a su Potencia mide;  
Dalo al Embajador, y le despide.*

Madrastra, madre no, Naturaleza  
Parece que es del hombre, pues avara  
Le escasea de los bienes la riqueza,  
Que el Cielo en sus Erarios le prepara:  
Para nadie se muestra con largueza;  
Niega mil prendas, si una endona rara,  
Y tal, cual vez, acaso, arrepentida,  
Por quitar lo que dio, cobra en la vida.

Queja es ésta tan grande, que ha podido  
Contaminar los Siglos, y los Pechos,  
Porque ¿quién tan feliz puede haber sido,  
Que sus afectos mire satisfechos?  
Así el común concepto se ha extendido  
De los hombres, que siempre van derechos  
A querellarse con engaño, y susto,  
Del propio amor, al Tribunal injusto.

Esto que hasta hoy corrió como delirio  
De presuntuosa cruel concupiscencia,  
Que en su aprehensión se fabricó el martirio  
Mayor, que pudo hallar su inadvertencia:  
Sirviendo al Alma de eficaz colirio,  
Conoce, que es oculta Providencia,  
Que a los humanos asignó el destino;  
Al fin, como de mano de quien vino.

Engalanando va con ella Sabia,  
A éste y a aquel, según lo ve, o lo deja;  
Niega al Docto el valor, mas no le agravia  
Como al Valiente, si el saber le aleja:  
A los dos con sus Prendas desagravia,  
Si uno, y otro a sí propio se aconseja;  
Que a cada cual parece (y es patente)  
Que la suya es la suma, la excelente.

Este estilo ordinario diestra altera  
Alguna vez, como quien hace alarde  
De un primor nunca visto, en que se esmera,  
No a todas veces, sí de tarde en tarde:  
De otra suerte ningún precio tuviera  
Lo exquisito, que en ella es bien se guarde;  
Pues para el genio del mortal avaro,  
Sólo es precioso, lo que mira raro.

Por esto, pues, un ánimo brillante,  
Adornado de dotes eminentes,  
Se admira entre los hombres por Gigante,  
Se adora por Deidad entre las gentes:  
Joyel raro, si tiene semejante,  
Deja de serlo, mas si sus lucientes  
Reflejos goza de uno al otro Polo,  
Éste es el Fénix, por precioso y solo.

Tal será aquel Espíritu lúcido,  
En quien gracioso providente Arcano,  
Para el efecto que lo creó, ha querido  
Darle las galas de su propia mano:  
Juntar en uno tanto, nunca ha sido  
A bajo fin, porque el discurso humano,  
Si hace dos cosas, una de otra ajenas,  
Apenas las hará, y aún así a penas.

Mas unir a las armas el consejo,  
La prudencia al arrojo, el seso al brío,  
A la circunspección Marcial manejo,  
Y a la docilidad el Señorío:  
Éste sí que es asombro, éste es espejo,  
Que al Mundo arrastra, roba al albedrío,  
Y éste es Cortés. ¡Oh, quién para su copia  
Bebiera brillos en su Imagen propia!

Este Fénix, prodigio de la Fama,  
Entre los Héroe grave Polifemo,  
A quien el Orbe con razón aclama,  
Más que a Alejandro, que a Escipión, y a Remo:  
Pincel pedía más alto, cuando llama  
La admiración a ver en un extremo  
Unidos cuantos pudo, con franqueza,  
Tesoros repartir Naturaleza.

No en la Teórica sólo quiere hallarse  
Consumado de luces refulgentes,  
Lo admirable es saber acomodarse  
A ellas, y obrarlas cuando son urgentes:  
Esto es lo más, pues no llegar a atarse,  
Tantear la cosa, ver sus accidentes,  
Graduarle puntos, y acertar sus modos,  
En el acto segundo, no es de todos.

Vencida ya lo grita la experiencia,  
Que Proezas tantas le halla a cada paso,  
Donde no es el acierto contingencia,  
Ni lo imposible pudo hacer al caso:  
Que aunque en las Aulas vive la prudencia,  
Y atina en las Campañas el acaso,  
Llegó a hermanar en uno, y otro el resto,  
Y a hacer lo sumo: Ya se verá presto.

Con veloz curso tibio descendía,  
Por ocultar soberbio sus desmayos,  
Al Occidente Febo, donde había  
De bañar la madera de sus Rayos:  
Espirando la luz, la sombra hacía  
Con crepúsculos pardos sus ensayos;  
Pues por ausencia del diurno Coche,  
Quedan estos Auroras de la noche.

Rayó la opacidad al Orbe, haciendo  
Alba serena de su niebla impura,  
Y fue en alta Región amaneciendo  
El ceño esquivo de su tez obscura:  
Poco a poco despiertan al estruendo,  
Que a sus radiantes nidos se apresura,  
Las centellas, que son en giro leve  
Pájaros de cristal, Aves de nieve.

Al mudo canto de su manso vuelo,  
Las soñolientas Rosas palpitantes,  
Que del Sol reposaban al desvelo,  
Desplegaron las hojas rutilantes:  
Desprendiendo botones quedó el Cielo,  
Jardín turquí bordado de Diamantes,  
Mostrando al Mundo, cuando lo retrata,  
En Campos de Zafir, flores de Plata.

Por repetir al Lathmio sus querellas,

Se asomó melindrosa, e importuna,  
A ver amante de Endimión las huellas,  
Plateando Montes, argentada Luna;  
Saludan su venida las Estrellas,  
Blancas Exhalaciones en su cuna  
La festejan, templando con beleño,  
Música muda, que concilie el sueño.

Dueño éste ya de todos los mortales,  
Cobraba feudos, que impidió el cuidado;  
Menos en Cacumatzín, cuyos males  
Son los que más le tienen desvelado:  
En el silencio crecen a letales  
Interiores discursos, que ha abrigado,  
Como si no bastase lo violento  
En el que tiene inquieto el pensamiento.

Voluble en su Retrete se pasea,  
Sin tino, sin compás, con giro breve;  
Ya se para confuso, ya rodea  
Lo mismo que dejó con paso leve:  
¡Oh! (Entre sí dice) como no se emplea  
Tan grande impulso, que el aliento mueve,  
Teniendo la ocasión que ardiente veo,  
Tan natural, que la midió el deseo.

Hoy, que me está brindando, y que me llama  
A hacer en mí de su favor alarde,  
¿Estoy tan olvidado de mi fama?  
¿A responderle me hallo tan cobarde?  
¿Quién, sino yo, pues su poder me inflama,  
Puede, y debe arrimar, porque no es tarde,  
El hombro al ajamiento con que se halla  
La Emperatriz del Orbe, ya vasalla?

Se ha de sufrir que en ella los Pendones,  
Atrevidos rebeldes Tlaxcaltecas  
Tremolen, ultrajando los blasones,  
Que ganaron heroicos sus Tultecas?  
¿Quedaré el pundonor de los Campeones  
Mexicanos, hollado a Chinantecas,  
Que al abrigo de extraño atrevimiento  
Los hace más soberbios su engreimiento?

¿Mancillando sus timbres reverentes,  
Se ha de abatir a odiosos Extranjeros,

Que con cuatro victorias insolentes  
A su garganta esgriman los Aceros?  
¿Que en público Cadahalso vean sus Gentes  
A un General, probar filos severos,  
Y al que al Imperio sirve, no le alcanza  
Ánimo, o compasión a su venganza?

Y lo que es más, ¿se ha de mirar (¡oh afrenta!  
¡Oh lástima! ¡Oh dolor!) sin irritarse  
Preso a su Rey, hasta llegar violenta  
Audacia en su Persona a propasarse?  
¿Es creíble, que posible experimenta  
Lo que no fue capaz de imaginarse?  
¿Profanar la grandeza al Soberano?  
¿Hollar el pie, lo que no osó la mano?

La Nación Mexicana, cuyas glorias  
El guarismo no alcanza a darles suma,  
Pues mide por sus pasos las victorias,  
Que a la posteridad dejó su Pluma:  
Sepultará en olvido las memorias,  
Cuando llora al Monarca Moctezuma,  
No sólo, no, del Cetro despojado,  
Mas sin alma, que hasta ésta le han robado.

¿Para cuándo es, si ya no se limita  
El valor, la lealtad, sino para ahora,  
Que en desagravio de su Rey, concita  
Gentil arrojo, con que fiel se dora?  
Vea el Castellano, pues aquí lo excita,  
Que si pudo ganar lo que atesora  
Por descuido traidor, queda vengado  
A esfuerzo, que es empeño del cuidado.

Ni su omisión esquiva estorbo puede  
Ser, a que no pretendan arrogantes,  
Los suyos, lo que deben, pues concede  
Siempre el amor, excesos semejantes:  
Y si acaso juzgare que se excede,  
Tiempo vendrá, que a luces más constantes  
Dé de su enfermedad, por este medio  
Convaleciente, gracias al remedio.

Y cuando le inmutara, por hallarse  
Tan bien quisto en sus males mi osadía;  
Qué fuera, sí, que entonces exaltarse;

Pero es engaño de la fantasía:  
Mas no es la vez primera, que a arrancarse  
De otras Sienes, de igual soberanía,  
La Corona llegó, que es empañado,  
Sumamente su lustre delicado.

Pues quien de ella, y de sí tanto se olvida,  
Que espíritu le falta a conocerlo,  
Teniendo alientos a mirar la herida,  
O no es Monarca, o no merece serlo:  
Ea valor, si el Cielo te convida,  
¿Qué hay que pensar, ni qué te impide hacerlo?  
La fortuna no gusta de temores,  
Por los alientos mide sus favores.

Las locuras hechizan las Estrellas,  
Nada les niegan con amor benigno,  
Sólo al tímido, al corto, miran ellas,  
Por menos atrevido, como a indigno:  
Quien no sube, no prende luces bellas,  
Para allá el más osado, es el más digno;  
Dichas grandes, y grandes bizzarrías,  
Siempre hijas son de grandes osadías.

Ánimo, pues, que ya propicio el Hado,  
Se determina, porque no me asombre,  
A dejar de una vez entronizado  
A la futura edad mi altivo nombre:  
Quedará el Español desbaratado,  
Con la Diadema, quien halló renombre,  
La opinión, la Nación predominante,  
Y México más alta, más triunfante.

Ni puede moderarse la templanza,  
Al convite, que aquí se proporciona,  
Si al sabroso manjar de una venganza  
Le sazona la sal de una Corona:  
Voraz al dulce brindis se abalanza  
Hambre, que sangre, ni lealtad perdona;  
Amor nació, y acaba tiranía;  
Esto es dar alas a la fantasía.

Clama por luz al agobiado empleo,  
Que en sombras, y ansias le hace dura carga  
Pues si mata por sí sólo un deseo,  
¿Qué hará, ayudado de una noche larga?

Amanece, y acusa al Dios Timbreo,  
De pesado, cuando él es quien la alarga,  
Que aunque más corta la haga suave empeño;  
No hay noche breve, si le falta el sueño.

Entre otros Grandes cauto va sembrando  
Cizaña ciega, con pretexto oculto,  
De libertar al Rey; pero acabando,  
Hay quien conozca por la sombra el bulto:  
El de Mexicaltzinco, entra formando  
En la Junta, artificio a otro tumulto,  
Y por el pensamiento que le inclina,  
A su aparato labra contramina.

Si nunca para propia conveniencia  
Se dio ignorancia, cómo aquí la habría,  
Cuando a más de política advertencia,  
¿Reinan astucias, y sofistería?  
Desvanecida mira su apariencia,  
Con dolor Tzincuanata; pero fía  
Su despique, al aviso que complace,  
Y por sus mismos filos le deshace.

Arde herido el Monarca interiormente,  
Celoso del respeto que aventura,  
Y le cuesta sufrir el accidente,  
Tanto, como ocultar su calentura:  
El Caudillo se ofrece prontamente  
A traerlo preso, porque su locura  
Quede con el castigo que previene,  
Más el Rey solamente le detiene.

Llámalo con intento de dejarlo  
Reducido a razón, y su insolencia,  
A la ambición que pudo enajenarlo  
Atiende más, que debe a su obediencia:  
Insta de nuevo aquel, y para traerlo  
Nada impide, sino es la Real licencia:  
Y otra vez le contiene, que a su impulso  
Quiere que obre la Sien, antes que el pulso.

Como el silencio al Cazador obliga  
A esconder de las aves leve traza,  
Librando en el cuidado de la liga,  
El descuido, que es quien le da la caza:  
Para que aquí tal lazo se consiga,

Desprecia el labio, lo que el pecho abraza,  
Simulando artificio prevenido,  
Que está más vigilante en el descuido.

Cayó por fin en él, pues nunca alcanza  
Vista lince a mirar lo venidero,  
Y entonces a los ojos la venganza  
Brotó las llamas, que escondió primero:  
Darle muerte resuelve, con que afianza  
A un tiempo lo piadoso, y justiciero;  
Que a quien labra su mal en lo que ordena,  
Antes que el Juez, su culpa le condena.

No (dice el Adalid) dejar pudiera  
Yo (gran Señor) que vuestro juicio errara  
El remedio a esta cura, pues se esmera  
Mi amor en los aciertos, que os prepara:  
Es la conspiración Fiebre tan fiera,  
Que tira al corazón por más avara,  
Pero a su incendio, cuando más activo,  
Suele bastar un leve lenitivo.

Claro está, que tal vez es tan violento  
Su ardor, que no perdona punta impía;  
Pero no siempre libra en lo sangriento  
El desahogo, que a diestra mano fía:  
Para curar tal daño pide el tiento  
Amortiguar la fuerza en que confía;  
Pues si lo ejecutivo se sosiega,  
Mejor por partes el remedio llega.

No corre tan aprisa declarado,  
Que al extremo se arroje con despecho,  
Que aún no se mira el brazo cancerado,  
Para entregarlo por salvar el pecho:  
Accidente que puede estar curado  
Con estrago menor, ya está deshecho;  
¿No está su destemplanza corregida?  
Pues tiene el corazón libre la vida.

Este arrojó nació de su fineza;  
De una lealtad, no bien considerada,  
Con los medios benignos se endereza,  
Dejando su arrogancia moderada:  
No hable el rigor que pide su flaqueza,  
La ira se ha de atajar desenfadada,

Porque hasta contra el ser que especifica,  
Sirve un veneno, si se modifica.

Ni ha de quedar del todo perdonado  
Quien a vos se atrevió, ni con castigo,  
Que os duela más haberlo ejecutado,  
Dejando en vuestra sangre otro testigo:  
Tlazolteme, su hermano, en vos fiado,  
Huyó el odio fraterno a tanto abrigo;  
Es su enemigo, vuestro amor le abona,  
Logre aquel vida, y éste la Corona.

Con esto conseguís que se abandone  
Cólera infiel, que machinó tal llama,  
Que el Elector, que tanto aquí supone,  
Goce en mejor hechura, mayor fama:  
Que tal incendio no se proporcione,  
Que pague sangre cuando no se infama,  
Y que quede temblando al golpe mudo,  
México, del cuchillo no desnudo.

Aplauda el Rey discreto pensamiento,  
Y vese Cacumatzín desposeído  
Por rebelde, quedando al nombramiento  
Electoral, su hermano revestido:  
Mejóranse después al escarmiento,  
Los que al silencio dejan su partido,  
Que el remedio a un Común por sedicioso,  
Es el más eficaz, menos ruidoso.

Mas nunca fue política segura  
Dejar a Cacumatzín perdonado,  
Que es cauterio que encona más la cura,  
Ver el poder rendido, y no vengado:  
Ni vivirá castigo, si no dura  
Su cicatriz al cuello amenazado,  
Porque el temor no acuerda documento,  
Si la señal no ve del escarmiento.

Dejar quien pueda acaudalar quejosos,  
Es dar nueva materia a la ceniza,  
Y más cuando se aumentan los dudosos,  
Y hay odio que ofendido los atiza:  
Ni obsta que fuesen pocos los viciosos,  
Que un arroyo, que apenas se desliza,  
Si se llega a juntar a otras vertientes,

Crece a formar diluvio en sus corrientes.

Pero, ¡oh qué mal parecen agudezas  
Vanas, a deslucir consejo sabio!  
¿Qué castigo mayor a sus torpezas,  
Que cerrarle las puertas al agravio?  
A la amenaza, al brazo otras cabezas  
La ruina huyendo van con mudo labio;  
Pues Cuchillo, que alzado está inminente,  
Cada instante habla, a oreja delincuente.

Ni debe entrar a examen, o disputa,  
Cuanto el caso previene a cada paso,  
A que dé decisiones absoluta,  
Torpe ignorancia, sin que entienda el caso:  
A impugnar basta necedad astuta,  
A acertar duda el seso nada escaso;  
La acción más estudiada, más constante,  
Sujeta al voto está del ignorante.

En hora buena gocen el aprecio  
Del sabio, tus acciones siempre ciertas,  
Que esto sobra, dejando con desprecio  
Al crítico votar, mientras tú aciertas:  
Sendas tan altas no penetra el necio;  
Ellas, al fin, descubrirán expertas  
El oculto camino, que pretendes,  
Y tú lo sigues, porque tú lo entiendes.

La novedad reciente lo confirma,  
Pues la conspiración desbaratada  
Quedó, México quieto; pues lo afirma  
Nueva obediencia de lealtad jurada:  
El Monarca contento también firma  
Intimidad mayor allí enlazada:  
Tanto creció su afecto, que partido,  
Sin ser Vasallo, lo subió a Valido.

Resucitó la paz con tal empeño,  
Que sin su parecer, nada dispone:  
Del Cetro, el Español se mira dueño,  
Honras dispensa, y todo lo compone:  
Pero como conoce el falaz ceño  
De la fortuna, que agría descompone  
Cuanto el hombre fabrica, diestro piensa  
Antes del golpe prevenir defensa.

Por una vez, que en la tormenta impresa  
Guardó el oído, a romper Diques, y Puentes,  
Consigue que el Monarca, a tanta empresa,  
Dé sin sentir remedios convenientes:  
Pintale de las Naves la Turquesa,  
Y el Arte de mandar viento, y corrientes,  
Con retórica tanta, que el concepto  
Fue atención, fue cuidado, y ya es precepto.

Dos Bergantines manda Moctezuma  
Al punto hacer; la brevedad se infiere,  
Porque siempre es más ágil que una pluma,  
Quien quiere que le manden lo que quiere;  
Dales el colmo diligencia suma,  
Y estrenalos el gusto que requiere,  
Artificio, que fue para servirle,  
Hecho con intención de reprimirle.

¿Quién pudo imaginar tan delicado  
Modo, de prevenir contra veneno  
A la ponzoña oculta, y más rogado  
Del mismo Rey para ponerle freno?  
Que deje la prudencia meditado  
Remedio, para el mal, no es muy ajeno,  
Pero sacarle de lo que éste niega,  
Es lo más alto, donde el arte llega.

Ya en la Campaña del cristal undoso,  
Al Neptuno Español, concha dorada  
Prepara el vaso, porque con lamoso  
Tridente, dome su laguna helada:  
De las Náyades eco sonoro,  
Hace a Tritón, que con la boca hinchada  
Anime el caracol, cuyo conuento  
Halaga al agua, si saluda al viento.

Tal suele Cenador en verde Prado,  
Creciendo a Chopo de hojas, y de flores,  
Exceder la Floresta, y elevado  
Obelisco juzgarse de colores:  
En el Jardín de Plata señoreado  
Domina las Piraguas inferiores,  
Que aunque son Rosas de teñido copo,  
Aquél se ve de Banderolas Chopo.

Con el Rey, y los Grandes, acelera  
Boga el Timón, de alegre Cetrería;  
Festiva Salva truena en la Ribera,  
Cuando el Monarca de ella se desvía:  
Vence a las otras Machina velera,  
Que el Adalid a diestra mano fía,  
Y a tanta admiración lo preeminente,  
Es, que a su fin se va con la corriente.

Nunca se vio mejor, que la prudencia  
Está hacia el fin de todas las acciones,  
Sino es aquí, pues una contingencia  
Puso de otro semblante las facciones:  
Tuvo fortuna a mucha permanencia,  
La breve intermisión de dos funciones;  
Dio a entender lo inconstante de su cara,  
Como si el ser mujer no le bastara.

Aquel mal apagado ardor violento,  
Que en el real pecho la cautela inflama,  
Agitado a los ocios del contento,  
Poco a poco llegó a irritar su fama:  
Primero sombra fue, después tormento,  
Creció luego a despecho, de allí a llama,  
Subió a volcán, hasta que ya seguro  
Del interior sosiego, batió el Muro.

Mirase a sí, y acusa que pudiese  
Cobardía imaginada deslucirle,  
Dando sospechas a que se atreviese  
Su misma tolerancia a competirle:  
Ya llegó la ocasión en que le pese  
Tanto asentir a España con servirle;  
Ya le enfada molesta, ya quisiera  
Honestar modo para echarla fuera.

¡Oh veleidad humana miserable!  
¿Qué te contentará, si en un momento,  
Lo que ayer era para ti apreciable,  
Es hoy lo que te causa más tormento?  
¡Oh poderosos, cuán abominable  
Es vuestra disonancia, y engreimiento!  
Todo en vosotros vive en inconstancia,  
Y sólo tiene la ambición constancia.

Los celos del poder son los que encienden

El Vesubio, que al Cielo se encamina:  
No hay otro ocuro sino el que pretenden,  
De hacer a la demora contramina:  
Que no lo entiendan los que tanto entienden,  
Es el mayor cuidado que examina,  
Porque empresa ninguna es más perfecta,  
Que la que está por el secreto recta.

Inquieto vaga esfera vacilante,  
Hallando, y absolviendo inconvenientes;  
Tanto voló, que vio lo que importante,  
Pudiera ser a casos más urgentes:  
Previene la ocasión, no disonante,  
Sazonada a vigiliás diferentes:  
¡Gran modo de acertar, pues nunca errada  
Salió la acción, que maduró la almohada!

Entra Cortés, y grato le recibe  
Con pecho obscuro, si con rostro claro;  
¿Con qué modo sería, pues no percibe  
Quien tanto acecha, ni el menor reparo?  
Trata con él, como que quieto vive,  
Que afectuoso cortejo, ya no es raro,  
Y más en quien estudia las dobleces,  
Que al ingenuo destruyen las más veces.

Llegan al Rey de España, y la advertencia,  
Que ya tenía el caso tan pensado,  
Representa por modo de incidencia,  
Lo que estuvo a desvelos ensayado:  
Exprésale, que aspira su obediencia,  
Por legítimo Rey, verlo jurado,  
Y como a Sucesor del absoluto  
Imperio, hacerle de su Ley tributo.

Dale aquél gracias, sin que juzgue se hace  
Extraño, lo que tanto se retira,  
Como quien al deudor que satisface,  
Aprecia lo puntual, y no lo admira:  
Cada uno en su destreza se complace,  
Que el exterior oculte lo que aspira:  
¡Si se abrieran los pechos, no se hallara  
Uno, que con su rostro concordara!

¿Es posible (después decía a sus solas  
Allá el Caudillo) que tan alta alianza

En Golfo inmenso de preñadas olas,  
No pueda serenar a mi esperanza?  
Y decía bien, que Frentes Españolas  
(Como la suya) ponen la confianza  
Más dentro de la orilla, donde pueda  
Hollar los Mares, quien con ella queda.

Contentarse con sólo lo que ofrece  
La dicha, es para aquel, que satisfecho  
Con su pequeño buque, no apetece  
Más, porque ya se le llenó el estrecho:  
Al corazón gigante le parece  
Lo mucho, poco, porque ve en su pecho  
Tan dilatado fondo, que no alcanza  
A medirle sus lindes la esperanza.

Para darle los vuelos que desea,  
Y ver el centro donde el Rey aspira,  
Se ajusta con el tiempo en que lo emplea,  
Y para lo demás está a la mira:  
Sólo así se sosiega la montea,  
Que al mismo paso que confunde, admira  
De cerca, y lejos, porque su figura  
Corría Pinceles, para más altura.

En tanto Moctezuma, que a otra punta  
Da las medidas, por convocatoria  
General, a su Corte, el Reino junta,  
Desde el Grande, a la Toga Senatoria:  
De tanta novedad nadie barrunta  
El fin, y sólo cada cual la gloria  
Tiene, de parecer a su presencia,  
Haciendo vanidad de la obediencia.

Rayó la luz al aplazado día,  
Para él infausto, porque no encontraba  
Arte, de componer Soberanía  
Al propio Vasallaje que pensaba:  
O, que presto (su corazón diría)  
Camina el Sol, que tarde se deseaba;  
¡Pero qué plazo, si el rigor le mueve,  
Por tarde que llegó, no llegó breve!

Juntos en el Palacio donde habita,  
Desde el Rey joven, al Magnate anciano,  
Pendientes de su voz, nadie palpita,

Bebiendo la atención al Soberano:  
Cortés con sus soldados acredita  
Su Fe, y su junta, cuando escucha ufano,  
Que el Monarca, que ya el silencio advierte,  
Le rompe con el labio desta suerte.

Siempre fue el corazón propia oficina  
De la verdad, y del amor fue centro,  
Brotando cuando de ambos se ilumina,  
Afuera rayos, como afectos dentro:  
Tanta luz, tanto incendio le encamina  
A salir presuroso al dulce encuentro,  
Con que abrasa el objeto que pretende,  
Y más le abraza, cuanto más le enciende.

Si esto es común en todos los mortales,  
¿Qué será en los Monarcas, donde acrece  
Al tamaño del fondo, desiguales  
Impulsos, con que su ámbito ennoblece?  
Claro está que serán más generales,  
Y más cuando en los suyos aparece  
La mutua relación, que ha trascendido,  
Porque es gigante, amor correspondido.

El que os tengo lo dice mi fatiga,  
El vuestro lo confiesa la obediencia;  
Uno, y otro me fuerzan que lo diga,  
Por verdad, por justicia, y por congruencia:  
Ninguno más que yo, quiere, y se obliga  
A buscar vuestro gusto, y conveniencia;  
Y ninguno hoy, sino vosotros, debe  
Aceptar sólo lo que el Cielo mueve.

Que sea lo que os propongo, meditado  
Con acuerdo maduro, y sumo acierto,  
Al fin como a los Dioses consultado,  
No tiene duda, cuando yo lo advierto:  
Que sea a bien vuestro, nunca se ha negado,  
Y más en ocasión, en que han abierto  
De sus arcanos, Númenes fatales,  
Tantas como evidencias las señales.

El gran Xolotl, que en el helado Norte,  
Gozó Dominio nunca conocido,  
Y en el País de Aztlán, fundó la Corte  
Mayor, que el mundo pudo haber tenido:

Cuando al Reino del Mauthtlán, su transporte  
Le dio el nombre del Cohuatl, que ha vencido,  
Al Oriente partió de este Hemisferio,  
Dejando al Nautlac, mientras, el Imperio.

También dejó asentado venerable  
Vaticinio, que a tiempo conveniente  
A cobrar volvería tan formidable  
Cetro, su más felice descendiente:  
Ser éste el Rey de España, no es dudable;  
El Cielo con su luz lo hizo patente:  
Aqueste solamente es el deseado  
Príncipe, en los Oráculos llamado.

Por tal Progenitor debe el Imperio  
Americano, ya reconocerle,  
Sin que juzgue desdoro, cuando serio  
Quiere a tanto derecho obedecerle:  
Por Señor natural este Hemisferio,  
Cuando a él arribe, deberá tenerle,  
Dando a su sangre, con amante influjo,  
Lo que a su falta, la elección indujo.

Tan fiel de la verdad su Ley adoro,  
Que si hubiese venido hoy en persona,  
Más atento que al Solio, a mi decoro,  
Yo mismo, Yo, le diera la Corona:  
Pero ya que no empuñe el Bastón de oro,  
Cuando Dueño le aclama aquesta Zona,  
Debe mostrarle de su empeño el fruto,  
Haciendo leal alarde del tributo.

Para esto, pues, heroicos Mexicanos,  
Vasallos, (digo mal) Deudos, Amigos,  
Os he llamado, pues los Soberanos  
Vates, por mí descubren sus Postigos:  
No sólo Yo, de vuestras nobles manos,  
Quiero amor, y obediencia, que testigos  
Sean de lo mucho que hace mi desvelo,  
Por vosotros, por mí, por él, y el Cielo.

Calmó la voz, habiéndose esforzado  
Una, dos, y tres veces, su despecho,  
Al decirse inferior, en que anegado  
Reprimió el llanto, que inundó su pecho:  
Como suele, a violencias de un cuidado,

Romper a prolación letargo estrecho,  
Y en la opresión tirana el infelice,  
Lo mismo que profiere, contradice.

Admira el Auditorio confundido,  
Resolución tan desproporcionada,  
En Príncipe, que nunca ha conocido  
Sujeciones al Hado, para nada:  
Cada uno piensa que le ve dormido,  
Y ni aún así su crédito le agrada;  
Aunque tal Fe le tienen, vacilando  
Están, si duermen, o si está él soñando.

Pasado al fin el movimiento extraño,  
Habló entre todos Olintheht severo;  
O fuese por verdad, o por engaño,  
O porque era quizá más lisonjero:  
Aplauda el parecer, y a su tamaño,  
Sigue uno, y otro lo que oyó primero  
Al caduco, enseñando la experiencia,  
Cuanto las canas hacen consecuencia.

El Español, siguiendo el artificio  
De una vana aprehensión, no sospechosa,  
Admite en realidad el sacrificio,  
Para hacerlo a otra Sien, más poderosa:  
Ya empieza aquí de aquel remoto juicio,  
Que al corazón Astrólogo rebosa,  
A ver, como entre sombras, la vislumbre  
Con que le lleva por domar su cumbre.

Servicio es para España, no lo niego,  
(Habla consigo) pero no es servicio,  
Que deje satisfecho mi sosiego,  
Pues éste sólo da de aquel indicio:  
El mundo todo al generoso fuego  
De mi pecho, no más es sacrificios;  
Y ni aún éste quedara sin segundo,  
A haber después otro tercero Mundo.

Empieza a recibir varias Preseas  
De Piedras finas, Plumas, Plata, y Oro,  
Donde el estudio se vació en ideas,  
Por subirle valor a su decoro:  
Qué Laminas, qué Hechuras, qué Montañas  
Tan pulidas se encuentran, que a Medoro,

Corrieran embotados los Pinceles,  
Si apostarán con ellos sus Cinceles.

Nunca mejor la propia fantasía  
Se derramó visible en opulencias,  
Para satisfacer su bizarría,  
Sino hoy, que mira a varias conveniencias:  
¡Oh, qué cuantiosa suma que sería  
La que pudo en tan breves concurrencias,  
Sacrificada de gentil esmero,  
Ser digna ofrenda, para el Sol Íbero!

Más de un millón, y mucho más se admira  
En lo exquisito sólo, ¡qué grandeza!  
Pero fue poco, cuando un Rey se mira  
Preso, como él, y su rescate empieza:  
Sagaz así con él, al punto tira,  
Donde eficaces líneas endereza;  
El suceso lo dice, pues cumplido  
Todo, brotó lo que tenía escondido.

No cinco Auroras eran bien pasadas,  
Cuando llegando a verle, bien ajeno  
El Héroe, reventó de las doradas  
Graciosas Copas, el letal veneno:  
Las acciones están disimuladas,  
Y al robar al semblante lo sereno,  
Quedó la Majestad sin otro agrado,  
Que el que pudo entallarle su cuidado.

Llamó al rostro lo grave, en tal empeño,  
Tan serio para sí, que vacilantes  
A la muerte copiaron el diseño,  
Opresos de temor, los circunstantes:  
Temblaron a su vista, y tanto ceño,  
Aunque vació el horror a los semblantes,  
No consiguió matar a quien hablaba,  
Porque era Hernán Cortés el que escuchaba.

Ya será tiempo, Embajador (profiere)  
Que tratéis de abreviar vuestra jornada,  
Estando satisfecha, cual requiere,  
La justa pretensión de la embajada:  
En obsequio de España, bien se infiere,  
Cuanto va a su fortuna adelantada,  
Habiendo conseguido por factible,

Lo que a otra luz quedara inaccesible.

Pues la Sesión conclusa, sin motivos,  
Que a la demora sirvan de instrumentos,  
Ni podrán mis Vasallos discursivos  
Dejar de presumir otros intentos:  
Ni yo podré con fueros más activos,  
Cuando faltan mayores fundamentos,  
De mi parte enseñaros otra muestra,  
No estando la razón de parte vuestra.

Esta breve oración, como amenaza,  
Inmutó al Adalid interiormente;  
Conoce al artificio, cuya traza  
Fue para despedirlo solamente:  
Pero como su Ingenio agudo enlaza  
Extremos de virtud tan eminente,  
Usa de ellos en esta conferencia,  
Porque no queden sólo en la Potencia.

Bien discurre que puede haber secreta  
Prevención, a una acción tan meditada;  
Compone la ocasión, y con discreta  
Respuesta, deja su ansia moderada:  
Y guardando lo más, que allí interpreta,  
Para el sosiego, sin extrañar nada,  
Dueño de sí (tanto es lo que atesora)  
La misma insinuación hace demora.

Cuantas causas (Señor) habéis notado,  
Anteviéndolas yo (tal le responde)  
Justas, porque lo son, traía pensado  
Lo que a ellas mi obediencia corresponde:  
Para nuevos Bajeles mi cuidado,  
Vuestra venia pretende, pues adonde  
Arribé en estas Costas, perecieron  
Cuantos a vuestra Zona nos trajeron.

Serenase el Monarca a la obediencia,  
Danse los pasos para el Astillero;  
Todo en éste se mira diligencia  
Conducente al dictamen de primero:  
Cuando aquel, con oculta providencia,  
A la tardanza libra lo somero,  
Aunque eran por demás en cargos tales,  
Si ella estaba pendiente de Oficiales.

¡Extraña prontitud, del mismo daño  
Hacer remedio, cuando tal le atraca,  
Y labrar a primores del engaño,  
De la Cicuta, saludable triaca!  
Quién, sino él, pudo dar a su tamaño  
Contrafoso mayor, pues que dél saca  
La malicia, que el Arte vio escondida,  
Y vado más seguro a la salida.

No es prudente, quien una vez consigue  
El poder acertar prudentemente;  
Ni Sabio, quien penetra en lo que sigue  
Superficial razón sólo aparente:  
Quien el Hábito alcanza, que persigue  
De la recta razón, quien altamente  
Combina circunstancias desunidas,  
De prudente, y de sabio, halló medidas.

¿Y quién, sino Cortés, unió avisado  
Una, y otra virtud sobresaliente,  
A aquel ápice sumo, y elevado,  
En que residen eminentemente?  
Ya entiende, quien entiende de qué grado  
Habla la Pluma necesariamente;  
Pero aún en éste, que es de aquel segundo,  
¡Oh qué pocos se encuentran en el mundo!

Extremeño feliz, Blasón Hispano,  
Haz de tu Copia peregrino alarde,  
Que el Pincel torpe de mi ruda mano,  
No la ilumina, bórrala cobarde:  
Tú en el dibujo de mi tiento vano,  
Anima el colorido, y aunque guarde  
El retoque mayor a otros Pintores,  
Dé yo las sombras, si ellos los Colores.

Una había menester de tus brillantes  
Plumas, Fénix gentil, tamaño arrojado,  
Para escribir tus glorias relevantes,  
Ya que el Pincel, en tu Retrato mojado:  
Y ni aquesta a mis pulsos vacilantes  
Diera el aire preciso, pues despojado  
Había de ser de remontadas nubes,  
Que de vista te pierden, si allá subes.

Sube, sube, y eleva tus Blasones  
A que los cante, con meliflúo acento,  
Sagrado Apolo, pues de tus acciones  
Él sólo puede ser cabal comento:  
Que no alcanzan vulgares mis razones  
A la Región, que llega el pensamiento,  
Por tus grandezas, que éstas con espanto,  
En ti cupieron, pero no en mi Canto.

## CANTO IX

*Trátanse las revoluciones de la Europa en este tiempo: Algunos casos extraños en sus Potencias, y los internos males de que adolecía España en esta sazón: Las primeras noticias de Cortés en la Corte: Lo dificultoso que se hizo su razón a los principios: La grandeza de ánimo, con que en ella, y entre los suyos, sufrió repetidas calumnias contra su fama: Los varios socorros de Españoles, con que en diversas ocasionesle favoreció la fortuna: El raro predominio sobre sus émulo, pues se quedaban auxiliares, los que le buscaban como enemigos: Los muchos arbitrios que discurrió Diego Velázquez para deslucirlo, hasta enviar una Armada a cargo de Pánfilo de Narvaez de diez y ocho Navíos para prenderlo, y adjudicarse a sí lo conquistado. Dícese los prudentes medios de que valió en obsequio de la paz, enviando personas de autoridad para conseguirla: No teniendo efecto, sale a Campaña, con Licencia de Moctezuma: Envía por Medianero a Juan Velázquez de León, quien tiene algunos pesados lances en su Tratado: Rompe la guerra, y en Cempoala le acomete en su mismo Alojamiento, donde estaba guarnecido de la tempestad, y de la noche: Queda vencido, y preso Pánfilo de Narvaez, y todo su Ejército a devoción de Hernán Cortés: Llegan Cartas, y Mensajeros de México, en que Pedro de Alvarado, y Moctezuma le avisan como los Mexicanos han tomado las Armas contra los suyos, y que por su poca gente parecerán, si no son socorridos; cuya novedad pone en operación la marcha, y entra en la Corte con brevedad.*

### *Argumento*

*Mancha al Héroe en España odio sangriento;  
Habla por él la Fe, que más le abona;  
Arma a Cuba Velázquez, y violento  
Narvaez oprime la tostada Zona:  
Sale a Campaña, donde su ardimiento  
Le acomete, deshace, y aprisiona;  
Reduce a los demás su cauto porte,  
Y socorre a los suyos en la Corte.*

Por más que aguce venenoso diente,

Ciega a su enojo, cruel a su perfidia,  
De la virtud al oro refulgente,  
Rabia tirana de medrosa envidia:  
No hace fino dejarlo más luciente,  
Que aunque lo muerde cuando más lo lidia,  
Como encarnar no puede sus colmillos  
Le da en el lustre sus mayores brillos.

Imposible parece que esta necia  
Pasión cobarde, siendo de tan corta  
Vista, que sólo ve lo que desprecia,  
Empañar quiera lo que no soporta:  
Bien se ve que de loca más se precia,  
Porque estando tan alto, no le importa;  
A lo grande herirá su saña dura,  
No a lo supremo, que anda en más altura.

Busca empero ocasión para sus tiros,  
Pero todos en vano, pues no puede  
Extenderse, sino es en sus retiros,  
Donde sólo bramar se le concede:  
Allí, rompiendo llantos, y suspiros,  
Se vuelve contra sí, cuando se excede;  
Y sólo es provechosa su fatiga,  
Porque causa tormento a quien la abriga.

Felicidad será ser envidiado  
El virtuoso, si así se califica,  
Que se halle por sus prendas elevado  
El lugar, que una, y otra pronostica:  
Pero es más dicha, que a tan alto grado  
Suba la acción heroica que la explica,  
Que despechada aquella al ponderarla,  
Quede desesperada de igualarla.

Así las nobles suyas elevaban  
Al Castellano Cid, con vuelo cierto;  
Mas porque todo el Orbe no brillaban,  
Como era fuerza, a Cielo descubierta,  
Juzgó la envidia, que sin Ley estaban,  
Y llevolas a examen más experto:  
Puso en nuevo crisol su lustre sumo,  
A ver si al fuego se exhalaba en humo.

Que mucho que a Velázquez escogiese,  
Siendo noble, si a César fermentada

Obligó, a que a Catón se la tuviese,  
No sufriendo su gloria encarecida:  
Más será que hombre, aquel a quien no pese  
(Y en la Milicia más) oír aplaudida  
De su Competidor altiva Fama,  
Sin prender en envidia oscura llama.

Velázquez, pues, con el pretexto vano  
De juzgar suya tanta gentileza,  
Previno cuanto al seso, y a la mano,  
Pudo hallar su valor, o su viveza:  
En la Corte feliz del Sol Hispano,  
El fuego levantó con tal destreza,  
Que se hubiera aquel Oro deslucido,  
A no ser de quilate tan subido.

Quejase (claro está que apasionado)  
De que el progreso de tan gran Conquista  
Fuese gloria, de quien acaso alzado  
Con sus sudores, se negó a su vista:  
Si en el ausente, que por no escuchado,  
Jamás se halla razón, que tal resista,  
¿Cuál pudo haber aquí, cuando lo deja  
Más indefenso, prevenida queja?

Impresionada de tan aparentes  
Cruelles dicterios, hallan a la Europa  
Hernández, y Montejo, cuando ardientes  
Dan a sus Costas vista con la Popa:  
Embargada ésta, buscan diligentes  
La Extremadura, donde su ansia topa  
Al Anciano Cortés, porque autorice  
Lo que su hijo hace, lo que su hijo dice.

Para el amor de un Padre, ¿qué imposible  
Hay, que tal pueda serlo? Ardiendo en gozos  
A Barcelona parte, porque es creíble,  
Que allí el César escuche sus sollozos:  
Más que pasos no cuesta hacer factible,  
Que al primer lance se oiga, sin embozos,  
Justa razón, y qué contadas veces  
Son las que luego quita los dobleces.

La experiencia publica a cada instante  
Lo que suele penar en sus retiros,  
Pues primero que llega a estar constante,

Hacen la costa llantos, y suspiros:  
Diamante es elevado, más Diamante,  
Que a la sangre inocente nuevos tiros  
Asesta; y antes que otra sangre lo abra,  
Con gotas de la propia a sí se labra.

Ordinaria pensión de la fortuna,  
Pero en verdad estilo más seguro,  
Pues sólo está felice la oportuna,  
Que en sí de sí se forma contramuro:  
Entre cuantas el Mundo da, ninguna  
Es permanente, sin el lastre puro  
De los trabajos, cuyo cruel tormento  
Le hace bogar más firme Mar, y Viento.

Desde el golpe fatal, que Parca esquivaba  
Ejecutó, dorando su Guadaña,  
En España, por no dejarla viva,  
O por segar a un Cuello toda España:  
Lloró Madrigalejo ejecutiva  
Suerte, y Europa tan severa saña,  
Y al Católico Rey, Sabio, perfecto,  
Quiso darle otra vida en el afecto.

Corrieron inquietudes irritadas  
Todas sus fuerzas, con extraño bando,  
Fomentando lealtades engañadas  
De un Fernando el Laurel, a otro Fernando:  
Ya en Navarra las iras desbocadas  
De los Beamontés, ya de Ureña, cuando  
Hizo Teatro de joven bizarría,  
El Mundo, en un Girón de Andalucía:

Ya en Nápoles, Sicilia, ya en Valencia,  
Por las altercaciones del gobierno  
Extranjero, quedando la obediencia  
Equivoca, en tumulto más interno:  
Nada era suficiente a la violencia  
De un mal, que ya por el rumor alterno,  
En sí mismo, con ímpetu fogoso,  
Le dio al desvelo, cuanto hurtó al reposo.

Aún habiendo rayado el Sol infante  
De Carlos, no disipa sus horrores,  
Pues la envidia le priva en un instante  
De la luz, de más altos esplendores:

Roa lo lamenta, cuando ve fluctuante  
A la cicuta dada de traidores,  
Muerto al mayor de todos los Luceros,  
No Yo, la Fama dice, que es Cisneros.

Pero ¿qué hay que admirar, lo que aborrece  
Al Capelo, si en este tiempo avara  
Ambición, por Florencia su ira crece,  
A prevenirle tósigo a la Tiara?  
Al Sacro León, Pandulfo torpe ofrece  
La muerte, que a sí mismo se prepara:  
¡Oh precio infiel, quererle dar bocado  
Al sagrado Pastor, por un ducado!

Crece en fin en Castilla la inclemencia,  
Desengañada, que el Laurel Romano  
Espera con anhelos, e impaciencia  
A Carlos Rey, ya César Soberano:  
Si está el sosiego libra en su presencia,  
Viendo que se le ausenta, forma insano  
Concepto, que aunque es hijo de un ardiente  
Amor, fue por los celos imprudente.

Aquella unión de Nápoles, que estaba  
Con el Cetro Imperial, antes prohibida  
Por Bula Pontificia, y que dejaba  
Más dudosa que fácil la salida:  
Allánala la Sede, y cuando alaba  
España a Carlos, llora bien sentida,  
De que pesen en él más los blasones,  
De Águilas Reales, que de Reales Leones.

Mas dejando el gobierno al Almirante,  
Al Condestable, y al Cardenal Ayo,  
A Tordesillas pasa vigilante,  
A hacer de amor, y de valor ensayo:  
Aquí al Rey Joven, habla vacilante  
Afecto verdadero, sin desmayo;  
Más fuerza era al Anciano el regocijo,  
Si en sus labios hablaban los de su hijo.

Reales oídos a un tiempo, y Reales ojos,  
Dan benigna atención al aparato,  
Con que ofrece de América despojos,  
En Oro, en Indios, el mayor conato:  
Mira tanto Presente, como arrojos

De un pecho leal, aquel Monarca grato,  
Y el concepto, que de ello exprime grave,  
En su frente no más, no en otra cabe.

Mientras vuelve a la Corte, al Gran Adriano  
(Blasón heroico de Mastrich famosa,  
Quién lloró ya Pontífice Romano,  
A Rodas, y dejó a Malta gloriosa)  
Deja la Causa del Caudillo Hispano;  
Pero como ésta vive litigiosa,  
Padece los bochornos de importuna,  
Aunque con sangre se labró en la cuna.

Con esto el noble Anciano, y sus Amigos,  
Sufren la tempestad, y la demora;  
Que más orgullo da a sus enemigos,  
Cuando su astucia de ella se mejora:  
Consiguen que a servirles de testigos  
Vengan, en lo que ya su suerte llora;  
Pues un Monarca ausente, es cosa cierta,  
Que a cualquiera verdad niegan la puerta.

A la Coruña lleva convocadas  
Las Cortes de Castilla, el Sol de Gante;  
Y la ilumina, porque celebradas,  
Amanezca al Imperio más radiante:  
De Baviera las ansias fatigadas  
Instan, para aquel Solio dominante,  
Quien por la muerte de Maximiliano,  
El Quinto se asignó de propia mano.

Con más calor las nuevas prevenciones  
Para el viaje se aprestan, e impacientes,  
Con desahogo mayor las sediciones,  
Otras protestas dan irreverentes:  
Prepara diferentes provisiones,  
Para templar humores tan ardientes,  
Por si con nueva luz los cavilosos  
El achaque remedian de quejosos.

Atravesando toda España, en ella  
Feliz ocupa la Flamante Lona;  
El Támesis registra, en cuya bella  
Ribera, el Anglo Flor, Y León blasona:  
A Flandes pasa, y a Aquisgrán su huella  
Honra, y en esta luego se corona

Para tantos blasones, cuyo abismo  
Orló con la victoria de sí mismo.

Aquí pudiera el Extremeño Cano  
Tiempo ganar, si las Comunidades,  
Contra Carlos de Geures, a la mano  
Dejarán vado con hostilidades:  
En Zamora, y Toledo ardor lozano  
Rompió freno, que pudo a otras Ciudades  
Despertar con las Armas el descuido,  
Que estaba en ellas mal adormecido.

Encéldense civiles competencias,  
Armase la Nobleza, y los respetos  
Arrastraron a sí con sus violencias,  
Loca interpretación de otros proyectos:  
Tanto suben extrañas apariencias,  
Que duraron ambiguos los afectos,  
Hasta que el César recorrió su Esfera;  
Fue, vio, y venció: ¡mas qué, si César era!

Mayor impedimento se previene,  
Llamando la atención a más cuidado,  
Con que otra vez de nuevo se entretiene  
El punto de Cortés, mal empezado:  
Adriano, que es quien le maneja, tiene  
Sobre sí el expediente acelerado  
De Navarra, confiando en su arrogancia,  
Restaurarla del yugo de la Francia.

Siempre ésta fue de todos movimientos  
La más aprovechada observadora,  
Pues la ausencia del Rey a sus intentos  
Dio la ocasión, que su valor ignora:  
Tiene fervor, más a los ardimientos  
Españoles, jamás viera mejora,  
A no saber suplir siempre con alta  
Industria, cuanto de razón le falta.

El suceso lo canta, pues juntando  
El Cardenal sus Tropas, con presteza  
La hizo que la dejara, retirando  
La mano con rubor, que fue flaqueza:  
Más aprisa que vino, fue marchando;  
Que si en lo propio falta la firmeza  
Alguna vez, ¿quién la hallará sereno,

Aunque haga más esfuerzos, en lo ajeno?

Ni esta Facción, medida con pericia,  
Da lugar a dejar, como quisiera,  
De América conclusa la Justicia,  
Que por lo breve, gracia ser pudiera:  
En este tiempo llega la noticia,  
Como el Cielo le exalta a más Esfera,  
Que vio Zona un Anillo, cuya gloria,  
Antes de serlo, la cantó victoria.

Sepultan otra vez causa tan pía,  
Vuelve a rayar la sombra del enojo,  
Y con el brazo, que le da osadía,  
Ni la Fama se excusa de despojo:  
Quien pleitea con favor alientos cría,  
Que suelen dar hasta a la lengua arrojo;  
Y es voz con otra especie de esperanza,  
La que oye el gusto, y dice la confianza.

Y como la razón, que es desvalida,  
Nunca es razón, y más si hay poderosa  
Oposición, que la haga deslucida,  
O al menos la moteje de dudosa,  
¿Qué podía hacer aquella, que encogida,  
Aún para la piedad quedaba ociosa?  
Nada, más que sufrir la mordaz lucha,  
Y esto era ser razón, y tener mucha.

Tolerar del semblante descompuesto  
La acción, aquel que por su mal padece,  
Y con conformidad, no es mucho, puesto  
Que a su culpa le dan lo que merece:  
Más que un ánimo limpio sufra aquesto,  
Y con silencio, tanto lo engrandece,  
Que se puede dudar, si su constancia,  
Es hija del valor, o de arrogancia.

Entretanto librada en su inocencia,  
El desaire infeliz de despreciada  
Lamenta, y calla con gentil prudencia,  
Verse oprimida, o mal interpretada:  
Contra obstinada superior Potencia,  
Debe portarse tan disimulada,  
Que ha de guardar, que aquella no la extrañe,  
Hasta que ella por sí se desengañe.

Mucha parte también en su demora  
Tienen las turbulencias de Castilla,  
En que roja atención, por su mejora,  
Suda, al quitar cizaña a la semilla:  
La principal empero es la traidora  
Diligencia, de tanta infiel rencilla,  
Con que la emulación, contra la fama  
Del Héroe, atiza ponzoñosa llama.

¡Qué no fatiga al disimulo sabio  
Del Extremeño Anciano venerable,  
El oír en canje del servicio, agravio,  
Que hace su pena más intolerable!  
Tal cual acento de elevado labio  
Es puñal penetrante, formidable,  
Que al corazón duplica las heridas,  
Y en una vida, quítale dos vidas.

¡Cómo aquí se desluce, y contrapesa  
El honor, de aquel Héroe generoso,  
Cuyo pecho ocupado en su alta empresa,  
Sólo piensa a su Rey hacer glorioso!  
Mientras en su discurso fiel no cesa  
Al interés de la Corona ansioso,  
Le está aquí difamando con perfidia,  
Vestida en traje de lealtad, la envidia.

A aquella gran Cabeza vigilante,  
Que se está desvelando fatigada,  
Por su Ley, por su Rey, en incesante  
Continuo movimiento acelerada,  
Se le está previniendo al propio instante,  
Afrentosa cuchilla avienada,  
Que sin que nuevo empeño más le estorbe,  
Quiere segar en su garganta un Orbe.

En tres años de asedio, ¿qué no siente  
Su opinión, permanente a sus reflejos,  
Por más que la cautela como ausente  
Le trate? Cruel, con el que mira lejos:  
Pero no es mucho, si después presente,  
En sí vio retocados sus bosquejos,  
Con grandeza tan alta, que su hechizo  
Reemplazó con desprecios. ¡Qué bien hizo!

De íntimos, de veraces confidentes  
Oyó imposturas, que sufrió callado;  
Que suele hacer los labios delincuentes,  
Queja, que en la razón halla sagrado:  
No le admira se vuelvan maldicientes,  
Los que la obligación puso a su lado;  
Porque es siempre en el mundo claro indicio,  
Eco la ingratitud, del beneficio.

¡Oh culpa! ¡Oh yerro, el más abominale,  
Que forjó de impiedad miseria humana,  
Do el hombre, contra el hombre, es implacable  
Sin seso, sin justicia a su ira vana!  
Contra sí, contra el Cielo venerable  
Obra, cual bruto torpe, acción villana;  
No debe a la verdad, por estos nombres,  
De contarse el ingrato, entre los hombres.

Es cierto, que el gran César, conociendo  
A luz mayor, después los resplandores  
De aquel oro tan alto, fue midiendo,  
A igual de sus quilates, los honores:  
Mas existente tanto loco estruendo,  
Llegó al carbón de ciegos impostores,  
Entre las torpes grasas derretido,  
Poco menos a estar, que consumido.

Ni de este medio sólo satisfecha  
Se halla su emulación, pues se reparte  
Industriosa, al resquicio que le acecha  
Con fin rabioso, que consigue el arte:  
Cuando en la Corte con la voz le estrecha,  
Con el brazo le asesta en otra parte;  
Porque a los Cielos, gloria tal no suba,  
Cuba nos lo dirá, vamos a Cuba.

Con el nuevo favor de Adelantado,  
Velázquez, a otra Armada cruel aspira;  
Si el Rico, porque lo es, es desbocado,  
¿Qué hará cuando a más sube? Ya se mira:  
Diez y ocho Naves junta desvelado:  
Si es a ensalzará España (dice) mi ira  
Lo hará no más: En nada satisfacés,  
¡Oh Velázquez! Bien dices, y mal haces.

Tú, que tantos blasones heredados

Realzar pudiste con los adquiridos,  
Emprendes tal? Advierte, que manchados  
Pueden quedar, o tarde arrepentidos:  
A ser quien eres, bastan los ganados,  
Reprime celos nunca conocidos,  
¡Oh! ¡No gusano humano de esta suerte,  
El capullo devanes de tu muerte!

Timbres son tuyos, una, y otra gloria,  
Con que a tu Rey serviste en la Campaña;  
Deja para otros Héroes más memoria,  
Que todo al fin viene a parar a España:  
Suspende ya venganza tan notoria,  
Mira que tu dolor propio te engaña:  
Tanta verdad es esto, que cualquiera,  
Aún tú, tu sangre propia lo dijera.

A nada atina sino a la venganza,  
Que en Narvaez libra, sin saber que en ella,  
Con tal socorro la Conquista afianza,  
Juzgando que arrojado la atropella:  
¿A cuántos trajo ciegos la confianza  
De destruir su partido, y noble Estrella  
Hizo, que militasen como amigos,  
Cuando antes le buscaban enemigos?

Confírmelo Ramírez el valiente,  
El Aun Aragonés, el fiel Camargo,  
Que todos con sus Velas, y su gente,  
Aumentaron el número, y el cargo:  
Garay desde la Habana, providente,  
Sin pensar, fomentó viaje tan largo;  
Cada cual intentaba destrozarle,  
Y paraba después en ayudarle.

Admirable es del Hacedor increado  
El sumo acierto, con que igual dispone  
Todas sus obras, para que templado  
Su concierto, otra Música ocasione:  
En su sabiduría, como en sagrado  
Diapasón fiel, que todo lo compone,  
Están con eminencia a los eventos  
Creados, determinados sus concentos.

Cual regla superior indefectible,  
Ofrece las medidas convenientes,

A concordar en tono inteligible,  
Las acciones de todos los vivientes:  
Instrumento es el Orbe, en que plausible  
Con dulces contrapuntos diferentes,  
Se escucha la sonora melodía,  
Que hace en varios acasos armonía.

Música peregrina es tanta acorde  
Disonancia de voces, o sonidos  
Desemejantes, que hacen más concorde  
De agudo, y grave, varios sostenidos:  
De voces semejantes, lo discorde,  
Música no es que halague los sentidos;  
Porque sólo se encuentra su asonancia  
En la cabal discorde consonancia.

De esta composición perfecta, nacen  
Intervalos harmónicos sonoros  
De desiguales contingencias, que hacen  
A los sucesos raros, más canoros:  
Las diferentes voces, que complacen  
De bienes, y de males, gustos, lloros,  
Correspondiente alternación invocan  
A la razón, y al tono, donde tocan.

¿Qué otra cosa es la harmónica cadente  
Proporción, de su número ternario,  
(En quien la diferencia está igualmente,  
Del mayor al menor, que al medio vario)  
Sino una copia de alta reverente  
Sacra disposición, que de ordinario  
Con suavidad, lo máximo, supremo,  
A lo mínimo ajusta de otro extremo?

Cuantidades son éstas, que perfectas,  
Con más, o menos voces diferentes,  
En sonidos puntuales sirven rectas,  
Como Diatesarones, o Diapentes:  
Medidas a sus claves van directas  
A las figuras, que correspondientes  
En nuevo Pentagrama indefinible,  
Señala superior mano invisible.

Obedeciendo así sacro Artificio  
Oculto al mundo, corre presuroso  
Pánfilo de Narvaez, al ejercicio,

Que ha de corresponder allá armonioso:  
Ochocientos Infantes, dan indicio  
De lo que puede hacer un Poderoso,  
Empeñado en un tema, pues valiente  
Tal trozo saca, donde falta gente.

Ya cortando la espuma, al Mar se entregan,  
Con zalema festiva; ya a la altura,  
Según el rumbo destinado, llegan,  
Y del Canal registran la estrechura:  
Ya pasando los Bajos do navegan,  
En Vera-Cruz le fuerte obencadura  
Amaina, al ver la tierra que divisan,  
Ya de Cempoala las arenas pisan.

A Moctezuma, y a Cortés, iguales  
Prestos avisos llegan, y discreto,  
Viendo que en vez de amigos, son mortales  
Enemigos, contiene en sí el secreto:  
Entretiénelo sabio, hasta que tales  
Son los rumores, que hacen el aprieto  
De enemistad en el Monarca, claro,  
Y éste le ataja con gentil reparo.

A aqueste Capitán trae engañada  
Apariencia, (le dice) porque piensa  
Que es suya la función de esta embajada,  
Creyendo le hacen al valor ofensa:  
Pero al ver mi derecho, disipada  
La niebla quedará de su pretensa;  
Ni aquí su fuerza deberá extrañarse,  
Si Embajador de España ha de llamarse.

Nuevos designios, cortes más prudentes,  
Arbitra, y toma, porque reducido  
Pánfilo, no haga con furor patentes  
Quejas, adonde sobra sólo el ruido:  
A ofrecerle Partidos diferentes  
Se alarga, por ganarlo a su Partido;  
Mas él está tan ciego de confiado,  
Que a sinrazones labra lo obstinado.

El que sabe lo que es rogar a un necio  
Con su bien, y escuchar una simpleza;  
El que por entendido de un desprecio  
Se ve obligado a hacer una fineza:

Sólo puede decir de cuanto aprecio  
Es saber disfrazar tan gran vileza;  
Porque no hay pena igual, a la que ofrece,  
Halagar uno aquello, que aborrece.

Ni los Soldados suyos, que recibe  
En México, y corteja, y vuelve gratos,  
Pueden hacer con él, lo que percibe  
La escasa luz, aún de los insensatos:  
Cuanto no es a destruirlo, no concibe  
Otra razón, que es propio a los ingratos,  
Y más si se hallan en sublime esfera,  
Lo que deben, pagar de esta manera.

Al Padre Olmedo, que es después enviado  
A tratar de la unión a que lo inclina,  
Lo desengaña tan precipitado,  
Que ni el traje, o carácter, le apadrina:  
Prende al Ministro Real, que interesado  
Desde Santo Domingo se avecina  
A la Armada, con ánimo directo,  
Que obrase sin Velázquez su respecto.

Atropellando, en fin, tantos motivos,  
Que las Paces, y unión miran conformes,  
Rompe la guerra, con que da más vivos  
Del proceder insano los informes:  
Quedan los más al acto discursivos;  
Que siempre en precipicios tan disformes,  
Aunque cierre la boca ira proterva,  
Se queda la razón con su reserva.

De Velázquez el principal empeño,  
Era el adjudicar lo conquistado  
A su distrito, pues se creía dueño  
De lo que a sus expensas fue ganado:  
Y poner en prisión al Extremeño  
Capitán, que (a su juicio) estaba alzado  
Con la empresa, que a él sólo se debía,  
Como Artífice tal de su osadía.

Es verdad, que a su costa, y su fatiga  
Debió el primer impulso tanto acero,  
A la Corona, por quien más se obliga  
Un ánimo premiado a más esmero;  
Y aunque sea la cizaña quien lo diga,

Fue primero que airado, Caballero  
En sus leales designios; y una cosa  
Es su despeño, y otra su Fe honrosa.

Valiose de Narvaez, como sujeto  
Propio, al tamaño de su ardor terrible;  
Pues su tenacidad le hallaba quieto,  
Y en cualesquier dictamen, inflexible:  
A la impresión más débil, indiscreto  
Era siempre tan fiel como insufrible,  
Que se hace por constancia, o ligereza,  
El capricho también naturaleza.

Ciego con rara especie de locura  
Quiere acabar al Adalid valiente;  
Y aunque este luego su amistad procura,  
Le deja su atención más insolente:  
Traidor, traidor infama al que con pura  
Fe, desta mancha se miró inocente,  
Comenzando en los labios la irascible,  
A dar su herida por lo más sensible.

Pero aquel corazón, que entre los sabios,  
Pudo feliz subir a tanta cumbre,  
Tolera, escucha, mide sus agravios,  
Al compás de su heroica mansedumbre:  
No sólo no se percibió en sus labios  
De leve injuria la menor vislumbre;  
Que al igual de las voces sus acciones  
Pagan con honras, cuantos son baldones.

No es manso (claro está) sino insensato,  
El que el golpe no siente de la afrenta,  
Ni el que al sentirlo, vuelve con conato  
Al sufrimiento, que el dolor aumenta:  
Solamente aquel lo es, que al hecho ingrato,  
Corresponde el enojo, que alimenta  
Dentro de la razón, y a airarse viene,  
Como, cuando, y adonde le conviene.

Fortaleza es sufrir de las heridas,  
Sin quejas, el dolor; pero es bajeza  
Tolerar ignominias repetidas,  
Sin que el ánimo explique su nobleza:  
También la indignación da sus medidas  
A sentir el desdoro en que tropieza,

Que en el término justo de pasible,  
Tiene sus movimientos lo sensible.

El personal desprecio propio injusto,  
Es el mayor agravio, que se le hace  
A un genio noble, que vincula el gusto,  
En la honra con que a sí se satisface:  
Si excita la ira de vengarse justo,  
No es porque de ésta su despique nace,  
Sino porque atendiendo la querella,  
Ve su razón, e irritase con ella.

Bien que en el pecho grande, en que residen  
Facultades mayores, sin engaño,  
De otra manera extraña allí se miden  
Oprobios, y justicia a su tamaño:  
Pues violentos incendios, que presiden  
Al furor, nunca ven su desengaño;  
Que entonces la iracundia los ajusta,  
Y está en los flacos, siempre fue robusta.

Mas como toda ofensa no es injuria,  
Aunque cualquiera injuria es cruel ofensa,  
El valor a la injuria de ira espuria  
Le da el remedio, que ella menos piensa:  
Con desprecios castiga tanta furia,  
Muchas veces por alta recompensa;  
Y sólo porque en ella se ocasiona  
Más fácil la venganza, la perdona.

Poder vengarse, y no querer vengarse,  
Sin inferir a sacra Ley violencia,  
Olvidando el empeño de irritarse,  
Es el blasón mayor de la paciencia:  
¡Quién al sensible dio sin ultrajarse,  
En la blandura tanta resistencia,  
Que dé hasta en lo flexible acuerdo sabio  
Más peso a la cordura, que al agravio!

Prodigio propio sólo a los Campeones,  
Que a la cumbre llegaron del Heroísmo;  
Pues ¿qué no hará Señor de sus acciones,  
Quien alcanzó victoria de sí mismo?  
Predominio tan alto a las pasiones  
En la humana miseria, es tanto abismo,  
Que es (si de rectitud perfecto asunto)

De la heroica virtud, la suma, el punto.

Si hasta aquí llegas Héroe venturoso,  
¿Qué es lo que puedo hacer? Avergonzado  
Soltar el arco, porque lo armonioso,  
Pide pulso más puro, y elevado:  
Contentareme empero si animoso  
Puedo subir a menos alto grado,  
Cantando en otros cuanto les sufriste,  
Porque en ellos se mire quien tú fuiste.

Pues no, no es poco contestar sereno  
Un discreto con otro caprichudo,  
Que si no es suyo, nada juzga bueno,  
Aunque lo mejor sea, y más agudo:  
¡Faltarle la razón al que está lleno  
De ella, y quedar a un desatino mudo,  
Querer en su poder el engreimiento,  
Vincular la verdad, y entendimiento!

Es hasta donde sube la cordura,  
Y es hasta donde llega la ignorancia;  
Siendo tan ordinaria su locura,  
Que lo emprende, y lo sigue con jactancia:  
Monstruosidad extraña, en que se apura  
La prudente modesta tolerancia,  
Pues no se halla tormento semejante  
Al del sabio, que sufre al ignorante.

Del Adalid, y Pánfilo en efecto,  
Así es la lucha que la suerte lleva,  
Dando de lo imprudente, y lo perfecto  
Uno, y otro de sí la última prueba:  
Moderación sagaz, en que el respeto  
No vale a la razón que se reprueba,  
¿Cómo puede confiar de su cuidado,  
Ni victoria alcanzar de un porfiado?

Desengañado ya que no ha podido  
Propuesta racional, quedar airosa,  
A ofrecerle se excede comedido  
En sus manos dejar la empresa honrosa:  
No hizo más Mitridates advertido,  
Que si a Natano pone su preciosa  
Garganta, por la paz a que convida,  
Da éste su fama, que es más noble vida.

Vengan aquí los célebres Varones,  
Que alaba grandes el Clarín del Mundo,  
A ver si se menciona en sus acciones,  
Otra como ésta de un valor profundo:  
Tú solo, tú, mereces los blasones  
De único siempre, siempre sin segundo;  
Dar tanto como cedés hoy afable,  
Ni es creíble, ni es posible, aunque fue dable.

Resuelto ya con el mejor supuesto  
De alejar de la Corte el mal vecino  
Contenta a Moctezuma, quien más resto  
Le ofrece de sus Huestes, al camino:  
Al Campo sale, porque lo modesto  
De un corazón ingenuo peregrino,  
Sufre por sí la suerte atropellada,  
Pero por la razón no sufre nada.

Deja en la Corte, a cargo de Alvarado,  
Menos de cien Soldados, porque importa  
Mantener al Monarca interesado,  
En la correspondencia a que le exhorta:  
Saca de Vera-Cruz, mal de su grado,  
Guarnición, que es aún para el ocio corta,  
Y a cuatro millas de Cempoala, oculta  
El Cuartel, hasta ver lo que resulta.

Segunda vez al Padre Olmedo envía,  
Que nuevamente sobre ajustes hable;  
Más enseñado vuelve, que porfía  
De un necio, siempre queda incontrastable:  
A Velázquez de León, al fin le fía  
La mediación, que puede ser probable,  
Sin recelar al deudo, que el prudente,  
La razón sola tiene por pariente.

Llega a Cempoala, donde el enemigo  
Se mantiene alojado, presumiendo,  
Que más, que como Enviado, como Amigo,  
Viene el nuevo Partido pretendiendo:  
A su proposición sólo testigo  
Es, de que ni la sangre, ni el estruendo,  
Pueden con amenaza, o trato doble  
Hacer de la verdad ceder a un Noble.

En el Banquete luego se introducen  
Pláticas del Ausente: Cuales pueden  
Ser, sino aquellas a que se reducen  
Torpes dicterios, que al furor preceden:  
Viendo Velázquez que a Cortés deslucen,  
Desazonado quita las que exceden;  
Cuando en la mesa de que se carcome,  
Callando traga, cuanto menos come.

Quien presume (revienta el sufrimiento)  
Que Hernán-Cortés, y cuantos su Bandera  
Siguen, no son de quienes lucimiento  
Copia flamante la voluble esfera,  
Se engaña; y::: Lo dijo allí violento,  
Porque hablaron sus iras; y a cualquiera  
Que tal verdad parezca apasionada,  
Mejor que el labio, lo dirá la espada.

Su Sobrino, irritado, e insolente,  
Novel Soldado que tenía delante,  
Toma la mano del ardor presente,  
Y respondele cruel, como arrogante:  
No es Velázquez, o lo es indignamente,  
Quien a un traidor defiende; y al instante  
El acero de aquel que está bramando,  
A él, y a la vianda, los echó rodando.

Despidese (indispuesto) con aquellas  
Medias palabras, con que el ardimiento  
Explica por los ojos las centellas,  
Que dicen el futuro rompimiento:  
Pánfilo envía a Duero, porque de ellas  
Satisfaga al Caudillo, quien atento  
Para el abocamiento a que le induce,  
A sí se vence, cuando se reduce.

Al aplazado sitio, al tiempo fuera,  
Si con secreto no avisara Duero,  
Que con vil trato Pánfilo le espera,  
Para hacerlo a su engaño prisionero:  
Corrido rompe el pacto, que asevera,  
Y la venganza libra en el acero;  
Pues qué hará de la extraña, quien da loco  
A su reputación, precio tan poco.

Narváez, y el Sol a un tiempo la Campaña

Llenan de resplandores, y cuchillas;  
Iluminala aquel, éste la empaña,  
Uno con luces, otro con rencillas:  
De Cortés la tardanza los engaña,  
Hasta que huyen los dos de las Cabrillas  
El susto, y buscan, abreviando el paso,  
Este su alojamiento, aquel su ocaso.

Despertó soñolienta, y perezosa  
La noche, de sus sombras tumultuantes;  
Y a la tierra con triste melindrosa  
Pestaña, mira, de ojos palpitantes:  
En la Casa de Tauro, nebulosa  
Merope, llora trémulas amantes  
Por Sísifo desdichas que no enjuga,  
Y a esconderse melárquica madruga.

El vapor a los vientos impactado,  
Lentamente comienza derretido,  
A descender aljófara desatado,  
Buscando en conchas de esmeraldas nido:  
Pánfilo, con su gente resguardado  
En los Torreones, queda defendido,  
Y libre de Cortés; pues su osadía  
¿Qué hará en la noche, si se duerme al día?

Este lince feliz, entre la obscura  
Niebla, ve la ocasión que a topos ojos  
Niega la lobreguez, y se apresura  
A gozarla, empeñando sus arrojos:  
Esta noche (les dice) la ventura  
En nuestras manos pone los despojos,  
Con que se hace dichoso el atrevido,  
Que aprovecharse sabe del descuido.

Arriesgada facción, pero gloriosa,  
Es la que nos ofrece hado propicio,  
Dándonos contingencia poderosa,  
Que es para la opinión más beneficio:  
Despreciados estamos de la odiosa  
Fe de Narvaez, quien ciego a recto juicio,  
No sólo de traidores nos infama,  
Nuestra vida pretende; más: la fama.

A hacerse dueño viene de la gloria,  
Que ha ganado feliz tanto desvelo,

Y a arrogar para sí noble memoria,  
Que forma con el Cielo paralelo:  
Suya será tanta gentil victoria,  
Y suya la esperanza a mayor vuelo;  
Si en la interpresa, con que nos deslumbra,  
No obra el valor aquello que acostumbra.

Desunidos están, y disfrutando  
En ocios femeniles su promesa,  
Cuando con el sudor atesorando  
Está nuestra fortuna, tal empresa:  
Ánimo, pues, que antes que el Sol brillando  
De las sombras consuma la pavesa,  
Haré que nuestro Nombre se eternice,  
O no será Cortés, el que lo dice.

Hoy, hoy, Soldados ha de ver el Orbe,  
Cuanto llegó a emprender por vuestro aliento;  
Pues sin que lo difícil aquí estorbe,  
Hace vuestro valor, grande mi intento:  
A vencer, a vencer; y cual absorbe  
Al pecho, del Clarín marcial acento,  
Que tras si arrastra corazón ardiente,  
Tal en su boca se encendió su gente.

Ya las Híadas miraban la Bocina,  
En el medio silencio más pesado;  
Y atravesando entonces la Colina,  
Hacia el Cuartel se acercan desarmado:  
La noche sus arrojos apadrina,  
Y aunque uno oye el rumor, y acelerado  
Avisa al enemigo, su descuido  
Aún despierto, le deja más dormido.

Previene atropellado su defensa,  
Que para hacer la hazaña más famosa  
Determinó fortuna, en recompensa,  
Prepararla a su espada más costosa:  
Mirase el Cid, sentido, y a la ofensa  
Aprestando su gente valerosa,  
Acomete, formando juicio cierto,  
Que duerme aquel, que se halla mal despierto.

Embiste Sandoval, para impedirles  
El paso a los Torreones, y siguiendo  
Olid, al principal, al resistirles,

Rompen las Cajas militar estruendo:  
Los Pedreros, y Lanzas a destruirles  
Tiran, con la ventaja de ir subiendo  
Los nuestros, contra dura resistencia,  
Que hace el número, y luego la eminencia.

No así corrientes dos partido el Dique,  
Al fragor espumoso con que hierven,  
Entre sí chocan, para echarse a pique,  
Sin que la unión, ni la amistad conserven:  
Estos, y aquellos, por hallar despique,  
Se impelen, sin que nada allí reserven;  
Los unos caen al golpe que los bruma,  
Mientras los otros suben como espuma.

Estrecha oposición con fuertes lazos  
A España, contra España: ¡Quién dijera,  
Que tanto puede un necio, que en pedazos  
La parta, porque viva, y porque muera!  
Españoles vencidos de otros brazos,  
¿Y en número menor? No se creyera,  
Ni era posible cosa tan extraña,  
A no ser timbre de la propia España.

Para ver que ésta siempre fue invencible,  
Basta saber, que nunca se ha rendido  
A fuerza tal, que pueda ser terrible  
Sólo por sí, sin trato fementido:  
Para saber que vence lo imposible,  
Con que saque la espada, está sabido;  
Mas para ver que así puedan vencerla,  
Es acción que sólo ella supo hacerla.

Así es, así, pues cuando más insiste  
El Español Escipión, del otro afrenta,  
Con tal esfuerzo valeroso embiste,  
Que allana el paso, si la planta asienta:  
Narvaez con su Recluta lo resiste,  
A tiempo que Farfán en él intenta  
Mostrar al Mundo, cuanto está engañado  
Con su vista el que ve desalumbrado.

Acométele diestro prevenido,  
Y falseando el Viril a la Visera,  
Le rompió una Pupila, y advertido  
Un ojo le sacó, porque lo viera:

Por las gradas le arrastran sin sentido,  
Y aclaman la Victoria, que acelera  
El Retén del Caudillo, y su ira brava  
Acabó de rendir lo que quedaba.

Prendense cuantos Cabos se apresuran  
A henchir el hueco de Narvaez vacío,  
En cuyo pecho los despechos duran  
Al verse prisionero de otro brío:  
Mas a los desengaños que aseguran  
Claras verdades a su desvarío,  
Se persuade, aunque dio con ansia rara,  
Por no ver tal, un ojo de la cara.

Corren el velo los apasionados,  
Cuyo ejemplar anima brevemente  
A los demás, y asientan inclinados  
Al Héroe, nueva plaza con su gente:  
Éste queda con más de mil Soldados,  
Y sin el enemigo impertinente;  
¿Cuánto en la guerra dista el emprenderla,  
Desde tener razón, a no tenerla?

El rosicler de Delio, presuroso  
Madruga a festejar tanta victoria,  
Que celebra el concurso más famoso  
El poco bulto, que emprendió tal gloria:  
Mira el rendido, que lo numeroso  
No es lo que más merece la memoria;  
Porque en la guerra contra mano doble,  
Es la disposición, el primer moble.

¡Qué bien docto gentil, a las espaldas  
Del bien, pintó contiguos los pesares,  
Pues siempre marchitaron verdes gualdas  
El laurel, que tejió con mil azares!  
De próspero, y adverso las guirnaldas  
Formó, con advertencias singulares,  
Para dar a entender que al Az es dicha,  
La misma que al Envés se ve desdicha.

Cuando está más ufano, Moctezuma,  
Y Alvarado, le avisan, que guerrero  
El Mexicano, con osada pluma,  
Quiere romper el yugo forastero:  
Con presteza le llaman, porque en suma

Ambos esperan sólo de su acero  
El remedio, librando en su persona,  
Uno la vida, y otro la Corona.

Doblando las jornadas al camino,  
Entra en México, hallando receloso  
Rotos los Puentes, abrasado el Lino,  
Y un silencio en sus voces cauteloso:  
El Monarca en su afecto está más fino,  
Y sólo le interrumpe lo gozoso,  
Que el rebelde presuma con impía  
Saña, llamar defensa la osadía.

Ya tenéis valerosos Mexicanos  
Con quien medir la diestra presumida;  
Mas ¿qué es lo que podéis, contra las manos,  
Que a España (que es lo más) dejan vencida?  
Nuevo Escipión miráis, que a otros Romanos  
En su Aníbal ahogó gloria mentida;  
Si en Cempoala, y en Capua, ya despojos  
Ambos a dos se vieron por sus ojos.

Prevenid en buena hora más coraje,  
Nueva ferocidad, mayor fiereza;  
Porque brille mejor entre el ultraje  
De tanta intrepidez, su fortaleza:  
Mas ¿cómo os libraréis del vasallaje,  
De aquel que con blandura, y entereza,  
Con los aciertos de su bizarría,  
Venció de un Poderoso la porfía?

## CANTO X

*Manda a Ordaz reconocer la Ciudad, cuya salida anima a los Mexicanos, hasta asaltar al Cuartel, de donde vuelven rechazados: Dispónense unos Castillos de madera, contra las avenidas de los terrados, y quedan hechos pedazos en la primera ocasión, aunque salen los nuestros victoriosos. Moctezuma, receloso de la fidelidad de los suyos, despide al Caudillo, y se sosiega con su respuesta, en sazón que acometiendo las Milicias de refresco, tiene por bien dejarse ver en la Muralla, para corregir tanto motín; y aunque a la primera vista se reducen, remolinándose la Plebe, ve sobre sí el último atrevimiento de los suyos: Cae mal herido en una Sien, y muere en su obstinación. Llenase la Ciudad de clamores a vista del Real Cadáver, y coronase Quauhtlabuac, con cuya tregua convalecen los nuestros, si bien poco después aparece el alto Panteón, coronado de la*

*mayor Nobleza Mexicana: Asáltalo Escobar: Sangriento destrozo por ambas partes, y artificios bélicos, que en estos días discurrieron sus Ingenieros: Ganalo Cortés, y vese en manifiesto peligro a la heroica resolución con que tiraron a despeñarse con él dos nobles Mexicanos: Socorre a los suyos, y retirase al Cuartel: Proponen los interlocutores con algunos pretextos frívolos, que miran sólo a la detención, que salgan de la Ciudad, con ánimo de sitiarlos por hambre: Discreta respuesta del Caudillo, sirviéndose de sus propios artes, hasta mejorar sus Partidos; y resuelve al fin salir aquella misma noche: Modo con que lo dispuso, y generoso desprecio en abandonar tantas riquezas adquiridas, por la reputación de sus armas: Comienzan la marcha, y los Mexicanos, con extraordinario sosiego en su natural, la dejan empeñar en la Calzada, y cortando los Puentes, acometen por Agua, y Tierra con intrépida ferocidad: échase a fondo la Artillería: mueren más de doscientos Españoles: piérdese totalmente la Retaguardia, y entre ella, algunos Cabos principales de la más acendrada Nobleza de Cuba. Hace alto en Tlalcopán, (hoy Tacuba) donde se recogen los heridos a la primera luz de la mañana. Cebados en el despojo los Mexicanos, encuentran a sus Armas muchos Principales de los suyos, con cuyas Exequias divertidos, dan lugar a los Españoles a alojarse en los Cúes de Otomcapulco, doce millas al Poniente de la Corte, en donde se venera hoy, en memoria de tanto beneficio, el peregrino Santuario de la Emperatriz de los Ángeles, con la advocación de los Remedios.*

#### *Argumento*

*Asaltan al Cuartel, y rechazados,  
Quedan los Mexicanos divididos;  
Hieren a Moctezuma, y obstinados  
Por su muerte, se ven más atrevidos:  
Nuevos combates piensan irritados,  
El Español procura otros Partidos;  
Y porque ya la fuerza no resiste,  
Hace a la noche, con sus pasos, triste.*

*A Penas el Pintor de la mañana,  
En la tabla del Orbe, que ya dora,  
Va metiendo colores de Oro, y Grana  
A los bosquejos, que dejó la Aurora:  
Cuando Ordaz con Milicia veterana,  
En cuya fuerza la de Marte mora,  
Del Cuartel saca cuatro Compañías,  
A hacer con el discurso correrías.*

*Escueta la Ciudad, nadie parece;  
No Corte, Yermo queda silencioso:  
La presunción hasta evidencia crece,  
De ser tanto sosiego misterioso:  
Cuando a poca distancia se aparece*

De Armadas Tropas Cuerpo bullicioso,  
Que mueve la pereza, y con extraña  
Pausa le incita, cuando así le engaña.

Por tomar en algunos Prisioneros  
Lengua, cierra el Avance, y de repente  
Dos Ejércitos gruesos de Guerreros  
Le buscan por la espalda, y por la frente;  
Encuentran al partir, en los aceros  
Españoles, repulsa tan valiente,  
Que vieron que al marcial desembarazo,  
No hace el número tanto, como el brazo.

Frente a la Retaguardia da segunda,  
Picas, y Espadas a las avenidas,  
Y contra otro tercer trozo, que inunda  
Las Azoteas, de flechas guarnecidas:  
Asesta el fuego, sin que se confunda  
El orden, en defensas prevenidas;  
Que cada uno en la guerra (si la entiende)  
Pelea por sí, y a los demás defiende.

Arde el furor, rompiendo los montados,  
Calle enteras de gentil plumaje,  
Vomitando los suelos, y terrados,  
Lanzas, y piedras, por mayor ultraje:  
Disparan los Cañones asestados,  
También humos, y Plomo al ventanaje;  
Obscurécese el Cielo, y en un punto,  
El Sol Infante, se creyó difunto.

Crece el desorden en la turba vaga,  
A tiempo que Miscuac, que va llegando  
Con gente de fresco, un ojo apaga  
Al Caballo, en que Urrutia iba volando:  
Ciego con el dolor, su dueño paga  
El despique, llevándolo arrastrando  
Preso al estribo: Nada le repecha,  
Por donde es más cerrado, abre más brecha.

Aún así su coraje no sosiega  
El Español, que haciendo maravillas  
Va con la Espada, (como aquel que siega)  
Cercenando a los más las espinillas:  
No queda con salud quien se le llega;  
A unos los brazos, a otros las rodillas,

Mocha, y si no se suelta, a sus reveses  
La tarea acaba, por faltarle mieses.

Mas ¿quién pudo librarse de su muerte?  
Al soltarlo la Arción, una cantera  
Caída de arriba, le prendió de suerte,  
Que menearse no puede, aunque más quiera.  
Lezcano, que anda cerca, el daño advierte,  
Y dejando su Silla, fiel se esmera  
En quitar el estorbo, que retira,  
Pero es en ocasión, que Urrutia espira.

Al agacharse para alzar la Peña,  
Pudo Chimal quebrarle una costilla;  
Pero no tan feroz hace reseña  
Escorpión, a la planta que lo trilla:  
Con la izquierda le agarra de la greña,  
Y da con él en tierra a su rodilla,  
Y al cercén con la diestra el Chafarote,  
Le rebanó los nervios del cogote.

Seis se le abrazan; a unos a mordidas,  
A otros a coces, a otros a empellones,  
Desbarata; pero es cuando de heridas  
Ni señas dan el traje a las facciones:  
Por ésta, y otras muertes repetidas,  
Qué venganza no dieran los Campeones,  
Si los Indios, que tal estrago vieron,  
No huyeran más aprisa, que vinieron.

Se asoló la Ciudad, con que marchando  
Llegan hasta el Cuartel, y en dos Auroras,  
Cavilosa quietud, va convocando  
Nuevo asalto, a las Armas vencedoras:  
Al punto destinado, alborotando  
A quien está contándoles las horas,  
En número aparecen tan copioso,  
Que hasta el propio valor perdió el reposo.

Vanguardia de Flecheros se acelera  
A barrer la Muralla, con extraña  
Resolución, enviando Tropa fiera,  
Que en las Puertas atice fuego, y saña:  
Sigue la multitud, que atrás espera,  
Para dar el avance, cuya hazaña  
Tiene por tan factible, que su arrojo,

Más que Batalla, la hace ya despojo.

Llénese el aire de pintadas Plumas,  
Y condensando nube de corales,  
Derretida al calor de sus espumas,  
Se desgajó al Palacio en pedernales:  
El granizo que vierten tantas sumas  
De venenosos horridos cristales,  
¿Qué no haría aquí, si aún anegó el ambiente?  
Fluctuando en él, estuvo nuestra gente.

Tanto, que cuando más para la ofensa  
Ha de asistir el ánimo guerrero,  
Embarazado sólo en su defensa,  
Hace no poco en resistir primero:  
Tal embarazo, ni el andar dispensa,  
Y a unos manda que dejen el acero,  
Y al incendio lo entreguen, que allí se hizo;  
Hoy sólo el fuego se cebó en granizo.

También revienta del Cuartel, cargada  
Nube, que disparando plomo, y fuego,  
Con nuevo estrago deja castigada  
Osadía bruta de rebelde ciego:  
Mas no por esto su ira desbocada  
Llega a enfrenarse; que el desasosiego  
Marcial, que de rencor pasa a fiereza,  
Despecho acaba, si valor empieza.

Unos sobre otros suben escalando  
El Muro, por hollar su fuerte Almena;  
Otros abajo ya lo están picando;  
Otros Escalas hacen de la Mena:  
Flechas de pez ardiendo, envían volando  
A abrasar lo interior: Tal se enajena  
La Cólera, que loco brazo insano  
Llegó a meter en el Cañón la mano.

No así escamosas Sierpes oprimidas,  
Embisten reventando lazo fuerte,  
Contra la Red, adonde están asidas,  
A darse a sí, y a quien encuentran, muerte:  
Que las temeridades repetidas  
A más se exceden, porque son de suerte,  
(La Verdad valga pura) que su saña  
Sola la pudo contener España.

La desesperación cerró los ojos,  
Corrida de que nunca llegó a tanto,  
Pues aún no les detiene los arrojados  
El destrozo, que ven en su quebranto:  
¡Oh cuantas muertes, oh cuantos despojos  
Padece su fiereza sin espanto!  
Mas no es mucho, si cuando se conspiran,  
No ven la suerte, y el empeño miran.

El Combate descaece, porque falta  
La vida, a cuantos antes lo emprendieron,  
Cuya vertida sangre, roja esmalta  
Tierra, donde sus Plumas perecieron:  
Aquesta vez rendidos a fuerza alta,  
Su espíritu acabaron, no cedieron;  
Si diez vidas cada uno hallara juntas,  
Si no a vencer, habían de ser difuntas;

Respiró el Español, bien que no cesa  
Hostilidad, que entre la noche airada  
Arrima a las Portadas cruel pavesa,  
Con que la hace mil veces desvelada:  
Esta ocasión constantemente expresa,  
Cuando al principio tanta oculta entrada  
Fortificó su precaución madura,  
Que al mal de aquí, previno allá la cura.

En los tres días de tregua, se fabrican  
Los Músculos de Abeto, que defienden  
De los Altos el golpe, y pronostican,  
Que nadar en la tierra ya pretenden:  
Interiores desvelos testifican  
En Moctezuma, cuanto le sorprenden;  
Con el Cid vive, pero ya el agrado  
Empieza a ser mudanza del cuidado.

Por su dictamen se hace esta salida;  
Vuelve a inundar al aire infiel Plumero,  
Y se ve en la Batalla repetida,  
Cuanto a Ordaz pudo suceder primero:  
De los Castillos la madera hendida  
Se rinde, al que es escollos aguacero;  
Ira, llama, y furor, del mismo modo,  
Aún sin decirlo, ya se dijo todo.

Nada hay de más, sino el atrevimiento  
Nuevo de femenil loca osadía,  
Que acusa de cobarde, al que sangriento  
Hace acaso mayor carnicería:  
Destrozados se ven de ciento en ciento,  
Y con todo no ceja rabia impía;  
Monta Mestli a las ancas de Rodrigo,  
Vuelve el brazo, y embásale el ombligo.

Mano, y voz vibra, con oprobio, y flecha,  
Quauhnacono, y a Tapia se adelanta:  
¿Qué hace este luego? Mano al cuello le echa,  
Y contra el propio Muro le quebranta:  
Ni respirar de tanto que le estrecha  
Puede, y a la opresión de la garganta,  
Como sacó la lengua al sobresalto,  
Se la arrancó, y la aventó por alto.

Huye el Bárbaro luego, y para darle  
Más vista a su escarmiento, cuerdo pasa  
(Creyendo así a la quietud llamarle)  
A darle el fuego la vecina casa.  
Llega al Alojamiento, sin faltarle  
Aplauso nuevo, pues aquesta brasa,  
Que encendió al Mexicano por memoria,  
Sirve de luminaria a la victoria.

El Monarca asomado a la Muralla,  
Reconociendo estuvo los Señores,  
Que andaban gobernando la Batalla,  
Hechos Cabezas de los agresores:  
Probando aquí los bajos, donde encalla  
Siempre el poder, en ondas de traidores,  
Y por no hacer el daño irremediable,  
Recibe el Adalid menos afable.

Represéntale el caso ya forzoso  
De salir de su Corte, que a un insulto,  
Se le ha de dar remedio presuroso,  
O irá a conspiración desde tumulto:  
Que el pretexto que engaña al sedicioso,  
Suele tener en apariencias culto;  
Que sus Vasallos la disculpa tienen,  
En lo mismo que errando no previenen.

Que para corregir mal tan extraño,

Y ponerle coyunda a un vulgo ciego,  
Era preciso reparar el daño,  
Desviando la materia de su fuego:  
Que así conseguiría su desengaño,  
Y librar el castigo en el sosiego,  
Que a doliente lealtad escrupulosa  
Se debía dar la cura no ruidosa.

El Español mirando lo preciso,  
Que era su retirada, hasta otro evento,  
Le responde con término conciso,  
Cuanto puede desear el pensamiento:  
Que lo hará (dice) luego que a su aviso  
Desvanezcan los suyos su ardimiento,  
Porque no juzguen ser de otro accidente,  
Lo que es por respeto solamente.

Que para retirarse sin desdoro,  
En su brazo llevaba su seguro;  
Pero que sentiría del Real decoro  
Desenlazarse, sin dejarlo puro:  
Porque roto una vez el freno de oro  
En la Nobleza, suele batir Muro,  
Que incontrastable fue, pues su ardimiento  
Tiene otras gradas al atrevimiento.

Moctezuma, que acaso no esperaba  
Tal prontitud, a su razón mirando,  
Promete hacer cuanto con él recaba,  
Pues todo al propio fin va caminando:  
En este punto nuevo asalto traba  
Del Mexicano, temerario bando;  
Tiene el Rey la ocasión a conveniencia,  
Y llamarlos intenta a su presencia.

A la voz de sus Nobles, que previenen  
Desde el Muro al Motín, queda apagado  
El popular rumor, y todos vienen  
Llegando con aliento fatigado:  
Los Grandes que en su obsequio se mantienen,  
Autorizan el uno, y otro lado;  
Dejase ver, y al Cetro que allí brilla,  
Aró el suelo la frente, y la rodilla.

¡Oh Majestad! ¡Oh Soberana influencia  
De la Corona! ¿Qué divino efecto

Es el que inspiras, pues a tu presencia,  
Obra el amor a impulsos del respecto?  
¿Quién a su Dueño ve, que en efervescencia  
Amante, no se exhala en noble afecto?  
Si Yo viera a mi Rey: ¡oh Hados severos!  
Augusto León, ¿he de morir sin veros?

¡Oh! Si tanta distancia la pudiera  
Mi ansia vencer, ¡qué breve allá llegara!  
Todo por veros, precio corto fuera;  
Vieraos (Señor) y más que allí cegara:  
Nada arriesgaba, porque si fuerza era,  
Viendoos, que en vos los ojos me dejara,  
¿Qué importaba quedar por sus arrojos,  
A más no ver, quien puso en vos los ojos?

Allí vierais mi Fe: Pero ¿qué es esto?  
Perdonad mis amantes desvaríos;  
Rapto fue del amor, que voló presto,  
Enardecido de delirios míos:  
Más me enciendo de modo hablando aquesto,  
Que revestido de mayores bríos,  
Viendo mi corazón de quien los copio,  
Aún ante vos dijera aquesto propio.

Entonces sí: Mas ya prosigo. Haciendo  
A su despecho resistencia fuerte,  
El Monarca, forceja, conteniendo  
Ocultos celos de traidora suerte:  
Tormento cruel, pues cuando reprimiendo  
Está el dolor, su disimulo advierte:  
Halagos finge, que el temor obliga,  
Y habla así disfrazando su fatiga.

No hubiera inobediencias que agradaran,  
Si no hubiera obediencias que ofendieran,  
La lealtad, y el afecto, no reparan  
Por acertar, en lo que más se esmeran:  
Por ciego amante impulso tal vez paran  
En la fatalidad que no quisieran,  
Acercándose más al precipicio,  
Errando el modo su imprudente juicio.

Creísteis que yo violento aquí me he hallado,  
Y esta razón de vuestro desvarío  
Os hizo haber las Armas levantado,

Pues es empeño vuestro el blasón mío:  
Pero ni pude verme disgustado,  
Ni es atención que quiera novel brío,  
Sin mi venia, pasar a formar grueso,  
Pero esto fue de la fieldad exceso.

Con ellos he vivido voluntario;  
Luego se irán, mas no será decencia  
Que vaya contra estilo extraordinario,  
Antes la suya, que vuestra obediencia:  
Quitad de la verdad velo contrario,  
Y venid cual debéis a mi presencia,  
Pues halláis en mi pecho grato abono  
De lo que os amo, por lo que os perdono.

Así acabó, y nadie a hablar se atreve:  
El caviloso estuvo, más atento,  
Dudando si el motivo que le mueve  
Luce piedad, o suena abatimiento:  
Pero remolinándose la Plebe,  
A ira su miedo muda en un momento;  
Nada más inconstante se ha encontrado  
Para extremos, que un Vulgo desbocado.

La irreverencia pasa a desacato,  
Crece a desprecio, y en injuria para;  
De cobarde le acusa el insensato,  
Y es el menos oprobio la algazara:  
Aún más sube; de intrépido rebato  
Ve el furor sobre sí: ¡Quién tal pensara!  
Entre la multitud, mano insolente,  
Pequeña guija, le engastó en la frente.

¿Sacrílego a tu Rey? Creído tenía,  
Que a un Español hablaba. ¡Otra ignorancia!  
¿Cabe en un noble tal alevosía?  
No; porque es en su sangre disonancia:  
Ni los Soldados que a su lado había  
Puesto Cortés, temiendo esta arrogancia,  
(¡Qué advertido hasta en esto!) le pudieron  
Defender, aunque más lo pretendieron.

Cayó, perdiendo desde allí el sentido,  
Para cobrarle sin entendimiento;  
Huye el Vulgo a la acción despavorido,  
Asombrado del propio atrevimiento:

Mas ¿dónde irá, si siempre forajido  
En su delito, arrastra su tormento?  
¿Cómo puede olvidar tal insolencia,  
Si consigo se lleva su conciencia?

Volvió en sí Moctezuma; mas no vuelve,  
Que antes fuera de sí, mal satisfecho,  
Con el despecho que su pena envuelve,  
La vida quiere dividir del pecho:  
Corre el mal a mortal, y le resuelve  
Tanto, que ya le pone en el estrecho  
Último, y el amor que aquí se prueba,  
Si aquesta no, le busca vida nueva.

Píntale la hermosura de la Gloria,  
Franqueándole sus Puertas el Bautismo,  
Porque deteste fementida escoria,  
De su infiel Religión, y Gentilismo:  
Esfuerza la piedad tanta victoria;  
No hay Español, que no desee lo mismo:  
Nada omitió cuidado tan agudo,  
Se hizo con él, cuanto con él se pudo.

Pero envuelta en congojas su fiereza,  
A nada atina, sino a su venganza:  
Hace al Héroe Caudillo su braveza,  
Y en lo demás le niega la esperanza:  
Estando así, volteando la cabeza,  
Como huyendo al remedio que lo afianza,  
De aquella vida de él aborrecida,  
Creciendo el mal, llenose la medida.

Este fin infeliz previno el ceño  
De Hado ominoso, contra el Soberano  
Señor, que fue de tantos Pueblos dueño,  
De Imperios mil, de un Mundo Americano:  
De atrevimiento cruel a loco empeño,  
Informe tronco es ya, cadáver vano,  
Perdiendo en un instante, porque asombre,  
Majestad, opulencia, vida, nombre.

Mundo inconstante, ¿dónde tu ventura  
Se hallará, y de tus bienes la firmeza,  
Si en el breve ademán de tu locura,  
Todo acaba en el punto que se empieza?  
Necedad será creer, lo que no dura,

Si Fausto, Honor, Soberanía, Grandeza,  
Conviertes a un impulso de tu azada,  
En tierra, en lodo, en polvo, en humo, en nada.

No es dable, no, poder aquí decirse,  
Cual el Caudillo llegaría a mirarse;  
Porque hay penas, capaces a sentirse,  
Pero son incapaces de explicarse:  
Si no llega con ellas a rendirse,  
Sólo en su corazón, tal pudo hallarse,  
Viendo perdido su mayor desvelo,  
Y su artificio todo por el suelo.

Falta camino para mantenerse;  
La urgencia luego a retirarse obliga;  
Sin esperanza, nada puede hacerse;  
Contra fortuna, ¿qué hay que se consiga?  
Empeñarse no más para perderse,  
Es armas añadir a la fatiga,  
Y es al juego, infructuoso tal denuedo,  
Cuando está en contra de la suerte, el ruedo.

Manda en fin el Cadáver infelice  
Entregar a rebeldes Mexicanos:  
Ya tenéis ahí a vuestro Rey (les dice)  
Víctima torpe de violentas manos:  
Su venganza a mi pena no desdice;  
Yo os juro por los Cielos Soberanos,  
Que si obedientes no buscáis sosiego,  
La Ciudad, el Imperio, ábrase el fuego.

Llénase al Espectáculo sangriento,  
México, de gemidos, y quebranto,  
Pretendiendo dorar el sentimiento,  
Infando yerro, que forjó el espanto:  
Llévanle a reverente Monumento,  
Al compás triste de funesto llanto;  
¿Tanto odio se acabó? Sí, que no dura;  
Raro es el que violó la sepultura.

Quauhtlahuac Coronado, Solio pisa,  
Que está brotando Púrpura caliente,  
Sin conocer que con su muerte frisa,  
Estando allí el ejemplar reciente:  
Pero ¿quién por mandar, cuerdo divisa  
El riesgo que amenaza de presente?

¡Oh hambre de dominar lo que atropellas,  
Cuantas veces tu sangre da las huellas!

Como nuevo Piloto, que el Trinquete  
Toma, dejado de cuidado omiso,  
Y por mostrar que cuanto le compete  
Entiende, empieza por lo más preciso:  
Así el nuevo Monarca, que promete  
Acierto grande, de prudente aviso,  
Carga al Timón, para enseñar ufano,  
Cuanto importa a la aguja, mejor mano.

Da nuevas providencias, y destierra  
Totalmente la paz, que se propone;  
Los costados, el pecho, da a la guerra,  
Porque es en la ocasión la que supone:  
Todos los rumbos, los caminos cierra  
Al viento que le lleva, y tal se opone,  
Que hace que al Español nada aproveche,  
Porque él ve solo, tanta Mar en leche.

Ya el Soberbio Panteón, el Templo grave  
Del gran Huitzilopochtli, Coronado  
De Soldados, publica cuanto cabe  
A la evidencia, para su cuidado:  
Echó a este viento la esperanza llave;  
No hay otro ocuro que salir a nado,  
Si la Vela, que sola se miraba,  
La Ancla perdió, que en ella se esperaba.

Saca de la Muralla la más parte  
De su gente, a abrazarlo prevenida,  
El Extremeño valeroso Marte,  
Por ver si esta salida es la salida:  
En Escuadrones cuatro la reparte,  
Dos para detener tanta avenida,  
Otro para el ataque, y el más grueso  
Para acudir donde vocee el suceso.

Escobar con los suyos va ocupando  
Las gradas inferiores, y advertidos  
Le dejan los de arriba irse empeñando,  
Para acabarlos, cuando estén medidos:  
Al verlos en el medio, coronando  
La eminencia, los Bárbaros unidos  
Tal carga dan, que al puesto, y su violencia,

Se hace lo más, pues se hace resistencia.

Aquí el Onagro que las peñas duras  
Feroz dispara, del Pretel impele  
Trozo de pedernal, que a las alturas  
Debe más fuerza, que a lo que lo expele:  
Tal desprendida laja en las fracturas  
Del Picacho más alto, bajar suele  
Con natural impulso hasta su centro,  
Aniquilando cuanto está al encuentro.

Resiste el Capitán, parte cediendo  
Terreno, y parte encomendando al brazo,  
Cuanto el sitio inferior, para ir subiendo  
Les quita, y les añade de embarazo:  
El empeño se esfuerza, y el estruendo  
Mayor, se experimenta en el rechazo;  
Lo menos son las flechas, porque tardas  
Al impulso se ven de las Bombardas.

Forcejan por subir, casi impacientes,  
O corridos de ver la gritería  
Del Enemigo, quien arroja ardientes  
Hasta embreadas, con que fuego envía:  
Encuentran nuestras balas sus valientes,  
A quienes la ventaja da osadía;  
Pero por cada tiro que se emplea,  
Se pone en contingencia la pelea.

Tres veces al ataque se aventura,  
Y otras tantas al daño retrocede;  
Siendo el mismo humo que se va a la altura,  
Quien más impide lo que el brazo puede:  
El Adalid en esta coyuntura  
Mira a Escobar, que a la ventaja cede;  
Y desmontando de un gentil morcillo,  
Rompió a los pasos de la duda el grillo.

A lo más apretado, más ardiente  
De las gradas se arroja adelantado;  
No cunde fuego tan violentamente  
Al pajizo Casar donde ha empezado:  
Con la espada en mano hace valiente  
Camino a los demás, llega arrestado  
Arriba, y a su ejemplo mayor lumbre  
Se cubre de Españoles la techumbre.

Poco el Tubo incendiario prevenido  
Con Dardo herrado, puede hacer alarde,  
Que al rayo de su diestra desprendido,  
Hace al propio furor, que se acobarde:  
Resiste cruel el Indio enardecido,  
Pero es el tiempo del resguardo, tarde;  
En sí mismos se van atropellando,  
Y a millares abajo caen rodando.

Por el lado pendiente, que al cimientto  
Ve perpendicular minaz Almena,  
Y en ciento y treinta pies eleva al viento,  
Bruñido lienzo con que se encadena:  
Los que allí se despeñan, monumento  
Infeliz hallan en la roja arena,  
Y penetran Tliltototl, y Chichime,  
Que es lo que más a México redime.

Por la Patria (Chichime al otro dice)  
Dulce es la muerte, la ocasión convida;  
Mejor vida es la fama, que felice  
Se compra a desperdicios de la vida:  
Con su muerte, la nuestra solemnice  
Su General, y haciendo con fingida  
Demostración, arrojo de sus Flechas,  
Dan con las Frentes en su Pie, derechas.

En ademán de rendimiento vienen;  
Hasta lograr el abrazar sus Plantas,  
Y al instante que osados le sostienen,  
Argollando a los pies ambas gargantas:  
Al precipicio luego se previenen  
Descolgándose en él; y a no hacer tantas  
Diligencias, el Héroe, a sus abrazos,  
Como ellos se mirara hecho pedazos.

¿Qué más hizo del Muro Meneceo  
En honor de su Tebas despeñado?  
¿Qué más Mopso en Sagunto, ya trofeo  
De Aníbal, por dejar su hijo vengado?  
¿Qué Anchuro al Borbollón, voraz empleo,  
Por redimir su Real de tal cuidado?  
Todos con noble acción desesperada  
Dieron la vida por la Patria amada.

Mas ninguno juzgó por mayor precio  
Venderla, que estos nobles Mexicanos;  
En aquellos la muerte fue desprecio,  
Huyendo la cerviz a los Romanos:  
En estos sí que fue de sumo aprecio,  
Pues al buscarla con sus propias manos,  
La suya dieron; pero fue de suerte,  
Que era a la Patria, vida, aquella muerte.

Triunfante el Español de aquel Padrastro,  
Porque otra vez no impida la victoria,  
Lo entrega al fuego, para que ni rastro  
En sus Archivos quede a la memoria:  
Arden Ébano, Jaspe, y Alabastro;  
Cae por los suelos su mentida gloria;  
¡En qué firmeza habrá, si en un momento  
Hasta las piedras se las bebe el viento!

Con rigor el alcance se prosigue,  
Pues en las Plazas su furor no cesa;  
Cortés adelantándose, persigue  
Tropa, que huyendo calles atraviesa:  
Dando a otra, vuelta, libetar consigue  
A Duero, que llevaban como presa;  
Fineza fue de amor, y empeño vago;  
Mas si es fineza, de ella tendrá el pago.

Van al Alojamiento fatigados,  
Heridos, y con nuevo desconsuelo,  
De conocer que están más obstinados,  
Y cerrados los oídos en el Cielo:  
Al día siguiente llegan simulados  
Llamando al muro, donde fiel desvelo,  
Que está sobre ellos, oye brevemente  
Última decisión de labio ardiente.

El paso le abren para la Marina,  
Como único remedio de la guerra,  
Y a tratados de Paz, doble se inclina  
El Rey, por consumirlos en la tierra:  
A sitiarnos por hambre los destina;  
¡Asedio cruel, que la Milicia encierra!  
¡Quién está en parte extraña sin asiento,  
Que no tenga lo más a estar hambriento!

Mientras los nuestros más convalecientes

De tanto azar, disponen la partida,  
Se sirven de los mismos accidentes  
De tregua, que es política entendida:  
Unos la ofrecen, porque ven prudentes,  
Que el bastimento da valor, y vida;  
Y otros la eligen, hasta ver si alcanza  
Otro ocuro: ¡Qué grande es la esperanza!

Pero desengañados que ninguno  
Hay, sino la salida a todo trance,  
Dispone el Adalid con oportuno  
Tiempo, lo necesario para el lance:  
Un Puente se fabrica, que aunque no uno  
Es el Foso, pues tres tiene en alcance,  
Pensó la industria fuera en la Calzada  
Mudarlo: diligencia acomodada.

En medio de los suyos toma asiento,  
Y sin encarecer, ni disminuirles  
El empeño presente, su ardimiento  
Les dice más, que cuanto va a decirles.  
No pretendo (prosigue) en este intento,  
A vuestros pechos el valor medirles,  
Ni darles la esperanza, que no puede  
Alcanzar a saber lo que sucede.

Si investigar pudiesen los Humanos,  
Del Cielo, imperceptibles los caminos,  
Descifrando el enigma a sus arcanos,  
Ya hallaran modo, para ser divinos:  
Esto es propio a sus genios soberanos;  
No es dado al hombre averiguar destinos,  
Pues querer escalar azules huellas,  
Era usurpar el mando a las Estrellas.

Lo más a que se extiende la prudencia,  
Que mejor los sucesos adivina,  
Es de valor armarse, y de paciencia,  
Suavizando la fuerza, que la inclina:  
Ánimo igual sólo hace resistencia  
A los males, que el Hado le destina;  
Claro es que el prevenir, no es evitarlos,  
Pero es cuanto se puede, mejorarlos.

La suerte echada está, no hay más cuidado  
Que morir, o vencer: aquesta noche,

Cuando el Sol, en la Persia señoreado  
Arrastre ufano su dorado coche,  
Tenemos de salir a ver el vado  
Por donde alguna veta desabroche  
La fortuna; que tiene también días,  
Y se suele prender de bizarrías.

A todo pues se ocurre, con que osados  
Obréis, como sabéis; en este punto,  
La opinión es lo más, pues alentados  
Con ella, es poco todo el Mundo junto:  
Yo el primero seré, nobles Soldados,  
Que entre en el riesgo de un glorioso asunto,  
Ni pongo duda, porque no se engaña  
Caudillo, nunca, que gobierna a España.

Nuevo esfuerzo añadió su gallardía,  
En cada uno de aquellos Mirmidones;  
A Lugo, a Sandoval, a Tapia, fía  
La Vanguardia, con fuertes Batallones:  
De Velázquez entrega a la hidalguía,  
La Retaguardia, donde van Campeones  
Tan conocidos, que en su brazo advierte  
Viva su imagen, aún la misma muerte.

En la Batalla, van los Prisioneros,  
Artillería, ay Bagaje, y la conserva  
De otros cien escogidos Caballeros,  
Para ir con su persona de reserva:  
Manda de oro sacar trozos enteros,  
Que la fortuna dio menos acerba;  
Y porque el desconsuelo se mitigue  
De pérdida tan grande, así prosigue.

Ese metal, que a bárbara codicia  
Sañudo redobló fuertes prisiones,  
Debe desestimar noble avaricia,  
Que atesorar pretende otros blasones:  
Libre ha de estar la mano en la Milicia,  
Porque al rigor de aquellos eslabones,  
Jamás podrá esgrimir con tanta fuerza  
La Cuchilla, que al peso no se tuerza.

No deben de él mirarse indignamente  
Ocupados los brazos, que a la vida,  
A la reputación más noblemente

Han de estar con defensa prevenida:  
¿Qué importa que se pierda un aparente  
Tesoro, si en la gloria conseguida,  
Y en la futura, que se donde hoy nos llama,  
Tendrá caudal mayor la heroica fama.

Gigante corazón, ¿adónde aspiras?  
Pero si eres magnánimo, qué puedes  
Hacer sino esto, cuando te retiras  
Del fantástico lauro a quien excedes:  
Lo sumo del honor, la virtud miras  
Como precio feliz, que te concedes:  
¿Qué grandeza es la tuya, cuya proeza,  
Corona tus virtudes con grandeza!

Vive, y por ti la pluma fatigada  
Con afán dulce, gima presurosa;  
Y aún así en tus Encomios, ¿qué hará? Nada,  
Por más que en ellos se desvele ansiosa:  
Llamala otra ocasión más lastimada,  
Pues corriendo la Antorcha luminosa,  
Quizá al temor de no mirarse extinta,  
Le da en capuces a su llanto, tinta.

Partía el Campo la noche tenebrosa,  
Y corriendo a las sombras los Cuarteles,  
Convoca el Caos, donde procelosa  
Escolta, alista de nublados fieles:  
Allanan estos la Campaña undosa,  
Hasta batir del Cielo los Canceles,  
Y sin oposición marcha seguro  
De espesas nieblas, Batallón obscuro.

Ganada la Región, en rimbombantes  
Ecos, y lutos con que se entapiza,  
A la tierra acomete con brillantes  
Fusiles, que hacen en el susto riza:  
Pone a México Sitio, con flamantes  
Truenos, y balas, que en cristal graniza;  
Y enarbola en sus Muros, y Campaña,  
El Pendón negro de su esquiva saña.

Sombra piramidal, su tez impía,  
Hace dos veces más minaz, e impura,  
Y entonces a los nuestros la osadía  
Da infausto grito, con presteza dura:

El silencio alborota con voz fría  
Al Cuartel Español, que se apresura  
Con tal sosiego, que a pericia tanta,  
No tuvo el oído, luces de la planta.

Ni el Batidor escucha, en cuanto siente,  
Rumor; ni el Centinela halla cuidado,  
Cuando eslabonan al Canal el Puente,  
Y la Vanguardia pasa al otro lado:  
Qué mucho que los lleve cautamente,  
Si el peligro les tiene aparejado,  
Que el paso a una desdicha prevenida,  
Es siempre dulce, mientras da la herida.

No te apresures, no, detente, espera,  
Caudillo valeroso, mira, advierte,  
Que una desgracia corre muy ligera,  
No al encuentro le salgas de esta suerte:  
Si es ella la que busca, y se acelera,  
No faltará; mas ¡ay dolor! ¡Ay muerte!  
Que llega aprisa la ira del destino,  
A quien en vez de huir, le abre camino.

Ya del cristal dos veces encrespado  
El ceño, va con doble movimiento  
Al verse de enemigos anegado,  
Condensándose al Pino por cimiento:  
Ya le toman por uno, y otro vado  
Al Ejército, el curso turbulento,  
Ya se acercan: Memoria, en trance tanto,  
O suspende la acción, o quita el llanto.

Mas no hagas tal, que fuera cobardía  
Digna de los desprecios del olvido,  
Manchar con dulce tierna fantasía,  
Carmín, que fue para su Rey, vertido:  
Antes debe excederse la alegría,  
Mirando lo que aquel ha conseguido  
En loor de su Nación, pues su ardimiento,  
Está más puro, cuanto más sangriento.

Llegue ya, sí, ya llega, ya rompiendo  
El silencio, las flechas, y las voces,  
Tan a un tiempo se escuchan, que a su estruendo,  
No se sabe las que andan más veloces:  
A cientos, a millares, van subiendo

Los Mexicanos, crueles, y feroces,  
Ambos tramos llenando de alaridos,  
La tierra, la agua, la región, los oídos.

Como suele preñada nube obscura,  
Por el Piloto prevenir la gente;  
Y cuando aguarda que granice dura,  
Ve sobre sí el daño consecuente:  
El recelo en los nuestros, que procura  
Medir el lance, la tormenta siente;  
Y a la lluvia de gritos, y de espumas,  
Sufre otra nueva tempestad de Plumas.

Estrenan el fragor de sus Macanas,  
Gimen silbando voladoras Flechas,  
Crujen las Lanzas al impulso insanas,  
Relumbran las Espadas más estrechas:  
Pedazos se hacen las Piraguas canas,  
Y al choque dejan sus Canoas deshechas,  
Por entrar al Combate desalados,  
Los que el Remo paró más apartados.

A nado se echan con despecho ciego  
Otros, haciendo de la Pica dura  
Escala, por subir adonde luego  
Convoca al tiento, la tiniebla obscura:  
Revienta España repentino fuego,  
Arrasando los bronces su angostura,  
Truena el Mosquete, que la mira acecha,  
Porque el valor al punto le da mecha.

Caen a miles los Indios destrozados,  
Y aumentanse por cuentos impelidos  
Cuantos de nuevo llegan irritados,  
Acabando su huella a los heridos:  
A la Calzada suben ayudados  
De los Chuzos, haciendo compartidos  
Frente a los nuestros, cuya sed sangrienta,  
En golfos va saciándose sedienta.

Rompe Farfán Ejércitos enteros,  
Ciega Dávila Escuadras, Jaramillo  
Con Rangel, y Volante en sus aceros,  
De Atropos vibran el mejor cuchillo:  
Portocarrero, Núñez, y Cisneros,  
Abren el paso, que empezó Portillo:

Siendo tan noble el arrogante Lugo,  
Se acompaña (y lo aprecia) de un Verdugo.

¡Qué estragos duros! ¡Qué severa saña,  
No excitan la ira, con fatal despecho!  
La muerte les ofrece su guadaña,  
Pues ve que en ellos tiene lo más hecho:  
Tantos caídos se ven, que puede España  
Llenar el Foso (y lo hace en tal estrecho)  
Para ocupar el tránsito siguiente,  
Haciendo de ellos Terraplén, o Puente.

Ganando tierra van, y destrozando  
Cuanto encuentran delante, consiguiendo  
La Ribera ocupar, bien que nadando,  
Porque el Lago aún no va disminuyendo:  
Con la agua a la cintura, y batallando  
Se mejora de sitio, el que pudiendo  
En él arriba, donde puede vano  
Fijar el pie, para jugar la mano.

Pasa el Trozo primero con fortuna,  
El Adalid, y manda prontamente,  
Que espere la que salga, si hay alguna  
Que escape de tan súbito frangente:  
Vuélvese con Olid a la Laguna,  
Donde llama el combate más ardiente:  
Ea Españoles, valor, que a la Estacada  
Marte llegó, si es de Cortés la Espada.

No tan voraz dorada sementera,  
Que sazonó de Ceres la fatiga,  
Traga, tala, devora llama fiera,  
Cundiendo presta de una en otra espiga:  
No con el Box despoja la Ribera,  
Rauda avenida, que la Selva abriga;  
Arrostrando en los Valles anegados,  
Broza, que es ya sepulcro de los Prados.

Fuego mayor, más rápida corriente,  
Consume, anega cuanto ve delante,  
Acero que es tanto Mar, Tridente  
Hoja, que a tal incendio, ira es flamante:  
Rinde Escuadrones de apiñada gente,  
Destroza, arrasa fuerza dominante,  
Abre a la marcha paso detenido,

Y aquí sofoca, lo que allí ha prendido.

Manda al agua botar la Artillería;  
¡Qué lástima! Mas no, que aunque anegada  
Esté, no le hace falta a su osadía,  
Pues los rayos le sobran en su espada:  
A una, y otra avenida, el valor fía  
A su oposito, Hilera desfilada,  
Porque cruce la gente, que impaciente,  
A cada paso, pierde, y gana gente.

Busca la Retaguardia; ¡fuerte lance!  
Por donde has de ir, si ya la suerte dura  
Rompió su Foso del primer Avance,  
Para abrir a su trozo sepultura:  
En este empeño cruel, en este trance,  
Era justa, Mantuano, la ternura  
Con que lloraste la perdida Joya,  
De tu encendida desolada Troya.

Carga aquí más el ímpetu guerrero  
De tanta muchedumbre, desbocado,  
Y abierto el paso, sólo da el Acero  
Camino, para hallar lo despechado:  
Morir matando elige valor fiero,  
Porque cuando se ve desesperado,  
El último remedio en que se afianza,  
Es un haber perdido la esperanza.

No así ruge celosa en la ribera,  
Leona, a quien sus hijuelos ha robado  
Velero Buque, y en la arena espera,  
Cerrando luego con quien halla al lado:  
Con la vida el Caudillo aquí quisiera  
Socorrer a los suyos lastimado;  
Y al ver la orilla, que es quien lo resiste,  
Vengando a aquellos, a estos les enviste.

Del Ejército aviva aquel pedazo;  
Aquí, y allí, asiste valeroso,  
Alija del Bagaje el embarazo,  
En Golfo, que es al vado proceloso:  
De la ribera buscan el esguazo,  
Que el deseo alarga, siempre congojoso;  
Porque para llegar donde éste advierte,  
Cualquiera detención, es pena, es muerte.

El segundo Canal vence la Rota,  
Y le pisa con tiento más templado;  
Ensánchalo el Contrario, que lo nota,  
Porque pierda esperanza el atrasado:  
A costa de mil vidas, que alborota  
Alvarado, por él, llega arrestado;  
Y estribando en el centro con su lanza,  
A la otra parte con el bote alcanza.

Sin sosegar la mano en su fatiga,  
Sin acertar el pie por la tiniebla,  
Cayendo, levantando, a lo que obliga  
El hado, siguen por la espesa niebla:  
Puebla la orilla la Canoa enemiga,  
Y el Acero cansado la despuebla;  
Poco a poco a Tacuba van tomando,  
Mal formados, heridos, y fluctuando.

Entre las lobregueces se atraviesa  
Allá en la Retaguardia esquiva fuerte,  
Y en acabarla su rigor engruesa,  
Según contra ella vibra tanta muerte:  
Como Fieras se arrojan a la presa,  
(Que tal la juzgan) aunque les advierte  
La resistencia noble prevenida,  
Lo caro, que el valor vende su vida.

De un flechazo Huamuchitl le falsea  
A Morla el espaldar, que bien ajeno  
De tal peligro, con furor pelea  
Contra un trozo, que rinde bueno a bueno:  
Caliente sangre, que el coraje emplea,  
No halla circulación, con que el veneno,  
Al corazón, al pecho le echó nudo;  
Sólo así Morla dar su vida pudo.

A Lariz por los dientes, abrió brecha  
Un Arpón desmandado, y al instante  
Abrió la boca, se estiró la flecha,  
Metiose un lienzo, y prosiguió adelante:  
Embístele Zoquiac, a quien estrecha  
Tanto en sus brazos, que al furor pujante,  
Con que le oprime cuando le provoca,  
Le hizo echar las entrañas por la boca.

Al soslayo a sus ojos, Caña fiera  
Nuevos corrientes dio de sangre, y fuego;  
¿Para qué fue añadir otra ceguera,  
Al que está de ira, y en tinieblas ciego?  
Con todo así calando la Visera,  
Va matando, y muriendo sin sosiego:  
Él se buscó su muerte, porque como  
Llegó al borde sin tino, se fue a plomo.

Tecolotl con una Hasta, que pudiera  
De Mesana servir, contra Salcedo  
Se parte, y éste sosegado espera,  
Porque jamás le vio la cara al miedo:  
Húrtale el cuerpo al bote, y de manera  
Cierra con él, que aunque juzgó que quedó  
Metido había su Espada, fue de modo,  
Que lo pasó con guarnición, y todo.

Quedose con la punta para arriba  
En el Bárbaro muerto atravesada:  
Abrázalo Tzintamatl, éste estriba  
Fijo, y le arroja encima de la Espada:  
Faltóle un pie, con que el impulso aviva,  
Y cayó sobre ella: ¡fuerte airada!  
En su Punta parada dio consigo,  
El propio se mató, no su enemigo.

Al dar una estocada el diestro Urueña,  
Clavó a Xitlama con violencia tanta,  
Que lo dejó cosido en una Peña,  
De las que están al Terraplén, por planta:  
Sin Espada quedó, por más que empeña  
Para arrancarla, fuerzas que adelanta,  
A ocasión que Tzopilotl, con cruel priesa,  
Por el costado un Chuzo le atraviesa.

Entró por el izquierdo, y luego asoma  
Al hígado la punta, que lo atraca:  
El filo estira, la madera toma,  
Y encorvándose un poco, se lo saca:  
Enrístralo, y al mismo que lo doma,  
Con otros tres, a todos los estaca;  
Haciendo con aquestos, y la Cuja,  
Como el que ensarta cuentas por aguja.

Mas ya la fuerza al noble Puño falta;

Qué mucho, si al sacar el Fresno extraño,  
Con rojo humor, que al boquerón esmalta,  
Los intestinos derramó, y redaño:  
Rindió a la Parca dura, cerviz alta,  
Que honre teñida tan acerbo daño:  
No a la herida murió desafortada,  
Sólo de pena de perder su Espada.

Juan Velázquez de León, con furia insana,  
Contra un Mundo de gente se hace fuerte;  
Ciento aquí corta, mil allí rebana,  
Hasta que a todos da la propia muerte:  
Más al voltear el rostro, la Macana  
De Tochstli, el hombro le partió de suerte,  
Que en la espaldilla el brazo bambaleando,  
Le un nervio sólo se quedó colgando.

Cual en las Selvas de África violento,  
Al Novillo arremete desalado,  
Y entre sus garras le devora hambriento,  
Membrudo León, de grifos coronado:  
Así ahora aquí, con más razón sediento,  
Le acomete hasta verlo destrozado,  
Con tal intrepidez, que su despojo,  
Más que a la fuerza, lo debió al enojo.

Contra él parte, blandiendo un Pino grave,  
Aún mirándolo airado Olinchalcuita;  
Claro está que no juzga lo que cabe  
Dentro de un Español, cuando se irrita:  
Hecho una criba se halla, y no lo sabe;  
Más en sí hiere, más cabezas quita,  
Y suele, si la Lid dura sangrienta,  
La victoria alcanzar, sin que las sienta.

Dígalo de Numancia; mas no es caso  
A quererlo apocar con ejemplares,  
Cuando se están mirando a cada paso,  
Los Testigos, a cuentos, a millares:  
Al encuentro le sale a brazo raso,  
Que brota ya de sangre rojos mares,  
Con tal golpe, que el Indio dividido  
Cayó, y cayó también el brazo hendido.

Entonces ve por el purpureo esmalte  
La herida, que hasta entonces no sentía:

Poco importa (se dice) que aquel falte,  
Si me queda el izquierdo todavía:  
Arrojando la Adarga, porque exalte  
Su valor a su sangre en él confía:  
Ambidextro destrozos hace fuerte,  
Cuando en su pecho, puerta vio la muerte.

Jamás víbora presa de la vara,  
Con escarceos silbando en la ribera,  
Salta más acosada, al ver que avara,  
En ella está la ruina, que tolera:  
Caído en el suelo, (porque se declara  
La desdicha fatal) brinca, y espera  
A morder a otro, que tu fuerte iguale,  
Hasta que dio a la vida el postrer vale.

Así unos, y otros (¡qué pesar!) cediendo  
Van a la multitud, siempre importuna,  
Sin luz, sin tierra, contra cruel estruendo  
De Armas, de Sombras, de Agua, y de Fortuna:  
¡Qué Soldados, que Cabos, pereciendo  
Entre la confusión de la Laguna,  
No hicieron la facción, al par que honrosa,  
Memorable a los siglos, por costosa!

¡Qué lástimas, qué estragos, qué portentos,  
De hazañas, de valor, de bizarrías,  
Se ven en Teatro, donde están sangrientos  
Batallando con Fieras tan impías!  
Mueren al fin, dejando en monumentos  
Blasones nobles sus cenizas frías;  
Nadie entre tantos, que el amor aclama,  
Quedó con vida, sino fue la Fama.

¡Oh Españoles, o heroicos Adalides,  
Sepultados en Urna, torpe, undosa,  
Cuando os debía labrar entre sus Cides,  
Altivos Mausoleos, Fama gloriosa!  
No morís, no, pues que vivís Alcides  
En la dulce memoria decorosa,  
Que en mármoles, y bronces satisface,  
Y más usa del vive, que del yace.

Antes felices sois, si vuestro anhelo,  
Vuestra sangre, denuedo, y gallardía,  
Abrió el cimientto, para que hasta el Cielo

Creciese tan suprema Monarquía:  
Pues ensalzando a España ardiente celo,  
Hizo a la Religión ofrenda pía,  
En el servicio leal, que las edades  
Vieron mayor, para ambas Majestades.

En vuestros Españoles (Soberano  
Católico Fernando) aún hoy existe  
El impulso, el coral de tanta mano,  
Con cuyo esmalte, nuevas glorias viste:  
Mundos faltan no más, para que ufano  
El incendio, el afecto os los conquiste;  
¿Vos en dos solos? No se tolerara,  
Si la falta de más, no fuera clara.

Calmó la noche, más de horrores llena,  
Que de nubes, y ceño: tanta injuria  
Así no más podía quedar serena,  
No habiendo ya en quien vibrar la furia:  
El silencio en el Héroe, aviva pena,  
Que sólo aquí no es del valor espuria;  
Pues como el miedo sus esfuerzos cría,  
Tiene también sus llantos la osadía.

Reconoce su gente, y la detiene,  
Por recoger alguna si extraviada,  
En el palustre Lago, acaso viene;  
¡Qué poca, qué rendida, qué estropeada!  
¡Qué discreta esta vez la Alba previene,  
Pabellones de luto a la Calzada,  
Y por no hacer de tanta muerte alarde,  
O no quiere salir, o sale tarde!

Descansando, si puede un desaliento  
Interior, darle treguas al cuidado,  
Mientras forman la marcha, va el tormento  
Levantando en el alma otro nublado:  
Quebrantada la gente, mira atento,  
La ocasión a la vista, retirado  
El término preciso, breve al día,  
Sin recurso, sin tren, ni Artillería.

Más de doscientos hombres se echan menos:  
En sazón, que aún lo escaso se contaba,  
¿Qué infortunio sería llorar ajenos,  
Tantos, donde por mil uno sumaba?

Los Intérpretes (dicha) libran llenos  
Del pesar, que cada uno en sí tomaba;  
En los ojos de todos, expresivos,  
Están los muertos palpitando vivos.

En este empeño llama la constancia  
Al rostro, y deja al corazón fluctuando  
En oculta tormenta; disonancia,  
Que sólo en él estuvo concordando:  
Fáltale tanto Cabo de importancia,  
Faltó el último Trozo, y serenando  
A los suyos, en cuanto activo ordena,  
Les da el valor, y ocultaes la pena.

¿Hasta dónde remontas, prodigioso  
Espíritu gentil, tan alto celo,  
Transcendiendo los rumbos, que glorioso  
Renombre, te ganaron en el suelo?  
Alcanzarte no puede el perezoso  
De mi pequeña Pluma, tardo vuelo:  
Abate el tuyo, para que cadente,  
Pondere tu virtud, tus proezas cuente.

¿Quién mereció Laureles de constante  
Mejor que tú, si en trance tan estrecho,  
Ni te encuentra la Historia semejante,  
Ni es factible el hacer lo que hoy has hecho?  
¿Mostrar serenidad en el semblante,  
Y traer la tempestad dentro del pecho?  
¿Con pena el Vencedor? ¿Valor con susto?  
Imposible es decir lo que era justo.

Como aquel Vaso rico de Pandora,  
Mi atención te contempla, en cuyo centro,  
Ansia, congoja, afán, tormento mora,  
Mintiendo el Oro lo que oculta dentro:  
Pero en tu grande fondo, la mejora  
De consuelo mayor, feliz encuentro:  
Vierte aquel males, y aliviar no alcanza;  
Tú los ocultas, dando la esperanza.

Cebado a la mañana el Mexicano,  
Igual exprime lástima, y enojo,  
Pues si queda al despojo nuestro vano,  
También está herido a su despojo:  
Los hijos del Monarca Soberano,

Víctimas la Nación, ve de su arrojó;  
Esto hace el Mundo, donde cree contento  
El hombre hallar, encuentra su tormento.

Comienzan los Clamores Funerales  
A sus Exequias, calma la avaricia,  
Crece el pavor, hasta dejar iguales  
Cuanto el amor, y vanidad codicia:  
Al Panteón Regio, que cenizas Reales  
Guarda, los lleva muda su Milicia:  
Qué antiguo que es querer en un estrecho  
Lavar los ojos, lo que mancha el pecho.

Tal coyuntura vale a fatigada  
Marcha, que desde luego se destina  
A descansar en parte acomodada,  
Si halla descanso, quien así camina:  
Mas como la desgracia está empeñada,  
Un riesgo a cada paso les destina;  
Pues no es mudar de sitio mejorarse,  
Quien al propio peligro va a estrellarse.

Las Milicias cercanas prevenidas  
Entretienen sus huellas, hasta tanto  
Que aquellas ceremonias fenecidas,  
A encender vuelven militar espanto:  
Corta la multitud con avenidas  
La esperanza, del tránsito al quebranto,  
Y estrenase de nuevo la algazara,  
Como si en este instante comenzara.

Dase más frente, pasan las Ballestas,  
Estréchanse, y comienza otra Batalla,  
Mueren a miles, hasta que en las Cuestas  
El aliento rendido su ira acalla:  
Diez millas cruzan entre las opuestas  
Flechas, por ocupar una muralla,  
Que por tal el esfuerzo la examina,  
Siendo un Templo, que doma la Colina.

Otomcapulco, de las viñas Prado,  
Puntual denota su etimología;  
Aquí respira el pecho fatigado,  
Que de tantos furores se desvía:  
Mas como no lo había de hallar sagrado,  
Si Camarín dichoso de María

Había de ser, a cuyo dulce ejemplo,  
Antes que el Ángel, le hizo el Alma Templo.

Ya Alejandro Español, heroico Marte,  
Pasó el incendio, que el Infierno abrasa;  
Desde hoy seguro puedes más gloriarte,  
Si en tales Reales sientas Plaza rasa:  
Por una que le harás, contigo parte  
Ésta, que al Cielo servirá de Casa:  
Quién ha de contrastar tu bizarría,  
Si tienes ya la fuerza de María.

## CANTO XI

*Continúan la marcha con extraordinarios sucesos, hasta hacer Banquete de un Caballo muerto: llegan al Valle de Otumba, donde descubren la mayor fuerza del Ejército enemigo: previenen al Combate, y queda desbaratado en Batalla Campal todo el poder Mexicano: Entran en Tlaxcala, y modera el respecto del Adalid el castigo, que un Senador firmó para su propio hijo, por haber conspirado contra los Españoles: reducen estos las Provincias de Tepeyecac, o Tepeaca, Huacacholan, y otras; sin embargo de las Milicias Mexicanas, que en ellas había introducido el nuevo Emperador Quauhtemotzin, Yerno de Moctezuma, quien ascendió al Solio, por muerte de Quauhtlahuac: Raras advertencias de su Política, y Gobierno Militar. Gana el Capitán Cristóbal de Olid a Acatzinco, Tecamachalco, y otras Ciudades, y vuelve con el Héroe a Tlaxcala, adornados de luto por la muerte de Maxiscatzin, cuya autoridad despertó a muchos Señores, para confesar el Evangelio. Ponense por obra los Bergantines para el Sitio de México, y da permiso a los malcontentos, para que se retiren a Cuba, habiéndole llegado, por disposición del Cielo, más de doscientos Españoles de Velázquez, y Garay, que venían con muy opuesto designio. Eligen la Capital de Tezcuco para Plaza de Armas contra la Corte, y en Tezmelocán ofrece fingidamente la Paz el Príncipe Reinante: entra en ella, descubre el engaño, huye el Rey, y restituye la Corona a su legítimo Señor. Avanza a Ixtacpalapa, y vese a pique de perderse, con toda su Gente, en una Celada, que dispuso su Cacique: Pasan los Capitanes Lugo, y Sandoval a la Provincias de Chalco, y Otumba; y tomadas éstas, con los Prisioneros se más porte, reconviene con la Paz al Emperador Mexicano, en aquellos términos, que demanda la razón.*

### Argumento

*Llegan a Otumba, donde el Mexicano,  
En Batalla Campal queda vencido;  
Gánanse otras Provincias, mientras vano  
Huauhtemotzin, el Trono es elegido:*

*La Fe dilata Senador Cristiano,  
Con más gente, del Cielo es asistido;  
A Tezcuco por Plaza de Armas toma;  
A Chalco gana, y a la Corte asoma.*

¿Cuál será la razón, o antipatía,  
Que respecto del mérito más justo,  
Se halla en el premio, para que a porfía  
Pague su amor con odio tan injusto?  
Síguele aquel constante, noche, y día,  
Con ansia siempre, rara vez sin susto,  
Y a prodigio se nota, que le aguarde,  
Pues si le llega a asir, es mal, o tarde.

Elección estragada, con que deja  
Insaciable de aquel, la sed innata,  
Si cuando el precio suyo más le aleja,  
Es un indigno en quien lo malbarata:  
Gime el sudor con amorosa queja,  
Al ver que injustamente así lo trata,  
Pues niega al digno, lo que al vil concede:  
No sucede común, pero sucede.

Pudieran sinsabores olvidados  
Divulgar la opinión, que cierta queda,  
De que afanes, fatigas, y cuidados,  
Para los Premios, no son ya moneda:  
Si llegaran a hablar los lastimados,  
Qué testigos hubiera; más lo veda  
El general delito, en que se espacia;  
Pues ¿qué culpa mayor, que la desgracia?

Falsario el ocio, para conseguirle  
Acuña adulación, dolo, perfidia,  
Y porque no pretendan impedirle,  
Sofoca la razón, paga la envidia:  
La verdad, que es quien puede deslucirle,  
Tiene oprimida, pues contra ella lidia;  
Y sólo en esta Lid se ha conocido,  
Que es quien sigue el alcance, el más perdido.

No es merecer lo mismo que exaltarse,  
Pues puede por extraño acaecimiento,  
Haber dado la mano a levantarse,  
Más la fortuna, que el merecimiento:  
El mérito es lo más, saber labrarse

Con el propio sudor sublime asiento,  
Es lo sumo: mejor que haber subido,  
Es no subir, y haberlo merecido.

¿Por qué si en ti los tuyos se complacen,  
(A Séneca pregunta, amigo estrecho)  
No te erigen Estatua, y satisfacen  
Con ella, a lo que tienes tal derecho?  
Más precio inquieras, el por qué no lo hacen  
(Le responde) que no por qué lo han hecho:  
Esto dice fortuna, o diligencia,  
Virtud expresa aquello, y excelencia.

Gócese aquel, que a gotas de un terrible  
Tenaz desvelo, les tejió a sus sienas  
Lauro inmortal, Corona inmarcesible,  
Que el premio nunca defraudó estos bienes:  
Puede ser olvidado, y es posible;  
Mas nunca perderá prendas, en quienes  
Vinculando del mérito la gloria,  
Halle de su sudor ejecutoria.

Con ésta entretenido, y fervoroso  
Se hallaba el Adalid, mientras ordena  
Otras el Hado, donde con reposo  
La esperanza sus lágrimas serena:  
Tormento fue ésta siempre riguroso,  
Mas trabajar sin ella, es mayor pena,  
Y ninguno en el Mundo habrá que diga,  
Que no miró este blanco su fatiga.

A precio suyo vuelve al incesante  
Afán, que ofrece la ocasión presente;  
Y siguiendo la Marcha, va adelante  
Siempre con enemigos por la frente:  
Pasan de noche a puesto más distante;  
Falta la provisión a nuestra gente;  
Tal que a necesidad, hambre extremada,  
Hizo a una yegua, vianda delicada.

Con razón un Filósofo ha afirmado,  
Que es la salsa, el sainete, al condimento,  
La mucha hambre, pues nunca ha reparado,  
Siendo tal, sino sólo en el sustento:  
¿Cuánto al gusto, la gula le ha costado?  
Nada el melindre para el que anda hambriento;

¡Oh, cuánta diferencia en la comida,  
Hay desde el paladar, hasta la vida!

Tú Aristipo epulón, que entre manjares,  
Y ocios, gastas el alma, fatigados  
Mira desde tu mesa los azares,  
Con que nutren la vida los Soldados:  
Mas no lo hagas, que sobrarán pesares  
Venideros, a gustos desreglados,  
Si ellos compran su fama, y tu ansia estulta,  
Con tu nombre, y tu vida se sepulta.

Denle incomodidades al que tiene  
Espíritu, a salir a nueva esfera,  
Que con ellas, hará lo que previene  
El Héroe, al ver que otra batalla espera:  
Cuando Titán, a Otumba a rayar viene,  
En su espaciosa Vega lisonjera,  
Tan dilatado golfo halla de Pluma,  
Que tuvo por menor el de su espuma.

Asombro fue, cuando movida el Asia,  
Dio Xerxes sobre Grecia, tres millones  
De Soldados, por quienes cuanto espacia  
El Atos, transminó sus Farellones:  
Mas qué mucho sintiese tal desgracia,  
Si herido el Helesponto a sus Timones,  
Vio Galipoli el Istmo con dos puentes,  
Para dar a unos, y otros más corrientes.

Grandeza sí, pero es más numerosa  
La multitud, que el Mexicano envía;  
Que aquel número ajusta poderosa  
Fuerza, de treinta Reyes en que fía:  
¡Cuánta otra gente mandaría forzosa  
De inmoderadas Levas, este día,  
Quien si apostara al Mar, hombres, apenas  
Pudieran igualarlos sus arenas!

En sí anegando Valles, y Montañas,  
Inmensa muchedumbre de Flecheros,  
Tremola en sus Banderas las hazañas,  
Que ostentan Jeroglíficos guerreros:  
¡Con qué varios colores, con qué extrañas  
Figuras, de Penachos, y Plumeros,  
En joyas, y pendientes, rabia impía,

Dio la muerte, galana bizzaría!

Nunca con más extremos arrogancia  
Militar, de soberbias impiedades,  
Hizo, sino hoy, con superior jactancia,  
Aparato mayor de sus crueldades!  
Fuerza era, que así fuese extravagancia,  
Que excediéndose en tantas vanidades,  
Intentó, con gentil desembarazo,  
Rendir al mismo Marte, brazo a brazo.

Éste al empeño grande que barrunta,  
A los suyos demuestra su propuesta,  
Con un mirar; como hace el que pregunta,  
Y aconseja en su rostro la respuesta:  
Leyendo la obediencia en una punta,  
Y otra, al combate la defensa apresta  
En explayada frente, y diligente  
Da a aquel el pecho, y a estos da la frente.

Llegó el caso (constante dice) amigos,  
De morir, o vencer; éste el postrero  
Vale es en suma de los enemigos,  
Que su despecho presumió guerrero:  
Sólo a serviros vienen de testigos,  
Y a dar otra victoria a vuestro acero;  
Su último, su mayor esfuerzo ha sido,  
Si no vencéis, no basta haber vencido.

A vencer, o morir. Jamás preñada  
Nube, rompiendo senos, y cristales,  
Desgajó a la Montaña amenazada,  
Con tanta furia, rayos, y raudales:  
Ni jamás tan a tiempo reventada  
Su Cima, rebatiendo pedernales,  
La disipó, con los tenaces lazos  
De fuertes riscos, que aventó en pedazos.

Huracán no; Diluvio en avenidas  
De infausta pluma, ciega la Campaña,  
Inundando con olas repetidas,  
Pimpollo, Espiga, Rosa, Botón, Caña:  
Aquesta (Mongivelo) en desprendidas  
Lajas, le arroja toda la Montaña,  
Cortando esquiva, con violencia breve,  
Iras de peñas, por fragor de nieve.

Tal el Golfo de flechas brota amagos,  
Que el Mexicano vibra con arrojados,  
Si en torbellinos, si en crecidos Lagos,  
Llena el aire, y la tierra de despojos:  
Revienta el Español Vesubio, estragos,  
Que antes al Alma llegan, que a los ojos;  
La guerra se enfurece, y turbulentos,  
Añadiendo horror, van los Elementos.

Lanzas, Espadas, Chuzos, y Macanas,  
Se quiebran en los pechos, y cabezas;  
Estréllanse los Sables, Partesanas,  
En los miembros, que vuelan hechos piezas:  
A los brazos las iras más tiranas  
Llaman sus irritadas fortalezas;  
Y a tanta intrepidez, que opresa gime,  
La quinta esencia del furor se exprime.

Así los unos, y otros, valerosos  
Sembrando muertes, destrozando vidas,  
Desfogan con incendios pavorosos  
Etna mayor en llamas repetidas:  
Con sangrientos embates lastimosos  
Son de la vida diestros homicidas;  
Y arrasando Escuadrones impacientes,  
Al Mar de sangre, nuevas dan corrientes.

Aún el ambiente suave, estremecido  
De Clarines, y Cajas Españolas,  
Violando el margen, llega entumecido,  
Pasar a golfo de vitales olas:  
Y ahogando en él el Parche, y alarido,  
Hace que sólo se perciban solas  
Las confusiones nuevas, que veloces,  
En los golpes, visibles son sus voces.

Cual a dos manos el feroz montante  
Jugando diestro de uno al otro lado,  
Con los cuerpos que trunca, en un instante  
Cubre de miembros el teñido Prado:  
Cual con la Espada, rayo del Tonante,  
Lo que delante ve, deja abrasado;  
Cual con gruesa Alabarda, corta fiero  
Más Plumeros al Pino, que al acero.

No vio en sus Teatros Marte igual Campaña,  
Tan formidable a la ira, y la fiereza,  
Donde una hazaña se ahoga en otra hazaña,  
Y una proeza se anega en otra proeza:  
En horrores, crueldades, muertes, saña,  
Tropieza la impiedad, y la braveza;  
Hasta el mismo corrido en esta parte  
Confesó envidias, al humano Marte.

Cuando éste al enemigo brioso aterra,  
Aquel contra él los elementos fragua,  
Y en un harpón a todos los encierra,  
Por ver si el corrimiento así desagua:  
Plumas el Aire, pedernal la Tierra,  
El Fuego ardores, y veneno la Agua,  
Dieron contra el aliento sin segundo.  
Que a todos ellos les ganaba un Mundo.

En su brazo clavado, que pudiera  
Ya honrar la diestra del Tonante, Rayo,  
(Pues mereció prendido más Esfera,  
Que la que Jove huella sin desmayo:)  
Luce las Plumas rojas de manera,  
Que viendo hacerle más airoso ensayo,  
Llegó a decir: Desde hoy conozco cierto,  
Que inmortal eres, si con él no has muerto.

No así de Armas, y Canes acosado,  
Repechado en el Roble, se hace fuerte  
En las hircanas selvas, que ha trillado  
Tigre feroz, a resistir la muerte:  
Y al verse de corales salpicado,  
Contra Lanzas, y Perros se convierte  
Por la tintura, que en dorada llama  
Tanta ira, como nácar, le derrama.

A la Púrpura fresca, que matiza  
Escudo, y riendas, rompe el grande trozo  
De las Escuadras, donde el fuego atiza,  
Haciendo en ellas mísero destrozo:  
Busca el centro, y en éste se encarniza,  
Quitando a la fortuna tanto embozo;  
Y seguido de algunos se presenta  
Adonde el Sol, portátil Carro ostenta.

Cual las arenas de la Libia ardiente,

Bramando ciego surca con pie hendido,  
Manchada a esmaltes de carmín caliente,  
Su rugosa cerviz, toro prendido:  
Que sacudiendo de la dura frente  
Con amenazas el marfil torcido;  
Lo que va retirándose su amago,  
Hace al partirse duplicado estrago.

Llega a las andas el galán Nemeo,  
Y con el General que en ellas mira,  
Cierra, y al bote, como justo empleo,  
Da de espaldas con él cuando le tira:  
Tigre por su rubí, venga el trofeo;  
Rival por su granate, a más aspira;  
Queriendo solamente que la gloria,  
Al brazo herido deba la victoria.

Salamanca, que se halla cerca, falta  
Del caballo, y tomando el Estandarte,  
Al General difunto, más lo exalta,  
Cuando arbolado se lo entrega a Marte:  
Mira la multitud tan suma falta,  
Y sus Insignias a una, y otra parte  
Arrojando, la fuga no entendida  
Emprendió despachada, no vencida.

España viva, grita valeroso  
El Adalid, y como de repente,  
Quien soñando en un Golfo tempestuoso,  
Despierta, y el sosiego ve patente:  
Así de tanto cauce proceloso,  
En la aprehensión se escucha solamente  
El rumor, y a no haber tales despojos,  
Sueño lo hicieran, a faltarles ojos.

Apolo se admiró desvanecido,  
Hallando el Ponto convertido en Monte;  
Y a no tener el curso tan sabido,  
Le sucede lo que antes a Faetonte:  
Vaciló un tanto, pero ya entendido,  
Que era Cortés quien daba tal desmonte,  
Dijo al cobrar el Pértigo flamante:  
Esta es España, vamos adelante.

Éste, y aquellos examinan ciertos  
Millares, cuentos, de cabezas, manos,

Piernas, y cuerpos truncos, de los yertos  
Infelices perdidos Mexicanos:  
O cuanta muchedumbre entre los muertos  
Pudieran numerar los Castellanos,  
A ser posible; pero en tal frangente,  
Ellos las hacen, y otro que las cuente.

Qué de despojos no son ya tributos  
A sus diestras: Qué Petos, qué Collares,  
Nacieron galas, y espiraron lutos,  
Equivocando suertes singulares!  
Soberbia presunción del triunfo, astutos  
Les puso adornos tan particulares;  
Porque hicieron con sola su insolencia,  
Cuentas al gusto, no a la contingencia.

Triunfante ya de tanto horror sangriento,  
Llega a Tlaxcala, cuyo leal Senado,  
Con esmero rendido dice atento  
La amistad, y obediencia que ha jurado:  
Celebra la victoria aquel contento,  
Que es del Vulgar pasión, del Noble agrado,  
Cuyas festivas voces, y ternuras,  
Son aquí afectos, las que allí locuras.

Mas ¿quién creyera que en tan repetidas  
Felicidades la desgracia echase  
El azar, invirtiendo las medidas,  
Porque el nuevo edificio se arruinase?  
El engaño de Espadas presumidas  
Lo hizo, porque hizo más odiosa clase,  
Queriendo supusiesen los Soldados,  
Que ni en las listas fueron bien contados.

Tropiezo es de la Pluma, y cruel sonrojo,  
Que hijos de España, busquen impacientes,  
Más los ocios de Cuba, que el arrojado,  
Con que la fama nombres da eminentes:  
A la verdad lo ingenuo, sea despojo,  
Para que echen de ver los maldicientes,  
Que a quien cuenta valor, y cobardía,  
No pasión torpe, sí razón le guía.

Los de Narvaez, mirando que se emprenden  
Pasos, a sujetar Pueblos alzados,  
Claman por Vera-Cruz, donde pretenden

De más cerca los gustos no olvidados:  
Entre los imposibles que suspenden  
Tanta Conquista, crece los cuidados  
Éste en el Adalid, pues en su vista,  
Hizo también de necios su conquista.

Al punto que Otumba la Red de Oro,  
A México, y a Madrid, ira, y memoria,  
Partió, y Huauhtlahuac con fatal desdoro,  
Perdió la vida, si antes la victoria:  
Al Solio Huauhtemuch dio su decoro  
Con repugnancia, porque tanta gloria  
Fuese hija del desdén, que la renuencia  
Hace escalones de su resistencia.

Con más culta Nación, hizo lo mismo  
Tiberio, en el Senado, que ya doma;  
No es resistir, acción de barbarismo,  
Dígalo aquel con el Laurel de Roma:  
Uno, y otro ocultando grave abismo,  
Ganan, cuando la mano el Cetro toma,  
Lo más alto del Arte en que se emplean,  
Pues son rogados con lo que desean.

¡Qué aceptación ganó por su persona,  
Y sangre! Yerno fue de Moctezuma;  
E iluminado ya con la Corona,  
De sus grandezas hizo noble suma:  
Los tributos levanta, con que abona  
Tregua al sudor, y esfuerzos a la Pluma,  
Que para dominar un Soberano,  
Ha de ocupar el pecho, no la mano.

Muestra benignidades repartiendo  
Dádivas, privilegios, y excepciones;  
Y al mismo paso que el amor creciendo,  
Fueron también creciendo los Pendones:  
A la fieldad exhorta, remitiendo  
Reclutas, donde temen invasiones,  
Que es la voz sola de quien quiere, en vano,  
Si pudiéndolo hacer, no da la mano.

Con estos medios, dignos de alabanza,  
Y el perdón general, en breves días,  
Logró en Tepeaca, donde el resto afianza,  
Y en todo el País, mayores osadías:

Cortar de Vera-Cruz quiere la alianza,  
A los nuestros, y en otras correrías  
Tanto hace, que a Tlaxcala brindó fuerte  
Vida en su liga, o en su afecto, muerte.

Embajadores manda (providencia  
De política grande) a aquel Senado,  
Ofreciendo mayor correspondencia  
Entre la unión, y paz deste tratado:  
Con tal que sólo en tanta concurrencia  
Tome contra el Caudillo celebrado  
Las armas, cuando da motivo luego,  
Causa común, para común sosiego.

Pero de esta República guerrera  
El pundonor, tanta propuesta extraña  
Impracticable, pues rendida esmera,  
Atentas obediencias para España:  
Esfuerza su repulsa, porque fuera  
Vileza entonces, lo que juzga hazaña,  
Habiendo hecho felice su recinto,  
Mejorando sus Tercios en un Quinto.

Ésta sola de tantas populosas  
Provincias, se libró del Mexicano;  
Y en las otras creció sus poderosas  
Fuerzas, para acabar al Castellano:  
De estas medidas, siempre recelosas,  
Los del Vulgo Español tomaron mano,  
Para dar a entender que no había dable  
Medio, a seguir empeño impracticable.

Máxima fue, cerrarse no a la banda,  
Y mandar cuanto bueno, y bien parece;  
Que hay cosa que es desdoro del que manda,  
Más que reformación del que obedece:  
Precepto intempestivo, jamás anda  
En sazón, y a sí propio se envilece;  
Pues nunca fue más ciega la obediencia,  
Que no repare su inconveniencia.

Por esto el Extremeño, conociendo  
La alteración fatal de sus humores,  
Y al mismo tiempo al Mexicano viendo  
Empeñado en designios superiores,  
Prueba el tiento benigno, reprimiendo

Autoridad, que puede obrar rigores:  
Y antes que haga el poder lo que hacer sabe,  
Procura (¡qué prudente!) Modo suave.

Mas nada así consigue su destreza,  
Porque primores de tan dulce hechizo,  
No nacieron, no son a la rudeza  
De paladar grosero, y enfermizo:  
Que como no penetra su corteza,  
Se contenta no más con el postizo  
Superficial deleite, en que embriagado  
Está, sin más razón, que estar negado.

Genios hay en el Mundo extravagantes,  
Que hacen de su locura raro aprecio;  
Y hallándose aplaudidos de ignorantes,  
Crecen al grado sumo de lo necio:  
Adulación de simples circunstancias,  
Les obliga que miren con desprecio  
A los demás, llegando su osadía  
A usar por Magisterio, la porfía.

Tiene el rústico cura en su ignorancia,  
El agudo, el soberbio, en su renuencia;  
Pero del presumido, la jactancia  
No, porque es incurable tal dolencia:  
No sólo no conoce su arrogancia,  
Sino que el juicio ajeno cree demencia;  
¡Ni qué importa juzgarlo estrafalario,  
Si él está persuadido a lo contrario!

Con el que por su mal llegó a este estado,  
No hay que entrar en disputa, o nuevo examen,  
Que hereje del capricho, de obstinado,  
Dará la vida, pero no el dictamen:  
El único remedio que se ha hallado,  
Es no contradecirles, aunque bramen,  
Ni por su bien, que Físicos expertos,  
Cuerpos enfermos buscan, mas no muertos.

Este sistema fuerza, que cediendo  
El Español, reprima sus enojos,  
Hasta sazón madura, pretendiendo  
En los vivos, curar tantos arrojios:  
Póneles por delante, que teniendo  
Del Imperio las Armas a los ojos,

Verán el paso libre sus espadas,  
Si quedan las Provincias sojuzgadas.

Con esto, y prometerles que daría  
Su permiso, en las Quillas más veleras,  
Para el curso de Cuba, al que quería  
No seguir el rumor de sus Banderas:  
Reduce entonces tanta demasía,  
Y antes que el calor pase, tan de veras  
Pulsó la cosa, que perdió al Indiano;  
Más fuerza era, si hay pulso, enfermo, y mano.

Queda otra vez Tepeaca reducida,  
Que es lo que más en México se siente,  
Perdida la opinión, y la surtida,  
Que era allí el presupuesto más urgente:  
Aquí se erige fuerza pretendida,  
A sujetar extraña, y propia gente,  
Y Española Ciudad se considera,  
Segura ya, segura su Frontera.

Ganan otras Ciudades populosas,  
Después Quecholan, Acatzinco luego,  
En donde sus Milicias poderosas  
Ve en cenizas el Patrio a nuestro fuego:  
Olid rinde más Villas belicosas,  
Y como juntos andan ira, y ruego,  
Los Audaces se miran compelidos,  
Y los tímidos quedan socorridos.

Millares de hombres pierde aquel Monarca  
En estas interpresas, y millares  
De gentes, brota toda la Comarca,  
A ser a nuestras Armas auxiliares:  
Con suave influjo la fortuna marca,  
Desta jornada, proezas singulares,  
Siendo el triunfo mayor de su talento,  
Que templase su queja un malcontento.

Inventados parecen los sucesos  
De esta Conquista, para que elevadas  
Halle la admiración, con más excesos,  
Las acciones del Héroe, decantadas:  
No tanto, no, confirman sus progresos,  
Empresas del aliento coronadas,  
Cuanto de lucha, que es sin competencia

El ejercicio, el fin de la paciencia.

Mira entre los inquietos, casi iguales  
A algunos obligados, que pudieran  
Tener más de su parte, los cabales  
De la razón, si acaso la atendieran:  
Mezcladas entre espinas de parciales,  
Están las Rosas, que en picar se esmeran;  
Y aunque siente el dolor en su persona,  
Más le punza la falta a la Corona.

Poca sinceridad, claro es, habría  
En las causales de tan vana queja,  
Porque quién con su sangre allí podría  
Ir contra la lealtad que le aconseja:  
Ni a propia displicencia se debía  
Atender, si del Real servicio aleja,  
Que la frente de un Noble está empeñada,  
Si ve en su mano por el Rey la espada.

Parece que es efecto del pecado,  
Aquesta infiel correspondencia humana;  
Más discurría yo, que bien mirado,  
Es providencia oculta soberana:  
Advertencia es sin duda al engañado,  
Porque conozca la miseria vana,  
Y de tanto engreimiento se desvíe,  
Para que en la verdad sólo confíe.

Si con las sinrazones tan engreído  
Está en el mundo, ¿cómo lo estuviera,  
Si la correspondencia que ha querido  
En las acciones de los otros viera?  
¡Oh qué de pocas veces se ha tenido!  
Dígalo el que la ha visto, si quisiera  
Mayor felicidad; su corto anhelo,  
Olvidara por ésta la del Cielo.

Algunos, celebrados en la Historia,  
Hubo, que tanta dicha consiguieron;  
Mas tan escasos son, que en la memoria,  
Con los siglos apenas compitieron:  
Lo común, es lo opuesto a aquesta gloria,  
Dicho por todos cuantos son, y fueron,  
Sentido del discreto, y no ignorado,  
Aunque en verdad con más razón llorado.

Ver la falta de ley en el Amigo,  
La ira en el contencioso poco atento,  
Y a la razón el necio, ya enemigo,  
Es el mayor cuchillo del tormento:  
De esta pena el Caudillo era testigo,  
Hallando en uno, y otro malcontento,  
Cuanto era suficiente, por injusto,  
A acibarar de tanto bien el gusto.

Resfríos de la amistad, altercaciones  
De vulgares, le impelen a que vea  
El poco fondo de unos corazones,  
Y el genio torpe, que a otros señorea:  
Cierto de que a mayores ocasiones  
No son de codiciar, con sabia idea  
Se porta a ver si no se satisface,  
Discípulo del tiempo, lo que éste hace.

Con ánimo de unir los que quedaron  
En Tlaxcala, a ella vuelve, aunque de luto,  
Por Maxiscatzin, en quien se estrenaron  
Primicias de la Fe, para más fruto:  
Políticos adornos remedaron  
Traje, que fue de desaseo estatuto;  
Que es siempre natural por el tormento,  
Más galán, sin aliño, un sentimiento.

Rendidos, más que siempre, le reciben  
Por tal demostración, y más consuelo  
Es ver, que otros Magnates se aperciben  
Al Baptismo, clamando por el Cielo:  
Del primer ejemplar tanto conciben,  
Que humilde persuasión se pasa a celo;  
Cuantos Dominios ahí se reformaran,  
Si los Grandes así se sujetaran.

Mejora luego el Hado la fatiga  
Interior de Cortés, pues ya marchando  
Viene gente Española, a quien obliga  
La fortuna, a seguir ajeno bando:  
Recluta de Velázquez, enemiga  
Salió de Cuba, y otra va llegando;  
¡Quién en su diligencia hay que blasone,  
Si ha de ser sólo lo que Dios dispone!

Cuatro veces cincuenta Espadas nuevas,  
Son las que a cargo de los Capitanes  
Morejón, Barba, y otros, hacen pruebas  
Que serán desempeño a sus afanes:  
Con estos trozos, que presume Levas  
Grandes en la ocasión, sus tafetanes  
Alienta, y esta suma corregida,  
Del resto inquieto saca la Partida.

De tanto inútil número deshecho,  
Mejor multiplicado, a la tarea  
A entregar vuelve mansamente el pecho,  
Con la cuenta que forma rara idea:  
Desusado artificio pide el hecho,  
Que ha de perficionar lo que desea;  
Y con razón, que siempre es necesario  
A extraño fin, un medio extraordinario.

No hubiera Teatro por apetecible,  
Que a los humanos diese más contento,  
Que mirar (si pudiese ser visible)  
El interior de un grande entendimiento:  
Maravillas del acto comprehensible  
Crecieran suspensiones a lo atento;  
Si un borrón suyo pasma en la existencia,  
¡Qué hiciera su pincel, en la Potencia!

Partos tiene inauditos; ¡quién dijera  
Que era capaz, con sólo su concepto,  
De alterar todo el Orbe, si no viera  
En realidades su poder acepto!  
Por tierra navegar, hundir la Esfera,  
Sin que orden calmase por inepto,  
Parece que quedara impersuasible,  
A no haberlo Cortés hecho posible.

Humano golfo ponen oportuno  
A nuevos vasos, raras sus ideas,  
Porque si no Nereidas de Neptuno,  
Los celebren de Flora sus Napeas:  
Que pierda la extrañeza de importuno  
El Artificio, quieren sus Montañas;  
Y de tantas que el hombre nada en ellos,  
Sirvan alguna vez de olas a aquellos.

Por obra en la Montaña van poniendo

Los Bergantines, que hace la fortuna,  
Cuyas Quillas se engañan, presumiendo  
Obas, las que hallan de esmeraldas cuna:  
Centauros de la Selva van creciendo  
Para correr Tritones la Laguna,  
Siendo sus Lonas, y Timones graves,  
Del Monte Fieras, y del Agua Naves.

Sazonar solamente al tiempo toca,  
Concepto a todas luces peregrino,  
Para que puedan desde la alta Roca  
Avanzar al cristal Sacres de Lino:  
Cuando otra vez a la atención provoca  
Nuevo embarazo, como de camino;  
Pues por más que la vista esté empeñada,  
Hiere fortuna al menos de pasada.

La voz con que a Tlaxcala el Mexicano  
Ofreció Paces, eco fue en el oído  
De Xicontecatl, que un sentido vano,  
Peca de estar alerta por sentido:  
Joven violento, General ufano,  
De unos amado, de Cortés vencido,  
Le recordó en su pecho lo insolente,  
Y en contra de la nuestra, busca gente.

¿Qué Esperamos (les dice) si el Imperio  
Nos ruega, con lo mismo que nosotros  
Debiéramos hacer? Pueda lo serio  
Volver a los ojos, a lo que hacen otros:  
La Patria, la razón, el Improperio,  
Excitan la venganza: si vosotros  
Me ayudáis, como es justo, a tal hazaña,  
Víctima del arrojo será España.

Crédito anhela su sofistería  
Ganar, de cierta, con razones tales,  
Porque el rumor pasando a alevosía,  
Hasta séquito crezca de Parciales:  
Pero el amor que a España se tenía  
Fue de tal suerte, que pudieron leales,  
Con trasladar su afecto a más sagrado,  
Participar las voces al Senado.

Pondera este con seso, y sutileza,  
Maldad de consecuencias tan enormes;

Por la Patria unos piden la cabeza,  
Por su Padre otros no se ven conformes:  
Mas del Anciano noble, la entereza  
Vota, y los deja a todos uniformes;  
¡Gran Padre del común será colijo,  
Juez que no cede, ni al amor de un hijo!

No juzgue que sólo es Manlio Torcuato,  
En el celo en que a todos se adelanta,  
Poniendo el propio por menor rebato,  
Contra su hijo, el Cuchillo a la garganta:  
Que si porque faltó desleal, ingrato  
Al Militar manejo, no le aguanta,  
¿Cómo exceso mayor podía el Anciano  
Xicontencatl, sufrir de hijo tirano?

Fue en aquel imprudente, por sañudo  
El modo, que a otra luz fue conveniente;  
Que para que el ejemplo grite mudo,  
No ha de perder decoros de decente:  
Por esto el Senador, aquí sesudo,  
Le excede en todo, con valor prudente;  
Que era poco igualarle la arrogancia,  
Si no enmendará el modo, a la substancia.

Admira el Español tan grave atento  
Proceder, e interpone su Persona,  
Por cuyo obsequio quita de sangriento  
Cuanto el Senado su amistad blasona:  
Vida, y honor el Joven desatento  
Ve que le debe, y aunque leal se abona,  
Volverá de él a retoñar el vicio,  
Porque es infiel, y debe beneficio.

De esta suerte sereno el accidente,  
Que pudo en la ocasión causar cuidado,  
Y más en Países donde ser valiente,  
Bastaba por razón al Alentado:  
Por no tener ociosa tanta gente,  
Que es camino sagaz, disimulado,  
De que esté menos discursiva, elige  
Menor empresa, que la suma afije.

Setenta mil Aliados, que numera,  
Dan ayuda nerviosa al desempeño,  
En tanto que la Máquina velera

A realidades pasa su diseño:  
Gran providencia; pero ¡qué pudiera  
Hacer, el que es de tantas Armas dueño,  
Sino esto, para el fin a que miraba,  
Y más siendo Cortés quien lo trazaba!

La capital Frontera Tescucana  
Asigna para Plaza, conociendo  
Que es ella de la Corte Mexicana  
Antemural, que el paso está impidiendo:  
Y que una vez tomada por cercana  
A la Laguna, pues la está lamiendo,  
Desde allí correrán nuevos confines,  
Con surtida mejor, sus Bergantines.

Previendo Quauhtemoth este accidente,  
Luego que ascendió al Solio, en recompensa  
Por enemigo nuestro, y por valiente,  
De Cacumatzin perdonó la ofensa:  
Restituyole el Cetro refulgente  
De Tezcucu, encargando su defensa,  
En cualquiera invasión, haciendo sabio  
Política del odio, y del agravio.

Éste, pues, vigilante al movimiento  
De los nuestros está, por si complace  
Con la venganza, tal remordimiento,  
Que al ofendido nunca satisface:  
Sabiéndolo (que es fácil un intento  
Que está entre muchos, penetrarse) ¿qué hace?  
En el juego de paz, con punto vano  
Envidia a la primera, por ser mano.

Ya el Caudillo la grande Cordillera  
Alegre pisa, cuya verde falda  
Al volcán en su cima reverbera,  
Por diamante le engasta en esmeralda:  
A Tezmelocán (Villa de madera,  
Que da los buques al Indiano Escalda)  
Llegan a tiempo, que del Sol la lumbre  
Se apagó con la nieve de su cumbre.

Huyendo el rostro, sus enviados luego  
Manda a Cortés, que en tales ocasiones,  
Teme que pueda conocerle el juego,  
Que estriba en el deslíz de las acciones:

Obediencia, conducta, paz, sosiego,  
Ofrecen por aquel, cuyas razones  
Tanto hace que la Fe lo facilite,  
Que a la primera vez quiso el envite.

Marcha a Tezcucó, no porque presuma  
Verdad la oferta, sino porque puesto  
Que ha de tomarla, le es mejor en suma  
Para su introducción, aquel pretexto:  
Que después con la Espada, y con la pluma,  
Sacará verdadero lo propuesto,  
Que en la Milicia es máxima, la flema  
Su cólera dejar para la extrema.

Creyó el Bárbaro empleada en tanto trance  
Su fortuna, más del extraordinario  
Ejército, que advierte, huyó el alcance,  
Por ser punto mayor el del contrario:  
Discreto anduvo en excusar tal lance,  
Y habiendo de elegir involuntario,  
Buscó la Corte, conociendo presto,  
Que era aquel por sus Reyes, todo resto.

Sin que obsten falsedades, el pasaje  
Bueno, deja más quietos los Paisanos,  
Con tan feliz acierto, que de encaje  
Lo que faltaba descubrió en sus manos:  
A ofrecerle rendido vasallaje,  
De un joven guiados, llegan tres Ancianos,  
Y al informe que indaga afán prolijo,  
Uno entre voces, y sollozos dijo:

No del rústico traje aquí te espante  
Valeroso Español, disfraz inquieto,  
Cuando el Cielo a mi labio titubeante  
Romper quiere el candado del secreto:  
Que hay ocasiones, que en el ignorante  
Tiene algo que estudiar el más discreto,  
Y más, si acaso sabe penas muchas,  
Tú lo verás en breve, pues me escuchas.

A Tezcucó con blanda paz regía  
Su Príncipe Netzahual, en aquella  
Dulce prisión, que en suave simpatía,  
A la propia Corona da su Estrella:  
Cuando de Cacumatzin (esa harpía,

Que el Mundo tala con su pico, o huella)  
La garra a su garganta echó furiosa,  
Para arrancarla de su Sien gloriosa.

No contento con esto el Fratricida,  
El fruto de su Tálamo esperaba,  
Para segar en la inocente vida  
El Pimpollo infeliz, que aún no brotaba:  
Yo, (noble soy) mirando prevenida  
Segur, que al tierno cuello amenazaba,  
Conseguí al ver la luz, con leal cuidado,  
No sólo de él, hurtárselo hasta al Hado.

No juzgó que hice bien, pues mejor fuera  
Al que nacía perdiendo tanta suerte,  
Dejarlo perecer, porque tuviera  
Menos dolor, con más temprana muerte:  
Pero vi al mismo tiempo, que aquello era  
Anticiparle tanto daño fuerte;  
Y ser Yo más que el Cielo inexorable,  
Haciendo el contingente, inevitable.

Registré su Natal, desde el retiro  
De una Gruta; ¡quién quiso los enojos  
No investigar de aquece azul zafiro,  
Poniendo en él con atención los ojos!  
Presago aspecto su voluble giro  
Mostró a la observación de mis arrojos,  
Y a su Horóscopo, triste luz escasa,  
Indicaba el Planeta de su casa.

Su infortunio observé por su ascendente,  
En el crítico punto, o breve instante,  
Que el influjo estrenó, tan claramente,  
Que nunca más se descubrió diamante:  
Pero advertí también distintamente,  
Que si negaba el Solio al tierno Infante,  
Era por otro Rey más Soberano,  
Y no lo fue quien supo ser tirano.

Para ver lo que el Hado, de él quería,  
Sepulté en el silencio mi querella;  
Fue lo que debí hacer, pues no entendía  
El equívoco idioma de su Estrella,  
Mientras el tiempo daba a la ansia mía,  
Más clara luz, con su violenta huella:

Porque ¿qué por remoto, o imposible,  
No se hace con el tiempo inteligible?

Púselo en un Cortijo, desmintiendo  
Toscos humildes paños su grandeza,  
Y así vivió contento, careciendo  
Envidia, que no encuentra la pobreza:  
Feliz por olvidado, conociendo  
Que la comparación en la bajeza  
El mal hace; no hubiera, no, quejosos,  
Si del mundo quitaran los dichosos.

Príncipe en la Montaña obedecido  
De las Fieras, al pulso que lo abona  
Con nuevo vasallaje fue temido,  
Tejiéndole a su frente otra Corona:  
¿Quién puede deslumbrar lo que ha nacido,  
Aunque quiera, si el pecho lo pregona?  
Entre guijas confuso está brillante  
Despidiendo destellos el diamante.

La fortuna siguiendo las Estrellas  
Hace la suerte, y suele no acabarla;  
Pues luz no dejan en el Cielo aquellas,  
A que pueda por sí ferficionarla:  
El hombre sólo independiente de ellas,  
Si conseguirla no, puede mostrarla;  
Éstas suspenderán el ejercicio,  
Pero éste de él, siempre ha de dar indicio.

Así ha sido, porque hoy viendo tu alarde,  
Su sangre le avisó no ser villano;  
Declareme con él, porque se guarde,  
Y no quiere más suerte que tu mano:  
Para el remedio nunca ha sido tarde,  
Póstumo es éste, de mi Soberano,  
Rama es del Tronco excelso venerable,  
Que aún cortado, se mira respetable.

De los desprecios sale de abatido,  
Buscando en tu Cuchilla su reparo;  
Nada, sino es la Fe, para él te pido,  
Tú sabrás lo que debes en su amparo:  
Con dominio los Dioses te han traído  
Sobre las sinrazones de un avaro;  
No la piedad, la fuerza de quien eres,

Hará por ti, lo que por él hicieres.

Orden es suyo, que hoy a ti mi labio  
Rompe la decisión de su destino,  
Para que tu valor, Caudillo sabio,  
No interprete cautela afecto fino:  
Lo que en el Fratricida llora agravio,  
Sacrificio será a tu Rey Divino,  
A su pie rinde el Cetro, porque viva  
Con él, o de su mano le reciba.

Nada es para su empeño indecoroso  
Entre ser su Vasallo, o Feudatario,  
Que en él a ver llegó lo poderoso,  
Con que quedó a su planta tributario:  
Labrar su brazo quiere valeroso  
Su fortuna, con modo extraordinario,  
Y por si merecer cuanto a su vuelo  
Le hubiera dado más propicio el Cielo.

Quien dice sangre antigua, se condena  
Si en sí de aquella no hace nueva copia;  
Ser Noble, es presumir virtud ajena;  
Ser virtuoso, es tener nobleza propia:  
Más blasón es hacer su suerte buena,  
Que no ostentar la extraña, en uno impropia;  
Nadie llegó a valer porque ha nacido,  
Si por sí hacerse Grande no ha sabido.

Ni es laudable que en una lisonjera  
Fortuna, llena de prosperidades,  
Luzcan las prendas, porque en su manera  
Algunas penden de sus facultades:  
Pero que uno, arrojado a indigna Esfera,  
Y cercado de mil adversidades,  
Al esplendor atiende de su cuna,  
Es asombro del Mundo, y la fortuna.

Mas ¿qué cuesta esto? Todo un sufrimiento,  
Todo un estudio, que feliz lo advierte,  
Porque es preciso gran entendimiento,  
A poder forcejar contra cruel suerte:  
Éste es el toque del mayor talento,  
Que lidia de por vida con su muerte;  
Porque el saber hacer bienes de males,  
Pide el filis mayor de las modales.

Aquesto en fin le mueve denodado  
A seguir el rumor de tus Banderas,  
Haciendo a tu conducta, y a tu lado,  
Lo que asegura quien amó de veras:  
Muchos afectos tiene, y si Soldado  
Le miran, en la empresa que te esmeras,  
Te servirán; aquesta es gloria suya,  
Ahora tú harás alarde de la tuya.

Cesó el sabio caduco, y al instante  
Resolvió el Adalid lo conveniente,  
Empleando el beneficio más gigante  
En el Joven, que estaba allí presente:  
Por tenerlo obligado en adelante,  
Y que irreconciliable esté su gente,  
Con el Tirano, discurrió perfecto,  
Lo que sólo en su mano tuvo efecto.

Aquí tenéis (les habla) Tescucanos,  
El Príncipe heredero a esta Corona,  
Que hoy quiere el Cielo goce por mis manos  
El Solio, que le vuelve, o que le endona:  
Al lugar suba de sus Soberanos  
En vuestros hombros, dando a su persona  
La obediencia, que así le constituye,  
Cuando a su antiguo ser se restituye.

No siendo vuestro Rey, el caviloso  
Que la traición fraguaba, ni yo puedo  
Darme por ofendido, ni quejoso,  
Ni faltar a la Ley, que aquí concedo:  
Más vuestro aplauso quiero venturoso,  
Que vuestra sujeción; y pues yo cedo  
A la Justicia, pueda vuestro gusto  
Hacer cuanto es entre lealtades justo.

Común afecto de verdades Hijo,  
Tanto al fin hace con Nobleza, y Plebe,  
Que esta vez sola con presteza dijo,  
Que no violencia, sino amor, lo mueve:  
Llenase la Ciudad de regocijo,  
Y de más gente, con moción tan breve,  
Que si mucha cedió por seso experto,  
Más por la novedad, que es lo más cierto.

Quedan con tal acción más conquistados,  
Que pudieran por Armas, y aplaudido  
El Héroe, menos de los engañados,  
Que hacen estudio, lo que no han sabido:  
No es lo más esto, si entre sus Soldados  
Hay quien se atreva a darle presumido,  
Mediana aprobación que más moteja,  
Pues lo mejor en razonable deja.

¡Hay cosa como que un Idiota, grave,  
Por persuadir que todo lo comprende,  
Con flojedad al mismo Autor alabe,  
Dando voto en lo propio que no entiende!  
Tolerar tal simpleza, es cuanto cabe  
En la cordura del que así le atiende;  
Pues más que estudio le costó el hacerlo,  
Le cuesta de prudencia el padecerlo.

Sucedde alguna vez en este estilo,  
Ser la materia de tan noble estima,  
Que por disimular, se hace otro asilo,  
Lástima dando, cuando no lastima:  
De esta suerte el Caudillo sigue el hilo  
Del nuevo laberinto a que se anima,  
Sin más resolución que su cordura,  
Que una dice opinión, y otra locura.

El caso lo publica, pues mirando  
El Joven real, de la verdad aquellos  
Rayos, que están a la razón brillando,  
Se dejó iluminar de sus destellos:  
Capaz en breve del Baptismo , dando  
Justa norma a los suyos, hizo en ellos  
Ya reducidos, que feliz blasone  
El ejemplo de un Rey, cuanto compone.

En Tlaxcala sus nobles Magistrados,  
En Tezcuco su Rey, y Consejeros,  
Y en Izucán sus Príncipes jurados,  
Dan a la Religión fieles luceros:  
Si así crece la mies entre cuidados  
Marciales, sin Católicos Obreros,  
¿Cuál su colmo será, cuando se vea  
Dormida a Palas, vigilante a Astrea?

Aquestos sí, que triunfos son gloriosos

De nuestra Santa Fe, cuyos blasones  
Nunca olvidados, siempre prodigiosos  
Coronarán de España los Pendones:  
Por una Alma no más eran dichosos  
Vuestros afanes, célebres Campeones,  
Pues por tantas que hurtáis a los Avernos,  
Inmortales serán, serán eternos.

Cuando en vuestra Conquista no se hallara  
Otro timbre, sino éste, se tuviera  
Por feliz, por heroica, pues gozara  
Alabanza, que Cielos mereciera:  
Rabie la envidia, cuya sombra avara  
Todo lo ofusca; pero no, no muera,  
Que le resta admirar lo más que sobra,  
Si aún el tiempo que falta, en ella es obra.

Ya en el Pimpollo Real, de Troya Infante,  
Garzón del Ida, de Hebe afrenta bella,  
Peregrino Copero del Tonante,  
Del Cielo Rosa, del Zodiaco Estrella:  
En Ganimedes digo, el Sol flamante,  
Su estación comenzaba, dando en ella  
Multiplicados a la Zona Soles,  
En Rayos mil de aceros Españoles.

Porque no caben en su Esfera breve,  
El más ardiente de ellos (su Caudillo)  
A Ixtacpalapa fuerte marcha mueve,  
Con ánimo de darles otro brillo:  
El nuevo Rey, crecido Trozo embebe  
A volver Foso, lo que fue Portillo,  
A fin del grande empeño extraordinario,  
Porque el Héroe también anda en Acuario.

Mientras la Zapa, y Pala, en los aproches  
De Tezcucu, abren vado a las veleras  
Popas, que esperan, van rompiendo broches,  
Que antes fueron defensa a sus Trincheras:  
Siete mil Gastadores, días, y noches,  
Abrevian los conductos tan de veras,  
Que antes que aquellas dejen verde grama,  
Le hacen en copos de cristales cama.

A este tiempo al encuentro valerosos  
Salen allá feroces Mexicanos,

El tránsito impidiendo, pues ansiosos  
Los pies fatigan, por menear las manos:  
Miden las Armas, lo que basta briosos  
Para llamar así a los Castellanos  
Al nuevo stratagemas, que construyen,  
Y más lo acercan, cuanto de ellos huyen.

Avanza a la Ciudad, mal defendida,  
Y luego, abandonada del Patricio,  
Queda hecho dueño de ella, no entendida  
Huida, que fue de su cautela indicio:  
Cierra a nocturno asalto la avenida,  
Que pudiera después causar perjuicio,  
Y más cuando de oscuros Horizontes,  
Va la noche saliendo por los Montes.

Tiempo era ya que el ocio difundido,  
Calmase tanto cuerpo fatigado,  
Al continuo ejercicio repetido,  
Del Pastor, del Gañán, y del Soldado:  
Entonces, pues, brotando entumecido  
El que fue a la Ciudad Catre nevado,  
Mostró a la furia con que se desata,  
Que hasta la humilde se hincha con la plata.

Tan aprisa se eleva, que violentos  
Huyendo inundación inevitable,  
Confirman, que el más pobre en valimientos,  
Se hace con el poder inexorable:  
A la Ribera salen descontentos,  
Casi nadando por el seno hondable,  
Y aún sin alteración a fuerza tanta,  
Se vieron con el agua a la garganta.

¡Notable ardid, dejarlos que se empeñen,  
Hacer oposición para llamarles,  
Ponerles la Ciudad que la domeñen,  
Y sus diques romper para anegarles!  
Despiques buscan que los desempeñen,  
Corridos que intentaran sofocarles,  
Con tal arte, si al vado que los topa,  
Nadaron bien, aún sin guardar la ropa.

Brevemente a las manos la venganza  
Se viene, pues el Bárbaro sabiendo  
Del pensamiento su falaz confianza,

Y que aquel a Tezcucu va saliendo,  
Con mejor grueso alienta su esperanza,  
Y alcanza al Español, quien embistiendo  
Le hizo saber con pechos alentados,  
Cuanto estaban de frescos sus Soldados.

Entretanto de Ossumba, y Tlammanalco,  
Amistad, y socorro dan, y piden,  
Contra las Tropas, que a ocupar a Chalco,  
Por orden de la Corte, allí residen:  
Con Lugo, y Sandoval, desde Ixtacalco,  
Compañías manda, que las fuerzas miden  
Felizmente, pues quedan defendidas,  
Más pertrechadas, quietas, y rendidas.

Chalco también, mirando lo que gana  
De España el brazo, la cerviz altiva  
Rinde a su yugo, protestando ufana,  
Que ha de vivir así, mientras que viva:  
Aquí del Adalid, Milicia cana  
Contra el Monarca queda, porque estriba  
En la boca del agua que a ella toca,  
Quitar a aquel el agua de la boca.

Su grande oposición, dice el cuidado,  
Que contra el Héroe, por la Plaza siente,  
Pues ya de la Laguna señoreado  
Sacará de la mano su Tridente:  
Juzga que de una vez pierde su vado;  
Mas no es esto quitarla totalmente,  
Si acabado el apresto que se fragua,  
Antes quiere soltarle toda el agua.

Cinco veces el cóncavo diamante,  
Farol, o Globo de cristal rotundo,  
Vio en su Cenit, ardiendo la brillante  
Antorcha de oro, que ilumina al Mundo:  
Y otras tantas de México arrogante,  
Venció feliz el Macedón segundo,  
Trozos, pues cada cual por sí tenía  
Gentes, y triunfos para cada día.

De tanta rota, nobles prisioneros  
Libra, y con ellos luego al Mexicano  
Le hace saber su empeño, y los guerreros,  
Que militan debajo de su mano:

Vengar su agravio quieren sus aceros,  
Y al grande Moctezuma Soberano,  
Convirtiendo en carbones su dureza,  
Su Imperio, Majestad, vida, Grandeza.

Pero que si excusar quiere advertido  
Tanta ruina, está pronto desde luego  
A concederle paces comedido,  
Haciendo suave la amenaza, ruego:  
Que entregará sus quejas al olvido,  
Sin pedir decisión de sangre, y fuego,  
Con tal que estén conformes calidades  
Al pundonor de entrambas Majestades.

Bien conoce, que con el poderoso  
Emperador tener no puede asiento  
Su propuesta, mas la hace de industrioso,  
Para justificar su heroico intento:  
Retirase a Tezcuco victorioso,  
Donde hierve en aplausos el contento,  
En tanto que al valor en que se explaya,  
Hacen sus Quillas en las aguas raya.

## CANTO XII

*Conduce Sandoval a Tezcuco los Bergantines, con nuevas Milicias de la República de Tlaxcala: Vuelve el Héroe sobre Theneyocán, y Atzcapotzalco, Ciudades de la Ribera; y refiérese el raro ardid, que dispuso en Tacuba Quauhtemuch contra sus Armas, y la pérdida que hubo en ambas Partes: Ganan a Huastepac, en cuya Batalla corren sangre los Ríos, y después a Quahnahuac, conocida ya por Cuernavaca: Acomete aquel a Xochimilco, con ánimo de reconocer la Laguna, y experimenta otro peligro en su persona: Paga con la vida un Soldado Español la oculta sedición que tenía dispuesta, y poco después sucede lo mismo al mozo Xicontecatl: Échanse al agua los Bergantines, y destrozan una numerosa Flota de Canoas Mexicanas, a tiempo que los nuestros toman puestos en Tacuba, Ixtacpalapa, y Cuyoacán, para bloquear la Corte. Disponen los Mexicanos una celada contra los Bergantines, y la consiguen, padeciendo los nuestro una rota considerable en el Trozo de Cuyoacán, al asalto que intentan para impedir los Víveres, de que ya necesitaba la Ciudad: Con esta victoria, y otros ardidés, consigue el Emperador, que desamparen a Cortés los más de los Aliados, aunque a pocos días llegan en mayor número: Acometen los tres Ataques por sus Calzadas, y toman puesto dentro de la Corte, en el Mercado de Tlatelolco: (en su Idioma montón de gente) Retirase el Monarca, mientras entretienen con dobles Capitulaciones los Trátados de Paz, embarcándose en otra Ensenada, para dejar dudosa la posesión, en caso de meyor*

*accidente: Advirtiendo los Españoles su Estratagema, acometen con todo el grueso de sus fuerzas, así por tierra, como por agua; y la resistencia, que hacen principalmente en la Laguna, dice la calidad de gente, que conduce aquella Flota, hasta que avanzando García de Holguín, a la Piragua Real, hace prisionero al Emperador, cuya noticia apaga el tesón con que toda la Nobleza aún defiende los Puestos en la Ciudad, y queda dueño de tanto Imperio el Felicísimo, Invicto, Augusto Emperador Carlos Quinto.*

### *Argumento*

*Las cercanas Ciudades por trofeo  
Avanza el Español. y el Soberano  
Las socorre, halagando su deseo,  
El destrozo que infiere al Castellano:  
Ocúpanse los puestos al bloqueo  
Por agua, y tierra; y aunque el Mexicano  
Lo rehúsa, queda (su derecho extinto)  
México por el César Carlos Quinto.*

Aquellos nobles Héroe generosos,  
En quienes la virtud sobresalía,  
Dando en reflejos siempre luminosos,  
Resplandores de más soberanía:  
Colocaba discreta en sus Colosos,  
Como dándoles otra Jerarquía,  
La antigüedad, por cuyas prendas caras,  
Entre sus Dioses les partió las Aras.

¡Qué mucho, si con luz mayor, atento,  
Más que hombre al Héroe, mira ya el Cristiano,  
Cuando ve su feliz entendimiento,  
Regir la voluntad con cuerda mano!  
De aqueste primer Moble del talento,  
Polos son uniformes, nunca en vano,  
La Prudencia en el acto que confía,  
Y en la potencia la Sabiduría.

Esta obra preciosísima del Alma,  
En que consiste con verdad, la suma  
Felicidad humana, a cuya calma  
Mansa reposa, cuando más se bruma:  
Forma en el hombre, donde ve tal palma,  
Un Panteón alto, que a una, y otra Pluma  
Burla, al mostrarle como entre bosquejos,  
Virtudes raras de divinos lejos.

Como el impulso de éstas no sosiega,  
Siempre agitado de alto movimiento,  
A más, y más buscando el fin, se llega  
Con su vicisitud hasta su aumento:  
Uso, y disposición prudente agrega  
El virtuoso, a tal grado, y ornamento,  
Que une a lo heroico su expresivo nombre,  
Si menos que Deidad, mucho más que hombre.

Éste de la razón nivel perfecto,  
Reglamento gentil del albedrío,  
Justo equilibrio, donde vive recto  
De la verdad el sumo señorío:  
Es el fin del Heroísmo, y el objeto,  
Que con dominio del sentido, y brío,  
Encumbra al racional en quien impera,  
A más sublime dilatada Esfera.

Con razón fabricado en alta cumbre  
Se vio de un Monte, el Templo de la Fama,  
Y colocada arriba en su techumbre,  
La virtud suma, que a lo heroico clama:  
No sin misterio fue, pues su vislumbre  
Dice lo inaccesible que allí llama;  
Y cuan poco debieron a su huella  
Subir aquel, y coronarse de ella.

Feliz quien alcanzó tanta victoria;  
Feliz Hernán Cortés, cuyo valiente  
Denuedo, a conseguir tan justa gloria  
Llega a escalarle por orlar su frente:  
Muy breve se ha de ver, y su memoria  
Viviendo eterna en ese transparente  
Viril, podrá decir con labio mudo,  
Que por sí él sólo, merecerla pudo.

Ya del fragoso Bosque a la Ribera,  
(De Tlaxcala a Tezcuco) se conducen  
Los marinos Baluartes de madera,  
Que en peñas nacen, y entre perlas lucen:  
Ya sus crujientes máquinas espera  
La prudencia, pues a ellas se reducen  
Las demás provisiones, y a su empleo  
Crecen las ansias, mientras son deseo.

Con ellos fondo, Sandoval da en tierra,

Al Astillero que hallan oportuno,  
Y con cuarenta mil hombres de guerra,  
Que el Senado encomienda a su Tribuno:  
Chichimecatl, que en sí galán encierra  
Valor cual todos, aire cual ninguno,  
Viene con ella, dando su expediente  
De México a la toma más corriente.

Para la nueva formación segunda,  
Que ha de perficionar partos iguales,  
La Playa, el Astillero ya se inunda  
De gente de Marina, y Oficiales:  
Un Trozo aquí los ligamentos funda,  
Ajustando sus piezas principales;  
Otro las tablazones encadena,  
Hasta que borre cintas la carena.

Adelante la Fragua de Vulcano,  
No bate Petos, forja Estoperoles,  
Pernos, y Armellas, con que el Ferro llano  
Queda uno de la Quilla, a los Peñoles:  
Otros en Lona, y Cables dan la mano  
A zurcir Brazas, Amantillos, Brioles,  
Para infundirles con la compostura  
El adorno, que es alma en la hermosura,

Tal de oficioso enjambre en la floresta,  
Al tomillo unas sal celeste esquilan;  
Otras chupan el néctar, que le apresta  
La Alba a los lirios, que después destilan:  
Otras en vez de aljófár por la cuesta  
Liban en nácar, cuanto en perlas hilan,  
Para que en la Colmena su ejercicio  
Labre de Cera, y Miel el Edificio.

En tanto, pues, que el susurrante anhelo,  
Tareas abraza como Ley precisa,  
Cuyo sudor, aunque anda como al vuelo,  
Irá despacio, porque está de prisa:  
Del Adalid fogoso activo celo,  
A otros compases nuevas líneas pisa,  
Probando en los Poblados su fortuna,  
Porque no admite paces la Laguna.

Treinta mil de Tezcuco, y de Tlaxcala,  
Siguen a sus doscientos Españoles

En Compañías vistosas, cuya gala  
Bordó el Pavón de rojos tornasoles:  
Huella a Tulpetlat, y a Chicnautlán tala,  
Y el clangor de rosados caracoles  
Alborotó la Corte en un momento,  
Pues por los aires se lo dijo el viento.

Ejército copioso en la Campaña,  
Celando a Theneyocán su venida  
Profunda el paso , que con agua engaña,  
Haciendo al pie dudosa la salida:  
Vence dificultades que no extraña  
El Héroe, y avanzando a la surtida,  
El vado oculto con mediana hondura,  
Pudo a todos meterlos en cintura.

Los Mexicanos antes que a su orilla  
Arriben, de Macanas la guarnecen,  
Aunque al vibrar aquellos su cuchilla,  
Las perlas en coral se desaparecen:  
Crece la oposición que no se humilla,  
Y de unos, y otros los estragos crecen,  
Tantos, que España vuelta nieve en grana,  
Nadó hoy en sangre, pero Mexicana.

Salta a tierra siguiendo al enemigo,  
Que atropellado la Ciudad defiende,  
Y busca de los Muros el abrigo,  
Cuando ve al Español que los pretende:  
Con la Vanguardia que sacó consigo  
Parte a asaltarla, mientras la otra enciende  
Ya en tierra su ira, con que en breve espacio  
Ganan Plaza, Murallas, y Palacio.

De Theneyocán pásale su acero  
A Atzcapotzalco, Pueblo tan cuantioso,  
Que era de ellos llamado el Hormiguero,  
Según hirvió de gentes numeroso:  
Ochenta mil Soldados de primero  
Abordo afrenta contra el Cid famoso,  
No para defenderse, solamente  
Para llamarlo donde está su gente.

Tiene el valor la calidad del rayo,  
Que por más que dispare su violencia,  
Perdona al Junco, porque en su desmayo

Conoce que le falta resistencia:  
Sólo en el Cedro llega a hacer ensayo  
De su temida rápida potencia,  
Como enseñando, que a un furor sangriento,  
Le desarma no más el rendimiento.

Por esto deja a Atzcapotzalco luego,  
Sin brotar de su incendio leve amago,  
Que era desdoro de tan noble fuego,  
Donde no hay competencia hacer estrago:  
A Tacuba abalanza, porque ciego  
Aquel gran trozo, quiere en ella vago  
Con Montañas de pluma, que ya enrama,  
Jactar oposiciones a la llama.

Con explayada frente prevenido,  
Espera que se acerque, tan valiente,  
Que confiado en su brazo presumido,  
Se atreve a hacerle rostro con la frente:  
Pero a menor distancia reprimido,  
Valor para la mano apenas siente;  
Que por más que otro diga, en tanto estrecho,  
No hay mejor cara, que la que hace el pecho.

De ciento en ciento caen despedazados  
Los Bárbaros, al plomo, y al acero,  
Sin poder el retén de sus Aliados  
Reforzar la Vanguardia a su Flechero:  
Perdiéndose ésta, pueden alentados  
Los Españoles por aquel terreno,  
En Tacuba encerrarlos a porfía,  
Por si reservan más para otro día.

Los seis siguientes de la propia suerte,  
Pérdidas lloran, siempre que atrevidos  
Van a Ahuexotlán, Montañuela fuerte  
Donde viven los nuestros guarnecidos:  
Y porque ya gastada el Héroe advierte  
La fuerza de su Plaza, y desunidos  
Los Trozos Mexicanos, el encuentro  
Que hizo por fuera, va a seguirlo dentro.

Para dar el ataque que pretende  
A México, es forzoso aqueste paso,  
Como el más principal, del que depende  
Quitar a la Calzada aquel traspaso:

En Cuyoacán, e Ixtacpalapa entiende  
Hacer lo mismo, pues llegado el caso,  
Los socorros impide a sus surtidas,  
Y a sus Vasos, y gente da avenidas.

Resuelta la facción, luego que el Cielo  
A vestirse empezó con alegrías,  
Y a medio levantar saludó al suelo,  
Dando al primer albor los buenos días,  
Su general, su pródigo desvelo  
A los suyos anuncia bizarrías;  
Pues siempre están con gusto celebrados  
Días, que son de victoria a los Soldados.

Extraña resistencia el Enemigo  
Hace al asalto de esta grande Plaza,  
Pues en el Mexicano finge abrigo,  
Y con su tren el tramo le rechaza:  
Por romperlos Cortés une consigo  
Sus Escuadrones, y embestirle traza,  
Antes que aquel a tal efecto llegue,  
Para que en granas, o cristal se anegue.

Animoso disputa la avenida,  
Y poco a poco va perdiendo tierra,  
Dejándose cargar con fementida  
Retirada, que llama a nueva guerra:  
Empéñanse sobre ellos, no entendida  
La cautela, pues luego que los cierra  
En la Calzada, presto se repara,  
Y aquí sí que hace con las manos, cara.

Cúbrese de penachos la Laguna  
Por ambos lados, con moción tan breve,  
Que se dudó, sin repugnancia alguna,  
Como en carmines se cuajó la nieve:  
Tanto a estrecharlos llega la importuna  
Gente, que de Tacuba el paso mueve,  
Que les embarga con su movimiento,  
Aún la respiración, si no el aliento.

No así en la azul Campaña de Anfitrite,  
Alguna vez cercada de lunadas  
Lonas, Maltés Galera a tal envite  
Rompió sangrienta furias represadas:  
Cuando el Pagano, sin hallar desquite

A su locura, lamentó anegadas  
En undoso sepulcro, con espanto,  
Quillas, que asombro dieron a Lepanto.

Tal reventó, y fuerza fue, si opresa  
Estaba España allí, que rebosase  
Con estruendo mayor, cuya sorpresa,  
Plumadas velas en coral ahogase:  
No hubo Piragua sin quedar pavesa;  
No hubo rabia que no se quebrantase;  
Porque entendiesen, que a su demasía  
No hay Noches tristes para cada día.

Arrebató por la asta la Bandera  
De Volante, Quauhtzapotl, y al instante  
Volando el dueño, dio a entender que él era  
Más que en el nombre, por el brío, Volante,  
Nadando lo mató, porque se viera  
Que el valor en aprieto semejante,  
Para haber de arribar adonde fragua,  
Se ha de echar antes por el nombre, al agua.

Desbaratada tanta muchedumbre,  
Que a inundarlos llegó, pudo valiente  
A Tacuba volver, como a la lumbre  
Que está del agua, bien que más ardiente;  
Y mirando la inmensa pesadumbre  
De Tropas Mexicanas a la frente,  
Se retira a Tezcucu, satisfecho  
Que para más hacer, le sobra el hecho.

Militar Quauhtemuch Levas mayores  
Manda a Chalco, durante esta pereza,  
Arbitrando designios superiores,  
Para recuperarla con presteza:  
A sus oídos alcanzan los rumores,  
Y al punto Sandoval su Fortaleza  
Ocupando, las otras van alzadas  
A Huastepec, con orden desmandadas.

Para desalojarlos del paraje,  
Que a la vuelta romper puede el embozo,  
Los nuestros suben, por donde el bosque  
Hizo de fresnos verde calabozo:  
Coronando la cumbre del villaje  
Los Bárbaros, aprestan tal destrozo,

Que presumida Nube su Colonia,  
Refrescó el llanto, que asoló a Bononia.

Cual mina, en quien granado átomo leve  
De preparado fuego, en un instante  
Vuela, destroza, parte, hiende aleve,  
Monte que al peso se miraba Atlante:  
Rompe su cima con violencia breve  
Escollos, que no pudo el gran Tonante,  
Y cegando la cuesta por quien bajan,  
En granizo de piedras se desgajan.

No (dice Sandoval) vano despojo  
Hemos de ser, de los que ya deliran;  
A vencer arribemos con enojo,  
A los que cantos, más que flechas, tiran:  
Subiendo, como puede, va su arrojito  
A la eminencia, que es adonde aspiran,  
Y el choque huyen de peñas entre breñas,  
Que por bien dadas, aún quebrantan peñas.

Queda a fuerza de brazos coronada  
De Españoles, si bien con una roca  
La fortuna, por verse despreciada,  
Pudo en algunos declararse loca:  
Entre estos ve a Domínguez irritada,  
Mas tal es el valor que la provoca,  
Que forzada se vio, cuando él se anima,  
Para vencerlo, a echarle un Monte encima.

A incorporarse el Bárbaro desciende  
Con las Tropas, que están a la otra parte  
Del Río Huastepec, cuyo nombre extiende  
A la Provincia donde se reparte:  
Aquesta Capital cauta defiende  
Guarnición Mexicana, con tal arte,  
Que puede mantenerse desunida,  
Y dar a la Laguna su corrida.

Aquí con su tijera corta estragos,  
Atropos ciega, sin humano asilo;  
Pues de millares de Enemigos, Lagos  
Forma al mordiente de su duro filo:  
Horribles muertes son aún los amagos,  
Que haciendo arroyos tanto vital hilo,  
Hubieron de teñir su espuma cana,

Porque su aljófar naufragase en grana.

Vio Numidia, vio Italia, las corrientes  
Del Bragada, del Po, vueltas granates,  
Cuando por Mario, y Escila tantas gentes  
Aumentaron sus ondas a combates:  
Vio Babilonia púrpuras calientes  
Las transparentes aguas del Eúfrates,  
A la espada de Ciro, cuando impíos  
De las gargantas reventaron ríos.

Fuerza era sí, que viese en sus confines,  
Por osadía mayor, hecho diluvio  
De racionales trémulos carmines,  
La Zona Indiana, su galán Danubio:  
Que atentos unos, y otros revellines,  
Éste sólo debía correr más rubio;  
Si aquellos hacen tal con su Cuchilla,  
¿Qué no hará España, cuando más se aorilla?

Aún así no sosiegan lo sangriento,  
Al ver que Osma perdió la espada a un tajo;  
Tetl, y Octlica le abrazan, y al momento  
Todos tres ruedan por la cuesta abajo:  
Despeñados se llevan otros ciento,  
Y a Tapia que peleaba en un atajo;  
Y cayendo de arriba al río profundo,  
Fueron a resollar el otro Mundo.

Ganada la Ciudad, desde ella emplazan  
A Cuextlahuacán, donde todavía  
Se hacen fuertes, y el Puente despedazan,  
Para cortar el curso a su osadía:  
Bernaldiez, y Guzmán un tronco abrazan,  
Y por él cruzan, cuya gallardía  
Dio o saber, que se puede en verdes tramas  
Acometer, andando por las ramas.

Ceden al fin, mirando tan terrible  
Extremo del valor, y a sus alientos  
Conocen ya, que nada es imposible  
A quien llega a vencer los elementos:  
Aclamando por dueño al invencible  
Alemán César, y con él contentos,  
Sacuden la Cerviz al Mexicano,  
Y a otro yugo se ponen de su mano.

Únense con el Héroe, cuya espada  
Reconocer a Xochimilco piensa,  
Por la parte que puede se enseñada  
Servir de abrigos, o inferior ofensa:  
Bien su asistencia fue premeditada,  
Pues a su guarnición, como a defensa,  
Llegan como parciales declarados,  
Enemigos, mas no reconciliados.

A más de éstos, en México se apresta  
De treinta mil un grueso, con deseo  
De socorrerla, porque ya le cuesta  
Al Monarca, cuidado el nuevo empleo:  
Miden los brazos, y el furor se arresta  
Desde que por Latona el Didímeo,  
Fue mecido en su cuna a la mañana,  
Hasta que Anciano, tumba halló de grana.

Volvió a nacer el Fénix de sí mismo,  
Y también el Caudillo al lucimiento;  
Que el valor del que es grande en tal abismo,  
Hace como Titán su nacimiento:  
Con luces, y hojas mira el Gentilismo  
A ambos en la Ciudad en un momento,  
Como si aún entre rayos, y cuchillas,  
Él, y el Sol no estuvieran en mantillas.

Empeñado su ardor se engolfa tanto  
Entre los Enemigos, que queriendo  
Volver a su retén, es cuando el Canto  
Andaluz, en que corre, va muriendo:  
Lleno de heridas grita su quebranto,  
Y su Aquiles el golpe previniendo  
Al espirar aqueste, prontamente  
Se dejó caer sobre la propia gente.

Cayó, cual roble al viento desprendido,  
Cual Baluarte volado a oculta Mina,  
Cual obelisco al rayo demolido,  
Que causan más estrago en su ruina:  
Levantán los demás el alarido,  
Y acuden tantos, que hasta la hoja fina,  
Cansada ya de golpes tan espesos,  
Quedó mellada de ir trinchando huesos.

Anteón Indiano Telpochs, cuya frente  
Tanto eleva su bárbara estatura,  
Que domina las picas de su gente;  
Tal es su corpulencia, tal su altura:  
Con él se abraza tan resueltamente,  
Confiado en lo que puede su bravura,  
Que el triunfo consiguiera su deseo,  
Si entre sus brazos no estuviera Alceo.

No tan feroz furioso Cierzo inclina  
A un lado, y a otro tierna humilde caña;  
No tan sañuda dobla gruesa encina,  
Que fue obelisco verde en la Campaña:  
No tan violento mece la Colina,  
Y a un tiempo al Cielo, y al abismo empañña,  
Creciendo (en esto noble) su impaciencia,  
Cuanto creciendo va la resistencia.

Como aquí el Adalid, de una a otra parte  
Cimbra al Jayán, restituyendo al viento,  
Del Penacho las plumas que reparte,  
Y a la tierra aquel Monte sin aliento:  
Por Hércules le tienen, o por Marte;  
Y no obstante tan alto vencimiento,  
Fajan sobre él, que si antes abalanza  
Odio sólo, ya es odio con venganza.

Llegan (¿y cómo llegan?) a empeñarse  
Hasta lo sumo, por dejar postrada  
Tanta vida; pero él, con explicarse,  
Les dijo luego ser lo mucho nada:  
Mas como no había allí de liberarse,  
Estando acompañado de su espada,  
Si para verse con el Mexicano,  
El remedio mejor tenía en la mano.

Del General el riesgo advierte Olea,  
Y rompiendo por brechas enemigas  
Se une con él, que intrépido pelea,  
Cortando cuellos, cual pudiera espigas:  
Retírase el Contrario, y porque sea  
Mayor su rota, manda a las amigas  
Naciones que le aneguen, y el acero  
Las órdenes le libra al surgidero.

Ya con esta victoria, y conseguido

El vado en Xochimilco, da la vuelta  
A Tezcucó, creyendo fenecido  
El afán, en que está su gente envuelta:  
Pero antes que tal gusto vea cumplido,  
Sabe en los suyos la maldad resuelta;  
¿Otro escollo? ¿Otra Escila? Y más extraña,  
No la envidia lo diga. Villasaña.

De poco a mucho sube grado a grado  
Lenta pasión, adonde más alcanza;  
De queja es displicencia, luego enfado,  
Odio después, y al fin se hace venganza:  
Ir desde malo a peor, es tan trillado  
Camino, que se corre sin tardanza;  
Y es más que maravilla que dejarle  
Pueda, quien una vez empezó andarle.

Con estos pasos consiguió atrevido  
Villasaña, de Cuba a la promesa,  
Ver de algunos firmado su Partido,  
Y matarle en el Lecho, o en la Mesa:  
Por el conducto confidente instruido,  
Le prende luego por lo que interesa;  
Pues del tímido el cuerdo es bien se guarde,  
Porque es sobrado arrojo el de un cobarde.

Con pretexto de hacer oculto oficio  
Quedó sólo con él, y diestro usando  
De la noticia, confirmó su juicio  
El papel, que del seno fue sacando:  
Clara miró su culpa a tanto indicio;  
Mas si está de este modo averiguando,  
De fuerza había de ver patente el hecho,  
Si hasta la mano le metió en su pecho.

Ya Julio César no dirá animoso,  
Que tal grandeza sólo en él asoma,  
Dando al fuego los pliegos jactancioso,  
Que contra él a Pompeyo enviaba Roma:  
Si por quedar con todos más airoso  
Lo emprendió, por lo mismo el Héroe toma  
Partido igual, porque en estrecho alguno,  
Jamás rinde ventajas a ninguno.

Y antes éste le excede, porque aquella  
No fue grandeza, sí ambición del Trono,

Pues no se dio por entendido de ella,  
Temiendo en el Senado nuevo encono:  
La magnanimidad, que aquí descuella,  
Es dando sin temor más alto abono;  
Y es más que obre el valor por tolerancia,  
Que no por conveniencia la arrogancia.

Pero respecto al cuerpo que ha tomado,  
Para cortar la raíz a su malicia,  
Calla la independencía, y sentenciado  
Da lugar la piedad, a la justicia:  
Con decir que el papel se había tragado,  
Perdonó de los otros la estulticia;  
Y con lucir de un yerro los arrojos,  
Dio que beber también a muchos ojos.

Primor fue disponer, que el Reo, testigo  
Pudiese sin hablar ser instrumento,  
Que al cómplice dijese en su castigo,  
Cuanto era necesario al escarmiento:  
Pues quedando pendiente de un postigo,  
Levantó el grito de su fin sangriento,  
Aún estando al horror que lo adelanta,  
Muerto, y con un dogal a la garganta.

Logrose al fin, valiéndoles su engaño  
De dar afectación a lo constante;  
Que es gran predicador un desengaño,  
Y más teniendo el ejemplar delante:  
Pero no en todos, pues a su tamaño  
Poco después brotote semejante  
De Xicontecatl genio bullicioso,  
Para quedar en villanías famoso.

Desde que Chichimecatl por Tlaxcala  
Vino, quedó con ella desabrido;  
Que su espada, a quien (dice) otra no iguala,  
Llegase en tal conducta a dar partido:  
Y mirando que el Héroe, cuando tala  
La Laguna, mora él la del olvido,  
Desertó, para dar prueba segura,  
Que un cerril natural no tiene cura.

Y no bastando cuanto conveniente  
Camino, la razón, o la prudencia  
Ofrecen; y antes más irreverente

Desde la fuga va a la resistencia:  
Paga con la cabeza su imprudente  
Resolución, quedando a tal sentencia  
Tlaxcala no sentida, que a su espada,  
Desde que fue traidor, fue ejecutada.

¿Qué noche hubo tan larga, que su día  
No tuviese? La de éstas tenebrosas  
Murió, al rayar pacífica alegría,  
Aurora de sus sombras sediciosas:  
Amaneció el sosiego que solía,  
Y al dar luz, y calor a otras airosas  
Prevencciones, subió con este ensayo,  
De brasa a fuego, de reflejo a rayo.

Ya de Isis en el Templo reverente,  
Ahumaba aromas el Gitano vicio,  
Como en recuerdo del favor reciente,  
Que fue del Tutelar más beneficio:  
Cuando tres Lunas antes vio patente  
Celebrar su fatídico Solsticio,  
Haciéndole ahora proporción sonora  
Al Equinoccio de Aries que le dora.

Veía también la Zona Mexicana  
Este punto a su Polo luminoso,  
En ocasión que a su Laguna cana  
Ya cortaba el Velamen vagaroso:  
Placentera la Playa Tescucana,  
Puerto Español jactaba delicioso,  
Bordando a cada Buque que lo bruma  
Marco de perlas, con cairel de espuma.

Ya Capitanes de los Bergantines  
Entran izando cabos, y amantillos;  
Los Díaz, Aragoneses, los Holguines,  
Carbajales, Sotelos, y Portillos,  
Los Ruizes de la Mota, y Magarines,  
Los Barbas, y alentados Xaramillos,  
Los Flores, los Rodríguez, los Briones,  
Los Loberas, y nobles Morejones.

Para los tres ataques, que por tierra  
Determina, en Tacuba, en Ixtacpalapa,  
Y Cuyoacán, (Calzadas en que cierra  
México, cuanto ciego fue a la Zapa)

Triplicados Ejércitos de guerra,  
El cordón ponen de la Corte al Mapa,  
Para bloquearla dando con su abrigo  
Al socorro de la hambre más postigo.

Sandoval, con doscientos esforzados  
A cargo de Marín, Ircio, y Rubiera,  
Treinta Bidas, y treinta mil Aliados,  
De Ixtacpalapa marcha a la Ribera:  
Llevan el mismo tren los Alvarados  
A Tacuba, que armada los espera,  
Y a Cuyoacán Olid, a quien Verdugo  
Sigue, y la gente que gobierna Lugo.

Dejase ver Señor de sus Entenas  
El Héroe, con sus trece Embarcaciones,  
Siguiendo a boga lenta las arenas,  
Que van hollando gruesos Batallones:  
Con flámulas de nácar ya Sirenas,  
Con volantes de grana ya Tritones,  
Dejan harpas, y tímpanos serenos,  
Por faenas roncadas, por fogosos truenos.

Llega a la Corte, vocinglero el eco  
De tan guerrera peregrina pompa;  
Por Cortés lleno el viento está más hueco,  
Primor que hace la fama con su pompa:  
Y entonces aprestando el Tecpaneco,  
Vasos, antes que aquel el nombre rompa,  
Pone en oposición acelerado,  
Del aire erguido, su cristal hinchado.

Ve Tetis en sus ondas, a una parte  
Penachos, y a otra rojas banderolas,  
Como que quieren a sudor el arte,  
Vestir de pluma, y tafetán sus olas:  
Rompe sus iras el sangriento Marte,  
Y Piraguas las Quillas Españolas;  
Que era poco vencer un elemento,  
Teniendo a raya que soprase el viento.

La novedad, la fuerza, el aparato,  
Hacen en los que miran, y pelean  
Un mismo efecto, cuando a su conato  
Ven fuerzas de agua, que por tal flaquean:  
Catorce mil Canoas en tal rebato

Se van a pique, sin las que rodean  
Rotas a la Ciudad, cuyos despojos  
A abrir no sirven, sí a emparar los ojos.

Otra vez vuelve, con dictamen justo,  
El Español a requerir prudente  
Con la paz al Monarca, cuyo injusto  
Furor, la oferta, no el estrago siente:  
Halagando en las Armas a su gusto,  
El partido desecha conveniente,  
Y elige lo fatal, lo peor, la guerra;  
No sabe cuanto la quietud encierra.

Por la paz siempre es corto cualquier precio,  
Sea el que fuere; quien a ella no se arrima,  
Y busca su inquietud, es más que necio,  
Pues ama lo que a fuerza le lastima:  
Feliz aquel, que deja con desprecio,  
Por conseguirla, cuanto el Mundo estima;  
Que aún hasta para el corto humano apego,  
No hay riqueza, no hay bien, como el sosiego.

El qué dirán, el punto vano, tiene  
Perdido al Orbe; juzga el litigioso,  
Que lo tendrán en menos, si se aviene  
A ceder del capricho lo temoso:  
Ninguno en realidad a quedar viene  
Mejor, que el que a la paz se rinde airoso;  
Que es victoria, que cuando la asegura,  
Compra con un desdén una ventura.

El temor, la imprudente cobardía  
Al juicio ajeno, obliga a despeñarse  
Al hombre, y ésta nunca es valentía,  
Pues teme lo que debe despreciarse:  
¡Cuántos han perecido a la porfía!  
¡Qué pudo a sus principios remediarse,  
Y por no hacerlo, por la vana palma,  
Hacen las costas el caudal, y el Alma!

Nada dejó más bien encomendado  
La verdad suma, que su paz querida;  
Que el pacífico, bienaventurado  
En cuanto cabe lo es desde esta vida:  
Tanto, tanto este Don sube elevado,  
Que frisa con la eterna prometida

Paz de la unión; ni aquella gloria fuera,  
Si perfecto descanso no tuviera.

Ignorante de tal sabiduría  
El Rey, a la propuesta contradice;  
Y otro a la pluma, porque se desvía  
A materia, que aquel tanto desdice:  
Mas sin razón, porque esta Teología  
No a aquel Pagano, para el fiel se dice;  
Juzgue, y luego sentencie el melindroso,  
Si puede ser el punto provechoso.

No faltará quien breve lo publique,  
Quauhtemozin después será testigo,  
Por más que sus astucias ahora explique  
En la emboscada, que hace al enemigo:  
Dentro de la Laguna forma dique  
De agudas puntas, que con el abrigo  
Del cristal, dio a entender cuando lo fragua,  
Que éste sí por debajo fue del agua.

Ya en los ataques que tenía corridos  
Había Cortés dejado señalados  
Cuatro vasos, que Olid vio prevenidos,  
Y otros tantos después los Alvarados:  
En Cuyoacán con los demás unidos  
Se queda de recluta a sus Soldados,  
Con orden todos, que en las correrías  
Hacer pudiesen de las noches días.

En una de éstas cruza a remo lento  
Escolta breve de Canoas cargada,  
De víveres, y gente, con intento,  
Que el cebo resbalase en sus celadas:  
Portillo, y Barba, que en su seguimiento  
Bogando van a velas desplegadas,  
Se abaten a la presa que ya cobran,  
Y en las puntas encallan, y aún zozobran.

A esta sazón del Bosque bullicioso,  
Que en Cañas el Ladón dio a sus manchones,  
Salen las prevenidas con reposo,  
Procurando estrecharlos con Lanchones:  
Enciéndese el combate vigoroso,  
Que reprimir no pueden los cañones,  
Cuando miran sus Quillas sofocadas

En flechas, y ondas dos veces varadas.

Aunque suple el esfuerzo la ventaja,  
Como están sin jugar la Artillería,  
Y en tempestad de plumas se desgaja  
El rencor, que alas presta a su osadía,  
No hallan despique, cuando más se ataja;  
Pues de Ninaton, fiera mayoría,  
En un cable de Barba se atraviesa,  
Y segadas las manos hace presa.

Diga Atenas si halló contra el Persiano  
Quien más hiciera: Cinegiro fiero  
En otro choque tal, fue con la mano  
Rémora humana de un Bajel velero:  
Cortada una, con la otra asíó tirano  
El cáñamo, hasta ver el fin postrero;  
Lo mismo aquí pasó, que en igual tiro,  
Es Ninaton, Indiano Cinegiro.

Antes que a fuerza de valor, y brazos  
Libren los Buques, puede la tardanza,  
De Barba al rostro dar tantos flechazos,  
Que no quedó de Barba semejanza:  
A Portillo también hacen pedazos,  
Pues cuando más recoge su pujanza,  
Primero que rompió del vaso el grillo,  
En su pecho la muerte halló portillo.

Ya sin las Sirtes en que zabordaban,  
Pudieron los demás resueltamente  
Hacer que zozobrasen las que estaban  
Manteniendo el combate más ardiente:  
Consiguen la victoria que deseaban,  
Aunque en verdad a riesgo tan urgente  
Se vieron, como es bien que se publique,  
Si no vencidos, pero muy a pique.

No es menos en los otros Surgideros  
De Alvarado, y Olid, aunque es más fuerte  
El que va a Cuyoacán, con los Guerreros  
Del Mexicano, que su daño advierte:  
El Adalid confiado en sus aceros,  
El asedio de México convierte  
En asalto, batiendo sus murallas,  
A impedirles socorro a las vituallas.

Con este fin ocupan su espaciosa  
Calzada, y llegan hasta donde el muro  
Abrió de nieve deleznable Fosa,  
Por si a Peto de plata iba seguro:  
Aquí defiende el vado numerosa  
Hueste, escogida del Indiano Arturo,  
Con tal empeño, que a la fuerza ajena  
Dan el pecho primero que la arena.

Ríndela el Español a sangre viva,  
Que de una, y otra banda se derrama,  
Encendiéndose más la llama activa,  
Cuanto es el combustible, que le inflama:  
Mientras dobla su gente (porque estriba  
En el Foso, la vuelta que le llama  
Al Cuartel, cuando fuere conveniente)  
Manda a Aldrete cegar lo con su gente.

Éste, viendo encendida la refriega  
Con tan nuevo tesón, a otro lo avisa,  
Y equivocando el orden, él se ciega,  
Pues parte donde menos le precisa:  
A la batalla con valor se agrega  
Sobre los enemigos, cuya prisa  
Apela al interior, con simulada  
Afectación, que es doble retirada.

Cuando los tienen dentro divertidos  
En su alcance, corona la marina  
Guarnición de Soldados escogidos,  
Que a impedir su recurso se destina:  
Y estremeciendo entonces con bramidos  
El Aire todo su marcial Bocina,  
Más los inmuta; pues su ronco acento,  
¿Qué hará en las almas, si aún irrita al viento?

No Esfera de metal furiosa avienta  
Bombarda, que en su vientre astucia loca  
Depositó, cuando prendida intenta  
Volar de la montaña dura roca:  
No Volcán oprimido atroz revienta  
Monte, que fue mordaza de su boca,  
Como México pudo en un momento  
Vomitarse gentes, hasta ahogar al viento.

No si cien bocas, lenguas cien tuviera,  
Y de bronce la voz de tanto estrecho,  
El estruendo, el fragor decir pudiera,  
Aunque añadiera de metal el pecho:  
En millares de estragos reverbera  
Flamante horror, que pudo satisfecho,  
Viendo excedida su crueldad impía,  
Aprender a matar, si aún no sabía.

Abrió Marte balcones de Zafiro,  
Y asombrado de ver la furia hispana,  
Temiendo que hasta allá llegase el tiro,  
Echó cortinas de humo a su ventana;  
Y no fue mucho, porque en su retiro  
Dijo: (mirando tanta rabia humana)  
No admire que me cause tal espanto,  
Porque ni Yo pude atreverme a tanto.

Si él se azoró, ¿qué pueden los guerreros  
Hacer, a vista del Cristiano Marte?  
Nada, sino morir a sus aceros,  
Pues su destreza muertes les reparte:  
Pero como son tantos los Plumeros,  
Los que aquí espiran nacen de otra parte,  
Y como Hidras los cuerpos, que palpitan,  
Cada uno brota cien que resucitan.

Por esto, y porque el Sol abrevia el plazo  
A remudar sus costas a Occidente,  
Se retira, creyendo que el esguazo  
Estará adelantado con su gente:  
Aquí es más el aprieto, y embarazo,  
Y aquí la suerte está más inclemente;  
Que aunque es cruel siempre, más enfurecida  
Está, cuando a uno lleva de vencida.

¿Cuál pude ser la intrepidez violenta,  
Que obliga a retirar, a quien no sabe  
Dar un paso hacía atrás? Lid tan sangrienta,  
Sólo en sí misma, no en la Pluma cabe:  
Apenas pueden, por lo que se aumenta  
Con la vecina sombra, el daño grave,  
Tomar los Bergantines en su vado,  
Y escapar, quien mejor, el pecho a nado.

Piérdense más de mil Indios Amigos,

Piérdense en el ataque los Pedreros,  
Y queda sin remedio, entre enemigos,  
Un trozo de Españoles prisioneros:  
Cuantos de la derrota son testigos,  
Vuelven heridos a sus Surgideros,  
Donde si les permiten hacer alto,  
Aún la respiración es sobresalto.

Nada hay en esta vida miserable,  
Que cause más aliento en su progreso,  
Que creer a la fortuna favorable,  
Con la felicidad de un buen suceso:  
Por éste, el Rey se juzga incontrastable,  
Y celebrando el triunfo con exceso,  
Mezclan su Religión, y pompa avaras,  
Víctimas, y venganzas en las Aras.

De la Patria el amor tan dulcemente  
Tira, que levantando Cletl las manos,  
Se votó al Cielo, porque permanente  
Aquel, quedase por los Mexicanos:  
Mire Decio si pudo hacer valiente  
Más por la suya, más por los Romanos,  
Cuando por ser de todos beneficio,  
Se votó en lance igual al Sacrificio.

Calle Conón de Esparta apasionado,  
Calle de Roma su galán Camilo,  
Que en este estrecho sólo Cletl ha dado  
Con mayor garbo su garganta al filo:  
Aún el de Decio fue condicionado,  
Si venciesen: mas éste sin asilo  
Se ofrece, y es fineza más expresa  
La que es ejecución, y no promesa.

Vivos el Rey inmola en Sacrificio  
Los cuarenta Españoles, cuyo arrojó  
Prosigue, echando voz de que da indicio  
La Deidad de ostentar su desenojo:  
Y que a seis Soles con el ejercicio  
Marcial, serán de Mexico despojo,  
Cuantos de España buscan el desvelo,  
Oponiendo su fuerza a la del Cielo.

Hace tanta impresión en los Aliados  
El ardid, que en tres noches subsecuentes,

Los Cuarteles se lloran desolados,  
Faltando ochenta mil de aquellas gentes:  
Pero a la diligencia moderados  
Se detienen, y viendo inconsecuentes  
El término, y su vida, arrepentidos  
Los trae la pausa mucho más corridos.

Como en serena tarde ya pasado  
Tempestuoso fragor, turba parlera  
Deavecillas alegres, por el prado  
El viento corta en ráfaga ligera:  
Llegan de mil en mil al señalado  
Sitio, donde el perdón prudente espera;  
Que aquel que satisface en el afecto,  
Ya dejó castigado su defecto.

Gozaba el año su estación florida,  
O ya estival, según la considera  
Cronógrafo Patricio, a la medida,  
Que en su eclíptica Febo reverbera:  
Cuando rota la Yema entumecida,  
Vuelve rubí, lo que esmeraldas era,  
Y blancas Sienes Amaltea corona,  
Del cultivo fragante de Pomona.

En el purpureo tiempo delicioso,  
Galán Narciso de argentada plata,  
Adonis tierno del bosque umbroso,  
Que a uno viste, y en otra se retrata:  
En el de Ceres, Benjamín gracioso,  
En la flor de los meses, en la grata  
Era de Venus, de Cibele ensayo,  
En lo mejor, en Primavera, en Mayo.

Entonces, pues, cuando la verde Grama  
Nacía para orla de tan altas Sienes,  
Que habían de ser al Templo de la Fama,  
Blasón, Lauro, y Corona de sus bienes:  
Con maduro consejo el Héroe inflama  
A sus Soldados, a la empresa, quienes  
Aprueban el dilema sin segundo,  
De ganar el que ven, o al otro Mundo.

A un mismo tiempo de los tres famosos  
Ataques, sus Campeones esforzados,  
A la Ciudad se acercan orgullosos,

A estrechar la estacada a los sitiados:  
Al Tlatelolco quieren valerosos  
Ocupar, que si es Plaza de Mercados,  
Y su comercio corre por sangriento,  
Llevan a ella sobrado surtimiento.

¡Cuánta sangre no cuesta ver posible  
Resolución tan ardua, que en su presa,  
Haciendo vanidad de irreductible,  
No es la que el punto sube de la empresa!  
Hasta el Mármol presumen combustible,  
Y reducirlo quieren a pavesa:  
Que en caso de rendirse, es más ufano  
Entregarlo a las llamas, que a su mano.

Los edificios todos, que se extienden  
Desde ella hasta los Burgos retirados,  
Son pábulo a su ardor, pues los encienden,  
Antes que de otros verlos abrasados:  
Vivos se arrojan sobre cuantos prenden,  
Que en el recurso de los despechados,  
Es cuanto más horrible, y desmedida,  
Más dulce, por fatal, la propia herida.

Ojee el tiempo el archivo de los años,  
Y aunque halle otros incendios aplaudidos,  
Más antiguos serán, no más extraños,  
Que en la substancia son aquí excedidos:  
Que a sembrar en carbones desengaños  
Los Mexicanos fueron escogidos,  
Reemplazando el oprobio de segundos,  
Con quemar en su Corte muchos Mundos.

Por los suyos Sidón en la Fenicia,  
Escogió el fuego, más que a los Persianos;  
Lo mismo hizo Sagunto, en la codicia  
De Aníbal, dando horror a los Romanos:  
Hasta Cartago fue por la avaricia  
De Escipión, ruina de sus propias manos,  
Para que de tan cruel ejecutoria,  
Ni en las brasas quedase su memoria.

Pero los Mexicanos impacientes,  
Cuando buscan en éstas tal abrigo,  
Es para que, si mueren insolentes,  
Arda vivo también el enemigo:

Y así se miran más resplandecientes,  
Poniendo al propio estrago por testigo  
Que sólo en ellos de tan noble llama,  
De sus cenizas floreció su fama.

Todo el arte, y valor son necesarios  
Para vencer, y conseguir ardientes,  
Librarse a un tiempo de los incendiarios,  
Y a rayos, y Armas dividir las frentes:  
Llegan al fin hollando sus contrarios  
Hasta el centro por tramos diferentes,  
Los tres trozos, y México arrogante,  
En tres espadas ve la del Tonante.

Mas tal es de Mimiapán la jactancia,  
Que al Español más bravo desafía  
A batalla, queriendo su arrogancia  
Reducir a uno tanta batería:  
Mercado (Paje que aún está en la infancia)  
Salta al Campo con noble bizarría,  
Sin temer del Jayán la fortaleza,  
Cuando lo tierno suple su destreza.

Si tal valor la Espada, en quien no entiende  
Su primor, (como aquel) enseña, inclina,  
¿Qué hará en los Españoles, que comprende,  
Pues con la leche maman su doctrina?  
Recto el Bárbaro ofrece, si la tiende,  
Del camino el atajo, que adivina,  
Y a su disposición, y movimiento,  
En él fue natural aún lo violento.

Agrega ya con fuerza reservada  
La suya el Joven, y al medio pasando  
Proporcionado, busca por la Espada  
El punto, que en el otro está mirando:  
Hace la citación a la estocada,  
Y al transferir aquel, luego estrechando  
La línea del perfil, que halló partida,  
Se fue sobre ella para dar la herida.

Pero qué mucho, si los pies perdiendo  
Desde el primer compás el Mexicano,  
Sin rectitud, ni libración, fue haciendo  
Propincuo extremo, su violado plano:  
Cayó a sus pies, y el Joven previniendo

Suyo el acero, que ganó a su mano,  
Mereció por Cortés en la estacada,  
Que antes que el bozo, lo ciñese Espada.

¿Qué harán tus Adalides, si aún los niños,  
Que dejaron ayer los andadores,  
Valiente España, juegan los armiños,  
Con más destreza que los mamadores?  
Digan lo que quisieren, tus aliños  
Compras con fuertes bélicos horrores;  
Y en la Palestra, o Plaza que te han dado,  
Cada instante hace en ella su mercado.

Abandonado ya cuanto por tierra  
Firme, opulenta la Ciudad domina,  
Se retiran al ángulo que encierra  
La Corte, con trincheras y fajina:  
Y entre tantos escollos, tanta guerra,  
Vuelve aquel a la paz a que se inclina;  
Y es con menos orgullos atendido,  
Cuanto el oído postrado es más sentido.

En varios pareceres se divide  
No solamente el Vulgo, la Nobleza;  
Que cuando el interés común se mide,  
Iguales han de hablar pies, y cabeza:  
Unos asienten a la paz que pide,  
Otros quieren guardar la Real grandeza,  
Otros seguir la guerra, hasta que viene  
El Rey a la opinión, que más conviene.

Lo más sangriento elige, no queriendo  
Otro mayor blasón, cuando se abona,  
Que morir por los suyos, conociendo  
Que Corona rendida no es Corona:  
Mas como ésta presente tanto estruendo,  
En las treguas apresta de Belona,  
Su Flota, para hacer con traza astuta  
A todo trance, la razón disputa.

En tanto el General, desengañado  
De aparente pretexto cauteloso,  
Manda el ataque, que hasta en lo irritado  
Halló camino de salir airoso:  
Del Foso el maderamen coronado  
Aparece de gente tan cuantioso,

Que imaginó brotaba a sus espumas,  
Flechas por ramas, y por hojas plumas.

Retumbó el Parche, y el Clarín herido,  
De bélica dulzura llenó el viento;  
Comenzose el fragor mal reprimido,  
Y gritó muertes al primer acento:  
Hasta la Línea llega pie atrevido;  
Y cortando a los troncos el cimientto,  
Consiguió hacer con brazo poderoso  
De Ícaros mil, Erídano, su Foso.

Jamás Bastión batido a errada Testa,  
Por su luna cayó con más estrago;  
Jamás Peñol rodando por la cuesta,  
Hizo más ruina donde fue más vago:  
El estrépito duro igual asesta  
Golpes en tierra, riesgos en el Lago;  
Y opuestas fortaleza, y arrogancia,  
A sus ecos hicieron consonancia.

Ni perdida desmaya su fiereza,  
Que como Nobles son, en tal estrecho  
La razón siguen, porque en la Nobleza  
A la espada, y al brazo manda el pecho:  
Retiran al Monarca con presteza  
Al muelle oculto, donde está en acecho  
Fiel Centinela, puesto a la Marina,  
Que juzgara mejor, por ser vecina.

Sandoval, que gobierna en la ensenada  
Del agua, la invasión que está a su cargo,  
Peleando en ella ve la Real Armada,  
Que sale deslizada a remo largo:  
Manda a Holguín, que con vela desplegada  
Caza le dé, quedando sin embargo  
Éste a la resistencia numerosa,  
Que por tal, y por noble es poderosa.

No así se abate desde pardo Cielo  
Neblí a la Garza, que se juzga nieve,  
Y afilando las uñas en un vuelo,  
Hace a la presa, que la garra pruebe:  
Arrójase sobre ella con tal celo  
El Español, que hasta los vientos bebe,  
Conociendo que está, según pregona,

Allí el Armiño de la adusta Zona.

Corre ligero, vuela presuroso,  
Calzando velas de valor profundo,  
Que es la Garza que sigues, tan precioso  
Tesoro, que a tu Rey le vale un mundo:  
En un momento llega valeroso,  
Y saltando con aire sin segundo,  
A la violencia que su fuerza absorbe,  
En una frente vio rendido al Orbe.

No presumas, América gloriosa,  
Que algo as perdido de tu pompa vana;  
Tú eres la que has ganado, pues dichosa  
Te elevas a otra Sien más soberana:  
Conquista a todas luces prodigiosa  
Es la tuya, pues queda tan ufana  
La espada del que vence tu alta Zona,  
Como tú, pues le sirves de corona.

Misterio fue, no acaso contingente,  
El Mes, en que de ti triunfó la mano,  
Porque a un tiempo exaltaste León ardiente,  
Al Sol, y al Quinto Carlos Soberano:  
Y aún al contrario vese más congruente,  
Que si tanto al Sextil honró Octaviano,  
Al Mes, y al Sol, hoy con aumento justo,  
Los enlaza feliz León más Augusto.

En la tierra, en el agua todavía  
Dura el tenaz, el bárbaro deseo,  
De vencer, de morir a la porfía  
De rendir, de guardar tanto Trofeo:  
Cada uno se aventaja en valentía;  
Sólo la muerte corre por empleo,  
Hasta que la noticia que esperaban,  
Acabó de matar cuantos quedaban.

Los Nobles todos por su Rey murieron;  
Vivos sin alma (que es la acción) quedaron;  
Luego espiraron: luego no tuvieron  
Más que pedir, si todo lo entregaron:  
Tan leales, tan valientes le sirvieron,  
Que hasta el último extremo le guardaron,  
Y más allá pasaron de la vida,  
Pues cuanto es de su parte fue perdida.

Escipión heroico, Castellano Marte,  
Venciste un Mundo con tu bizarría,  
Con tu esfuerzo, fatiga, empeño, y arte,  
A costa de la sangre, y la osadía:  
A tu mano confiesa en esta parte  
Otro Laurel, la Hispana Monarquía;  
Bien decir puedes, que de Polo a Polo,  
A ninguno debió, sino a ti sólo.

Oh Ilustres Españoles valerosos,  
Conquistadores de la Indiana Zona,  
Vivid felices en los armoniosos  
Clarines de la Fama, que os pregona:  
Oh gran Cortés, que entre los más famosos  
Pudiste entretejer a la Corona  
Del César Español, que el Orbe aclama,  
Oro a su Lauro, púrpura a su Grama.

¡Quién sino tú, mejor que a Roma Remo,  
Pudo, a empresa que el Cielo hizo factible,  
Hacer el Quinto Carlos más supremo,  
Engrandecer a España más plausible,  
Dar a la Religión, con tanto extremo  
Más culto a su verdad siempre infalible!  
Mil veces mil, por tan debida gloria,  
Vive inmortal del mundo en la memoria.

Gózate, España, de tener Vasallos  
Dignos de tus Monarcas poderosos,  
Que algunas veces lleguen a exaltallos  
Más allá de la esfera de dichosos,  
Y de tener Monarcas que premiallos  
Pueda también con lauros decorosos:  
Tal conexión, si en ti se ve asequible,  
Fuera de ti difícil, imposible.

Aula de Ciencias, Centro de Grandeza  
Trono de la razón, Real de la espada,  
Columna de la Fe por tu pureza,  
Y de hijos tales Madre celebrada:  
Admite el grato obsequio a la rudeza  
Con que en tu elogio corre desvelada  
La mano, en vano, cuando a tus guerreros  
Poco eran los Virgilio, los Homeros.

¿Qué no harás por tus Reyes siempre altiva,  
Y qué no harás por el que ya adorado,  
Gozas en el Dosel, pues noble, activa,  
Te mira amante, si le ves amado?  
Al fuego del amor, que el celo aviva,  
Nada encuentra imposible tu cuidado;  
¡Ni cual había de haber por raro modo,  
Si está en tu seno quien lo vence todo!

Oh Católico Íbero Soberano,  
Heroico dueño de los albedríos,  
Imán de todo corazón Hispano,  
Monarca de los pechos, y los bríos:  
No por el rudo tosco estilo vano,  
Hoy desmerezcan los incendios míos,  
Que ganarán, no estando tan ignotos,  
Por puros, cuanto pierden por remotos.

¡Oh, si como visibles se perciben  
Los mudos caracteres, se quedaran  
Las verdades, que dentro se conciben,  
Impresas al papel, cuanto importaran!  
Si el espíritu vivaz con que se escriben  
Se leyera, las voces admiraran,  
Que es toda el alma que las vivifica,  
Y en lengua ajena, nunca, o mal se explica.

Recibid el rendido reverente  
Pequeño Voto, justo Sacrificio,  
Con que el anhelo de una llama ardiente,  
A superior violencia es ejercicio:  
Vos arrastráis a Vos tan dulcemente,  
Que el que en los vuestros nace libre juicio,  
Crece deuda, y a influjo poderoso,  
Aún lo que es voluntario, hace forzoso.

Glorias de la Nación, ¿a quién pudieran  
Ir, sino a vuestras Aras, pues echaran,  
Unas, menos el centro que veneran,  
Otras, menos el culto con que amparan?  
Ni fueran de Españoles, si tuvieran  
Otros Altares, en que se exaltaran;  
Que era en vano a su Rey tanto servicio,  
Y hacer a otra Deidad el sacrificio.

Ni América debiera, cuando ufana

Os adora Monarca, dar rendida  
A otra, que fuese menos soberana  
Planta, oblacones de su ser, y vida:  
Este corto tributo ofrece vana,  
Mostrando que no tiene agradecida  
En sí, afectos, acciones, fuera, y dentro,  
Que a vos no vayan, como a propio centro.

Tan recíproca unión las dos Españas  
Entre sí tienen (como que a unos Soles  
Deben su influjo) que en lealtad, y hazañas,  
Equivoca unos, y otros Españoles:  
Y tanto de ambas crecen las extrañas  
Ansias, a más divinos arreboles,  
Que están en competencia a su mejora,  
A cual más sirve, y a cual más adora.

Aquí, si acaso hubieseis escuchado,  
(¡Qué favor!) Sacro Augusto, Excelso Numa,  
Los broncos ecos del marfil templado,  
Mal pulsado el Plectro, y de la Pluma,  
Hace pausa el aliento fatigado  
En este ensayo, porque lo es en suma,  
Mientras remonta vuelo más gigante,  
Cuando la Lira vuestras glorias cante.

FIN